



BIBLIOTECA RODÓ

WALT WHITMAN

POEMAS

Traducción y Prólogo de
ARMANDO VASSEUR

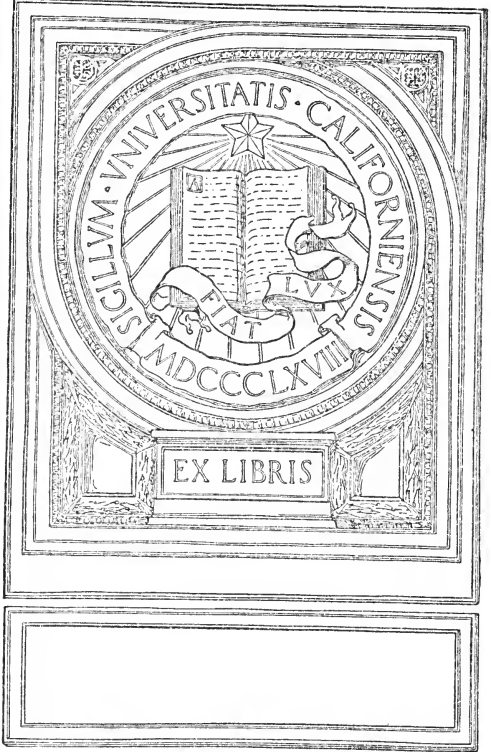
Con un juicio de
ANGEL GUERRA

CLAUDIO GARCIA Y Cía. — Editores

Calle Sarandí, 441

Montevideo

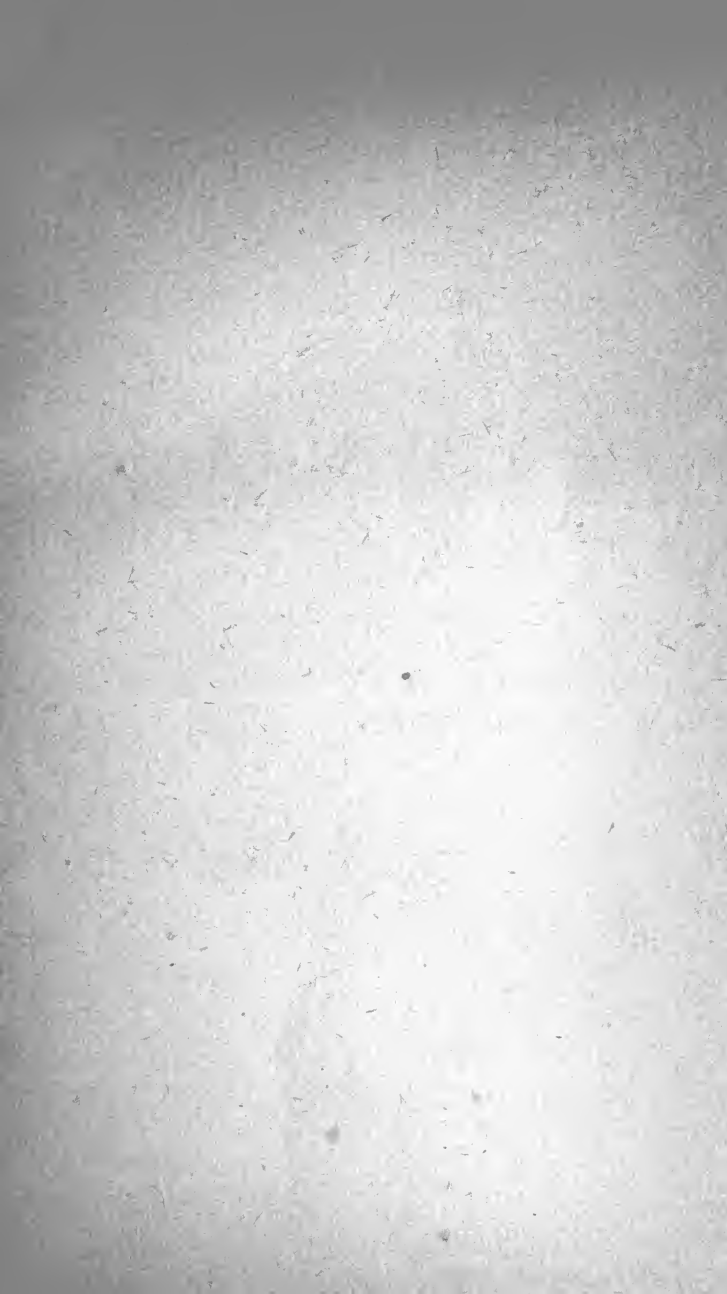




EX LIBRIS









Propósitos

Con la inquietud de una superior manifestación de cultura, nace en Montevideo, con universal destino, la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", la que dará cabida, exclusivamente, en sus ediciones, a lo más escogido de las letras nacionales.

Abre sus rumbos hacia una finalidad de elevadas directivas, colocando por encima de toda sollicitación utilitaria, un serio propósito espiritual y un noble afán de divulgación seleccionada, de los más calificados valores de la literatura uruguaya.

En todos los grandes centros intelectuales del mundo, donde el pensamiento realiza su alta función social; en todos los países, donde las letras, en sus distintas manifestaciones, fundamentan un valor civilizador y dan carácter de personalidad a la nación misma, existen organismos editoriales, — y algunos con carácter de institución pública, — dedicados exclusivamente a la difusión de libros de los escritores nativos más caracterizados y de mayor influencia en la cultura ambiente.

Y estas empresas de propagación bibliográfica, no sólo realizan una siempre beneficiosa misión educadora, quizá la más alta que comprende el concepto humano; no sólo vincula con facilidad de nexo al pueblo con sus pensadores, sabios, novelistas, dramaturgos y poetas, sino que, además, desprende fuera de fronteras, poderosas corrientes que contribuyen a dar perfil de prestigio a la fisonomía moral del país de origen.

Y nuestra república, que por glorioso destino es cuna de grandes hombres de letras — tanto, que sus obras han contribuído profunda y brillantemente a dar carácter al pensamiento americano, — requiere necesariamente y en forma organizada y de efectiva permanencia, una Biblioteca de escritores nacionales, los más notables y calificados.

Varias han sido las iniciativas de carácter editorial que han habido en nuestro país; pero indudablemente, fuerza es destacarlo, el más extraordinario esfuerzo en tal sentido es el realizado por CLAUDIO GARCIA y Cía., La Editorial LA BOLSA DE LOS LIBROS, que lleva ya impresos más de medio millón de volúmenes, correspondientes a edi-

ciones de centenares de libros de distinto carácter y de autores de nacionalidad varia. Y el mismo espíritu animador de toda esa cuantiosa obra editorial, es el que mueve esta patriótica iniciativa dando vida a la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", en cuyas ediciones, que serán mensuales, cabrán todas aquellas obras, ya publicadas o inéditas, cualquiera sea su tendencia, su carácter, su orientación literaria, filosófica, histórica, política, etc., y cualquiera su época, siempre que se ajusten a una máxima condición sustancial: que sean obras de selección, gratas al espíritu y al entendimiento, altas en concepto y en belleza, y, fundamentalmente, dignas del espíritu civilizador de la República.

LA DIRECCION.



"BIBLIOTECA RODÓ"

Director: OVIDIO FERNANDEZ RIOS

OBRAS PUBLICADAS = CADA NUMERO \$ 0.50

- Nº 1 — RODO (José E.). — *Ariel*. — Con un prólogo de Leopoldo Alas.
- " 2 — RODRIGUEZ (Yamandú) — 1810, Poema dramático en tres actos y *El Milagro*, poema en un acto.
- " 3 — REGULES (Elías). — *Versos Criollos*, con un prólogo del Dr. J. Irureta Goyena y una Semblanza por Eliseo Cantón.
- " 4 — RODRIGUEZ (Yamandú). — *Fraile Aldao*, poema dramático en dos actos. — *Renacentista*, poema en un acto y *El Demonio de los Andes*, poema en un acto, con un prólogo de Ovidio Fernández Ríos.
- " 5 — RODO (José E.). — *Parábolas y otras lecturas*.
- " 6 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo). — *Crónicas, discursos y conferencias*. Páginas olvidadas. Perfil de Ovidio Fernández Ríos.
- " 7 y 8 — RODO (José E.). — *Motivos de Proteo*.
- " 9 — FRUGONI (Emilio). — *Ensayos sobre marxismo*.
- " 10 — SANCHEZ (Florencio). — *Teatro* (Marta Gruni, La Gringa, Barranca Abajo).
- " 11 y 12 — ZORRILLA DE SAN MARTIN (Juan). — *Tabaré. La Leyenda Patria*.
- " 13 y 14 — MORQUIO (Luis) — *Clinica de niños*. Apuntes de clase tomados por el Dr. Dewet Barbato.
- " 15 — VIGIL (Constancio) — *Eslabones*.
- " 16 — VIANA (Javier de) — *Abrojos*.
- " 17-18-19-20 — QUIROGA (Horacio) — *Cuentos*.
- " 21-22 — LUSSICH (Antonio D.). — *Los tres gauchos orientales y otras poesías*.
- " 23 — QUIROGA (Horacio) — *Cuentos de la Selva* (para niños).
- " 24-25-26 — PEREZ PETIT (Víctor) — *Rodó. Su vida. Su obra*.
- " 27 — PINTOS (Francisco R.) — *Battle y el proceso histórico del Uruguay*.
- " 28 y 29 — LARRA (Mariano José de) — *Artículos de costumbres*.
- " 30 y 31 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — *Grito de Gloria*.
- " 32 — FALCÃO ESPALTER (Mario) — *La colina de los vaticinios*.
- " 33 — LASPLACES (Alberto) — *Nuevas opiniones literarias*.
- " 34-35 — RODO (José E.). — *El Mirador de Próspero*.
- " 36-37 — RODO (José E.). — *Hombres de América*.
- " 38-39 — WHITMAN (Walt). — *Poemas*, traducido por A. Vasseur, con un estudio de A. Guerra.

**AUTORES CUYAS OBRAS EDITARA LA
"BIBLIOTECA RODO"**

- Acuña de Figueroa, Francisco — Acevedo, Eduardo — Acevedo Díaz, Eduardo — Agustini, Delmira — Abellá, Rafael J. — Abellá, Juan Carlos — Acosta y Lara, Manuel — Aguiar, Adriano M. — Amorim, Enrique M. — Almada, Amadeo — Arias, José F. — Aguirre, Gisleno — Aramburú, Domingo — Araújo, Orestes — Arreguine, Victor — Arechavaleta, José — Arena, Domingo — Acevedo, Eduardo — Antuña, Hugo Agorio, Adolfo — Acevedo Alvarez, Eduardo — Acosta y Lara, Federico E. — Aladio, Pedro — Azarola Gil, Enrique.
- Bermúdez, Pedro P. — Berro, Adolfo — Berro, Aurelio — Bustamante, Pedro — Bauzá, Francisco — Behety, Matías — Bermúdez, Washington P. — Blanco, Juan Carlos — Bachini, Antonio — Bernárdez, Manuel — Blixen, Samuel — Busto, José G. del — Batlle y Ordóñez, José — Brum, Baltasar — Basso Maglio, Vicente. — Bianchi, Edmundo — Bianchi, Enrique — Bollo, Sarah — Benavente, Manuel — Berro, Bernardo P. — Bollo, Luis C. — Blixen, Carlos — Barbagelata, Hugo D. — Beltrán, Washington — Blanco Acevedo, Pablo — Bellán, José Pedro — Bonino, Emilio O. — Baethgen, Raúl E. — Benvenuto, Luis — Berro, Aureliano.
- Costa, Argel Floro — Carreras, Roberto de las — Casaravilla Lemos, Enrique — Casal, Julio J. — Crispo Acosta, O. — Carnelli, Lorenzo — Cione, Miguel Otto — Caviglia, H. Buenaventura — Cortinas, Ismael — Coirolo, Hipólito — Cosio, Ricardo — Ciganda, Evaristo.
- De María, Isidoro — Díaz, Teófilo E. — Dufort y Alvarez, Anacleto — Delgado, José María — Dallegri, Santiago — D'Aur'a, Lorenzo F. — Duhalde, Eduardo — Del Ciopo, Atahualpa — Del Ciopo, Carlos M. — De María, Pablo — De María, Dermidio — De María, Alcides — Deza, Justo.
- Espínola, Francisco — Estable, Clemente — Estrada, Dardo.
- Fajardo, Heraclio C. — Ferreira y Artigas, Fermín — Ferreira, Eduardo — Falco, Angel — Fernández y Medira, Benjamín — Fernández Ríos, Ovidio — Falcao Espalter, Mario — Fusco Sansone, Nicolás — Fernández Saldaña, José M. — Fernández, Elbio — Frugoni, Emilio — Fragueiro R.
- Gómez, Juan Carlos — Guillot Muñoz, Alvaro y Gervasio — Garet, Enrique Ricardo — Garet Mas, Julio — Gomensoro, José L. — Genta, Ubaldo E. — Genovesse, Blas S. — Gamba, Carlos T. — Giuffra, Santiago E. — Giménez Pastor, Arturo — Garzón, Eugenio — Granada, Daniel — Gómez Haedo, Juan C. — Gallinal, Gustavo — Genta, Estrella — Grauert, Julio C.
- Hidalgo, Bartolomé — Herrera y Obes, Julio — Herrera y Reissig, Julio — Herrera, Ernesto.
- Irureta Goyena, José — Ibarbourou, Juana de — Ipuche, Pedro Leandro — Ibáñez, Roberto — Ilaria, Juan
- Jiménez de Aréchaga, Justino.
- Kubly y Arteaga, Enrique.

Larrañaga, Dámaso Antonio — Lamas, Andrés — Lamberti, Antonio — Lafinur, Luis Melián — Luisi, Luisa — Luisi, Clotilde — Luisi, Paulina — Lasplaces, Alberto — Lista, Julio A. — Lerena Acevedo, Héctor A. — Lasso de la Vega, Leoncio — Lagarmilla, Eugenio — Legnani, Mateo.

Magariños Cervantes, Alejandro — Montes, Victoriano E. — Muñoz, Daniel — Mitre, Bartolito — Maciel, Santiago — Maeso, Carlos M. — Martínez Vigil, Daniel — Martínez Vigil, Carlos — Montagne, Edmundo — Morador, Federico — Muñoz, María Elena — Minelli, González Pablo — Minelli, Pablo María — Monegal, Casiano — Morosoli, Juan José — Morquio, Luis — Montero Bustamarte, Raúl — Moratorio, Orosmán — Medina Bentancort, Manuel — Morey Otero, Sebastián — Miranda, Héctor — Miranda, César — Mendilaharsu, Raúl — Maldonado, Horacio — Montiel Ballesteros, A. — Motta, Dante — Monteverde, Eduardo. — Maeso Tognochi, Carlos.

Nin Frías, Alberto — Nebel, Fernando — Núñez Regueiro, Manuel — Nin y Silva, Celedonio.

Oribe, Emilio — Oliver, Juan M. — Oneto y Viana, Carlos.

Pérez Castellano, José Manuel — Pacheco y Obes, Melchor — Pérez, Abel I. — Passano, Ricardo — Pacheco, Carlos María — Papini, Guzmán — Pérez Petit, Víctor — Picón Olaondo, Juan — Piqué, Julio — Pérez y Curís, Manuel — Parra del Riego, Juan — Princivalle, Carlos M. — Prunell Alzáibar, Elbio — Paseyro, Ricardo — Páez Formoso, Miguel — Palomineque, Alberto — Parodi Uriarte, María E.

Quiroga, Horacio.

Ramírez, José Pedro — Ramírez, Carlos María — Ramírez, Gonzalo — Ramírez, Juan Andrés — Regules, Elías — Roxlo, Carlos — Reyles, Carlos — Rodó, José Enrique — Rossi, Santín Carlos — Rodríguez Fabregat, Enrique — Regules, Dardo — Ricaldoni, Américo — Riestra Ulises W. — Reyes, José María — Rodríguez, Yamandú.

Sierra, Roberto — Santiago, Ramón D. — Soler, Mariano — Sánchez, Ricardo — Salterain, Joaquín de — Soca, Francisco — Sánchez, Florencio — Salaverry, Vicente A. — Supervielle, Julio — Smith Agustín M. — Silva Valdés, Fernán — Sabat Ercasty, Carlos — Sabat Pebet, J. C. — Soto, José (Boy) — Sáenz, Raquel — Sosa, Julio María — Simón Francisco — Schinca, Francisco Alberto — Scarzolo Travieso, Luis — Secco Illa, Joaquín — Scarone, Arturo — Soiza Reilly, Juan José.

Torres, Máximo Maeso — Teysera, Faustino M. — Trelles, José (El Viejo Pancho) — Torterolo, M. Leogardo — Tacconi, Carlos Emilio — Thievent Vicens, L. — Torres Ginart, Luis. — Terra, Duvimioso — Thévenin, L. (Monsieur Perrichón) — Tomé, Eustaquio.

Varela, José Pedro — Vázquez y Vega, Prudencio — Vaz Ferreira, Carlos — Vaz Ferreira, María Eugenia — Viana, Javier de — Vasseur, Armando — Vallejo, Carlos María — Verdié, Julio — Viturera, Cipriano Santiago — Vázquez Ledesma, Froilán — Villagrán Bustamante, H. — Vega, Antonio — Varela Acevedo, J. — Vigil, Constancio C.

Weisbach, Alberto — Welker, Juan Carlos.

Zorrilla de San Martín, Juan — Zubillaga, Juan Antonio — Zavala Muniz, Justino — Zarrilli, Humberto — Zum Felde, Carlos — Zum Felde, Alberto — Zolessi, Jerónimo.

B

IBLIOTECA

RODÓ

AVR
TORAYOS
ES

DE
LITERATURA
& HISTÓRIA

WALT WHITMAN

POEMAS

=====
OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS
Director



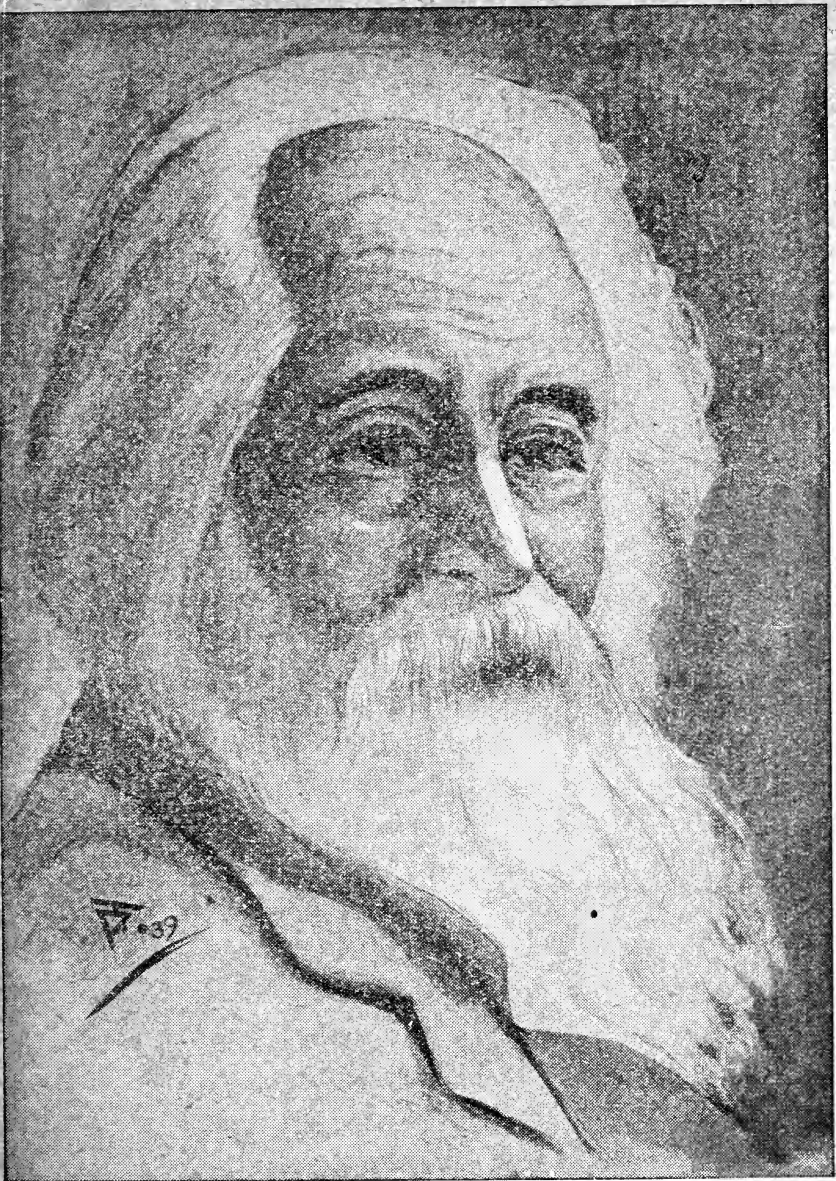
CLAUDIO GARCIA Y Cía. - Editores
Calle Sarandí, 441
Montevideo

NO. 1000
AMERICAN

553
W615
S7

753205

V. 3
1912
MON



WALT WHITMAN



WALT WHITMAN

POR

ANGEL GUERRA

Algún tiempo se ha tardado en reconocer el genio de Walt Whitman. Todavía, a pesar del esfuerzo de muchos críticos, no sólo es discutido, sino también un poco desdeñado. Y, sin embargo, es indiscutible que el autor de *Leaves of Grass* (*Hojas de hierba*) es un altísimo poeta, uno de los más grandes que produjo el siglo anterior, que se honra con tan numerosos y magníficos poetas.

Como Víctor Hugo, Walt Whitman fué el poeta que tuvo la más espléndida visión del porvenir. Fué el poeta de la plebe, el poeta de las multitudes, el gran cantor de la democracia moderna. Hay en sus cánticos ideas, sentimientos, y casi pudiéramos decir que sudor y sangre del pueblo. En sus versos resonó la voz, no de una individualidad, sino de toda la estirpe humana. No fué el eco de un estado social ni de un momento histórico. Más con los ojos en el porvenir que en el pasado, cantó un siglo, una raza, una civilización. Cantó la humanidad de mañana, la civilizaciones futuras, que han de libertar a los espíritus de la penosa esclavitud sobre la tierra.

Su lugar de origen, los Estados Unidos, un pueblo nuevo, en que se ha venido siempre sospechando la cuna de una nueva civilización, presentaba a Walt Whit-

man, como un poeta nuevo que había de recoger, anticipándose como vidente, el espíritu de una humanidad nueva que está formándose en las entrañas misteriosas del tiempo.

Así es. Por lo menos, así hay que considerar *Leaves of Grass*. No es este libro una epopeya al modo clásico. Pero, a pesar de su diversidad y de su fragmentación, por el espíritu que lleva dentro, amplio y complejo, espíritu colectivo de la gran estirpe humana, ya que no la modalidad artística, tiene el fondo mental de una epopeya. *La Odisea* es la civilización helénica en su plenitud espiritual; *La Divina Comedia* es toda la Edad Media, con su alma teológica y su bizantismo político; *Fausto* encarna todo el sentido filosófico de la Edad Moderna, excéptico y racionalista. *Leaves of Grass* entraña todo el espíritu democrático, acaso más que de la Edad Contemporánea, que se halla en crisis de ideas y en bancarrota sus fórmulas de constitución social, de una Era nueva en el curso indeclinable de los humanos destinos.

Los críticos norteamericanos niegan a Walt Whitman su carácter genuinamente yanqui como poeta.

Woodberry, el célebre crítico y poeta, ha escrito: "Whitman poseía una fuerza poética natural, sin arte; cuando olvidaba su papel de *Camerado*, de demócrata vagabundo bajo cuyo sombrero encerraba toda la América, escribía algunos lindos versos; pero los extranjeros, que descubrían en él las señales de la nacionalidad que no habían descubierto en sus predecesores, deben encontrar muy minúsculo ese resultado de tres siglos de labor inglesa acumulada en un gran país; y nosotros, gentes de la misma nación, que le

consideramos con un poco de desdén, lo estimamos cuando nos tomamos el trabajo de estudiarlo seriamente, como una caricatura que deforma la verdad. Es como si Doré hubiese podido dibujarnos, y Rabelais tomarnos a broma; no se puede llevar más allá la exageración del trazo que provoca la risa. Para convertirse en lo que era Whitman, los norteamericanos (que, más que los ingleses, son los herederos de toda Europa) deberían despojarse de esta civilización amplísima que caracteriza su originalidad, y convertirse entonces en un Ismael entre los pueblos. Un poeta, en quien una nación entera rehusa reconocerse, no puede ser considerado como su representante, aun cuando tuviese un poco de sabor del terruño. Es mucho más razonable buscar los representantes del genio literario nacional entre los representantes del arte universal, entre aquellos que las naciones extranjeras consideran como nuestros mejores autores, aquellos que nosotros reputamos actualmente nuestros clásicos, y en cuyo grupo nosotros encontramos nuestro pasado nacional, nuestro hogar y nuestro cielo”.

A mayor abundamiento, otro gran crítico yanqui, Henry Van Dyke, escribe a su vez:

“De los cuatro nombres seleccionados —los que más suenan en Europa como representantes de la literatura norteamericana,— Emerson es el único que reputamos grande. Poe era un mediano maestro, un artista de camafeos, singularmente poco norteamericano; Thoreau era un eremita intelectual, un original espontáneo, un talento escueto e ineficaz; Whitman, un escritor confuso y sin espíritu crítico, abandonado, clamoroso, intolerablemente palabrero, con raras cadencias

de música en medio de un torrente de sonoridades y de raros relámpagos de verdad entre nubes de palabras. Interesantes fenómenos literarios lo son indudablemente esos tres escritores. Y Poe, en particular, tiene un valor completamente único en su estrecha esfera; pero nombrar esos tres norteamericanos como significando algo ante el mundo entero, e ignorar aquellos que, al lado de éstos, han expresado con tanta o mayor fortuna el verdadero genio de América, es hacer de la crítica una pura búsqueda de novedad, y estimar los escritores por la curiosidad de su sabor más que por la plenitud de su inspiración y la adecuada correspondencia entre su forma y sus ideas.”

Se explica perfectamente que estos críticos —y con ellos va la opinión en los Estados Unidos— niegen a Walt Whitman el sello de origen, la huella en su obra del espíritu de nacionalidad y de raza. Y es que el poeta de *Leaves of Grass* es un profundo innovador, un revolucionario. Dentro de la literatura norteamericana, y lo mismo dentro de la mentalidad de aquel país, es un original. No entronca, ni con sus antecesores, ni siquiera su genio arraiga en las tradiciones intelectuales y artísticas de Norte América. Por eso los críticos, en vez de estimarlo como un original, lo consideran como un extraño y hasta como un exótico. Y acaso sea el único poeta verdaderamente indígena, con savia propia y no de reflejo, con marcado sabor del terruño, que haya producido el genio de los Estados Unidos.

Walt Whitman rompe la tradición. Crea un mundo literario e intelectual, completamente nuevo, más que hecho a su imagen y semejanza, formado en la espiri-

tualidad de un pueblo joven, que se despierta a la vida de las ideas y de la acción. Aún mirando más lejos, puede añadirse que ese mundo nuevo, entrevisto por Whitman, en visión prodigiosa de los tiempos futuros, está formado en el molde de la humanidad de mañana.

El rastro del puritanismo religioso, que sigue todo el curso de la literatura yanqui en su desenvolvimiento, desde el primitivo Cotton Mather hasta el prodigioso Nathaniel Hawthorne, se pierde definitivamente en Walt Whitman. La moral estrecha de los puritanos, la rígida disciplina de los cuákeros, la intransigencia dogmática de los católicos, que habían, con los primitivos pobladores de los Estados Unidos, formado lentamente la austeridad del alma en el nuevo pueblo norteamericano, no tienen reflejo alguno en las páginas de *Leaves of Grass*. Walt Whitman es un iconoclasta. Desecha todos los escrúpulos religiosos y todos los prejuicios morales de sus antepasados. Él es hombre libre, casi salvaje, fuertemente primitivo, que deja a los instintos y a la naturaleza recobrar la plenitud de su dominio sobre la vida, sin que ninguna traba de un orden moral domine su ímpetu espontáneo y desbordado.

Con esta tendencia, claro es que Walt Whitman deserta la órbita en que ha venido girando durante siglos el pensamiento norteamericano. La tradición se ha mantenido viva allí, e inalterable, porque ella era a la vez el alma de la nacionalidad que había fundido en un molde único los diversos espíritus de tan opuestas razas. Porque es indudable que los puritanos han elaborado, y sólidamente, el alma del pueblo yanqui. Su acción es religiosa en el siglo XVII, después políti-

ca en el siglo XVIII, más tarde intelectual y literaria en todo el siglo XIX.

Hay algunos escritores que desertan este movimiento rectilíneo del puritanismo, como Edgard Poe. Por eso, a pesar de sus talentos extraordinarios, los Estados Unidos, le conceden una paternidad condicional, y con frecuencia negada. Y en ese punto, ya que la deserción es completa, se niega en redondo el norteamericanismo de Whitman.

Para comprender la preponderancia dominadora y hasta tiránica del puritanismo en la vida y en las letras de los Estados Unidos, considerándosele como la esencia legítima del vivir nacional, basta leer el libro profundo de Schalck o las páginas psicológicas de Nevers.

Esto en cuanto al fondo. Lo mismo acontecía en punto a la modalidad artística en que Walt Whitman se expresara. ¿Qué relación puede haber entre el poeta de *Leaves of Grass*, desordenado, tumultuoso, rebelde al ritmo ondulante y a la rima exquisita, y el poeta Lowell, más que clásico, académico, acaso en la construcción de sus versos admirablemente impecable? ¿Qué parentesco encontrar entre ese Walt Whitman, instintivo, brutal si se quiere, y ese Longfellow, refinado, sentimental, de un subjetivismo y de una sensibilidad quintaesenciados? Ninguno. Acaso porque Walt Whitman no entronca en esa tradición literaria se ha negado su americanismo. Y acaso, por esa razón, ningún poeta sea, como él, tan solariegamente indígena. Lowell sufre la influencia de los grandes poetas ingleses de su tiempo, lo mismo que Longfellow la de los poetas alemanes. Estas influencias extranjeras son bien

marcadas en las letras norteamericanas. Bret Harte procede de Dickens, como Irving de Goldsmith y Cooper de Walter Scott.

“Lo que la Biblia fué para los puritanos, el Libro de la Vida —escribe acertadamente un crítico,— lo sigue siendo la literatura inglesa para nosotros, y toda la literatura norteamericana no es, en el fondo, más que un suplemento de aquélla”.

Es exacto el juicio. Claro es que se había intentado encarnar en la literatura el alma yanqui. Fueron un ensayo de epopeya indígena los *Biglow Papers* de Lowell y el *Hiawatha* de Longfellow. Pero quedan reducidos esos ensayos a manifestaciones de un simple carácter literario. El alma americana, plena, con el calor de la tierra nativa y con el ímpetu de la raza originaria, no se manifestó hasta que apareciera *Leaves of Grass*, el libro prodigioso de Walt Whitman.

“Walt, con su libro —escribe su comentarista francés Bazalgette, que ha consagrado al gran poeta un estudio definitivo,— parecía llegar a punto para responder a los anhelos que, de todas partes, sugerían, sin poderlo definir, ese algo nuevo e indígena, cuya necesidad atormentaba el alma americana. Y helo ahí: él apareció tan nuevo y tan indígena y las *Hojas de hierba* encarnaron la idea que flotaba en el aire de una manera tan ruda, tan adecuada y verdadera, que nadie la quiso reconocer, y que el libro fué protestado por todos o por casi todos, salvo el gran Emerson, quien nunca como en esta ocasión demostró mejor las facultades adivinatoras de la naturaleza.”

Hay otros críticos que niegan a Walt Whitman su americanismo, porque ha prescindido del color local.

Creo que ese elemento artístico tiene un valor muy relativo. Además, está siempre al servicio de los costumbristas en la novela o en el cuento. Yanqui es *The rise of Silas Lapham*, de Howell, porque en ese libro se refleja la vida social de Boston; yanqui es *The Octopus*, de Frank Norris, cuyas páginas son bocetos al natural de tipos y costumbres californianos; yanqui es *The Gentleman from Indiana*, de Booth Tarkington, escenas campesinas del Far West; yanqui *The House of Mirth*, de Edith Wharton, que describe los hábitos, preocupaciones y ridiculeces de la elegante sociedad neoyorkina.

Pero, toda esa literatura tiene un valor secundario. El alma yanqui, mejor dicho americana, en toda su plenitud y complejidad de ideas y sentimientos, hay que ir a buscarla entre los versos de Walt Whitman.

Claramente dice el propio poeta en el prólogo de *Leaves of Grass*:

“Los poetas americanos deben abrazar lo viejo y lo nuevo, porque América es la raza de las razas. La expresión del poeta americano debe ser nueva y trascendental; indirecta y no directa, descriptiva y épica.

“A través de estas dotes deben desenvolverse algunas otras. Si cantan simplemente los siglos y las guerras de otras naciones, que ilustren los caracteres y las eras de aquéllos y que el verso entrañe todo ese contenido. No así el gran salmo de la República. Su tema es creador y tiene su objetivo. Aunque se marchite cualquier cosa sobre lo externo de las costumbres, de la disciplina y de la legislación, no por eso se marchitará el poeta.

“La disciplina no lo domina; es él quien la domi-

na; estando en alto, no al alcance de la mano, despide una luz concentrada; estando parado, se burla de los más rápidos corredores, y fácilmente los avanza y conquista. Si el tiempo se desvía hacia la incredulidad, lo ficticio y lo divisorio, él permanece firme en su gallarda fe. La fe es el antiséptico del espíritu, que se infiltra en las venas de un pueblo y lo conserva, porque no renuncia nunca a creer, a esperar y a confiar”.

Y defendiendo la estética de su famoso libro, hubo de hacer esta declaración:

“Un hombre de “salud perfecta” representa que ha consagrado su vida a la obra de cantar el nuevo mundo en un Canto Nuevo —no solamente nuevo en espíritu, sino nuevo en la letra, en la forma. Para él, América no significa una segunda edición, una adaptación de Europa; ella no se contenta simplemente con una nueva teoría y práctica de la política, sino que, por encima de su política, y más importante que ella, necesita inaugurar nuevas concepciones, infinitamente más generosas y comprensivas, de la sociología, de la literatura, de la religión y del compañerismo”.

¿No hay, en esas ideas y en esos propósitos de un poeta, no ya una innovación, sino toda una revolución?

La originalidad de Walt Whitman no hay quien la niegue. Todos los críticos la afirman, desde Bucke a John Addington Symonds, entre los anglosajones; desde Sarrazín a Bazalgette, desde Guilbeaux a Nencioni, entre los latinos. En los largos estudios que han consagrado al bardo de Long-Island, destácase, como una personalidad nueva, sin enlace con sus antecesores, adelantándose a los tiempos y cantando un ideal de las de-

mocracias futuras que han de realizar y vivir los pueblos de mañana, la del poeta que escribiera *Leaves of Grass*.

La frase de Emerson define al poeta. “Es un monstruo —decía el filósofo de Concordia— que tiene unos terribles ojos y una fuerza de búfalo, y que es indiscutiblemente norteamericano”.

Para conocer al poeta en Walt Whitman, conviene conocer antes al hombre. Es el procedimiento crítico de Saint Beuve, que en este caso, muy especialmente, es indispensable.

No es necesario, para contar la vida de Walt Whitman, acudir a sus biógrafos, ni a Binns ni a Donaldson.

El propio Whitman trazó su autobiografía en su libro *Prose Works*.

Nació en Long Island, y en el cortijo de West-Hills. Su padre fué el carpintero Walter Whitman y su madre Luisa Van Velsor. Toda su ascendencia la componían campesinos, artesanos, navegantes, pobres trabajadores manuales, gente de mar y tierra.

Yo salgo del pueblo con su propio espíritu

pudo el poeta decir más tarde, orgulloso de su abuelo.

Los Whitman, que habitaban la *farm-house* de West-Hills desde hacía mucho tiempo, eran todos de la más pura raza inglesa. Los Van Velsor, que cultivaban el cortijo de Cold Spring, procedían de los primitivos colonos holandeses, los cuákeros emigrados que especialmente se habían consagrado, por tradición familiar, a la cría de caballos.

Cómo era esa familia del poeta, El mismo lo cuenta.

“Después de cuarenta años de ausencia, he venido a pasar una semana en Long Island, en el lugar donde he nacido, a 50 kilómetros de Nueva York. He recorrido los antiguos sitios familiares, mirando, soñando y deteniéndome mientras lo recordaba todo... Ahora escribo estas líneas sentado en una vieja tumba (que tiene más de un siglo), sobre el montículo funerario de numerosas generaciones de Whitman. Se puede reconocer fácilmente más de cincuenta tumbas, y otras tantas están en ruinas y deterioradas. Montículos con excavaciones, piedras rotas, cubiertas de musgo; el montículo es amarillo y estéril, con algunos castaños en la orilla y con un silencio únicamente turbado por el suspiro del viento. Hay siempre la más profunda elocuencia de sermón o de poema en todos estos viejos cementerios que Long Island posee en tan gran número. ¿Qué significa éste, entonces, para mí? La historia entera de mi familia, con sus eslabones sucesivos, desde el primero que se instaló hasta el presente, está aquí escrita; tres siglos se encuentran sobre este puñado de tierra estéril.

“El día siguiente, 30 de julio, lo he consagrado al país de mi madre y me he sentido aún más impresionado, si es posible. Escribo estas líneas sobre el montículo de los Van Velsor, cerca de Cold Spring, el más significativo campo de los recuerdos que se puede imaginar, sin el más leve auxilio del arte, pero superando a éste en mucho: un suelo estéril, una llanada casi por completo desnuda, formado por la cúspide de un monte y rodeado de matorral, de grandes árboles

y de bosque espeso; un lugar muy primitivo, escondido, sin visitantes, sin caminos... unas cuarenta o sesenta tumbas muy visibles; otras tantas casi borradas. Mi abuelo Cornelio y mi abuela Amy, así como numerosos parientes próximos y lejanos, por parte de mi madre, están enterrados aquí. El escenario, mientras estaba en pie o sentado, el olor delicioso y salvaje de la floresta, una lluvia menuda que caía, la atmósfera de emoción del lugar y los recuerdos que evocaba, eran un acompañamiento apropiado.”

¿Cómo era el rincón nativo?

Sigamos al propio Walt Whitman:

“Del lado acá de las barras o peñascales, la bahía del Sur es relativamente poco profunda; durante los inviernos crudos, un hielo espeso cubre su superficie. Cuando era niño me aventuraba muchas veces, en esas sábanas heladas, en compañía de uno o dos de mis camaradas, con un pequeño trineo, un hacha y un tridente para coger un plato de anguilas. Abríamos hoyos en el hielo, y, en ocasiones, encontrábamos un montón de anguilas con que llenar nuestros cestos. El lugar mismo, el trineo que arrastrábamos, los hoyos que abríamos, el arponaje de las anguilas, eran, naturalmente, de esos solaces que más agradan a la niñez. Las riberas de esta bahía, en verano e invierno, y todo cuanto he hecho en mi juventud, están en mis *Hojas de hierba*. Una diversión que me placía mucho, era bajar a la playa para recoger huevos de gaviotas.

También he conocido muy bien la extremidad este de Long Island, la región de Peconic Bay —más de una vez he estado en barco alrededor de la isla Shelter y hasta en Montank,— y he estado en el punto ex-

tremo sobre la colina de la Tortuga, cerca del viejo faro, contemplando el rodar incesante de las olas del Atlántico. Gustábame ir allá abajo para fraternizar con los pescadores de *blue-fisch* o en compañía de los dueños de bars. Algunas veces, a lo largo de la península de Montank —que tiene seis leguas, con buenos pastos,— encontraba los boyeros hirsutos, medio salvajes, que por aquel tiempo vivían lejos de todo contacto con la sociedad y la civilización, ocupados en guardar, sobre esos prados, inmensos rebaños de caballos, bueyes y carneros, que pertenecían a los ricos cultivadores de las ciudades del Este. Algunas veces también, algunos indios o mestizos que habitaban todavía por entonces la península de Montank, y que ahora creo han desaparecido por completo.

Hacia el centro de la isla se extendían las llanuras de Hempstead, que eran por entonces praderas rasas, inhabitadas, más bien estériles, a pesar de ser abundantes en magníficos pastos para animales, la mayor parte vacas de leche, que se apacentaban allí a centenares, millares tal vez, y que, al atardecer, se las podía ver tomar el camino del establo, bifurcándose, sin equivocarse, en el sitio donde era necesario. Muchas veces me he encontrado en esas llanuras al ponerse el sol, y veo aún con la imaginación la interminable procesión de las vacas, y oigo la música de los cencerros tintinar lejos o cerca, aspiro la frescura del aire de la tarde, delicioso y levemente aromático, y contemplo la puesta del sol.

A través de la misma región de la isla, pero más al Este, se extendían vastos espacios, cubiertos de iberos y robles talados (se hacía carbón en gran canti-

dad), monótonos y estériles. Pero yo he pasado allí muchos días agradables errando entre esas veredas solitarias, respirando un perfume especial y salvaje. En esa región, lo mismo que a través de la isla entera y a lo largo de sus riberas, he pasado momentos de mi juventud durante muchos años en todas las estaciones, algunas veces en barco, ordinariamente a pie (por entonces era yo buen andador), observando la campiña, las riberas, los incidentes marítimos, los tipos, los hombres de la habia, los labriegos, los pilotos —siempre he tratado mucho a estos últimos, así como a los pescadores.—Todos los veranos me iba allí para hacer excursiones en barca, porque siempre he gustado las playas desnudas del Sur, y allí he vivido algunas de las horas más felices de mi vida hasta este momento.

Al escribir esto evoco mis impresiones, tras un paréntesis de más de cuarenta años: el rumor adormecedor de las ondas y el olor salino; mi vida de muchacho, la busca de *clams* con los pies desnudos y los pantalones remangados, la barca que varaban en la playa, el perfume acre de la marisma, la barca cargada de heno, la olla de pescado y las partidas de pesca”.

Y, por último, físicamente, ¿cómo era este hombre? También Whitman se ha descrito en estos trazos: “Yanqui de nacimiento, con salud a toda prueba, el cuerpo perfecto, sin defecto alguno desde los pies a la cabeza, no habiendo conocido nunca ni la jaqueca ni la dispepsia, ni habiendo usado una sola vez medicamentos; bebedor nada más que de agua; nadador en el río, en la habia o a orillas del mar; erguido y andador a paso lento; un modo de ser indescriptible, en que se mezclan la indiferencia y el desdén; de amplias pro-

porciones y pesando ciento ochenta y cinco libras; de treinta y seis años de edad (1855); la tez de un rojo transparente, la barba corta y con canas, los cabellos como el heno cuando, después de haber segado la hierba en los campos, se recoge mezclado para separar el heno; el rostro, ni refinado, ni inteligente, pero tranquilo y sano —el rostro de un animal sin afectación—, rostro que absorbe el sol y acepta el salvaje y el hombre como es necesario, bajo un mismo pie de igualdad; rostro de uno que come y bebe y que es un rudo amante; rostro de imperecedera amistad y de indulgencia para con los hombres y las mujeres, y de un ser que ha sido correspondido muchas veces con iguales sentimientos; un rostro con dos ojos grises, donde duermen la pasión y la altivez, y en el fondo la melancolía, un espíritu que se entrega alegremente al mundo.”

Ese rincón abrupto y medio salvaje de Long Island; esa familia de labriegos, artesanos y marineros; ese medio ambiente rudo y fuerte, en que nace y se forma Walt Whitman, tenían que dar un hombre y un espíritu primitivos. Por más que su pensamiento se educa, se disciplina y se eleva, queda siempre adherido, con indestructible raigambre, a la naturaleza salvaje, a la vida simple, a las ideas primitivas y al mismo tiempo fundamentales. El gran poeta de *Leaves of Grass*, a pesar de sus talentos y de sus triunfos literarios que le abrían fácilmente otras esferas sociales y le deparaban otras condiciones de existencia, permaneció siempre fiel a la humildad de sus orígenes. ¿Por qué? No fué ciertamente por vocación a la bohemia, ni por espíritu de excentricidad. Nada de eso. Fué por un imperativo de su naturaleza y hasta por una perfecta

adaptación de su mentalidad. El poeta de la fuerza tenía que cultivar la fuerza; el cantor de las grandes masas humanas, sin individualidades de relieve —héroes, santos, sabios,— sino de las muchedumbres en su simplicidad admirable, tenía que vivir en contacto íntimo y directo con esas masas tumultuosas, cuya alma, mejor que ninguno sintiera y exaltara”.

¿Cuáles fueron sus ocupaciones? Le vemos trabajando unas veces de carpintero, otras de maestro de escuela, luego de periodista y de tipógrafo. Su trato no es con gente *d'élite*. Frecuenta los cocheros, albañiles, marineros, labriegos. Cierta que va a nutrirse de ideas en las bibliotecas, donde adquiere en los libros, una sólida y enciclopédica cultura; cierto que va a los teatros, apasionado de la música, donde su temperamento artístico se temple y se afina. Pero necesita también conocer de cerca la vida. Y en curioso observador, visita tabernas, fábricas, mataderos, astilleros. Y además gusta de sentir palpitar el corazón de la multitud, y por eso se pierde en las calles rebotando gente; asiste a las salas de *meeting*, a las carreras de caballos, a las bodas populares, a las partidas en barca, a todas las fiestas públicas que congregan la plebe.

“Como los grandes vagabundos de la literatura —escribe a propósito Balzage, — los Hamsun, los Gorki, los London, pero con un instinto mucho más rico y en proporciones incomparablemente más amplias, él conoció toda la vida, él la ha vivido osadamente, antes de expresarla. El ha sido una de las partículas activas del gran todo que cantará más tarde. La democracia del Nuevo Mundo, con su rudeza, su diversidad, sus inclinaciones claras o tenebrosas, su im-

petu arebatado, estaba en camino de *encarnar* en un individuo salido de ella, de crear su tipo y su representante”.

Por la simplicidad se ha querido ver en Walt Whitman el tipo del “hombre-naturaleza” de Rousseau. Pero *the excessive sentimentalism of Rousseau* —frase de Stanton— *would constitute a patent difference*. Y es verdad, no hay parentesco entre el *Emile* de Rousseau y el libro *Leaves of Grass* de Walt Whitman. El artificioso amor a la naturaleza, que se refleja en el filósofo, es verdad íntima y profunda, sentimiento sincero en el gran poeta americano. No se trata de un convencionalismo abstracto, sino de un sentimiento vivo y actuando. La sencillez primitiva, el hombre libre de toda preocupación, viviendo plenamente la existencia, es una completa realidad en Walt Whitman. El poeta es el hombre. Y el hombre es el poeta.

Amén de este sentido atávico, que le representa como un ser de pretéritas edades primitivas, en comunión constante con la madre naturaleza, como lo estuvieron los primeros pobladores del mundo, los *Children of Adam*, el poeta no sólo canta, porque los comprende y los siente todos los progresos que a la hora presente ha conquistado el genio y la actividad humana; sino que tiene además una espléndida visión de la edad de lo “no realizado”, los progresos de los futuros pueblos sobre la tierra.

Y no sólo canta los progresos espirituales, sino también los adelantos materiales. Comprende que en el mundo moderno ha surgido otra belleza, anteriormente desconocida, y que de sus entrañas, ha surgido una poesía completamente nueva. Comprende el vértigo, y

exalta la emoción de la máquina. Comprende el tráfico en su intensidad y en su expresión, que hace circular la vida, como la sangre en las venas crea y ordena la vitalidad humana.

Y en este sentido, Walt Whitman es un innovador. Después ha aparecido, siguiendo esa huella, aunque con inspiración propia, Verhaeren, el gran poeta belga de las *Villes Tentaculaires*; orientación que, lamentablemente, ha encontrado eco también en las extravagancias del poeta *futurista* Marinetti. El autor de *Les forces tumultueuses* sí ha seguido el rastro inmortal del maestro. Verhaeren ha cantado también las muchedumbres inquietas, activas, enfebrecidas, que gesticulan en el "Music-Hall", que grita en las Bolsas, que se mueve con ronco rumor en los grandes bazares, en campos, fábricas y talleres.

Y en estos versos lapidarios parece que toma voz la humanidad entera:

*O race humaine aux astres d'or nouée
as-tu senti de quel travail formidable et batant
soudainement, depuis cent ans,
la force immense est secouée?*

Walt Whitman es un producto espontáneo de su época, la concreción espiritual de la civilización contemporánea. Verbo de la democracia y cantor de los hombres de acción, su lugar de nacimiento tenía que estar en los Estados Unidos, donde un pueblo nuevo despertábase con un espíritu también nuevo. Es una coincidencia significativa que nazcan al mismo tiempo, y en el propio solar nacional, Emerson y Walt Whitman. El uno filósofo y el otro poeta. Lo que el uno razo-

na, el otro lo exalta. Hay entre ellos paridad de ideas. Se complementan y se funden. Y ¡cosa rara!, a pesar de esta coincidencia, nada los ha puesto en contacto. Ya habían señalado cada cual su personalidad y exteriorizado sus ideas, cuando se conocen. Walt Whitman reconoce la grandeza mental del filósofo de Concord; Emerson saluda la magnificencia genial del poeta de Brooklyn. “El uno sale de las esferas del espíritu; el otro, de la vida vívida”. La procedencia marca la diferencia. No tienen más punto de contacto que el ambiente intelectual en que recogen sus ideas. Y el uno escribe sus *Essays*, henchidos de un sentido filosófico innovador, y el otro escribe sus *Leaves of Grass*, donde se siente el hálito de una poesía nueva.

¿Qué expresó este poeta? ¿Qué ideas y qué sentimientos están contenidos en las páginas de ese libro de versos, formidable trabajo de treinta y cinco años de labor, obra de toda una vida, el único que escribiera el hoy célebre bardo de Manhattan?

Exalta, ante todo, su personalidad. Canta su propio “Yo”:

“Yo me celebro y yo me canto;—y lo que yo me atribuyo, quiero que vosotros os lo atribuyáis;—porque cada átomo que me pertenece, pertenece también —á vosotros.”

Cuando su espíritu deja de observar introspectivamente, y sale a ver lo exterior, vuelve a encontrarse en todo. Y ve en la tierra su imagen:

“Tierra, imagen mía.—Aunque pareces tan impasible allá abajo en tu amplitud—y tu redondez—Sospecho ahora que eso no es todo;—Sospecho ahora que hay en ti algo de salvaje que es susceptible de esta-

llar,—porque un atleta se ha enamorado de mí y yo de él;—pero en él hay algo de salvaje y en mí de terrible, susceptible de estallar.—No me atrevo a divulgar esto en palabras, ni siquiera en estos cantos.”

Este sentido materialista, esta convicción de la realidad, la acentúa más tarde en estas estrofas:

“Esta sombra, imagen mía que va y viene buscando su vida—charlando, titubeando;—Qué de veces me quedo sorprendido viéndola escaparse;—Que de veces me pregunto, con dudas, si ella es realmente yo;—Pero cuando estoy entre mis amigos o cuando trazo estos cantos;—¡Oh, nunca dudo que ella no sea realmente yo!”

“He visto un roble que crecía en Luisiana;—Alzabase enteramente solitario, y el musgo colgaba de sus ramas;—Crecía allá sin compañía alguna, desplegando alegres hojas de un verde oscuro;—Y su aire de rudeza, de inflexibilidad, de vigor, me ha hecho pensar en mí mismo;—Pero, yo me he preguntado cómo podía desplegar alegres hojas, solitario como se hallaba, sin tener junto a él su amigo, porque sabía que yo no podía.”

En esa imagen está reflejada la complejión espiritual del poeta. Es un amante de la Naturaleza, pero es también un apasionado de los hombres. No puede ser un solitario. La contemplación y el contacto con la madre tierra, su imagen, lo fortifican; pero necesita el contacto humano, la comunión íntima con las multitudes. Su oído se complace en los rumores de la Naturaleza, la música del agua, el son del viento; pero su espíritu, alerta, siempre en escucha, necesita oír otras voces, las que vienen del tumulto de la vida, la que ex-

presa las angustias, las alegrías, los anhelos infinitos de la gloriosa estirpe humana.

“Yo oigo los aires de bravura de los pájaros, el rumor del trigo que crece, el murmurio de las llamas, el ruido de los tizones que cuecen mi comida;—Yo oigo el sonido que yo adoro, el sonido de la voz humana;—Yo oigo todos los sonidos que ruedan juntos, combinados, fundidos o sucesivos;—Rumores de la ciudad y fuera de la ciudad, rumores del día y de la noche;—Los niños que charlan con los que los aman, el reír clamoroso de los obreros al comer;—El tono grave y colérico de la amistad rota, la voz débil de los enfermos;—El juez, las manos agarradas a su pupitre, pronunciando con sus labios lívidos una condena a muerte;—El *ho-ho-hisque* de los estibadores descar-gando sobre el muelle los navíos, la canción de los que leván anclas.”

Con un pensamiento abierto al viento de todas las ideas y con un corazón que siente todas las emociones, necesariamente tenía que darse en Walt Whitman, por la amplitud y por la universalidad de sus motivos de inspiración, un gran poeta que llevase la voz de su raza y de su siglo, y acaso y sin acaso de todas las edades y de todos los pueblos. Nada, ni en la naturaleza tan variada ni en el mundo de los espíritus tan complejo, deja de tener un eco de simpatía y una profunda repercusión en el alma inquisitiva y, a la vez, enormemente sensible de Walt Whitman.

Así exclama:

“Yo soy el poeta del cuerpo y yo soy el poeta del alma;—Los placeres del cielo van conmigo igual que las torturas del infierno;—Los primeros yo los injer-

to en mí y me los apropio; los segundos yo los traduzco en un lenguaje nuevo.

—

Yo soy el poeta de la mujer lo mismo que del hombre;—Y digo que es tan excelso ser mujer como ser hombre;—Y yo digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres.

—

“Yo canto la canción de la expansión y del orgullo;—Nosotros hemos bajado demasiado la frente y demasiado implorado;—Yo demuestro que la grandeza no es más que desenvolvimiento.

—

.....

Sonríe, ¡oh tierra voluptuosa, al hálito fresco!
¡Tierra de los árboles adormecidos y vaporosos!—
¡Tierra del sol ya ido;—¡Tierra de montañas con la cúspide perdida entre las brumas!

.....

Sonríe, porque tu amante está cerca.

Pródiga, tú me has dado tu amor, y por eso yo te doy mi amor!—¡Oh, amor indecible y apasionado!”

Y más adelante dice:

“¡Tu mar! También me abandono a ti,—adivino lo que me quieres decir,—miro desde la playa tus dedos curvados que me invitan,—pienso que rehusas de retornar sin haberme tocado;—Es necesario que demos una vuelta juntos, me desnudo, llévame en seguida y que pierda de vista la tierra;—recíbeme sobre tus co-

jines muelles, duérmeme con el cuneo de tus ondas,—salpícame de líquido amoroso, yo puedo corresponderte.

.....

Mar de la sal de la vida y de las tumbas que ninguna pala ha explorado, sin embargo, siempre prontas,—que grita y rompe las tempestades, mar caprichosa y deleitable;—Yo soy consustancial contigo, yo soy también el ser de una sola fase y de todas las fases.

—

Yo tengo también flujo y reflujo; yo exalto el odio y el amor,—yo exalto los amigos y aquellos que duermen el uno en brazos del otro.”

En la adoración del cuerpo humano pone Walt Whitman todo el cálido entusiasmo de un clásico. Para él, la figura del hombre, con sus líneas esculturales, con su musculatura recia, con su torso fornido, constituye la belleza extrema. En este punto hay en el poeta de *Leaves of Grass*, resabios del espíritu primitivo, todo el hálito inmortal del paganismo. Aun amando la desnudez, en su majestad soberana, en su simplicidad solemne, sin prejuicios ni morbosidades, se mantiene casto, en castidad ponderada y bellamente artística.

“El del hombre es perfecto, y el de la mujer es perfecto”, dice refiriéndose al cuerpo humano.

De cualquier modo que lo contemple, en cualquier actitud que lo sorprenda, siempre encuentra líneas admirables, una plástica escultural prodigiosa. El nadador que hiende las aguas, los remeros en la barca, el muchacho escardando el maízal, el cochero que guía un

trineo, encantan a este adorador de la forma, heleno superviviente de edades pretéritas, último pagano.

“Sí; todo esto yo lo adoro,—yo me ensancho, yo paso libremente, yo reposo sobre el seno de la madre con el niño,—yo nado con los nadadores, yo lucho con los luchadores, yo marchó en fila con los bomberos, y como ellos yo me detengo, yo escucho, yo calculo.”

Y ahora la forma femenina:

“Una aureola divina la circunda de la cabeza a los pies.—Ella atrae con una furiosa atracción irresistible.—Yo me siento aspirado por ese hálito como si yo no fuese más que un impotente vapor, todo desaparece, salvo ella y yo.

.....

La mujer encierra todas las cualidades y las combina,—ella está en su sitio y se mueve con un equilibrio perfecto,—ella es todas las cosas veladas como es necesario, ella es a la vez pasiva y activa,—ella está hecha para concebir hijas lo mismo que hijos, e hijos lo mismo que hijas.”

Llevado de ese entusiasmo, tiene para el cuerpo humano, junto con la admiración más honda, el más reverente respeto.

Así exclama:

“El cuerpo del hombre es sagrado y es sagrado el cuerpo de la mujer.—Poco importa a quién pertenezca— aun cuando sea del más plebeyo de este equipo de cargadores—o el de uno de esos inmigrantes embrutecidos que acaban de desembarcar en el muelle,—cada uno es de aquí o no importa de dónde, igual que el ri-

co, lo mismo que vosotros;—cada uno o cada una tiene su sitio en el cortejo.”

Luego, aguijado por el instinto de la vida, de la perpetua renovación, describe los dos tipos perfectos de la especie humana:

*Without shame the man I like knows and avows the delicious
(ness of his sex,*

Without shame the woman I like knows and avow hers.

Now I will dismiss myself from impassive women,

*I will go stay with her who waits for me, and with those women
(that are warm-blooded and sufficient for me;*

I see that they understand me, and do not deny me;

*I see that they are worthy of me.—I will be the robust husband
(of these women*

They are not one jot less than I am,

They are tanned in the face by shining suns and blowing winds,

Their flesh has the old divine suppleness and strength,

*They know how to swim, row, ride, wrestle, shoot, run, strike,
retreat, advance, resist, defend, themselves,*

*They are ultimate in their own right—they are calm, clear, well-
(possessed of themselves*

I draw you close to me, you women!

I cannot let you go, I would do you good.

*I am for you, and you are for me, not only for our own sake,
(but for others'sake;*

Envelop'd in you sleep greater heroes and bards,

They refuse to awake and the touch of any man but me.

Después de cantar al individuo, Walt Whitman, elevando el espíritu, extendiéndolo como si quisiera abarcarlo todo, canta la colectividad.

El hombre es admirable, pero la estirpe humana es el compendio de todas las grandezas.

La atracción individual de los seres fundirá el universal amor colectivo.

“Sí; yo haré el continente indisoluble,—yo formaré la más espléndida raza sobre la cual haya brillado el sol;—yo formaré divinas tierras magníficas,—con el cariño de los camaradas,—con el cariño para toda la vida de los camaradas.

Yo plantaré el compañerismo tan junto como los árboles a lo largo de todos los ríos de América y de las orillas de los grandes lagos, y sobre la superficie entera de las praderas.—Yo haré inseparables las ciudades, los brazos de la una echados al cuello de la otra,—por el cariño de los camaradas—por el viril cariño de los camaradas.

Para ti estos poemas que han salido de mí, ¡oh, Democracia!, ¡para servirte, mujer mía!—Sí; es por ti por quien yo entono estos cantos.”

En ese mundo nuevo, creado sobre la fraternidad humana, piensa y sueña el poeta.

Es el gran ideal de todos los pensadores y el gran sueño de todos los poetas. Todos los espíritus, verdaderamente excelsos, han suspirado por hacer una gran familia de toda la inmensa familia humana. Los redentores dieron por ese ideal su sangre, otros le consagraron toda su acción, y otros sus amores y pensamientos.

¿Cómo, pues, esa vieja voz, que va corriendo por el mundo durante tantos siglos, no había de tener una profunda repercusión en los cantos de este poeta nuevo? ¿No sigue siendo ese ideal, hasta ahora inasequi-

ble, el ideal de los pueblos actuales y de las futuras generaciones?

¡La confraternidad! Ella opera los grandes milagros, funde las razas, borra las nacionalidades, pretende hacer de todos los pueblos un solo pueblo.

“Cuando leo el relato de la gloria conquistada por los héroes, y de las victorias de los más famosos generales, no envidio los generales,—ni el Presidente en su palacio presidencial, ni el ricacho en su espléndida residencia;—pero, cuando me hablan del fraternal afecto de ciertos amigos, lo que fueron el uno para el otro;—cómo a través de la vida, a través de los peligros, del odio, él se ha mantenido invariable durante años y años;—cómo, a través de la juventud, a través de la madurez y la ancianidad, permanecieron ellos, sin desfallecimientos, afectuosos y fieles,—entonces me pongo pensativo.—Me alejo a prisa, lleno el corazón de la más amarga envidia.”

Como su sentimiento es hondo, su visión es amplia. Para él no hay razas; no hay más que humanidad. Para él no hay naciones, sino el mundo. Las clases sociales no existen, ni pobres ni ricos, ni infelices o desdichados. El bien y el mal los desconoce; el crimen y la virtud los ignora. Sólo siente la vida que palpita, y sólo comprende toda la humanidad que vive. Oye los clamores de los australianos persiguiendo el caballo salvaje, la vieja canción de los bateleros italianos, los psalmos que lee el hebreo, la voz del indio que enseña a sus alumnos, “los amores, las guerras, los preceptos sacados de poetas que han escrito hace tres mil años y trasmitidos íntegramente hasta nosotros”. Ve la tie-

rra, y, en ella, minúsculos cortijos, aldeas, ruinas, cementerios, prisiones, fábricas, palacios, cuevas, tiendas de nómadas; ve las cumbres del Himalaya, el desierto de Arabia, las aguas del golfo de Guinea, los navíos que surcan todos los ríos y cruzan todos los mares. Se siente ciudadano de todas las ciudades y de todos los países, lo mismo de París que de Melbourne, igual de Constantinopla que de Irkoutsk en la Siberia. Ve los parias adscritos a la gleba, los presos en las cárceles; ciegos, cretinos, jorobados, locos; ve piratas, ladrones, asesinos, negreros, niños abandonados, barbarie y civilización. Cada uno de estos seres posee sus derechos de hombre o de mujer sobre la tierra; cada uno debe participar de la tierra.

A todos, desde lo alto de una roca, el poeta grita:
"¡Salud al mundo!"

Y luego añade:

"Hacia vosotros todos, en nombre de América,— levanto alto y perpendicularmente mi brazo; yo hago la señal,—que debe, después de muerto yo, quedar para siempre visible desde todas las casas y los retiros de los hombres."

Esa visión amplísima pocos espíritus la han tenido con un generoso y ardiente cosmopolitismo. Esa es la razón por qué a Walt Whitman se le ha considerado como el poeta del porvenir. Sabía remontarse a las alturas, como el cóndor americano, para no ver de cerca la pequeñez del lugar y la minúscula miseria de los hombres, y sólo contemplar, con serenidad de alma superior, la extensión inmensa de la tierra y el rumor de vida de una humanidad que cumple sus destinos. Y de su corazón sale un acento largo, acaso ru-

do, pero en el fondo cálido y sensitivo, que baja a anunciar al mundo el próximo advenimiento de la ley del amor y el reinado por que se ha venido suspirando tantos siglos, a pesar de la sangre derramada que enrojece la tierra y acaso la fecunda y hace florecer, el reinado de la paz y de la confraternidad entre todos los hombres.



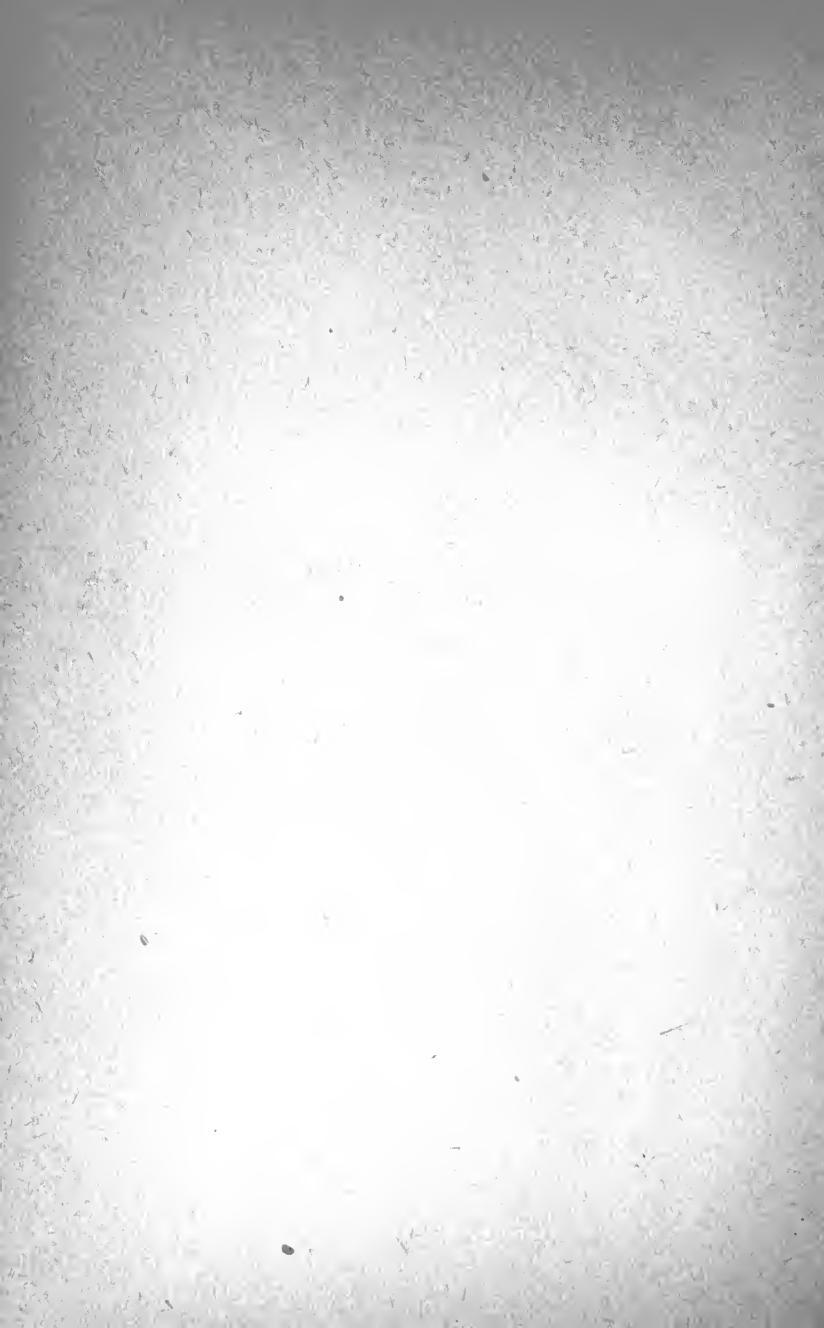
WALT WHITMAN

En su país de hierro vive el gran viejo,
bello como un patriarca, sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo,
algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;
son sus cansados hombros dignos del manto;
y con arpa labrada de un roble añejo,
como un profeta nuevo canta su canto.

Sacerdote, que alienta sopro divino,
anuncia en el futuro tiempo mejor.
Dice al águila: “¡Vuela!” “¡Boga!” al marino,
y “¡Trabaja!” al robusto trabajador.
¡Así va ese poeta por su camino
con su soberbio rostro de emperador!

RUBEN DARIO



WALT WHITMAN

Los poemas cuya adaptación castellana ofrezco a mis lectores fueron escritos entre los años 1854-1888. La primera edición de las Hojas de Hierba, en modesto in octavo, no pasaba de cien páginas. El mismo Whitman, en su condición de antiguo tipógrafo, compuso su propia obra. (1)

El poeta que nació en Long Island —isla situada frente a Nueva York— el 31 de mayo de 1819, tenía entonces treinta y cinco años.

Estimulado por los ensayos de Emerson, había soñado muchas veces en una forma lírica —capaz de descender a los más nimios detalles cotidianos y de remontarse a todas las plenitudes espirituales,— sin caer en la prosa ni en la poética tradicionales.

Era un anhelo análogo al que describe Baudelaire en el prólogo de sus Poemas en Prosa. La diferencia radica en los distintos temperamentos con que uno y otro tentaron su realización.

Cláusulas de ritmo clásico, y sobria adjetivación en el francés; frases grandilocuentes, redundantes y bárbaras en el americano.

Dicha forma no parecía tener más precedentes que

(1) *Leaves of Grass* (Nueva York), Broklyn 1855.

ciertas jaculatorias de misales, algunas páginas aisladas de Chateaubriand, las sentencias del Kempis, los axiomas de los grandes pensadores franceses —Pascal y La Rochefoucauld,— rápidos y musicales como versos, los versículos de la Biblia, y de los fragmentos de himnos órficos y védicos (1), tal como circulan en las traducciones de los idiomas modernos.

La “gran Idea” que Whitman se había forjado acerca de como debía ser el cantor de la democracia, no podía ser proyectada sobre las generaciones del nuevo mundo, después de deformarse a lo largo de las estrechísimas cañerías poéticas en boga.

Había que comenzar por romper los moldes de la métrica medioeval. Había que revolucionar el antiguo régimen de las retóricas, a fin de dar al intelecto americano la libertad de creación y de expresión, como otros le habían dado ya la libertad política y civil.

Para lograrlo era menester renunciar a la tradición poética europea; hacer tablarrasa de sus temas y de sus musiquillas verbales; volver a lo más antiguo, a lanzarse en lo desconocido...

Walt Whitman, guiado por su extraordinario instinto poético, remontó a las fuentes mismas de los grandes Evangelios, verdaderas canciones de cuna de las razas.

El “bardo de la democracia”, según él se consideraba, no era un poeta más. Debía ser el evangelista del

(1) Algunos poemas de Walt Whitman parecen escritos por la misma mano que grabara *El Bhagavat Glista*. En otros se manifiesta como una reencarnación de *Kalidassa*.

Continente en formación, creador de valores nuevos, héroe, profeta y compañero de los hombres. Guía de los guías, consolador de los afligidos, pánico de los déspotas, maravilla de los niños, encanto de los jóvenes, amigo de las esposas, consejero de los padres, glorificador de la vida y de la muerte.

Para él, vivir no es conservarse, según entendía Schopenhauer, ni defenderse para no perecer, como postula Darwin. Vivir es desarrollarse —no a expensas de los demás y de sí,— como diría Nietzsche un cuarto de siglo después, sino de sí. Y ya que la vida habitual arraiga en un substratum egolátrico tanto más absorbente cuanto más imperiosa es la personalidad —hacer de suerte que el altruísmo— ilumina sus más sórdidas profundidades.

Walt Whitman llevaba en sí el afán de vida y de amor que Wágner encarnó en Sigfrido. Su genio floreció en plena juventud el grano de la sabiduría que Fausto cosechara en la vejez; amar la vida sobre las imágenes de ella que se marchitan entre las hojas de los libros.

Preferir la sonrisa de la hija del guardián a los tesoros ocultos en los sótanos bancarios.

Proyectar de sí formidables amaneceres de soles para regocijo de las humanidades presentes y futuras.

Después de haber estudiado a los más grandes maestros de las edades, anhelar que ellos pudieran venir a su vez a estudiarle. Manifestarse en todo como un Dios.

*¹

* *

Acertar con la forma literaria adecuada al tono y a los múltiples sentidos de su "buena nueva" era fuerza ante la cual empalidecían todas las de Hércules.

Cuarenta años transcurrieron, densos, eléctricos, antes que Whitman moldeara definitivamente las intuiciones torrenciales y con frecuencia contradictorias de su genio.

Cuarenta años de luchas con el verbo y el ritmo, de variantes y de refundiciones incesantes.

*

* *

Diez ediciones de las Hojas de hierba vieron la luz en vida de Whitman. A cada nueva edición el libro crecía, se transformaba, tornábase de más en más monumental. Pero siempre era el mismo libro.

La idea niveladora, el amor por los hombres comunes, el ennoblecimiento de todas las variedades del profanum vulgus, la pasión de la Naturaleza y de la libertad humana, el culto religioso del trabajo manual, estallando en himnos a todos los oficios, la apoteosis del sensualismo fecundo y de la belleza física, centellean en sus poemas como la espada del Arcángel a la entrada del Paraíso perdido de Milton.

La música sinfónica que solivianta sus versículos es comparable a la de los más potentes acordes de Wágner.

Ciertos pasajes de algunos de sus cantos sobrepujan en brío y trascendencia a los más próceres de todos los tiempos. Sólo Nietzsche en el poema de Los

siete sellos alcanza la altura y el vuelo líricos del yanqui.

A pesar de su silencio al respecto, más de una vez he creído reconocer simientes de las Hojas de hierba reverdeciendo en las faldas de la montaña de Zaratustra.

Los poemas de Walt Whitman eran conocidos en Alemania antes de 1868. El poeta Freiligrath había ya publicado un estudio acerca del aeda democrático en la Allgemeinen Zeitung.

Nietzsche por esos días se hallaba en Leipzig. Aún no había sido nombrado profesor de filología en Bale (1869). Su primera obra, El origen de la tragedia, apareció en 1872; la Gaya Ciencia, en 1882; Aurora, en 1886; y la primera parte del Zaratustra la escribió en 1883. Las cuatro partes conocidas de dicha epopeya aparecieron de 1883 a 1886.

Según el plan de Nietzsche inserto en la edición de sus Obras póstumas (t. XII), el Zaratustra debía constar de seis partes. El capítulo final de la sexta parte corta del modo más completo el viejo nudo de sus contradicciones.

En él, Zaratustra anuncia a los hombres congregados a su alrededor que la lucha de clases ha concluído, lo propio que la moral de los dominadores. Afirma que en ese plano de la evolución, la especie humana tiene una sola tabla y un solo ideal. Tras reiterar su esperanza en la aparición del Superhombre, proclama su nueva fe: que la vida volverá a comenzar (1).

(1) Esta es la famosa idea del Retorno que Nietzsche creía

En seguida les pregunta: ¿Queréis todo eso una vez más? Todos contestan: ¡Sí! Y Zaratustra muere de alegría. En este extraño desenlace parece percibir más la influencia del numen democrático de Whitman, que la del gran Fichte, de Hölderin y de Emerson, autores predilectos de su juventud.

El cosmos yanqui era, en su vida y en su naturaleza, lo que el poeta germano había soñado ser: la fuerza y la dulzura, la belleza y el desinterés.

*

* *

Walt Whitman ejerció de enfermero voluntario durante la guerra de Secesión. En los hospitales de Wáshington contrajo la enfermedad que minando su organismo titánico degeneró en treinta años de parálisis.

Nietzsche fué también enfermero durante la guerra francoprusiana (1870-71). A las emociones de esa época y al abuso ulterior de cloral se atribuye la demencia que idiotizó sus últimos años.

*

* *

Ambos son, a mi juicio, los líricos máximos del siglo pasado. El alemán, con las limitaciones que le im-

haber sido el primero en imaginar (1881). Antes que él, Kievldeergaard había escrito: *El que desca recomenzar, ese es un hombre.* W. Whitman, veinte años antes, repite la misma idea, con leves variantes, en distintos poemas.

ponía su criticismo filosófico y las complejidades de su gran cultura clásica. El yanqui con los deslumbramientos de su trascendentalismo religioso y las ingenuidades de su augusta autodidaxia.

Aquél, concentrado y explosivo, a semejanza de los inflamables de los arsenales prusianos; éste, desbordante y por momentos monótono, como las cataratas de su patria.

A su lado, Hugo, Leconte de Lisle, Swinburne, Carducci, Junqueiro, Rapisardi, parecen poetas regionales. Poetas, en el sentido más convencional y europeo de la palabra.

La influencia de Walt Whitman es ya universal. Traducidas al italiano, al alemán, al francés, al castellano, sus imágenes y sus cópulas de adjetivos conservan el relieve primitivo. El verslirismo moderno es uno de los tantos efectos de su obra.

Mætterlinck y Verhaeren en Bélgica; Rapisardi; D'Annunzio, los "futuristas" en Francia; Laforgue, Viele Griffin y los "poetas sociales" en Francia; Miers, Rossetti, Carpenter, en Inglaterra; Unamuno, y quizá Alomar, en España; Darío y Lugones en América, le deben diversas y profundas sugerencias.

Yo podía haber seguido silenciosamente tan ilustres ejemplos sin exponerme a pasar por traduttore...

Me ha parecido más original correr este último albur...

*

* *

¿Qué importa el individuo si quien guía es el espíritu?

Canta el poeta.

¡Bendita sea la tempestad de su arte, si logra airear la atmósfera literaria hispanoamericana, tan recargada de emanaciones gallináceas!

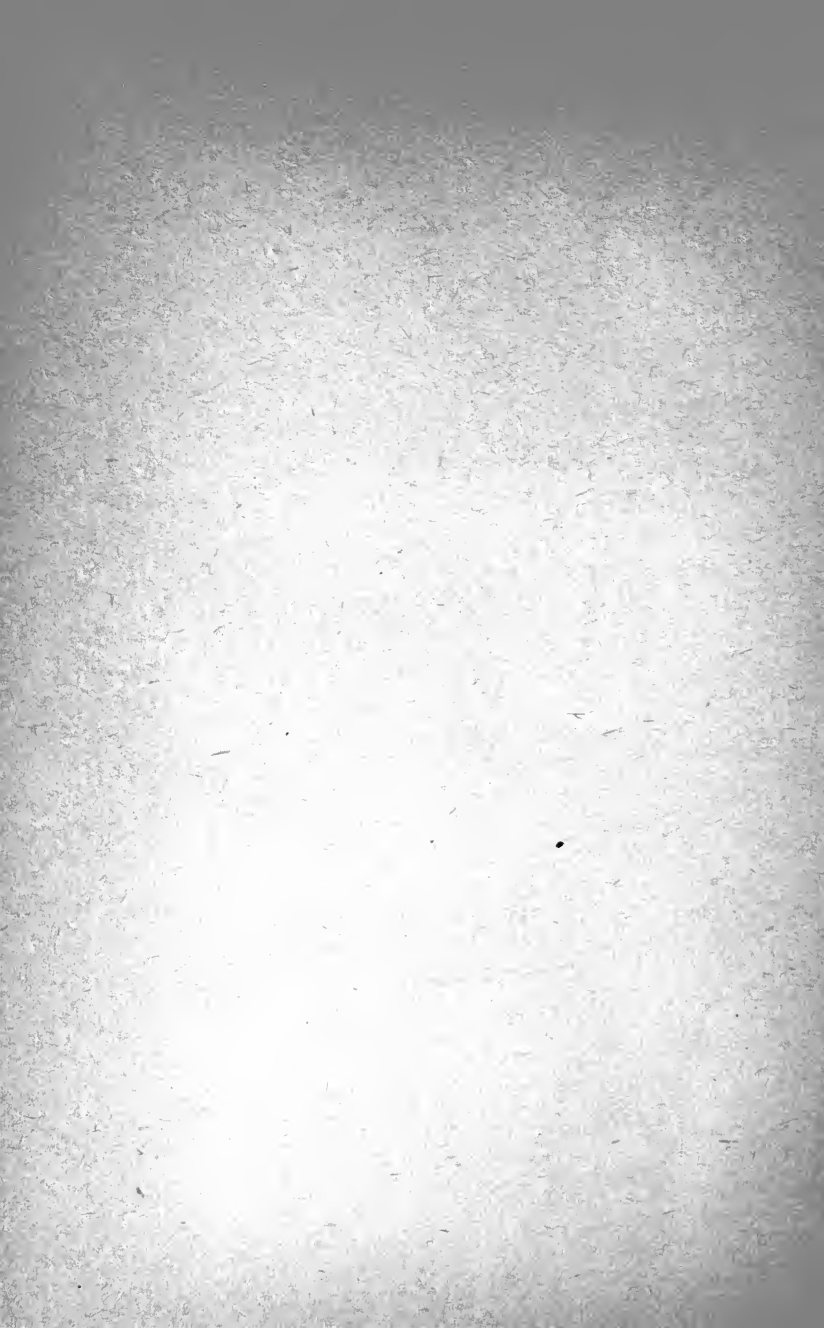
A. VASSEUR

San Sebastián, febrero de 1912.

Detrás de todo Adiós se oculta, en gran parte, el saludo de un comienzo nuevo.

Para mí, el Desarrollo, la Continuidad, la Inmortalidad, la Transformación, constituyen los temas y las significaciones capitales de la Naturaleza y de la Humanidad.

WALT WHITMAN



POEMAS

EN EL MAR, SOBRE LAS NAVES

En el mar, sobre naves alveoladas de camarotes,
El azul sin límites se extiende por doquiera,
Con los vientos que silban y la música de las ondas, de las
grandes imperiosas ondas;

O bien, en alguna barca solitaria, llevada por el denso mar,
O gozoso y lleno de fe, desplegando sus blancas velas,
En el barco que hiende el éter entre la espuma relampagueante
del día, o de noche, bajo las innumerables estrellas,

Quizá será leído por marineros jóvenes o viejos, como un recuerdo
de la tierra.

En plena concordancia con mi fin.

“He aquí nuestros pensamientos, los pensamientos de los que
navegan.

No es sólo la tierra firme la que aparece,
En este libro —podrán decir entonces—

También se extiende y arquea la cúpula del cielo; sentimos el
ondulante puente debajo de nuestros pies,

Sentimos la larga pulsación, el movimiento eterno del reflujo
y de la ola,

Los acentos de misterio invisible, las vagas y vastas sugerencias
del mundo oceánico, las sílabas líquidas que se derraman,
El olor, el ligero crujimiento del cordaje, el melancólico ritmo,

La perspectiva ilimitada, el horizonte fosco y lejano están aquí.

En este poema del Océano."

No titubees, pues, ¡oh libro! cumple tu destino.

Tú que no eres sólo un recuerdo de la tierra.

Tú que también eres como una barca solitaria, hendiendo el espacio, hacia un fin que ignoro, y no obstante llena de fe.

Navega tú también en conserva, con cada navío que navega.

Llévales mis cariños (para vosotros, queridos marineros, los he cerrado en cada una de estas hojas);

¡Marcha bien, libro mío! Desplega tus blancas velas, mi pequeña barca, sobre las olas imperiosas,

Prosigue tu cántico y tu marcha, lleva de mi parte,

Sobre el gran azul ilimitado de los mares,

Este canto, para todos los marineros y para todas sus naves.

A UNA LOCOMOTORA

¡Tú serás el motivo de mi canto!

¡Tú, tal como te presentas en este instante, entre la borrasca que avanza, la nieve que cae y el día de invierno que declina,

Tú, con tu armadura, tu doble y cadenciosa palpitación y tu convulsivo latir;

Tu cuerpo negro y cilíndrico, tus cobres brillantes como el oro, tu acero límpido como plata;

Tus pesadas barras laterales, tus bielas paralelas, cuyo vaivén anima a tus flancos a modo de lanzaderas;

Tu jadeo y tu gruñir rítmicos, que ora se agrandan, ora decrecen a la distancia;

Tu gran reflector fijado en medio de tu negro frontal;

Tus oriflamas de vapor que flotan, largas y pálidas, ligeramente purpuradas;

Las densas nubes negras que vomita tu chimenea;

Tu osatura bien ligada, tus resortes y tus válvulas, el vértigo de tus ruedas temblorosas;

A través de la tempestad o de la calma, ora rápidas, ora lentas, corriendo sin desfallecer.

Tipo del mundo moderno—emblema del movimiento y de la potencia—pulso del continente;

Ven a secundar a la musa, ven a amalgamarte en esta estrofa, tal como ahora te contemplo,

Con la borrasca y las ráfagas que tratan de rechazarte y la nieve que cae;

Con la campana que haces resonar para advertir tu paso durante el día,

Y por la noche, con las mudas linternas en tu frente oscilante.

¡Belleza de voz feroz!

Rueda a través de mi canto con toda tu música salvaje,

Con tus linternas oscilantes en la noche,

Con la risotada de tus locos silbatos que retumban despertándolo todo a semejanza de temblores de tierra;

Nada más completa que la ley que te rige, ni más recta (a pesar de sus curvas) que la vía que sigues:

(La bonachona dulzura no es para ti, ni el lloriqueo de las arpas, ni las tonterías de los pianos),

Tus trinos de penetrantes gritos, las rocas y las colinas te los devuelven,

Los lanzas más allá de las vastas praderas a través de los lagos.

¡Hacia los cielos libres, desenfrenados, gozosos y fuertes!

CHISPAS EMERGIDAS DE LA RUEDA

En este barrio de la ciudad donde la multitud circula todo el día,

Me aproximo a un grupo de chicuelos que, apartado un tanto del tráfico, miran algo que rodean.

Contra el borde de la acera, donde terminan las losas,
 Un afilador, con un cuchillo entre las manos,
 Inclinado sobre la piedra, afirma atentamente el acero contra
 ella, en tanto que con el pie y la rodilla
 La hace girar rápidamente, con un movimiento igual,
 Mientras se desprenden, en abundante lluvia de oro,
 Las chispas que emergen de la rueda.

—

¡Cómo me cautiva y me conmueve esta escena con todos los
 detalles que la componen!

El viejo afilador de faz triste y mentón anguloso, con su
 ropa usada y su largo delantal de cuero,

Yo mismo, con mis efluvios y mi fluidez, fantasma que flota
 extrañamente, en este instante, detenido y absorto,

El grupo (un punto perdido en el vasto maremágnum que
 circula),

Los chicuelos atentos y recogidos, el sordo rumor altanero,
 persistente de la calle,

El ronco y sofocado chirriar de la piedra que gira, la hoja
 del acero, ligeramente apoyada,

Esparciendo, proyectando a ambos lados, en minúsculas cas-
 cadas de oro,

Los relámpagos que emergen de la rueda.

DESBORDANTE DE VIDA, AHORA

Desbordante de vida, ahora, densa y visible,

En el año cuarenta y uno de mi existencia, en el año ochenta
 y tres de estos Estados,

A alguien, que vivirá dentro de un siglo, en cualquier nú-
 mero de siglos,

A vos, que aun no habéis nacido, dedico estos cantos esfor-
 zándome por alcanzaros.

Cuando leáis esto, yo que ahora soy visible me habré tornado invisible;

Entonces seréis vos, denso y visible, quien se dará cuenta de mis poemas, quien se esforzará en alcanzarme,

Imaginándoos cuán feliz seríais si me fuera dado estar a vuestra era, y convertirme en vuestro camarada;

Que sea, pues, como si estuviera a vuestro lado. (No creáis demasiado que no estaré entonces a vuestro lado).

CANTO DE LA VIA PUBLICA

A pie, con el corazón ligero, huello la vía pública;

Franco y salubre el mundo se dilata ante mí;

El largo camino de tierra bruna que diviso, se extiende hasta donde me plazca ir.

En adelante no esperaré más la suerte; yo mismo seré la suerte.

En adelante, no lloriquearé más, no tendré más necesidad de nada.

Estoy harto de dolencias que huelen a cuartos cerrados, de bibliotecas y de críticas fastidiosas;

Alegre y fuerte recorro la vía pública.

La tierra, y basta.

No deseo que las constelaciones estén más próximas.

Sé que están muy bien allá donde están,

Sé que ellas bastan a aquellos a quienes pertenecen.

(También por aquí llevo conmigo mi antigua y venturosa carga.

Sí: llevo los hombres y las mujeres, los llevo conmigo dondequiera que vaya.

Juro que no me es posible abandonarlos.

Estoy lleno de ellos y quiero saturarlo a mi vez).

Tú, vía por la que me encamino, paseando las miradas a mi alrededor, no creo que seas lo único que hay por aquí:

Creo que aquí existen igualmente muchas cosas invisibles.

He aquí la lección profunda de la aceptación, sin preferencias ni repulsas,

Los negros de cabezas lanudas, los criminales, los enfermos, los incultos no son rechazados;

La mujer que alumbra, la corrida en busca del médico, el mendigo que anda, el ebrio que titubea, el grupo de obreros con sus carcajadas;

El adolescente que escapa, el carruaje del ricacho, el dandy, la pareja prófuga,

El hombre matinal que anda por los mercados, el carro fúnebre, la mudanza del que se ausenta para la ciudad, la partida de la ciudad:

Todo eso pasa, y yo también paso indistintamente;

Nada puede ser prohibido,

Todo es aceptado, todo me es simpático y agradable.

¡Tú, aire que me brindas el aliento para hablar!

¡Vosotros, objetos que pecáis del estado difuso y dais forma a cuanto quiero decir!

¡Tú, luz que me envuelves a mí y a lo demás, en tus delicadas ondas iguales para cada cual!

¡Vosotros, senderos trazados por los pasos en los altibajos irregulares al borde de las rutas!

Creo que estáis penetrados de invisibles existencias.

(¡Me sois tan queridos!)

¡Vosotras, embaldosadas avenidas de las ciudades! Vosotros, sólidos bordes de las aceras!

¡Vosotros, bancos! ¡Vosotras, estacas y maderas de los muelles!

¡Vosotras, urnas guarnecidas de madera en las que se encajan las chatas fluviales! ¡Vosotras, naves, a lo lejos!

¡Vosotras, hileras de casas! ¡Vosotras, fachadas sembradas de ventanas!

¡Vosotros, pórticos y puertas! ¡Vosotros, techos y enrejados!

¡Vosotras, ventanas cuyos vidrios transparentes dejarían ver tantas cosas!

¡Vosotras, piedras grises de las calzadas interminables! ¡Vosotras, pisoteadas encrucijadas!

De cuantos os han hollado creo que algo habéis conservado en vosotros, y ahora queréis comunicármelo en secreto;

Con vivos y con muertos habéis poblado vuestra impasible superficie; los espíritus de unos y de otros ahora querrían manifestarme su presencia y amistad.

A la derecha y a la izquierda se extiende la tierra.

El cuadro es viviente, cada una de sus partes se muestra en la más clara luz.

Dócilmente la música suena allí donde se la llama, y calla donde no;

Gozosa es la voz de la ruta común, fresco y alegre es el sentimiento de la ruta.

¡Oh gran ruta que recorro! eres tú quien me dice: *No me abandones?*

Dices: *No te inquietes.*

¡Si me dejas te perderás!

Dices: *¡Ya estoy pronta,*

Me siento hollada por todos y nadie me contesta; fíate en mí!

¡Oh vía pública!—te contesto—; no tengo miedo de abandonararte, y sin embargo te amo.

Me manifiestas mejor de lo que yo mismo puedo manifiestarme;

Serás para mí más que mi poema.

Pienso que todas las acciones heroicas fueron concebidas en pleno aire, lo propio que todos los libres poemas.

Pienso que yo mismo podría detenerme y realizar milagros.

Pienso que amaré todo lo que encuentre por la ruta, y que cualesquiera que me mire me amará.

Pienso que cuantos veo deben ser forzosamente felices.

A partir de ahora me liberto de los límites y de las reglas imaginarias.

Iré donde me plazca, seré mi señor total y absoluto.

Escucharé a los otros, examinaré atentamente lo que dicen.

Me detendré, escrutaré, aceptaré, meditaré.

Y suavemente, con una irresistible voluntad, me sustraeré a los compromisos que quisieran detenerme.

Aspiro grandes bocanadas de espacio,

El Este y el Oeste son míos, el Norte y el Sur son míos.

Soy más grande y mejor de lo que había imaginado,

No sabía que atesorara en mí tantas buenas cosas.

Todo me parece admirable,

Puedo repetir sin cesar a los hombres y a las mujeres:

Me habéis hecho tanto bien, que querría devolveros otro tanto;

Quiero absorber fuerzas nuevas a lo largo de la ruta para mí y para vosotros,

Quiero, a lo largo de mi ruta, dar lo mejor de mí a las mujeres y a los hombres.

Quiero esparcir entre ellos una nueva felicidad y una rudeza nueva;

Si alguien me rechaza, no por ello me turbaré;

Quienquiera que me acepte, ese o esa, será bendito y me bendecirá.

Si ahora se presentaran un millar de hombres perfectos, eso no me sorprendería.

Si ahora se presentaran un millar de mujeres de cuerpo admirable, eso no me asombraría.

Porque ahora descubro el secreto que preside la formación de individuos superiores.

Es desarrollarse en pleno aire, comer y dormir en compañía de la tierra.

Aquí hay sitio para la manifestación de una gran personalidad. (Semejante destino se apodera del corazón de toda la raza de los hombres.

La fuerza y la voluntad que difunde, sumergen las leyes, rechazan las autoridades y los argumentos coligados contra ella).

Aquí se pone a prueba la sabiduría.

La sabiduría no se pone a prueba en las escuelas.

La sabiduría no puede ser transmitida por el que la posee al que no la posee.

La sabiduría es del resorte del alma, no es susceptible de prueba, ella misma es su propia prueba.

Se aplica a todos los grados, objetos, cualidades, y permanece satisfecha.

Es la certidumbre de la realidad y de la inmortalidad de las cosas, es la excelencia de las cosas;

Hay algo en el móvil espectáculo del mundo que la hace emerger del alma.

Ahora analizo las filosofías y las religiones:

Pueden parecer muy buenas en las salas de conferencias,

Y sin embargo, no significar nada bajo las vastas nubes, frente al paisaje y a las aguas corrientes.

Aquí es donde nos damos cuenta;

Aquí es donde el hombre siente sus concordancias,

Comprende lo que en sí encierra;

El pasado, el futuro, la majestad, el amor.

Si eso suena a hueco en vosotros, es porque estáis vacíos de ello.

Lo único que nutre es la simiente oculta en el corazón de cada objeto.

¿Dónde está el que arrancará la suya para vosotros y para mí?

¿Dónde está el que desenvolverá las estratagemas y deshará las envolturas para vosotros y para mí?

Aquí es donde los afectos se manifiestan; no son preparados de antemano; sobrevienen de improviso.

¿Sabéis lo que es ser amados, por extranjeros, cuando pasáis?

¿Conocéis la elocuencia de las pupilas que se vuelven para miraros?

Aquí se expande el alma.

La expansión del alma emana de lo interno, a través de portales enguirnaldados de follajes provocando incesantes cuestiones.

¿Por qué estos ímpetus? ¿Por qué estos pensamientos en las tinieblas?

¿Por qué existen hombres y mujeres hechos de tal suerte que cuando se hallan a mi lado el sol dilata mi sangre?

¿Por qué cuando me abandonan, mis llamas de alegría declinan blandas y chatas?

¿Por qué hay árboles debajo de los cuales nunca me paseo sin que amplios y melodiosos pensamientos desciendan sobre mí?

(Estoy por creer que quedan suspendidos de esos árboles invierno y verano, y dejan caer siempre sus frutos cuando yo paso).

¿Qué es, pues, lo que intercambio tan repentinamente con los extranjeros?

¿Con ese cochero, cuando me siento a su lado en el pescante?

¿Con ese pescador que arroja su anzuelo o su red en la ribera, cuando pasando a su lado me detengo a contemplarle?

¿Qué es lo que hace que me sienta libremente abierto a la simpatía de un hombre o de una mujer?

¿Qué es lo que hace que estén libremente abiertos a mi simpatía?

La expansión del alma es la felicidad; aquí está la felicidad. Creo que llena el aire, que permanece en perpetua espera, En este momento fluye en nosotros, ya rebosamos de ella.

Aquí se expande el imperio fluido de la simpatía.

El fluido carácter de la simpatía que crea la franqueza y la suavidad del hombre y de la mujer.

(Las hierbas matinales no germinan más frescas ni más suaves cada día, desde el fondo de sus raíces, que la frescura y la suavidad con que ella surge por sí, continuamente).

Presto los fluidos de la simpatía hacen trasudar de amor a los jóvenes y a los viejos.

Hace filtrar gota a gota ese encanto que se ríe de la belleza y de los talentos.

Suscita el deseo trémulo y doloroso del contacto.

¡Vamos! Quienquiera que seáis, ¡en marcha conmigo!
Viajando a mi lado encontraréis lo que nunca fatiga.

La tierra jamás fatiga. La tierra es ruda, taciturna, incomprendible al principio.

La Naturaleza es ruda e incomprendible al principio;

No os descorazonéis; continuad. Las cosas divinas siempre yacen ocultas.

Yo os juro que las cosas divinas ocultas en su seno, son más bellas que lo que pueden decirlo las palabras.

¡Vamos! no debemos hacer alto aquí,

Por más gratas que sean las reservas aquí acumuladas, por más deleitosa que sea esta residencia, no podemos quedarnos;

Por resguardado que sea este puerto, por más calmosas que parezcan sus aguas, no debemos echar el ancla aquí;

Por halagüeña que fuere la hospitalidad que nos brinden, no podemos aceptarla más que de paso.

¡Vamos! Grandes serán las tentaciones,

Pero más grandes deberán ser los móviles que nos estimulen.

Navegaremos mares inhollados y salvajes.

Iremos donde soplen los vientos, donde se estrellen furiosamente las ondas, y el velero yanqui vuele con todas sus velas desplegadas.

¡Vamos! Con potencia y con libertad, con la tierra y con los elementos,

Con salud, con osadía, con entusiasmo, con orgullo y con curiosidad;

¡Vamos! ¡Saltemos por encima de las fórmulas!

Por encima de vuestras fórmulas, clérigos materialistas de ojos de murciélagos.

El cadáver putrefacto obstruye el paso;

No esperemos más para sepultarlo.

¡Vamos! ¡Mas oídme antes!

El que viaja conmigo ha menester una sangre óptima, gallardía y perseverancia.

Nadie ose acompañarse en la prueba si no posee coraje y salud,

No se arriesguen los que han gastado lo mejor de sí;

Sólo pueden venir los que poseen un cuerpo puro y resuelto.

Los enfermos, los alcohólicos, los podridos por el mal venéreo no serán de los nuestros.

¡Yo y mis iguales no convencemos con argumentos, con comparaciones ni con estrofas rimadas.

¡Convencemos con nuestra presencia!

¡Escuchad! Quiero ser sincero con vosotros;

No os ofrezco los fáciles premios del pasado, os brindo los rudos premios del presente,

Los días que viviréis serán así:

No acumularéis lo que se llama riqueza,

Dispersaréis con mano pródiga cuanto ganéis con vuestro sudor o vuestros méritos,

Apenas llegados a la ciudad, a la tierra prometida, apenas

instalados en una y otra a vuestro agrado, un ímpetu irresistible os esforzará a abandonarlas.

Entonces, y siempre, oiréis las risas sarcásticas y las sangrientas burlas de los sedentarios y de los que queden detrás;

Si notáis algunos gestos de cariño, sólo contestaréis con apasionados besos de adiós.

¡No permitiréis que os retengan aunque os abran y tiendan los brazos con amor!

¡Vamos! ¡Junto con los grandes compañeros, para convertirnos en uno de ellos!

También ellos siguen la ruta,

Los hombres, esbeltos y admirables; las hembras, majestuosas,
Que aman los mares tranquilos lo mismo que las olas tempestuosas,

Que han navegado sobre tantas naves, y recorrido tantas leguas de tierra firme,

Los viajeros de remotos países, los frecuentadores de lejanísimas moradas,

Que confían en los hombres y en las mujeres, observan las ciudades, y los laboriosos solitarios,

Los que se detienen a contemplar las hierbas silvestres, las flores, y las conchas playeras,

Los que bailan en las bodas, abrazan a la desposada, acarician tiernamente a los niños, y por momentos hacen de ayos,

Los soldados de la rebelión, los contempladores de las fosas recién abiertas, los que ayudan a bajar el ataúd;

Que viajan durante estaciones y años consecutivos;

Estos curiosos amigos, cada uno de los cuales emerge del que le ha precedido,

Andando, con los diversos aspectos de ellos mismos, como con otros tantos compañeros,

Andando, desde el fondo de su primera edad latente, e inconsciente,

Andando, con su juventud, con su virilidad barbuda e imperterrita.

Andando, con su fememilidad, amplia, insuperada, feliz,
 Andando, con su vejez sublime de hombre o de mujer,
 Vejez calmosa, dilatada, llena de la augusta majestad del uni-
 verso,

Vejez que avanza libremente como soliviantada por la delicio-
 sa y próxima libertad de la muerte.

¡Vamos! Hacia lo que no tiene fin, ni tuvo principio,
 A sufrir lo indecible en la laxitud de los días y en el reposo
 de las noches,

A anegar lo todo en la ruta que engloba los contrastes y los
 obstáculos, en los días y en las noches del viajar,

A resumirlos en cada nueva etapa, en partidas para más gran-
 des viajes,

A no ver ni saber de cosa alguna que podáis alcanzar y ultra-
 pasar,

A no concebir tiempo, por lejano que sea, que no os sea da-
 do vivir y preterizar,

A no alzar ni bajar nuestras miradas sobre ruta alguna que
 no se extienda para que la holléis,

Que por larga que sea no se extienda para que la finalicéis,

A no ver existencia, sea la de Dios o de quienquiera, que
 vosotros no podáis realizar,

A no contemplar posesión que no podáis poseer, a disfrutar de
 todo sin trabajo ni compra, gozando de la fiesta sin sustraer un
 adarme de ella,

A elegir lo mejor de la granja del colono, de la elegante vi-
 lla del rico, de las castas alegrías de los desposados, de las fru-
 tas de los vergeles, de las flores de los jardines,

A llevar con vosotros las multitudes de las ciudades que atra-
 versaréis,

Los edificios, las calles, los monumentos, las ruinas,

A asir el espíritu de los hombres en el fondo de sus cere-
 bros, a medida que os crucéis con ellos, y los cariños en el fon-
 do de su corazón,

A llevaros vuestros amigos a lo largo de la ruta, a pesar de que ellos permanezcan estacionarios donde los halléis,

A considerar el universo mismo como una ruta, una universalidad de rutas, de rutas para las almas migradoras.

El origen de todo arranca del viaje de las almas:

Todas las religiones, todas las cosas sujetas a la pesantez y a la gravitación, las artes y los gobiernos,

Todo lo que fué y es, en este globo o en cualquiera otro globo.

Se oculta en escondrijos y en rincones, ante la procesión de las almas desfilando por las grandes rutas del universo.

Todos los demás viajes y progresos no son sino el emblema y la contraseña del viaje de las almas por las grandes rutas del universo.

¡Siempre vivos! ¡Adelante siempre!

Graves, orgullosos, melancólicos, escarnecidos, locos, turbulentos, débiles, descontentos,

Desesperados, altivos, amorosos, enfermos, aceptados y rechazados por los hombres,

¡Todos van! ¡Van! ¡Yo sé que van; lo que ignoro es dónde van!

¡Sé que van hacia lo mejor!

¡Hacia algo grande!

¡Quienquiera que seáis, salid fuera!

¡Hombre o mujer, avanzad!

No debéis quedaros a dormir o a tontear en casa, aunque la hayáis construído con vuestras manos, o la hubieran construído para vos.

¡Salid de los umbrosos retiros! ¡Salid de entre los cortinajes!
Es inútil que protestéis, lo sé todo, y os lo manifiesto.

Mirad dentro de vosotros los estragos del reposo:

A través de las risas, de las danzas, de las comidas y de las cenas populares,

Debajo de los trajes, de los ornamentos, de las caras lavadas y teñidas.

Mirad, silenciosos, ocultos, el disgusto y la desesperación.

Ni marido, ni mujer, ni amigo, son bastante seguros para escuchar la confesión;

Un otro yo, un doble de cada cual es el que, a pasos furtivos, ocultando y disimulando su ser,

Anda amorfo y sin voz por las calles de las ciudades, cortés y dulzón en los salones,

En los vagones de los ferrocarriles, en los vapores, en las reuniones públicas,

En las casas de los hombres y de las mujeres, en la mesa, en el lecho, por todos lados:

Se presenta correcto, sonriente, el talle erguido, con la muerte en el pecho y el infierno debajo del cráneo,

Bajo las sábanas finas, y los guantes, bajo las cintas y las flores artificiales,

Respetuoso de las costumbres, mudo respecto de su persona, Hablando de todo en sociedad, pero jamás de sí.



¡Vamos! ¡A través de las luchas y de las guerras!
No podemos abandonar la conquista de la meta.



¿Habláis del éxito de las pasadas luchas?

¿Qué es lo que ha tenido éxito? ¿Vosotros? ¿Vuestra nación?

¿La Naturaleza?

Escuchadme bien: la esencia de las cosas y las empresas es tal, que a pesar de todo éxito recogido, sea éste cual fuere, deben surgir otras cosas y otras empresas, engendradoras de mayores esfuerzos.



Mi vocación es vocación de batalla; mi canto es toque de clarín. Yo engendro rebelión activa.

El que venga conmigo debe venir bien armado.

¡El que venga conmigo tendrá a menudo por compañeros el hambre, la pobreza, la enemistad y el abandono!

¡Vamos! ¡La ruta se abre ante nosotros!

Es segura, yo la he recorrido, mis pies la han probado cuidadosamente:

¡Que nada os detenga!

¡Queden las cuartillas vírgenes sobre el escritorio, y el libro sin abrir en su anaquel!

¡Queden las herramientas en el taller! ¡Quede el dinero sin ser ganado! ¡Quede la escuela en su sitio! ¡No hagáis caso de los gritos del maestro!

¡Que el predicador predique en el púlpito! ¡Que el abogado abogue en el tribunal! ¡Que el juez interprete la ley!

—

¡Camarada! ¡He aquí mi mano! Te doy mi cariño, más precioso que el oro,

Te doy mi ser por completo, en vez de prédicas o de leyes.

¿Quieres darte a mí? ¿Quieres venir a viajar conmigo?

¡Seguiremos juntos y unidos tanto como duren nuestras vidas!

CIUDAD DE ORGIAS

Ciudad de orgías, de baladas y de alegrías,
Ciudad, algún día ilustre porque yo he vivido y cantado en tu seno,

No son tus pompas, tus cambiantes cuadros ni tus espectáculos, los que me pagan mis cantos,

Ni las interminables hileras de tus edificios, ni las naves de tus muelles,

Ni los desfiles en tus avenidas, ni las vidrieras llenas de mercaderías,

Ni el conversar con personas instruídas, ni asistir a fiestas y saraos.

No. Nada de eso. Pero cuando paso, ¡oh Manhattan! el frecuente y rápido relámpago de los ojos que me brindan afecto,

Que se cruzan con mis relámpagos,

Eso me alegra y me satisface.

Amigos, un perpetuo cortejo de amigos, basta para que me sienta retribuído, pagado.

EL HIMNO QUE CANTO

El himno que canto.

(Hecho de contradicciones) lo consagro a la nacionalidad.

Dejo en él el germen de la rebeldía. (¡Oh derecho latente a la insurrección! ¡Oh el inextinguible, el indispensable fuego!)

UNA MARCHA EN LAS FILAS

Una marcha en las filas con el enemigo que nos asedia, por una ruta desconocida.

Atravesamos un bosque espeso en cuyas tinieblas se apaga el ruido de los pasos;

Nuestro ejército ha tenido grandes pérdidas en un combate, y el resto marcha sombríamente en retirada;

Pasada la noche, vislumbramos el esplendor de un edificio débilmente iluminado;

Llegamos a un espacio descubierto en mitad del bosque, en el que hacemos alto, junto al edificio de pequeñas luces:

Es una grande y vieja iglesia, construída en la encrucijada de los caminos, ahora transformada en hospital.

Penetro un instante en ella y veo un espectáculo que sobrepaja todos los cuadros y todos los poemas:

Sombras del negro más intenso, más opaco, aclaradas apenas por bujías y lámparas portátiles que llevan de un lado a otro,

Y por una gran antorcha fija de resina que proyecta fantásticas llamas rojas y nubes de humo;

A su resplandor percibo vagamente grupos de formas humanas amontonadas de trecho en trecho, unas extendidas en el suelo, otras sobre los bancos de la iglesia;

A mis pies percibo más distintamente un soldado, casi un niño que agoniza desangrándose (ha recibido un balazo en el abdomen).

Restañó sumariamente la sangre (el muchacho tiene el rostro blanco como un lirio).

Luego, antes de irme, abarco la escena de una ojeada, contento de absorberla íntegra.

Las caras, la variedad de los grupos, las actitudes que desafían toda descripción, la mayoría de los yacentes sumergidos en la sombra, algunos muertos.

Los cirujanos en tren de operar, los enfermeros con las luces, relentes de éter mezclados con olor a sangre.

Los montones de víctimas y los montones de cuerpos ensangrentados que llenan la iglesia y el atrio.

Unos acostados sobre las losas, otros sobre las tablas, y camillas;

Algunos sudando su agonía en los espasmos de la muerte,

De rato en rato, un gemido o un grito, los médicos que llaman u ordenan en alta voz,

Los pequeños instrumentos de acero relucen al paso de las antorchas,

Todo eso lo vuelvo a ver al releer este canto, revo los cuerpos, aspiro aquel olor;

De pronto oigo fuera la voz de los jefes: *Formar filas, formar filas;*

Antes de salir me inclino hacia el niño que agoniza, sus ojos se abren y me sonrío a medias;

Después cierra los ojos, los cierra serenamente, y yo me lanzo a las tinieblas,

Para ocupar mi puesto, y marchar, marchar siempre bajo la noche, en las filas que avanzan,

Para seguir hollando la ruta desconocida.

APARTANDO CON LA MANO LA HIERBA DE
LAS PRADERAS

Apartando con la mano la hierba de las praderas y respirando su olor característico.

Le pido concordancias espirituales;

Le pido el más copioso y estrecho compañerismo entre los hombres,

Le pido que se eleven las briznas de hierba de las palabras, de los actos, de los individuos,

Los del aire libre, rudos, asoleados, francos, nutricos,

Los que siguen su camino, con el torso recto, que avanzan con libertad y autoridad, los que preceden en vez de seguir,

Aquellos a quienes anima una audacia indomable, cuya carne es fuerte y pura, limpia de manchas,

Los que miran negligentemente en pleno rostro a los presidentes y a los gobernadores como para decirles: *¿Quién sois?*

Aquéllos, llenos de una pasión nacida de la tierra, los simples, los despreocupados, los insumisos,

Los de la América interior.

CIUDAD DE LOS NAVIOS

¡Ciudad de los navíos!

¡Oh los navíos negros! ¡Oh los navíos indómitos!

¡Oh los espléndidos vapores y los veleros de afilada proa!

¡Ciudad de los éxodos!

Pues aquí concluyen todas las razas

Aquí todos los países de la tierra colaboran.

¡Ciudad del mar! ¡Ciudad de los flujos precipitados y cambiantes!

¡Ciudad en la que las mareas pulsan sin cesar, entrando y saliendo en torbellinos sembrados de remolinos y de espuma!

¡Ciudad de los muelles atestados de almacenes y de mercaderías!

¡Ciudad de las fachadas gigantes de mármol y de hierro!
¡Ciudad fogosa, loca, extravagante!

De pie, ¡oh ciudad!
¡Tú no has sido hecha para la paz solamente; recuerda tu verdadero destino, de guerrera!
No tengas miedo.
No te sometas a otros modelos que los tuyos, ¡oh ciudad!
Mírame. ¡Encármame como yo te he encarnado!
No he rechazado nada de lo que me has ofrecido;
¡Lo que has adoptado, yo lo he adoptado! Buena o mala, jamás te discuto, amo todo lo tuyo, no condeno nada,
Canto y celebro todo lo que posees,
Pero no canto más la paz:
En paz he cantado la paz, pero ahora el tambor de guerra es mi instrumento,
Y la guerra, la roja guerra es el encanto que voy cantando por tus calles, ¡oh ciudad!

EN LAS PRADERAS

Declina la tarde en las praderas,
La comida ha terminado, el fuego encendido a ras de tierra arde apenas,
Fatigados, los inmigrantes duermen envueltos en sus mantas,
Me paseo solo, deteniéndome de tanto en tanto a contemplar las estrellas,
Paréceme que jamás las he comprendido como en estos instantes.

Ahora me nutro de inmortalidad y de paz,
Admiro la muerte, y verifico las proposiciones.

¡Qué riqueza! ¡Qué espiritualidad! ¡Qué condensación!

El mismo hombre, y la misma alma de siempre, las mismas aspiraciones de siempre, y la misma conformidad.

¡Pensaba que no hubiera nada más espléndido que el día, hasta que he visto las maravillas de la noche!

Creía en la suficiencia de nuestro Orbe, hasta el momento en que en medio del más puro silencio emergieron millones de Orbes desconocidos.

Ahora, mientras me anegan los grandes pensamientos del espacio y de la eternidad, quiero elevarme a su altura,

Ahora me siento en contacto con las vidas de otros mundos, que acaso han llegado al mismo desarrollo que las vidas de la tierra.

En contacto con las vidas que aguardan la hora de igualarnos, o con los que han sobrepujado las vidas de la tierra,

A partir de esta noche, los tendré tan presentes como mi propia vida.

A las vidas de la propia tierra, tan desenvueltas como la mía, les espera la hora de alcanzar análoga graduación.

Ahora veo que a semejanza del día, la vida puede mostrármelo todo.

Ahora comprendo que debo esperar lo que me revelará la muerte.

A TI, VIEJA CAUSA

¡A tí, vieja causa!

Tú, buena causa, incomparable, ferviente,

Tú, dulce idea, austera, implacable,

Inmortal, a lo largo de las edades, de las razas, de las regiones,

Después de una guerra extraña y cruel, una guerra hecha por ti.

(Creo que todas las guerras de los tiempos pasados y todas las guerras futuras serán declaradas y hechas por ti).

Estos cantos son para ti, para tu eterno avance.

(Una guerra declarada ¡oh soldados! no sólo por ella misma, sino por muchas, muchísimas cosas disimuladas detrás de ella,

La silenciosa espera, y que ahora van a manifestarse en este libro).

¡Oh, tú, orbe hecho de innumerables orbes!

¡Tú, principio fervoroso! ¡tú, germen latente, preciosamente oculto! ¡tú, centro!

Alrededor de tu idea la guerra gira.

Con todo su violento y furioso juego de causas.

(Con vastas consecuencias que surgirán dentro de tres mil años.)

Estos versos son para tu gloria,

Pues mi libro y la guerra son lo mismo.

Yo y mis poemas nos hemos amalgamado en ti, en tu espíritu,

Y lo propio que la lucha gira alrededor de ti...

Tal como una rueda sobre su eje, este libro, inconsciente de sí,

Gira alrededor de tu idea.

IMPERTURBABLE

Imperturbable, afirmándome cómodamente en la Naturaleza,
Amo de todo, o señora de todo, perpendicular en medio de las cosas irracionales,

Impregnado como ellas, pasivo, receptivo, silencioso como ellas,

Reconociendo que mi empleo, la pobreza, la notoriedad, la felicidad, los crímenes son menos importantes de lo que creía.

Yo que estoy en los parajes del golfo de México, o en el Manhattan o en el Tennessee, al Norte extremo o en el interior,

Minero o pionero de los bosques, haciendo la vida de cualquiera de los cultivadores de esos Estados, o del litoral, o de los lagos, o del Canadá,

En no importa qué lugar donde viva mi vida, sean cuales fueren las contingencias,

Sabré afrontar la noche, las tempestades, el hambre, el ridículo, los accidentes, los fracasos, como hacen los árboles y los animales.

UNA EXTRAÑA VELADA TRANSCURRIDA EN UN CAMPO DE BATALLA

¡La extraña velada transcurrida en el campo de batalla!

Cuando tú, hijo y camarada mío, caíste a mi lado, ese día,

No te dirigí más que una mirada a la que tus caros ojos contestaron con otra mirada que no olvidaré jamás,

Y la mano que trataste de levantar del suelo en que yacías apenas si rozó la mía;

En seguida avancé en la batalla, donde la lucha continuaba con iguales probabilidades,

Hasta que, relevado de mi puesto algo tarde en la noche, pude volver al fin al sitio donde tú habías caído,

Y te encontré helado en la muerte, camarada querido, hallé tu cuerpo, hijo de los besos dados y recibidos (jamás vueltos a dar sobre esta tierra),

Descubrí tu faz a la luz de las estrellas (singular era la escena). El viento nocturno pasaba fresco y ligero;

Largo, largo tiempo pasé allí velándote, mientras a mi alrededor el campo de batalla se extendía confusamente;

Velada prodigiosa, deliciosa velada, allí, en la noche queda y perfumada,

Ni una lágrima cayó de mis ojos, ni un suspiro profundo exhaló mi pecho; largo, largo tiempo te contemplé.

Luego, extendiéndome a medias sobre la tierra, me mantuve a tu lado, con el mentón hundido entre las manos,

Pasando horas suaves, horas inmortales y místicas, contigo, camarada querido,

Sin una lágrima, sin una palabra;

Velada de silencio, de ternura y de muerte, velada por ti, mi hijo y mi soldado,

En tanto que allí arriba los astros pasaban en silencio, y otros hacia el Oeste subían insensiblemente;

Suprema velada por tí, valiente hijo (no te pude salvar, tan pronto fué tu muerte,

Vivo te amé rodeándote fielmente de todas mis solicitudes; creo que volveremos a vernos seguramente);

Y cuando se iban las últimas sombras de la noche, en el momento preciso en que apunta el alba,

Envolví a mi camarada en su manta, enrollé bien su cuerpo,

Replegando cuidadosamente la manta por debajo de la cabeza, y cuidadosamente bajo los pies,

Y allí bañado en el sol levante, deposité a mi hijo en su fosa, en su fosa toscamente abierta,

Terminando así mi extraña velada en el campo de batalla envuelto en sombras,

Velada por el camarada muerto repentinamente, velada que jamás olvidaré, ni cómo, al apuntar el día,

Levantándome de la helada tierra y envolviendo cuidadosamente al soldado con su manta,

Lo sepulté allí donde cayera.

UN ROBLE EN LA LUISIANA

He visto un roble que crecía en la Luisiana:

Erguía-se enteramente sólo, y el musgo pendía de sus ramas,

Crecía allí, sin ningún compañero, desplegando sus hojas verde-oscuras.

Su aspecto de rudeza, de inflexibilidad, de vigor, me hizo pensar en mí mismo,

Pensé cómo podría desplegar hojas tan alegres a pesar de su soledad, sin tener a su lado un solo amigo

(Yo sé que no podría imitarlo);

Discurriendo así, rompí una de sus ramas, conservando las hojas y el musgo que pendía de ella,

Luego, al alejarme, la llevé conmigo hasta mi alcoba, donde la coloqué visiblemente.

(No es que haya menester de su presencia para acordarme de mis amigos;

En estos últimos tiempos no hago más que pensar en ellos).

Sin embargo, esta rama constituye para mí un símbolo precioso, me hace pensar en el afecto viril;

A pesar de todo, y aunque este roble fructifica, allá en la Luisiana, completamente solo en un amplio espacio descubierto,

Proyectando año tras año sus alegres hojas, sin tener junto a él un amigo, un tierno camarada,

Comprendo y reconozco que no podría imitarlo.

PENSAMIENTO

Pienso en los que han alcanzado altas posiciones,

Ceremonias, riqueza, saber y demás ventajas.

(Para mí todo lo que han alcanzado se desprende de ellos, excepto los resultados que dichas ventajas tienen para su cuerpo y para su alma.

De modo que frecuentemente se me aparecen descarnados y desnudos,

Y en vez de enaltecer, cada cual escarnece a los otros o se escarnece a sí mismo o a sí misma,

Y en cada uno de ellos, el corazón de la vida, es decir, la felicidad, está llena del infecto excremento de los gusanos,

Y con frecuencia, estos hombres y estas mujeres pasan,

Sin saberlo, ante las verdaderas realidades de la vida iluminados por engañosas apariencias,

Atentos a lo que les impone la costumbre, y nada más,
Semejantes a sonámbulos dormidos, que andan tristes y precipitados por las tinieblas).

SILENCIOSA Y PACIENTE, UNA ARAÑA

Silenciosa y paciente, una araña,
Aislada en un pequeño promontorio, yo la veía,
Explorar el vasto espacio que la rodeaba,
Proyectando fuera de ella filamentos, filamentos, filamentos,
Que devanaba y tejía infatigablemente.

Tú también, ¡oh alma! allí donde te hallas,
Oprimida, aislada, en los infinitos océanos del espacio,
Meditas sin cesar, te aventuras, buscas las esferas para unir las,
Hasta que el puente que has menester esté construído.
Hasta que el ancla dúctil arraigue firmemente,
Hasta que el hilo virginal que proyectas fuera de ti, se enganche en algún lado, ¡oh alma mía!

CUADRO

Cuadro visto de una ojeada a través de un resquicio.
Un grupo de operarios y cocheros congregados alrededor de una estufa en la sala de un bar, una tarde de invierno al anochecer, y yo también, sentado en un rincón, inadvertido;
Un joven que me quiere y que yo estimo se aproxima en silencio, y viene a sentarse a mi lado, contento de estrechar mi mano,
Largo rato, en medio del ruido de las idas y venidas, de las libaciones, de los juramentos, de las chanzas,
Quedamos allí, los dos, satisfechos, felices de estar juntos, hablando poco, y a veces no pronunciando una palabra.

ESTE POLVO FUE ANTAÑO UN HOMBRE

Este polvo fué antaño un hombre,
 Suave, simple, justo y resuelto, bajo cuya prudente mano,
 Frente al crimen más abominable conocido en la historia de
 todos los países y de todas las edades,
 Se salvó la unión de estos Estados.

A LOS ESTADOS

A los Estados, o a cualquiera de entre ellos, o a una ciudad
 cualquiera de los Estados, le digo: *Resiste mucho, obedece poco,*

Una vez admitida la obediencia sin protesta, es la servidumbre
 total.

Una vez esclavizada totalmente, ninguna Nación, Estado o Ciu-
 dad de la tierra volverá a reconquistar su libertad.

ESPAÑA (1873-1874)

De los negros flancos de enormes nubes,
 Entre los escombros del mundo feudal y los esqueletos amon-
 tonados de los reyes,

De ese antiguo osario que es la Europa entera de las masca-
 radas hechas polvo,

Catedrales derrumbadas, palacios desmigajados, tumbas leví-
 ticas,

¡Mirad! He aquí que aparecen las rejuvenecidas facciones de la
 Libertad,

He aquí que aparece el mismo rostro inmortal. (Una visión rá-
 pida como el rostro de tu madre ¡oh América!

Un relámpago significativo como el de una espada,
 Luce hacia tí.)

No creas que te olvidamos, madre nuestra;
 ¿Has quedado largo tiempo atrás?
 ¿Las nubes van a cerrarse de nuevo sobre tí?
 ¡Ah! pero ya te has mostrado a nosotros, en persona,
 Ahora te conocemos,
 Dejándote entrever nos has dado una prueba infalible,
 ¡De que allí como en todos lados aguardas tu hora!

A UN HISTORIADOR

Vos que ilustráis el pasado,
 Que habéis explorado lo eterno, la superficie de las razas, la
 vida que se deja ver,
 Que habéis considerado al hombre como la criatura de la polí-
 tica, de las colectividades, de los gobiernos y de los sacerdotes;
 Yo, habitante de los Alleghanjo, considerándolo tal como es
 en sí mismo, en sus propios derechos,
 Tomando el pulso de la vida que raramente se ha dejado ver
 (la gran altivez del hombre, en sí propio),
 Cantor de la personalidad, esbozando lo que aún está por
 nacer,
 ¡Proyecto la historia del futuro!

LA MORGUE

A las puertas de la Morgue en la ciudad,
 Como anduviera ocioso tratando de aislarme del tumulto,
 Me detuve curioso,
 ¡Vedla, pues! Esta resaca de paria,
 Una pobre ramera muerta que acaban de traer.
 Depositán allí su cadáver, que nadie ha reclamado, yacente so-
 bre el húmedo suelo de ladrillos.
 La mujer divina; su cuerpo,
 No veo más que su cuerpo,
 No miro más que eso,

Esa estancia ayer desbordante de pasión y de belleza, no veo más que eso;

Ni el silencio tan glacial, ni el agua que fluye de la canilla, ni los olores cadavéricos me impresionan,

¡Sólo la estancia, esa prodigiosa estancia, esa delicada y espléndida estancia, esa ruina!

¡Esa inmortal estancia más suntuosa que todas las hileras de edificios contruidos y por construir!

O que el Capitolio de blanco domo rematado por una majestuosa estatua,

O que todas las viejas catedrales de flechas altivas;

Esta pequeña estancia es más que todo eso, pobre estancia, estancia desesperada,

Bella y terrible despojo —alojamiento de un alma,— alma ella misma;

Casa que nadie reclama, casa abandonada

Acepta una lágrima que vierto en tanto me alejo pensando en tí,

Estancia de amor difunta, estancia de locura y de crimen, deshecha en polvo, triturada,

Estancia de vida, antaño llena de palabras y de risas,

Mas ¡ay! pobre estancia, ya estabas muerta por entonces;

Desde meses, desde años atrás, eras una casa amueblada resonante, pero muerta, muerta, muerta.

COMO MEDITABA EN SILENCIO

Como meditaba en silencio,

Considerando mis poemas, deteniéndome largamente en ellos,

Un Fantasma de rostro desconfiado se levantó ante mí.

Terrible de belleza, de edad y de potencia,

El genio de los poetas del antiguo mundo.

Que mirándome con ojos de llama,

Señalando su índice sendos cantos inmortales,

Me dijo con voz amenazante: "¿Qué cantas tú?"

¿No sabes que no hay más que un solo tema para los bardos
inmortales?

¿El tema de la guerra, la fortuna de los combates,
La creación de verdaderos soldados?"

"Sea —respondíle entonces—;

Yo también, sombra altanera, canto de guerra, una guerra más
larga y más grande que otra alguna

Que contenía en mi libro, con suertes diversas,

Con marchas adelante y retiradas, con victorias diferidas e
inciertas,

(Sin embargo la victoria me parece segura, o casi segura al
fin), teniendo el mundo por campo de batalla;

Guerra de vida y muerte, para el cuerpo y para el alma eterna,

Oíd: yo también he venido para cantar el canto de los com-
bates,

Yo también, por encima de todo, suscito bravos soldados".

¡OH CAPITAN! ¡MI CAPITAN!

¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha ter-
minado,

La nave ha salvado todos los escollos, hemos ganado el anhe-
lado premio,

Próximo está el puerto, ya oigo las campanas y el pueblo en-
tero que te aclama,

Siguiendo con sus miradas la poderosa nave, la audaz y so-
berbia nave;

Más ¡ay! ¡oh corazón! ¡mi corazón! ¡mi corazón!

No ves las rojas gotas que caen lentamente,

Allí, en el puente, donde mi capitán

Yace extendido, helado y muerto.

¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Levántate para escuchar las campanas.

Levántate. Es por ti que izan las banderas. Es por ti que suenan los clarines.

Son para ti estos búcaros y esas coronas adornadas.

Es por ti que en las playas hormiguan las multitudes,

Es hacia ti que se alzan sus clamores, que vuelven sus almas y sus rostros ardientes.

¡Ven capitán! ¡Querido padre!

¡Deja pasar mi brazo bajo tu cabeza!

Debe ser sin duda un sueño que yazgas sobre el puente.

Extendido, helado y muerto.

—

Mi capitán no contesta, sus labios siguen pálidos e inmóviles,
Mi padre no siente el calor de mi brazo, no tiene pulso ni voluntad,

La nave, sana y salva, ha arrojado el ancla, su travesía ha concluido.

¡La vencedora nave entra en el puerto, de vuelta de su espantoso viaje!

¡Oh playas, alegraos! ¡Sonad, campanas!

Mientras yo con dolorosos pasos

Recorro el puente donde mi capitán

Yace extendido, helado y muerto.

ALLA A LO LEJOS...

Allá a lo lejos en una isla de maravillosa belleza,

Una antigua madre, acurrucada sobre una tumba, solloza su dolor;

Antaño reina, hogaño tendida en tierra, lívida y harapienta,

Sus viejos cabellos blancos caen en desorden alrededor de sus espaldas,

A sus pies yace inútil un arpa real, muda desde hace tiempo,

También ella hace mucho tiempo que yace allí muda,
Llorando sus esperanzas y sus herederos sepultados;
Su corazón es el más henchido de dolor que haya sobre la
tierra

Porque es el más henchido de amor.

Oye una palabra, antigua madre.

No permanezcas más tiempo acurrucada allí sobre la tierra
glacial, con la frente en tus rodillas.

No continúes allí, bajo el velo de tus viejos cabellos blancos
en desorden;

Sábelo de una vez: el que lloras no está encerrado en esa
tumba,

Fué una ilusión, el hijo que amas no había muerto en realidad,

El amo no había muerto, ha resucitado joven y robusto en
otra región;

Mientras tú te lamentabas allí, sobre su tumba, junto a tu ar-
pa caída en tierra,

El que lloras se ha evadido, soliviantado, de su tumba.

Los vientos le empujaban, y la mar le conducía,

Y hoy, con su sangre renovada y en flor,

¡Se mueve en un país nuevo!

DADME VUESTRO ESPLÉNDIDO SOL

Dadme el espléndido y silencioso sol asaeteando en el total
deslumbramiento de sus rayos.

Dadme el jugoso fruto de otoño, recogido maduro y rojo
en el vergel,

Dadme un campo donde la hierba crece lujuriosa,

Dadme un árbol, dadme los racimos en el parral,

Dadme el maíz y el trigo nuevos, dadme los animales que
se mueven con serenidad, y enseñan la conformidad,

Dadme estas tardes de absoluto silencio que se espacian so-

bre las altiplanicies al Oeste del Misisipí, en las que pueda elevar los ojos hacia los astros,

Dadme un jardín con magníficas flores, que perfumen la aurora donde pueda pasearme tranquilo,

Dadme un hijo que me enorgullezca; dadme, muy lejos y apartado del mundo, una vida doméstica y campestre,

Dejadme gorjear para mí solo, llenar de cantos espontáneos mi voluntaria reclusión,

Dadme la soledad, dadme la Naturaleza, restitúyeme, ¡oh Naturaleza! tus sanas primitividades.

Sí; necesito que todo eso me sea dado (harto de sobreexcitación incesante y torturado por la lucha guerrera),

Pido sin cesar que me sea dado eso, lo pido a gritos que emergen de mi corazón,

Y sin embargo, a pesar de reclamarlo sin descanso, permanezco atado a mi ciudad,

Los días se suceden y los años pasan, ¡oh ciudad! y siempre piso tus calles,

Me tienes encadenado por mucho tiempo, rehusas dejarme partir,

Acordándome, sin embargo, el hacer de mí un hombre saciado, enriqueciendo mi alma con los millones de rostros que constantemente me brindas.

(Ahora veo lo que deseaba huir, resisto a mis gritos, los rechazo, veo que mi alma pisotea lo que más reclamaba).

Guardad vuestro espléndido y silencioso sol,

Conserva tus selvas, ¡Oh Naturaleza! y los recodos apacibles a orillas de los prados.

Guarda tus campos de trébol y de centeno, tus campos de maíz y tus vergeles,

Guarda los campos floridos donde zumban las abejas septembrales;

Dadme los rostros y las calles.

¡Dadme los fantasmas que desfilan incesantes a lo largo de las aceras!

Dadme los ojos incontables.

¡Dadme los camaradas y los amigos a millares!

Que todos los días se renueven.

¡Que cada mañana mis manos estrechen nuevas manos amigas!

Dadme espectáculos semejantes.

¡Dadme las calles de Manhattan!

¡Dadme Broadway, con los soldados que desfilan!

¡Dadme la sonoridad de las trompetas y de los tambores!

(Los soldados que desfilan por compañías, por regimientos.

Unos que parten ardientes y despreocupados,

Otros que han concluido su servicio y vuelven a las filas, jóvenes y no obstante viejos, caminando sin fijarse en nada).

¡Dadme las riberas y los muelles, con su pesada franja de negras naves!

¡Oh! ¡que todo esto sea para mí! ¡Oh, la vida intensa, llena hasta desbordar y diversa!

¡La vida de los teatros, de los cafés, de los *music-halls*, de los hoteles enormes para mí!

¡La cantina del barco a vapor!

¡La multitud de los excursionistas!

Las procesiones nocturnas al resplandor de las antorchas!

La brigada de densas filas que parte para la guerra seguida de furgones militares en los que se amontonan sus provisiones;

Gentes de todas layas y procedencias, en oleadas mundiales, con voces fuertes, con pasiones y espectáculos imponentes,

Las calles de Manhattan con su potente palpitación, con tambores que redoblan como ahora,

El coro rumoroso y perpetuo (el resbalar y el chis-chás de los fusiles, la vista misma de los heridos)

¡Las olas de Manhattan con su coro turbulento y musical!

Los rostros y los ojos de Manhattan, dádme los todos para mí.

HIJOS DE ADAM

Yo, el poeta de los Cantos Adámicos,
 Desbordante de vida; fálico, poseedor de potentes y origi-
 nales riñones, perfectamente puro,
 Indestructible, inmortal, retorno a través de las edades.

Ahora recorro el nuevo Edén; el gran Oeste de mi raza,
 evoco sus capitales,
 Mientras me abandono a mi delirio. Anunciando la venida de
 cuanto es engendrado;
 Ofreciendo estos Cantos, ofreciéndome yo mismo,
 Bañando en el sexo mi ser y mis himnos,
 Retoño de mi semen.

CANTO DE LA BANDERA, AL AMANECER

EL POETA

¡Oh! un canto nuevo, un canto libre,
 Que flamee, flamee, flamee, flamee con sonidos y voces siem-
 pre diversas,
 Con la voz del viento y los redobles del tambor,
 Con la voz de la bandera, la voz del niño, la voz del mar
 y la voz del padre,
 Un canto que vuele a ras de tierra, se cierna en los aires,
 Descienda a la tierra en que se hallan el padre y el niño,
 Torne a los altos aires donde ambos vuelven sus ojos,
 Para ver flamear la bandera al apuntar la aurora.

¡Palabras! ¡Libros hechos con palabras! ¿Qué sois?
 Nada más que palabras: para oír y para ver

Debéis salir al aire libre en el que elevo mi canto,
 Porque allí debo cantar
 Con la bandera y el pendón flameantes.

Tejeré las cuerdas y las retorceré;
 El deseo del hombre y el deseo del niño,
 Sí, los entrelazaré, infundiéndoles vida;
 Introduciré en él la punta relampagueante de las bayonetas
 Haré silbar las balas y las granadas,
 (Y proyectándolo en torno y a lo lejos, como un símbolo y
 una amenaza del futuro,
 Gritaré, con estridor de trompetas: *¡De pie, y atención!*
¡Atención, y de pie!)
 Bañaré en ondas de sangre mi poema, lo llenaré de volun-
 tad y de alegría,
 Y en seguida lo lanzaré al espacio por que rivalice
 Con la bandera y el pendón flameantes.

EL PENDON

¡Sube, sube, bardo! ¡oh bardo!
 ¡Sube, sube, alma, oh alma!
 Sube, sube, tierno y querido niño,
 Ven a volar conmigo, entre las nubes y los vientos, a gozar
 conmigo en la infinita luz.

EL NIÑO

Padre, ¿qué es esa cosa, allá en el cielo, que me hace señas
 Con sus largos dedos?
 ¿Qué es lo que está diciendo?

EL PADRE

Eso que ves en el cielo es poca cosa, hijo mío,
 No dice nada. Mira, más bien, chiquillo,
 Esos objetos deslumbradores en las casas vecinas,

Mira cómo se abren las agencias comerciales,
 Mira los vehículos repletos de mercaderías, que comienzan a circular por las calles,
 ¡Oh, eso, eso sí que es precioso! ¡Cómo se trabaja por poseerlo!
 ¡Cuán envidiadas son tales cosas en toda la tierra!

EL POETA

Fresco, en su púrpura rosada, el sol eleva,
 El mar ondula en el azul lejano, cabalgando sobre sus amplias vías,
 El viento avanza sobre el mar soplando hacia la tierra,
 El vasto y gallardo viento que sopla incansable del Oeste o del Sudoeste,
 Y que patina tan levemente sobre las aguas levantando espumas de una blancura láctea.
 Más, no soy ni el mar ni el rojizo sol,
 Ni el viento con su risa de jovencilla,
 Ni el inmenso viento que fortifica, ni el viento que fustiga,
 Ni el espíritu que continuamente fustiga al cuerpo, hasta el terror y la muerte,
 Sino aquel que viene invisible, y canta, canta, canta,
 Que balbucea en los ríos, desciende sobre las maravillas de la tierra.
 Que las aves de los bosques admiran por las mañanas y por las tardes,
 Que las arenas de la playa conocen y las sonantes ondas,
 Lo propio que esa bandera y ese pendón
 Que allá en lo alto flamean, flamean.

EL NIÑO

¡Oh padre! Esa cosa está viva —está llena de gentes,— tiene hijos,
 Me parece que ahora mismo habla a sus hijos,
 Ya la oigo —ella me habla—. ¡Oh, qué maravilla!

¡Cómo se dilata —y se despliega y revolotea,— oh padre mío!

Y es tan amplia, que cubre todo el cielo.

EL PADRE

Calla, calla, loco hijo mío.

Lo que dices me llena de angustia, me desagrada mucho.

Mira donde miran los demás, te repito; no te entretengas en lo alto,

Con las banderas y los pendones.

Admira más bien la calzada cuidadosamente barrida y la solidez de los muros de las casas.

LA BANDERA Y EL PENDÓN

Habla el niño, ¡oh bardo! en nombre de Manhattan,
A todos nuestros hijos, ¡oh bardo! del Sur y del Norte de Manhattan,

Conságranos este día, por encima de todo; muéstranos señoreando todo, sin que sepamos la causa de ello.

¿Pues qué otra cosa somos sino pedazos de tela, sin más uso que el de flamear al viento?

EL POETA

Yo siento y veo algo más que pedazos de tela,
Siento la marcha de los ejércitos, oigo el grito del centinela,

Oigo el jubiloso clamor de millones de hombres. ¡Oigo la Libertad!

Oigo resonar las trompetas y redoblar los tambores,

Yo mismo, en instantáneo ímpetu, me levanto y vuelo,

Vuelo con las alas del pájaro terrestre y con las del pájaro marino, y como desde una cumbre dirijo mis miradas hacia abajo:

Yo no niego los preciosos resultados de la paz, veo ciudades populosas con incalculables riquezas.

Veo granjas innúmeras, veo campesinos trabajando en sus campos o en sus granjas,

Veo obreros en sus labores, veo por todos lados edificios en construcción,

Veo hileras de vagones que ruedan a lo largo de las vías férreas, arrastrados por locomotoras,

Veo los almacenes, las estaciones de Boston, de Baltimore, de Charleston, de Nueva Orleáns.

Veo a lo lejos, en el Oeste, el inmenso dominio de los cereales; me cierno un momento sobre él;

Vuelo hacia las selvas del Norte, explotadas por su madera; luego a las plantaciones del Sur, luego hacia California;

Abarcando simultáneamente todo el Continente, veo las ganancias incalculables, las multitudes ocupadas, los salarios ganados,

Veo la identidad formada por treinta y ocho espaciosos y soberbios Estados (y muchos otros en el porvenir),

Veo fortalezas en las costas portuarias; veo las naves que entran y salen;

Y sobre todas estas cosas (¡Sí! ¡Sí!) mi pequeño y sutil pendón, alargado en forma de espada,

Asciende vivamente en señal de guerra y de desafío —ahora mismo lo han izado las drizas,—

Al lado de mi larga bandera azul, al lado de mi bandera estrellada,

Como persiguiendo la paz por todos los mares y los continentes de la tierra.

LA BANDERA Y EL PENDÓN

Todavía más fuerte, más alto, más sonoro, ¡oh bardo!

¡Difúndete en el espacio y en el tiempo!

Que nuestros hijos no crean que sólo significamos riqueza y paz,

También podemos ser, si lo queremos, terror y estrago —y tales somos ahora—

Ahora no somos ninguno de estos espaciosos y soberbios Estados (ni cinco ni diez)

No somos los mercados, los depósitos ni los bancos de la ciudad,

Somos todo eso y lo demás; la tierra inmensa y bruna,

Y las minas que existen debajo de ellas, son nuestras,

Nuestras son las ondas de los mares, y los ríos ínfimos y grandes,

Nuestros son los campos que riegan las cosechas y los frutos,

Nuestras las bahías, los canales, y las naves que entran y salen —sobre todo eso—

Sobre el dominio que se extiende a nuestra sombra, sobre los tres o cuatro millones de millas cuadradas, sobre las capitales,

Sobre los cuarenta millones de almas (ahora pasan de cien millones). Sí, ¡oh bardo! en la vida y en la muerte,

Nosotros, realmente nosotros, flotando, supremos aquí, en la altura,

No sólo en el presente, sino por millones de años,

Enviamos este canto al alma de un pobre y pequeño niño.

EL NIÑO

¡Oh padre mío! Las casas no me dicen nada.

Nunca tendrán valor a mis ojos; yo no amo ni quiero el dinero;

Lo que yo querría es subir allá arriba, padre querido, estar cabe la bandera que amo.

Querría ser ese pendón; es menester que lo sea.

EL PADRE

Me llenas de angustia, hijo mío;

Ser ese pendón sería un destino demasiado espantoso,

Ignoras lo que significa en el día de hoy y eternamente:

Significa no ganar nada; arriesgarlo y osarlo todo,

Significa destacarse en la vanguardia de las batallas, ¡y en qué batallas! ¿Qué tienes tú que ver con todo eso?

¿Con las pasiones demoníacas, con las carnicerías y la muerte prematura?

LA BANDERA

Entonces lo que yo canto son los demonios y la muerte.

Lo acojo, lo quiero todo en mi canto, sí, todo, pendón de guerra en forma de espada;

Un placer nuevo y extático, y el afán que los niños balbucean,
Mezclarlo a los rumores de la pacífica tierra y a las marejadas del Océano,

Y las negras naves que combaten envueltas en ciclones de humareda,

Y el frío glacial del lejano, lejanísimo Norte, y el zumbido de los cedros y de los pinos,

Y el redoble de los tambores, y el paso marcial de los soldados,

Y el sol que diluvia sus quemantes rayos,

Y las olas que se estrellan en las playas de mi costa occidental, y las que avanzan sobre mi costa oriental,

Y todo lo que se extiende entre ambas costas, y mi Misisipí, de eterna corriente, con sus curvas y sus cascadas,

Y mis campiñas del Illinois, y mis campos de Kansas, y mis vegas del Missouri,

Y el Continente, afirmando su identidad sobre todo, sin olvidar un átomo.

¡Oh canto mío, difúndete como un torrente! Sumerge bajo las ondas de todo, y del producto de todo, lo que interroga y lo que canta,

Fusiona, acapara, exige, devóralo todo:

Ya no hablamos con tiernos labios ni con sonidos musicales,

Ya no más persuasivos; irrumpimos guerreramente en las tinieblas,

Croando como cuervos en el viento.

EL POETA

Mis miembros y mis arterias se dilatan; al fin se manifiesta el motivo de mi canto:

Bandera tan vasta que surges de la noche, yo te canto alta-
nera y resuelta,

Me escapo del reducto en que durante tanto, tanto tiempo
he esperado, ciego y sordo,

Mi oído y mi lengua me han sido restituídos (un pequeño
niño me ha iluminado),

Oigo de lo alto, ¡oh pendón de guerra! en tu irónico llamado
Gritar: ¡*Insensato!* ¡*Insensato!* Sin embargo, yo te canto,
¡oh bandera!

En verdad, no eres las casas pacíficas, ni todo o parte de su
prosperidad. (Si es necesario te daremos cada una de estas casas
para que las destruyas.

Si no meditas la destrucción de estas casas preciosas que se
alzan tan sólidas, llenas de bienestar, construídas a fuerza de tanto
dinero,

¿Entonces pueden levantarse en toda su solidez?

Ni una hora, a menos que tú también flamees dominadora,
por encima de ellas y de todos.)

¡Oh bandera! No eres dinero precioso, ni producto de los
trabajos industriales, ni grato alimento material,

Ni las mercaderías acumuladas, ni las que son descargadas
de los vapores en los muelles,

Ni las soberbias naves impulsadas a vela o a vapor, que van
a los países remotos en procura de cargamentos,

Ni las máquinas, ni los carruajes, ni el comercio, ni las ga-
nancias,

Eres, tal como yo te quiero, tal como te veré en adelante,

(Surgiendo, del seno de la noche, con tu racimo de estrellas,
de estrellas que aumentan sin cesar),

La que divide el alba, corta el aire, acaricia el sol y mide
el cielo

(Percibida y amada apasionadamente por un pobre y peque-
ño niño,

En tanto otros trabajan o conversan afanosamente predi-
cando el eterno ahorro, ¡el ahorro!)

¡Oh tú, señor de la altura, ¡oh pendón! tú que ondulas como
una sierpe crujiendo tan extrañamente,

Tú, que imperas donde no llega la mano, tú que sólo eres una idea;

Tú, por quien, a pesar de ello, se lucha tan encarnizadamente, corriendo el albur de una muerte sangrienta!

¡Oh pendón querido! — ¡Tan querido! — ¡Y tú, bandera que anuncias el día con tus estrellas raptadas a la noche!

Objeto invaluable, sin precio, imán de los ojos, por encima de todo, y exigiéndolo todo (poseedor absoluto de todo),

¡Oh bandera! ¡Oh pendón!

Yo también abandono todo lo demás. Por grande que sea

El resto, no es nada. Las máquinas, las casas, no son nada.

No las veo.

Sólo te veo a tí, ¡oh pendón guerrero! ¡Oh bandera tan amplia, surcada de listas! Sólo te canto a tí,

¡Flameando al viento, allá en la altura!

¡PIONERS! ¡OH PIONERS!

Vamos, hijos presurosos...

Seguidme en orden, aprestad vuestras armas,

¿Tenéis vuestras pistolas? ¿Lleváis afiladas vuestras hachas?

¡Pioners! ¡Oh pioners!

No podemos arrastrarnos aquí,

Tenemos que seguir, queridos; tenemos que sostener el choque de los peligros,

Nosotros, las jóvenes razas musculosas, nosotros, sobre quienes cuentan los demás,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

(1) Pioners se llama a los primeros que penetran en la selva virgen para talar los árboles.

Vosotros, los jóvenes, los mocetones del Oeste,
Tan impacientes, tan ávidos de acción, tan desbordantes de
fuerza viril y de amistad,

Os veo distintamente, mocetones del Oeste, alargar el paso
en la vanguardia,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Las razas mayorazgas se han detenido?
¿Debilitadas, interrumpen su lección, llenas de fastidio, allen-
de los mares?

Nosotros seguimos la eterna empresa, cargamos con el far-
do y la lección,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Dejamos atrás todo el pasado,
Desembocamos en un mundo nuevo y mayor, un mundo di-
verso,

Incólumes y fuertes nos apoderamos de este mundo, mun-
do de labor y de marcha,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Desprendemos destacamentos al paso doble,
Cuesta abajo, por los desfiladeros y hacia las cumbres de
los arduos montes;

Conquistadores, nos apropiamos todo, osando, si arriesgándo-
nos a medida que hollamos las rutas desconocidas,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Vamos talando las selvas primitivas,
Remontamos los ríos, atormentamos la tierra, abrimos mi-
nas, profundamente,

Deslindamos la vasta superficie, removemos la tierra virgen,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

Somos los hijos del Colorado,
De los picos gigantescos, de las grandes sierras, de las alti-
planicies;
De las minas y de los barrancos; venimos de seguir la pista
de la caza,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

De Nebraska, de Arkansas.
Surgimos de la raza del Centro, del Missouri. La sangre del
Continente se ha mezclado en nuestras venas.
Estrechamos las manos de todos los camaradas, los del Me-
diodía y los del Norte,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

¡Oh raza irresistible y sin reposo!
¡Oh raza querida en vosotros todos! ¡El tierno amor que le
inspiráis tortura mi corazón!
Me lamento y, sin embargo, me regocijo en los transpor-
tes de amor que me inspiráis todos vosotros,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

Llevad bien alta la poderosa madre, la soberana,
Haced ondular bien alto la delicada soberana, por encima
de todos alzad la soberana estrella (inclinaos todos),
Llevad bien alto la soberana, aquilina y guerrera, la sobe-
rana austera, imparable, armada,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

Escuchad, hijos míos, mis osados hijos:

Por las multitudes que talonean nuestra retaguardia, jamás habremos de detenernos ni titubear,

Allá a lo lejos, detrás nuestro, los millones de fantasmas de las edades nos contemplan con ojos severos, y nos empujan,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

Siempre más lejos avanzan nuestras compactas filas,
Siempre nos llegan refuerzos; la vida colma rápidamente los vacíos que nos hace la muerte;

A través de batallas y de derrotas avanzamos sin detenernos jamás,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

Oh, morir yendo adelante!

¿Algunos de nosotros están por dejarse caer para morir?

¿Ha sonado su hora?

Entonces, la muerte que nos cuadra la encontraremos en marcha, seguros de que el vacío que dejaremos será breve,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

Todas las pulsaciones del mundo

Oídlas batir al unísono de nosotros, batir con el movimiento del Oeste;

Aislados o agrupados, avanzando al paso doble en la vanguardia, todos van con nosotros,
¡Pioners! ¡Oh pioners!

Los esplendores diversos y frondosos de la vida,

Todas las figuras y todos los espectáculos, todos los obreros en su obra,

Todos los marinos y todos los continentales, todos los amos
y todos los esclavos,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Todos los infortunados que aman el silencio,
Todos los prisioneros en las prisiones, todos los justos y todos los malos,

Todos los alegres, todos los dolorosos, todos los vivos y todos los muertos,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Yo también, con mi alma y con mi cuerpo,
Iremos, curioso trío, escogiendo y vagando por nuestra ruta,
Recorriendo estas riberas, entre las sombras, mientras nos
asedian las apariciones,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

¡Mirad, el orbe rodante que hiende el espacio!
Ved, alineados, alrededor los orbes fraternales, los soles y los planetas,

Todos los días deslumbradores, todas las noches místicas,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Esos nos pertenecen, están con nosotros,
Todos laboran en la obra primordial y necesaria, en tanto
detrás de ellos los que les seguirán aguardan, embrionarios:

Y somos nosotros los que vamos a la cabeza de la procesión
del día, somos nosotros los que abrimos el camino para el viaje,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

¡Oh vosotros, hijos del Oeste!

¡Oh vosotros, los jóvenes y los mayores!

¡Oh vosotras, las madres y las esposas!

Jamás debéis ser separadas, en nuestras filas marcharéis unidas,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

¡Rápsodas latentes en las praderas!

(Bardos amortajados de otros países, podéis reposar en paz,
vuestra obra está acabada),

Pronto os oiré venir cantando, pronto os levantaréis para
marchar con nosotros,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

Ni las deleitosas dulzuras,

Ni los cojines, ni las bestias de carga, ni la paz estudiosa,

Ni la riqueza segura y enervante, ni las dichas incoloras son
para nosotros,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

¿Los golosos Trimalciones se divierten?

¿Los dormilones ahitos dormitan? ¿Han cerrado y atranca-
do sus puertas?

No importa, sean para nosotros la dura pitanza y la fraza-
da sobre la tierra,

¡Pioners! ¡Oh pioners!

¿Ha cerrado la noche?

¿Fué demasiado penosa la última jornada?

¿Nos hemos detenido en mitad de la ruta, desalentados, de-
jando caer la cabeza?

Entonces os concedo una hora fugitiva para hacer alto y descansar, una hora de olvido,
 ¡Pioners! ¡Oh pioners!

Hasta que con un estallido de clarines
 Lejos, muy lejos, retumbe el llamado del alba, ¡oíd! Altísimo
 y claro le oigo resonar,
 ¡Pronto! ¡A la vanguardia del ejército!
 —¡Pronto! De un salto ocupad vuestras filas,
 ¡Pioners! ¡Oh pioners!

IMAGENES

He encontrado un vidente.
 Que desdeñaba los matices y los objetos de este mundo,
 Los campos del arte y del saber, los placeres, los sentidos,
 Para buscar imágenes.

No pongas más en tus cantos —me dijo—
 La hora ni el día enigmáticos, los segmentos ni las partes
 yuxtapuestas,
 Pon, ante todo, como una luz para el resto, y un himno de
 introducción para los demás,
 El canto de las imágenes.

Siempre el obscuro comienzo,
 Siempre el crecimiento, la vuelta íntegra del círculo,
 La cumbre siempre y el derrumbe final (para resurgir fatal-
 mente),
 ¡Imágenes! ¡Imágenes!

Siempre la mudanza,
Siempre la materia que cambia, se desmigaja y se reintegra,

Siempre los talleres, las fábricas divinas,
Que engendran las imágenes.

¡Ved! yo o vosotros,
Mujer u hombre, Estado, conocido o desconocido;
Nosotros que parecemos construir riqueza compacta, fuerza y belleza,

En realidad no construimos más que imágenes.

La apariencia que se desvanece,
La substancia de un sueño de artista, o de los largos estudios del sabio,

Los esfuerzos del guerrero, del mártir, del héroe,
Se reducen a plasmar su imagen.

De toda vida humana,
(Las unidades, reunidas, controladas, sin omitir un pensamiento, una emoción, un acto),

El conjunto grande o pequeño se halla recapitulado, adicionado,

En su imagen

La vieja, viejísima impulsión,
Asentada sobre las antiguas cumbres, lo propio que en las más altas y nuevas.

Levantadas por la ciencia y el análisis modernos,
Coincida en la vieja, viejísima impulsión: las imágenes.

El mundo actual y nuestro,
La América atareada, superabundante, confusa, en torbellinos,
En sus masas y en sus individuos existe únicamente para
manifestar

Las imágenes actuales.

Estos, y los del pasado,
Los de los países desaparecidos, de todos los reinos de los
reyes de ultramar,
Conquistadores de antaño, cruzadas antiguas, periplos de los
viejos marinos,

Son imágenes que se unen.

La densidad: la fecundidad, las fachadas,
Los estratos de las montañas, los terrenos, las rocas, los ár-
boles gigantes
Que han nacido y desaparecerán en tiempos remotos,
Viven largo tiempo sólo para dejar
Imágenes eternas.

Exaltado, arrobado, en éxtasis,
Lo visible no es más que la matriz de sus natales,
Poseído de una tendencia cíclica al plasmar, plasmar todavía,
plasmar siempre,
La colosal imagen de la tierra.

Todo el espacio, todo el tiempo
(Los astros, las espantosas perturbaciones de los soles,
Que se inflan, se desploman, acaban realizando su destino lar-
go o breve),
No están más que llenos de imágenes.

Las miríadas silenciosas,
Los océanos infinitos donde confluyen los ríos,
Las innumerables entidades libres y distintas como la vista,
Las verdaderas realidades, son las imágenes.

No este el mundo,
Ni estos los universos: son ellos los universos,
El sentido y el fin, la permanente vida de la vida;
Ellas, las imágenes, las imágenes.

Más allá de tus lecciones, sabio profesor,
Más allá de tu telescopio o de tu espectroscopio, observador
sagaz,
Más allá de todas las matemáticas,
Más allá de la cirugía y de la anatomía del médico,
Más allá del químico y de su química,
Están las entidades de las entidades: las imágenes.

Móviles y no obstante fijas,
Persistirán siempre, como siempre fueron y son,
Llevando el presente al porvenir infinito,
Las imágenes, las imágenes, las imágenes.

El profeta y el bardo
Continuarán en las regiones siempre más elevadas,
Como los mediadores del mundo moderno
Y de la Democracia, interpretando para ambos,
Dios y las imágenes.

Y tú, alma mía,
 Tus dichas, tu incesante inquietud, tus exaltaciones,
 Tu aspiración ampliamente satisfecha al fin, te preparan de
 nuevo para recibir
 Tus compañeras, las imágenes.

Tu cuerpo permanente,
 El cuerpo oculto dentro de tu cuerpo,
 La única razón de ser de la forma que eres, el yo real,
 Es una visión, una imagen.

Tus propios cantos no están en tus cantos,
 No hay acentos únicos para cantar, ninguno existe por sí solo.
 Resultan del conjunto, y se elevan al fin, cerniéndose
 Como la redonda y plena imagen de un Orbe.

PENSAMIENTOS

Pienso en la opinión pública,
 En el mandato pronunciado, tarde o temprano, con voz se-
 rena y fría (¡cuán imposible! ¡cuán segura y última!)

En el Presidente, con el rostro pálido preguntándose en se-
 creto: *¿Qué dirá al fin el pueblo?*

En los jueces frívolos, en los diputados, en los gobernadores,
 en los alcaldes corrompidos, en todos los que concluyen por ser
 descubiertos;

En los clérigos, gruñendo y lloriqueando (pronto serán aban-
 donados por todos),

En el declinar, año tras año, del respeto religioso, de las
 sentencias emanadas de los funcionarios, de los códigos y de las
 escuelas,

En la elevación cada vez más alta, más fuerte y más vasta de

las intuiciones de los hombres y de las mujeres, en la elevación del sentimiento de la alta estima de Sí mismo y de la Personalidad,

Pienso en el verdadero Nuevo Mundo, en las Democracias resplandecientes en su totalidad,

En la política, en los ejércitos, en las marinas que se ajustan a ellas,

En su irradiación solar, en su luz inherente, superior a todas las demás,

Envolviéndolo, saturándolo, reverdeciéndolo, transfigurándolo todo.

HACIA EL EDÉN

Prisioneras, dolorosas, perlas líquidas,
Substancia de mi ser sin la cual no sería nada,
He resuelto glorificaros y lo haré, aunque quede solo entre los hombres;

Voz mía retumbante, arranca de tu mayor profundidad
El canto del falo, el canto de la procreación.

Canta la necesidad de engendrar hijos espléndidos —y por ellos— de espléndidos adultos.

Canta la erección del músculo y la fusión de dos seres:

Canta el canto de la compañera de lecho (¡oh, el irresistible ímpetu!

¡Oh, para todos, sin excepción, la ansiedad del cuerpo complementario!

¡Oh, para vos, quienquiera que seáis, vuestro cuerpo complementario!

¡Ese cuerpo que os embriaga, que os enloquece, sobre todas las cosas de la tierra!)

Hambre roedora que me devora noche y día,
Momentos genésicos, angustias que avergüenzan, salgo de
vosotros para cantaros;

Busco algo que todavía no he encontrado, aunque lo he buscado asiduamente durante años.

Canto el verdadero canto del alma, caprichoso aventurero, renazco en la Naturaleza más brutal, o entre los animales,
De ella y de ellos, y de lo que concuerda con ellos, saturo mis poemas;

Del aroma de las pomas y de los limones,
De la cópula de las aves, de la humedad de los bosques, del abalanzamiento de las ondas,

Del furioso abalanzamiento de las ondas hacia la tierra:

Sí; todo eso llena mi canto.

Modulo ligeramente la overtura, repaso en un preludio los motivos del canto.

La felicidad de estar juntos, la visión del cuerpo perfecto,
El nadador desnudo en el agua o flotando inmóvil, de espaldas,

La forma femenina que se aproxima, y yo, que estoy allí, pensativo, con mi sexo que se estremece y me daña;

He aquí la divina lista, para mí, para vos, para cualquiera:
El rostro, los miembros, todo el cordaje, desde la cabeza a los pies, junto con las armonías y las disonancias que despierta la menor pulsación;

El delirio místico, la locura de amor, el abandono total.

(¡Escuchad en silencio, atentamente, lo que ahora os susurro:

¡Os amo, me poseéis por completo!

¡Ah si pudiéramos huir juntos de la multitud, irnos lejos, muy lejos, libres y desenfrenados!

Dos halcones en el cielo, dos peces nadando en el mar no serían más desenfrenados que nosotros!)

—

La tempestad pulsa mis nervios y mis arterias; tiemblo de pasión.

El juramento de no separarnos jamás, de amarnos más que mi vida, os lo juro.

¡Lo arriesgo todo, todo lo abandono por vos!

¡Si es necesario perderme, que me pierda!

—

¡Vos y yo! ¿Qué nos importa lo que hacen o piensan los demás?

¿Qué es para mí el resto del mundo?

¡Que nos baste con gozarnos mutuamente, aspirarnos y fundirnos!

—

Sexo en cuya acción se maridan la cadena y la trama.

El aislamiento, los frecuentes suspiros que se exhalan en la soledad.

Todas las personas que os rodean y la ausencia de la que más habéis menester,

El suavísimo roce de sus manos a lo largo de mi cuerpo, sus dedos que se hunden en mi barba y en mi cabellera;

Los interminables besos en la boca y en los senos,

La presión del sacro cuerpo a cuerpo que me embriaga y me llena de desfallecimiento,

La divina faena del esposo, la obra maestra de la paternidad,

La victoria, el reposo y los abrazos de vuestra compañera en la noche,

Los poemas en acción de los ojos, de las manos, de las caderas y de los pechos,

Las temblorosas presiones de los brazos,
 El cuerpo que se arquea y se agarra en la angustia del goce,
 El contacto de costado, la mano que de nuevo extiende las
 mantas sobre el lecho;

Ella, que no quiere dejarme partir. Y yo que tampoco deseo
 irme

(Espérame un instante, amada mía, volveré enseguida.)

Es la hora en que las estrellas brillan, en que cae el rocío,
 La hora en que huyo rápidamente de la noche y de la
 amada,

Para celebrarte, acto divino, para celebraros, robustos ri-
 fiones,

Y vosotras, proles ingentes, sembradas con amor.

EXCELSIOR

¿Cuál es el que ha ido más lejos? Porque yo he resuelto ir
 más lejos;

¿Cuál es el que ha sido más justo? Porque yo he resuelto ser
 el hombre más justo de la tierra;

¿Cuál es el que ha sido más prudente? Porque yo he resuelto
 ser el más prudente;

¿Y cuál ha sido el más feliz? Paréceme que soy yo. No
 creo que nadie haya sido más feliz que yo;

¿Y cuál es el que lo prodigado todo? Porque yo he prodiga-
 do sin cesar lo más precioso de mí;

¿Y cuál ha sido el más altivo? Porque yo creo ser el más
 altivo de los vivientes—¿no soy hijo de una gran capital, cuyas
 enhiestas techumbres rozan los cielos?

¿Y cuál ha sido el más audaz y leal? Porque yo he resuelto
 ser el más audaz y leal del Universo;

¿Y cuál el más benévolo? Porque yo he resuelto prodigar más
 benevolencia que los demás;

¿Y cuál ha gozado y correspondido al afecto del mayor nú-
 mero de amigos? Porque yo he gozado y correspondido como
 el que más al afecto apasionado de innumerables amigos;

¿Y cuál es el que posee el cuerpo intachable y enamorado? Porque no creo que exista alguien que posea un cuerpo más perfecto y enamorado que el mío;

¿Y cuál el que concibe los más vastos pensamientos? Porque yo he resuelto sobrepujar los más vastos pensamientos;

¿Y cuál es el que ha escrito los himnos más adecuados a la tierra y al porvenir? Porque me siento arrebatado por un loco deseo —hasta el éxtasis— de crear los himnos más gozosos para todas las tierras.

A UNO QUE FUE CRUCIFICADO

Querido hermano, mi espíritu se une al tuyo,

No te apenes si muchos de los que te cantan *hossannas* no te comprenden,

Yo que no te canto ni te adoro, te comprendo;

Con verdadera alegría te recuerdo ¡oh compañero! y al recordarte te saludo lo propio que a los que aparecieron antes que tú, y a los que vendrán después de mí,

Para todos laboremos el mismo surco, trasmitiendo la misma heredad y la misma cosecha,

Nosotros, la pequeña falange de los iguales, indiferente a los países y a las edades;

Nosotros, que abarcamos todos los continentes, todas las castas, todas las teologías;

Nosotros, los humanitarios, los discernidores, el fiel de la balanza de los hombres comunes;

Nosotros, los que avanzamos en silencio en medio de las disputas y de las afirmaciones, sin rechazar las personas ni las ideas;

Escuchamos sus vocinglerías y sus tumultos, asaltados por sus divisiones, sus celos, sus diatribas,

Envueltos, por momentos, en los círculos voraginosos de sus comparsas.

No obstante, rebeldes a todo yugo, avanzamos libremente por toda la tierra, la recorreremos de Norte a Sur, de Este a Oeste, hasta imprimir nuestro imborrable sello en el tiempo y en todas las épocas,

Hasta que saturemos de nosotros el tiempo y las edades, a fin de que los hombres y las mujeres de las futuras razas se sientan y se confiesen hermanos y amigos como nosotros lo somos.

DEL CANTO DE MI MISMO

Me celebro y me canto,
 Lo que me atribuyo también quiero que os lo atribuyáis,
 Pues cada átomo mío también puede ser de vosotros, y lo será.

Poeta, invito mi alma al canto,
 Mientras huelgo y paseo contemplando una brizna de hierba estival.

Mi lengua, cada molécula de mi sangre emanan de esta tierra, de este aire,
 Nacido aquí, de padres cuyos abuelos y bisabuelos también nacieron,
 A los treinta y siete años de edad, en perfecta salud, comienzo estos himnos con la esperanza de continuarlos hasta en la muerte.

Otorgo un armisticio a los credos y a las escuelas,
 Los considero un momento a cierta distancia, consciente de lo que son y de lo que significan, sin olvidarlo nunca;
 En seguida me brindo como un asilo al bien y al mal, dejo que tomen la palabra todos los azares,
 La desenfrenada Naturaleza con su energía original.

La atmósfera no es un perfume, no sabe a esencias, es inodora,

Mi boca la aspira en vitales sorbos; la adoro locamente como a una amada:

Iré al declive donde comienza el bosque, me quitaré las ropas, me desnudaré,

Para gozar su contacto.

Pláceme la humedad de mi propio aliento,

Los ecos, las ondulaciones, el vago zumbar de los murmurios silvestres, la raíz de amor, los filamentos de seda, los zarcillos y las cepas de las viñas,

Mi inspiración y mi respiración, el latir de mi víscera, la sangre y el aire que acarrearán mis pulmones,

El olor de las hojas verdes y de las hojas secas, el de las negruzcas rocas a lo largo de la costa, el olor del heno almacenado en los pajares,

El sonido de mi voz cuando aulla palabras y las arrojo en los remolinos del viento,

Algunos besos a flor de labios, algunos abrazos, pecho a pecho,

El vaivén del sol y de la sombra sobre los árboles cuando las brisas mecen sus ramajes,

La alegría de la soledad entre las muchedumbres arbóreas de los bosques o en las apreturas multitudinarias de las calles,

La sensación de la salud, el himno del mediodía, mi canción matinal al levantarme de la cama y encontrarme de nuevo frente al sol.

¿Creíais que os bastarían cien hectáreas de tierra?

¿Creíais que toda la tierra era demasiado?

¿Hace mucho tiempo que estáis aprendiendo a leer?

¿Habéis sentido orgullo al penetrar el sentido de mis poemas?

Quedaos un día y una noche conmigo; poseeréis la esencia de todos los poemas.

Poseeréis todo lo bueno que existe en la tierra y en el sol
(también existen otros millones de soles),

Yo no quiero que continuéis recibiendo las cosas de segunda o de tercera mano, ni que miréis con los ojos de los muertos, ni que os nutráis con los espectros que yacen entre las hojas de los libros,

Tampoco quiero que miréis con mis ojos ni que recibáis las cosas como dádivas mías,

Quiero que abráis los oídos a todas las voces, que os impresionen por su propia virtud y según vuestra naturaleza.

He oído lo que narraban algunos juglares, historias de comienzos y de fines:

Yo no hablo del comienzo ni del fin.

Nunca han habido otros comienzos que los que presenciamos cada día.

Más juventud ni más vejez que la que hay en la actualidad;

Nunca habrá más perfección que la de nuestros días,

Ni más cielos ni más infiernos que los que existen en la actualidad.

Impulsión, más impulsión, siempre impulsión,

La impulsión es la incesante procreadora del mundo.

Los iguales emergen de la sombra, y se desarrollan complementarios,

Siempre la substancia y la multiplicación, el sexo siempre:

Siempre un tejido de identidades, y de diferenciaciones:

Siempre la concepción, la preñez y el parto de la vida.

Es inútil refinar; cultos e incultos lo comprenden por igual.

Límpida y suave es mi alma, igualmente límpido y suave todo lo que no es mi alma.

Si faltara uno de los dos, faltarían los dos,
Lo invisible se prueba por lo visible,
Hasta que éste se haga invisible, y sea probado a su vez.

Todas las épocas se han esforzado en valorar "lo mejor" y en distinguirlo de "lo peor";

Como conozco la absoluta justeza y constancia de las cosas, permanezco silencioso en medio de las discusiones, luego voy a bañarme y a admirar mi cuerpo.

Bien venido sea cada uno de mis órganos y de mis atributos, y los de todo hombre puro y cordial;
Ni una pulgada de mi ser, ni un átomo son viles,
Ninguno de ellos debe serme menos familiar que los demás.

Me siento feliz. Veo, bailo, río, canto;
Cuando mi acariciante y afectuoso camarada, que ha dormido
A mi lado toda la noche, se aleja a pasos furtivos al amanecer,

Dejándome canastos llenos de blancas lencerías que alegran la casa con su abundancia,

¿Retardaré mi aceptación y mi cariño, preocupado en saber en seguida, céntimo a céntimo,

El valor exacto de ambos, y cuál de los dos resultará ganancioso?

Mi yo real, inaccesible a los tirones y a las sacudidas,
Gózase en su unidad, satisfecho, compasivo, ocioso,
Mira mirar el mundo por debajo, ora erguido, ora apoyado en
un sostén seguro, aunque impalpable;

Deduce lo que será de lo que es, mira todo con curiosos ojos,
Mezclado al juego y a la vez fuera de él, observándolo y
maravillándose.

Veo detrás de mí el tiempo en que erraba en la niebla entre
verbosos y discutidores:

Ya no derrocho burlas ni objeciones, observo y espero.

Creo en tí, alma mía; el otro hombre que soy no debe hu-
millarse ante ti,

Como tú no debes humillarte ante el otro.

Ven a soñar conmigo sobre la hierba, vuelca en mis oídos los
desbordamientos de tu garganta;

No he menester palabras, músicas, rimas ni conferencias, así
fueran las mejores.

Me basta únicamente con tu arrullo, con las confidencias
y las sugerencias de tu voz.

Recuerdo una mañana límpida de estío tendidos sobre las
hierbas;

Posaste la cabeza en medio de mis rodillas, volviéndote dul-
cemente hacia mí,

Entreabriste mi camisa, hundiendo tu lengua, pecho adentro hasta el corazón;

Luego te alargaste adhiriéndote toda desde mi barba hasta los pies.

Enseguida se esparcieron sobre mí la paz y la sabiduría que sobrepujan todos los argumentos de la tierra;

Supe que la mano de Dios era una promesa para la mía,

Supe que el espíritu de Dios era hermano del mío;

Que nada desaparece; todo es progreso y desarrollo,

Y morir es muy distinto de lo que todos suponen y más feliz.

¿Alguien ha pensado que nacer era una aventura?

Me apresuro a manifestarle que morir es tan venturoso.

Lo sé.

Yo agonizo con los moribundos y nazco con los que nacen,
Mi yo no está contenido por completo entre mis zapatos y mi sombrero;

Examino la multiplicidad de los objetos, no existen dos iguales, y cada cual es bueno.

Buena es la tierra, los astros son buenos, y cuanto les acompaña es bueno.

Yo no soy una tierra ni lo accesorio de una tierra,
Soy el camarada de las gentes todas, tan inmortales e insondables como yo.

(Ellas ignoran su inmortalidad, pero yo la conozco, la sé).

El niño duerme en su cuna,
 Entreabro la muselina y le miro un rato, luego silencio-
 so espanto las moscas con la mano.

El joven y la joven de empurpuradas mejillas se alejan por
 la espesura del ribazo,
 Desde lo alto, mi curiosa mirada los acompaña.

El suicida yace extendido sobre el piso ensangrentado de la
 habitación,
 Observo los destrozados cabellos del cadáver, veo el sitio
 donde ha caído el revólver.

Amo ir solo de caza por las soledades y las montañas,
 Errar, caprichosamente, maravillado de mi ligereza y de mi
 alegría;
 Cuando llega el anochecer elijo un retiro para pernoctar;
 Enciendo fuego, aso la caza recién muerta
 Y me adormezco sobre un montón de hojas, con mi perro y
 mi fusil al lado.

El esclavo fugitivo se aproximó a mi choza, deteniéndose
 en el umbral.

Por la entreabierta puerta de la cocina, lo vi tambalearse y
 sin fuerzas:

Fuí hacia el tronco de árbol en que se había sentado, lo cogí
 entre mis brazos, y lo llevé adentro;

Así que le hube inspirado confianza, llené un cubo de agua
 para su cuerpo sudoroso y sus pies desgarrados,

Luego lo conduje a un cuarto contiguo al mío, y le dí ro-
 pas limpias y abrigadas,

Recuerdo perfectamente el deslumbramiento de sus ojos, y su actitud embarazada,

Recuerdo haberle aplicado cataplasmas en las desgarraduras de su cuello y de sus tobillos;

Una semana pasó a mi lado, hasta restablecerse y poder emigrar hacia el Norte,

Comía conmigo en mi mesa, en tanto mi escopeta yacía en un rincón.

Veintiocho jóvenes se bañan en el río,

Veintiocho jóvenes, todos ellos compañeros y amigos;

¡Y ella, con sus veintiocho años de vida femenina, tan tristemente solitaria!

La casa de ella es la más hermosa de la ribera;

De la bella que elegantemente vestida observa a los bañistas a través de los visillos de su balcón.

¿A cual de ellos amaré la bella?

¡Ah! el menos hermoso de todos es magnífico para ella.

— ¿Dónde vais así, señora? ¡Aunque permanecéis oculta en vuestro cuarto noto que os sumergís allá en el agua!

Os veo avanzar por la ribera, danzando y riendo, hermosa bañista;

Los otros no la ven, más ella los ve, cada vez más inflamada de amor.

Las barbas y los cabellos de los jóvenes relucen con el agua que los empapa;

Una mano invisible se pasea sobre sus cuerpos,
 Desciende temblorosa de sus sienes y de sus pectorales.

Los jóvenes nadan de espaldas, sus blancos vientres se esponjan al sol; no preguntan quien los abraza tan estrechamente, Ignoran quien suspira y se inclina sobre ellos, suspensa y encorvada como un arco.

¡Los jóvenes no saben a quien salpican con vapor de agua!

Bueyes que hacéis sonar andando el yugo y la cadena, o que reposáis a la sombra de los follajes, ¿qué es lo que expresan vuestros ojos?

Parécenme expresar más que todas las líneas impresas que he leído en mi vida.

Amo todo lo que se desarrolla al aire libre;

Los hombres que guardan tropas y rebaños, los que navegan por los océanos, los que viven en plena selva,

Los que construyen y los que tripulan naves, los que manejan el hacha y la azada, los que doman potros y los que cazan búfalos.

Me complazco en su compañía, semanas tras semanas.

Llego con potentes músicas, entre el estruendo de mis trompetas y de mis tambores,

No sólo ejecuto marchas para los vencedores consagrados, también las ejecuto para los vencidos y las víctimas.

Muchas veces habréis oído decir lo hermoso que es obtener las ventajas de cada jornada,

¡Yo os digo que también es hermoso sucumbir, que las batallas se pierden en la misma intención en que son ganadas!

Mi tambor redobla en loor a los muertos,

Para ellos mi trompeta avienta sus notas más retumbantes y gozosas.

¡Loor a los que cayeron!

¡Loor a aquellos cuyas guerreras naves se hundieron bajo las olas!

¡Loor a cuantos se hundieron en los mares!

¡Loor a los generales vencidos en todas las batallas y a todos los seres muertos!

¡Loor a los innumerables héroes desconocidos, iguales a los más famosos y sublimes héroes!

¿Quién va ahí? Hambriento, grosero, desnudo y místico,
¿Cómo es posible que extraiga fuerzas del buey que como?

¿Qué es un hombre, después de todo? ¿Qué soy? ¿Qué sois?

Cuanto refiero a mí mismo, quiero que vos también os lo atribuyáis,

Si no hubiera equivalencia entre vos y yo, sería inútil que me leyerais.

Yo no lloriqueo como los que van lamentándose por el mundo,
Que el tiempo y la nada son sinónimos, que la tierra no es
más que podredumbre.

Tropel gemebundo y rampante, raza de valetudinarios y de
ortodoxos que buscan la cuadratura del círculo:

Canto a mí, llevo mi sombrero según me place, dentro como
fuera.

¿Orar? ¿Para qué? ¿A quien? Mi cabeza no está hecha para
reverencias ni mi boca para zalemas.

Sé que soy un inmortal.

Sé que la órbita que describo no puede ser medida con el
compás de un carpintero.

Sé que no me desvaneceré como el círculo de fuego que un
niño traza en la noche con un tizón ardiente.

Sé que soy agosto,

No torturo mi espíritu para defenderlo ni para que me com-
prendan,

Sé que las leyes elementales jamás piden perdón,

(Después de todo no me juzgo más soberbio que el nivel en
que se asienta mi casa.)

Existo tal cual soy, eso me basta,

Si nadie lo sabe, eso tampoco amarga mi satisfacción,

Y si lo saben todos, igual es mi satisfacción.

Lo sabe un mundo —el más vasto de los mundos para mí—, que soy yo mismo.

Y llegaré a mis fines, hoy mismo, o dentro de diez mil años, o después de diez millones de años.

Puedo aceptar ahora mi destino con corazón alegre, o esperar con igual alegría.

Granítico es el pedestal en que se apoya mi pie;
Yo me río de lo que llamáis disolución,
Conozco la amplitud del tiempo.

Soy el poeta del Cuerpo y el poeta del Alma,
Los placeres del Cielo me acompañan, me acompañan las torturas del Infierno:

He multiplicado en mí el injerto de los primeros,
Los segundos los traduzco en un idioma nuevo.

Soy el poeta de la mujer tanto como el poeta del hombre,
Digo que la grandeza de la mujer no es menor que la grandeza del hombre,

Digo que nada hay más grande que la madre de los hombres.

Canto el himno de la expansión y del orgullo.
Demasiado hemos implorado y bajado la frente.
Muestro que la grandeza no es sino desarrollo.

¿Habéis sobrepujado a los demás? ¿Sois Presidente?
Es una bagatela, cada cual debe ir más allá de eso, avanzar siempre.

Soy el que camina en la dulzura de los anocheceres.

Lanzo mis gritos a la tierra y al mar semienvueltos por la noche.

¡Cíñete fuertemente a mí, noche de desnudos senos!

¡Cíñete fuertemente, noche magnética y, nutricia!

¡Noche de los vientos del Sur, noche de los grandes astros!

¡Noche silenciosa que me guiñas, noche estival, loca y desnuda!

¡Sonríe, tierra voluptuosa de frescos hálitos!

¡Tierra de árboles adormecidos y vaporosos!

¡Tierra de sol poniente, tierra de montañas cuyas cumbres se pierden en la bruma!

¡Tierra de la cristalina lechosidad tenuemente azulada del plenilunio!

¡Tierra de los rayos y de las sombras, que nievan las ondas del río!

¡Tierra del gris límpido de las nubes, más brillante y claro en homenaje a mi admiración!

¡Tierra curvada hasta perderse de vista, tierra fértil cubierta de pomaredas!

Sonríe, pues tu amante se aproxima.

Pródiga, me has brindado tu amor. ¡Por eso te ofrendo el mío!

¡Oh Amor, indecible y apasionado!

¡Oye, oh mar! Igualmente me abandono a tí, adivino lo que quieres decirme,

Desde la playa veo encorvados dedos que me llaman,
Parece que rehusas alejarte sin haberme acariciado.

Tenemos que hacer juntos un paseo; aguarda que me des-
vista;

Llévame pronto hasta perder de vista la tierra,

Méceme en tus muelles cojines, desvanéceme en el columpio
de tus ondas,

Salpicame de amoroso líquido, yo haré lo mismo contigo.

Mar de desplegadas olas,

Mar que respiras con un jadeo largo y convulsivo,

Mar de la sal de la vida y de las tumbas que ninguna pala
abre (y no obstante, siempre prontas),

Que ruges y te abalanzas en las tempestades, mar caprichoso
y adorable;

¡Yo soy consubstancial a tí, yo también soy de una sola faz
y tengo todas las fases!

Soy el poeta del bien, pero no rehusó ser también el poeta
del mal.

¿Qué pretende significar toda esa charlatanería acerca del
vicio y de la virtud?

El mal me impulsa, la reforma del mal me impulsa, pero yo
permanezco indiferente,

Mi actitud no es la de un censor ni la de un reprobador,
Yo riego las raíces de todo lo que crece.

Que se hayan conducido bien en el pasado, o que se conduz-
can bien actualmente, nada tiene de asombroso:

El prodigio perpetuo consiste en que pueda haber un hom-
bre bajo o un impío.

¡Desenvolvimiento infinito de las palabras en los tiempos!
La mía es una palabra moderna: la palabra ¡*multitud!*

Mi palabra supone una fe inextinguible, siempre veraz
Que se realice aquí o en el porvenir, me es indiferente.
Me confío al Tiempo sin temor.

El sólo es puro, perfecto, redondea y completa todo.
Sólo esta maravilla desconcertante y mística lo completa
todo.

Acepto la Realidad, no la discuto,
Comienzo y termino impregnándome de materialismo.

¡Hurra la Ciencia positiva! ¡Viva la demostración exacta!
En su honor que traigan y entrelacen ramas de pino, de ce-
dro y de floridas lilas:

He aquí el lexicógrafo, he aquí el químico, he aquí el lin-
güista, descifrador de antiguas inscripciones,

Estos marinos han guiado su nave a través de mares desco-
nocidos, sembrados de escollos,

Este es el geólogo, aquél maneja el escalpelo, estotro es ma-
temático.

¡Señores míos, científicos ilustres, los primeros honores os
corresponden!

Los *hechos* que citáis, las observaciones que traéis, son úti-
les; sin embargo, no son de mi dominio,

¡Mediante ellos no hago más que entrar en una parte de mi
dominio!

Las palabras de mis poemas no evocan las propiedades reconocidas de las cosas,

Evocan la vida no catalogada, la libertad, la emancipación,

No se preocupan de los casos neutros y determinados, favorecen a los hombres y a las mujeres potentemente organizados.

Redoblan los tambores de la rebelión, se unen a los prófugos, a los que se confabulan y a los que conspiran.

Yo soy Walt Whitman, un cosmos, un hijo de Manhattan (1),

Turbulento, carnívoro, sensual, que come, que bebe, que procrea.

(No un sentimental, no uno de esos seres que se creen por encima de los hombres y de las mujeres, o apartado de ellos.)

Yo no soy modesto ni inmodesto.

¡Destornillad las cerraduras de las puertas!

¡Destornillad las puertas de sus encajes!

El que rechaza a un hombre cualquiera, me rechaza.

Todo lo que se hace o se dice concluye por rebotar contra mí.

A través de mí, como por un desfiladero, pasa la inspiración,

Pasan a través de mí la corriente y la aguja indicadora.

Yo trasmito la contraseña de las edades, enseñé el Credo de la Democracia;

(1) Nombre indígena de la isla en que se asienta Nueva York.

¡Pongo por testigo al Cielo! Nada aceptaré que los demás no puedan aceptar en las mismas condiciones.

Suben de mis profundidades múltiples voces milenariamente mudas.

Voces de interminables generaciones de prisioneros y de esclavos,

Voces de enfermos y de desesperados, de ladrones y de de-créditos.

Voces de los ciclos de preparación y de crecimiento,

De los hijos que unen a los astros del pecho de las madres y de la savia de los padres.

Voces de los derechos hollados, de los corrompidos y de los ineptos,

Voces de las encrucijadas, de las cárceles, de los manicomios, de los hospitales y de los cuarteles,

Voces de los imbéciles, de los despreciados, de los humildes.

Voces vagas como disueltas en invernales neblinas, voces de los escarabajos, del oprobio y del crimen.

Suben de mis profundidades las voces prohibidas.

Las voces de los sexos y de las concupiscencias cuyo velo entreabro.

Voces indecentes, bramidos primordiales, gritos locos que yo clasifico y transfiguro.

Yo no pongo el dedo sobre mi boca.

Trato con la misma delicadeza las entrañas que la cabeza o el corazón.

A mis ojos la cópula no es más grosera que la muerte.

Creo en la carne y en sus apetitos.

Ver, oír, tocar, son milagros; cada partícula de mi ser es un milagro.

Tanto por fuera como por dentro soy divino,
Santifico lo que toco, y cuanto me toca,
El olor de mis axilas es más puro que la plegaria,
Mi cabeza es más que las iglesias, las biblias y los credos.

Quando subo la escalinata de mi puerta suelo detenerme para preguntarme si eso es cierto,

Una campanilla que azulea en mi ventana me satisface más que toda la metafísica de los libros.

¡Contemplar el amanecer!

La tenue, tenuísima claridad desvanece las sombras inmensas y diáfanas,

El sabor del aire place a mi paladar.

Deslumbrador, formidable, el surgimiento del sol me mataría súbitamente

Si ahora, y en todo momento, yo no pudiera proyectar fuera de mí un sol levante.

También nosotros somos deslumbradores y formidables como el sol,

Hemos hallado lo que necesitábamos, ¡oh alma mía! en la calma y en la frescura del alba.

Escucho el canto de la mágica "soprano". (¿Qué es mi obra comparada con la suya?)

La orquesta me arrebatara más allá de la órbita de Urano,
 Suscita en mí locos ardores cuya existencia ignoraba,

Me hacen volar sobre el mar cuyas ondas indolentes rozan
 mis pies,

Una granizada aguda y furiosa me asaetea, pierdo la respi-
 ración,

Me siento sumergido en un baño de morfina que sabe a miel,
 mi tráquea se estrangula mortalmente,

Al fin, me siento libertado para sentir el enigma de los
 enigmas,

[Y lo] que llamamos ser.

Creo que una brizna de hierba no es inferior a la jornada
 de las estrellas,

Que la hormiga es tan perfecta como ellas, y un grano de
 arena, y el huevo del reyezuelo,

Y el renacuajo es una obra maestra comparable a las más
 grandes,

Y la zarza trepadora podría ornar el salón de los cielos,

Y la coyuntura más ínfima de mi mano desafía toda la me-
 cánica,

Y la vaca que rumia con la cabeza gacha sobrepuja cual-
 quiera estatua,

Y un ratón es un milagro capaz de conmover sextillones de
 incrédulos.

Podría ir a vivir con los animales, tanto me place su calma y
 su indolencia;

Permanezco horas enteras contemplándolos.

No se amargan ni se lamentan por su destino,

No permanecen despiertos en las tinieblas llorando sus pe-
 cados,

No se descorazonan con disputas acerca de sus deberes para con Dios,

Ninguno se muestra descontento, la manía *de poseer* no los enloquece,

Ninguno se arrodilla ante otro ni ante alguno de sus congéneres muerto hace millares de años,

Ninguno de ellos vive con *respetabilidad*, ninguno exhibe su infortunio a la curiosidad del mundo.

Así me prueban su parentesco conmigo, y como tal los acepto,
Me traen testimonios de lo que soy, me demuestran claramente que poseen los más altos valores.

Al anoecer, subo al trinquete, renuevo la guardia que vela en el nido del cuervo.

Navegamos por el Mar Artico, hay luz suficiente para orientarnos,

A través de la atmósfera traslúcida mi vista abarca la prodigiosa belleza que me rodea,

Pasan ante mis ojos enormes moles de hielo, el paisaje es visible en todas direcciones,

En la lejanía se destacan las cumbres blanquísimas de las montañas; hacia ellas peregrinan los caprichos de mi imaginación,

Nos acercamos a un gran campo de batalla en el cual pronto tendremos que combatir,

Pasamos ante las colosales vanguardias del ejército, pasamos prudentemente en silencio;

O bien, avanzamos por las avenidas de una gran ciudad en ruinas;

Los bloques de piedra y los derruídos monumentos sobrepujan todas las capitales vivientes de la tierra.

Soy un libre enamorado, acampo junto a la hoguera que alegra el vivac del conquistador,
Arrojo del lecho al marido y ocupo su puesto al lado de la esposa.

Toda la noche la oprimo ardientemente entre mis muslos y mis labios.

Comprendo el vasto corazón de los héroes,
El coraje moderno y los corajes pretéritos.

El desdén y la calma de los mártires,
La madre-de antaño condenada por bruja y quemada sobre haces de leña seca, a la vista de sus hijos,

El esclavo, perseguido como una presa, que cae en mitad de su fuga, todo tembloroso y sudando sangre,

Las municiones asesinas que le asaetean como agujas las piernas y el cuello,

Todo eso lo siento y lo sufro como él.

Cambio de agonías como de vestimentas.

No pregunto al herido qué es lo que siente, yo mismo me convierto en el herido,

Sus llagas se ponen lívidas en mi cuerpo, mientras lo observo apoyado en mi bastón.

Soy el bombero con el pecho hundido bajo los escombros,
Los muros al derrumbarse me han cubierto por completo,
Respiro humo y fuego, oigo los angustiosos rugidos de mis camaradas,

Oigo el chocar lejano de sus picas y de sus palas,

Ya llegan hasta mi encierro, y me levantan suavemente.

Estoy extendido en el suelo con mi camisa roja, todos callan a mi alrededor,

No sufro ni me desespero a pesar de mi agotamiento,

Bellas y blancas son las personas que me rodean, con sus cabezas libres del casco,

El grupo arrodillado se desvanece con la luz de las antorchas.

Ahora narraré el asesinato de cuatrocientos doce jóvenes guerreros asesinados alevosamente.

Copados por fuerzas enemigas nueve veces mayores que las suyas, formaron un cuadrado, emparapetándose detrás de sus bagajes;

Ya habían muerto a más de novecientos enemigos,

Cuando cayó su coronel y quedaron sin municiones;

Entonces parlamentaron, obteniendo una capitulación digna, firmada por los jefes respectivos,

En seguida entregaron sus armas y siguieron a sus vencedores como prisioneros de guerra.

Eran la flor de la raza, la gloria de los montaraces de Texas, Eran incomparables para cabalgar potros, para lizar, cantar, divertirse, cortejar las jóvenes,

Bellos, turbulentos, amables, generosos, altivos,

Barbudos, asoleados, vestidos con el típico traje de los cazadores,

Ninguno de ellos tenía más de treinta años.

En la mañana del segundo domingo, a principios de un admirable verano, fueron conducidos por destacamentos y asesinados en masa.

Ninguno obedeció a la orden de ponerse de rodillas,

Unos hicieron un esfuerzo desesperado y furioso, otros se mantuvieron firmes, inmóviles;

Algunos cayeron a la primera descarga, heridos en las sienes o en el corazón; vivos y muertos yacían juntos,

Los mutilados se escondían en el barro y los compañeros que iban llegando los percibían extendidos allí,

Unos pocos medio muertos trataban de huir rampando,

Estos fueron ultimados a bayoneta limpia o a culatazos;

Un valiente que no tenía diez y siete años cogió a su asesino y tuvieron que acudir dos más para arrancarlo de sus manos.

Los tres quedaron con sus ropas en girones, empapados con la sangre del niño.

A las once comenzaron a quemar los cuerpos:

Tal era la historia del asesinato de cuatrocientos doce jóvenes.

¿Quién es ese salvaje desbordante y cordial?

¿Es de los que están a la espera de la civilización, o habiéndola sobrepujado la dominan?

¿Es nativo del Sudoeste, es uno de aquellos cuya infancia transcurriera al aire libre? ¿Es un canadiense?

¿Viene de la región del Misisipí? ¿Del Yowa, del Oregón o de la California?

¿De las montañas, de las praderas, de los bosques?

¿Es un marino que ha recorrido los mares?

Vaya donde vaya, hombres y mujeres lo acogen con simpatía, Desean que los ame, los toque, les hable, y viva con ellos.

Su conducta es tan arbitraria como la de los copos de nieve, sus palabras tan sencillas como las hierbas, su cabellera, sin peinar, rey de la risa y de la sinceridad,

Su lento andar, sus rasgos ordinarios, sus maneras ordinarias lo propio que sus emanaciones,

Estas emergen del extremo de sus dedos en formas nuevas,

Flotan en el aire que le rodea, con el olor de su cuerpo y de su aliento, y también irradian de sus miradas.

¿Queréis que os describa un combate naval de los pasados tiempos?

¿Queréis saber quién quedó victorioso a la luz de la luna y de las estrellas?

Oid la historia tal como me fuera narrada por el padre de mi abuela.

No eran cobardes, no, los tripulantes de la fragata enemiga (me decía)

Su obstinado y aguerrido coraje era el de los ingleses

(No existe coraje más rudo ni más firme, nunca ha existido ni existirá coraje mayor);

Era el anochecer cuando el buque enemigo nos saludó con el primer cañonazo.

Nos abordamos enseguida, las vergas de los buques se entrecruzaron, los cañones llegaron a tocarse,

Mi capitán tomó parte en la lucha como el más audaz de sus subalternos.

Los cañonazos del enemigo nos abrieron varias vías por debajo de la línea de flotación,

Dos cañones del primer puente de nuestra fragata estallaron al romper el fuego, matando a los que se hallaban a su alrededor

Así continuó el combate durante el crepúsculo y luego en las tinieblas,

A las diez de la noche, bajo el plenilunio, nuestras vías de agua iban en aumento (ya teníamos más de cinco pies),

El capitán de armas hizo subir a los prisioneros encerrados en la cala de popa, para que se salvaran según pudieran.

Ahora los que circulan por los pasadizos, cerca de la Santa Bárbara, son detenidos por los centinelas;

Estos, al ver tantas caras extrañas, ya no saben de quién fiarse.

Nuestra fragata arde por varios sitios,

El enemigo nos grita: ¿Os entregáis?

¡Arriáis la bandera?

Suelto la risa al oír la voz de mi capitán que contesta a toda voz: ¡No! ¡No la arriamos!

¡Ahora comenzaremos nosotros!

No nos quedan más que tres cañones:

Con uno, nuestro capitán apunta al palo mayor de la fragata enemiga,

Los otros dos, cargados de metralla, barren los puentes, y hacen callar su mosquetería.

Desde las cofas, algunos tiradores secundan el fuego de nuestra pequeña batería,

Su tiroteo continúa durante toda la acción.

Ni un instante de tregua:

Las vías de agua vencen las bombas, el incendio avanza hacia los polvorines,

Un cañonazo hace estallar una de nuestras bombas de agua;
Todos creen que nos hundimos.

El pequeño capitán conserva su serenidad,

No se apresura, su voz es la misma de siempre,

Sus ojos nos vierten más luz que las linternas de combate.

Hacia las dos de la noche, bajo los rayos de la luna, se nos rindieron.

La media noche se extiende inmensa y silenciosa.

Dos grandes cascos yacen inmóviles en las tinieblas,

Nuestra fragata se hunde lentamente, hacemos los preparativos por pasar a la que hemos conquistado,

En el extremo de la popa el capitán imparte sus órdenes friamente, con el rostro blanco como un sudario,

Junto a él yace el cadáver de un niño de nuestra tripulación,

Y la cara muerta de un viejo lobo de mar con sus largos cabellos blancos y las guías de sus bigotes cuidadosamente rizadas.

Las llamas se asoman por todos lados,

Se oyen las voces de dos o tres oficiales, atentos a su consigna,

Se ven montones de cadáveres y cuerpos, aislados pedazos de carne y miembros esparcidos,

Cordajes rotos, aparejos que se balancean, y el ligero entrecocar de suaves ondas.

Los cañones, negros e impenetrables, restos de paquetes de pólvora, un tremendo olor a carne quemada y a pólvora.

Algunas grandes estrellas que brillan en la altura silenciosas y como enlutadas,

La brisa que lleva en suaves hálitos, el relente que sabe a los juncos marinos y a los prados que bordean la ribera, los supremos mensajes confiados a los sobrevivientes,

El rechinar de la sierra del cirujano, los dientes de acero que hienden los tejidos vivos y los huesos:

Respiraciones silbantes, cloqueos agónicos, charcos sanguinolentos, la sangre que fluye a chorros, gritos instantáneos y locos, largos y melancólicos gemidos:

Todo eso se ve y se oye: todo eso es un combate naval, todo lo irreparable.

Sol insolente y glorioso, no tengo necesidad de tu calor,
Suspende tu trayectoria,
Tú sólo iluminas las superficies, yo ilumino las superficies y las profundidades,

¡Tierra! parece que buscas algo entre mis manos.

Dime, vieja coqueta: ¿qué quieres de mí?

Detrás de esa puerta alguien agoniza.

Yo entro en su habitación, tiro los cobertores al pie del lecho, expulso al médico y al sacerdote.

Cojo entre mis brazos al moribundo, lo incorporo con irresistible voluntad.

¡Desesperado—le digo,— he aquí mi cuello,

Dios me es testigo de que no quiero que muráis!

¡Suspendéos de mí, con todo vuestro peso!

Os dilato con un soplo formidable,

Lleno toda la habitación de fuerzas guerreras,

Fuerzas de cuantos me aman y resisten las atracciones de la tumba.

¡Dormid! ¡yo y mis amigos os velaremos hasta el alba!
No temáis, la muerte no se atreverá a rozaros con sus alas
Os he cogido entre mis brazos, sois mío;
Cuando despertéis mañana, comprobaréis la verdad de lo que
os digo. ¡Dormid!
¡Mirad! no os ofrezco sermones ni pequeñas claridades
Me doy yo mismo cuando doy.

No pregunto quién sois, ni lo que hacéis o habéis hecho,
Nada podéis hacer, nada podéis ser, exceptuando lo que yo
encierre en vosotros.

Doy un beso familiar en la mejilla del esclavo que laborea
en las plantaciones de algodón y en la del obrero que limpia las
letrinas.

Juro en mi alma que jamás renegaré de ellos.

Busco las mujeres aptas para la maternidad.
Pláceme hacerles grandes y vivaces hijos.
(Siembro en ellas la substancia de futuras y arrogantísimas
Repúblicas).

He leído cuanto se ha escrito sobre el Universo,
Sé, por haberlo oído hasta saciarme, cuanto se ha dicho desde
hace millares de años,
No es muy malo para lo que es... pero ¿es eso todo?

Vengo para magnificar y para realizar,
No me opongo a las revelaciones especiales,
Considero que una espiral de humo, o un vello del dorso de
mi mano es tan admirable como cualquiera revelación,

Los bomberos, enfocando las bombas o subiendo por sus escalas, no me parecen inferiores a los dioses guerreros de la antigüedad,

El estercolero, las inmundicias, me resultan más prodigiosas que todo lo que se sueña,

Lo sobrenatural no lo es más que de nombre;

Yo mismo espero la hora en que seré uno de los seres supremos,

Día vendrá en que yo haré tanto bien como los más grandes, en que los igualaré en maravilla,

¡Vedme! Desde ya me convierto en un creador,

Desde ya integro el seno misterioso de la sombra.

Estos innumerables y buenos hombrecillos que trotan a mi alrededor, metidos en sus cuellos y en sus trajes coludos

Sé muy bien quiénes son (no son gusanos ni pulgas),

Reconozco en ellos a mis iguales, el más débil y vacío es tan inmortal como yo,

Lo que hago y digo les atañe igualmente,

Cada idea que relampaguea en mí, relampaguea igualmente en ellos.

Sé perfectamente hasta dónde llega mi egolatría,

Sé lo omnívoros que son mis versos, no dejo por ello de escribirlos;

¡Quienquiera que seáis, mi anhelo sería elevaros a mi propio nivel!

Yo no he hecho mi poema con las palabras de la rutina,

Lo he hecho como una brusca interrogación, abalanzándome más allá de las cuestiones, a fin de ponerlas al alcance de todos;

He aquí un libro impreso y encuadernado; pero ¿y el tipógrafo? ¿y el aprendiz de la imprenta?

He aquí fotografías admirables; pero ¿y vuestra mujer o vuestro amigo, oprimido entre vuestros brazos?

He aquí una gran nave, acorazada de hierro, con sus potentes cañones sobre sus torrecillas; pero ¿y el coraje del capitán y de los mecánicos?

He aquí las casas con las mesas puestas de sus comedores en la hora de la comida; pero y ¿el señor y la señora de la casa, y las miradas que irradian sus ojos?

He aquí el cielo; pero ¿y lo que hay debajo de él, en esta puerta, en la de enfrente y al extremo de la calle?

La historia está llena de santos y de sabios; mas ¿y vosotros?

Está llena de sermones, de credos, de teologías; mas ¿y el insondable cerebro humano?

Y finalmente, ¿qué es la razón? ¿qué es el amor? ¿qué es la vida?

Sacerdotes de todos los tiempos, de toda la tierra, yo no os desprecio.

Mi fe es la más vasta y tenue de las fes—es como la cauda de un cometa,— abarca todos los sistemas y las inmensidades zodiacales.

Abarca los credos antiguos y los cultos modernos y todos los que fueron entre los antiguos y los modernos.

Creo que volveré sobre el haz de la tierra después de pasados cinco mil años.

Espero las respuestas de los oráculos, honro a los dioses, saludo al sol,

Convierto en fetiche la primera roca o el primer tronco que encuentro a mi paso, realizo encantamientos con anillos mágicos;

Ayudo al lama o al bracmán a preparar los lampadarios de sus altares,

Me incorporo a las procesiones fálicas, o gimnosofistas, trenzando bailes litúrgicos a lo largo de los caminos,

Vivo en la austeridad y en el éxtasis, en medio de los bosques.

Bebo el hidromiel en copas craneanas, admiro los Shastas y los Vedas, reverencio el Corán,

Me paseo en el teokallis manchado con la sangre de los sacrificios, redoblando un tambor hecho con una piel de serpiente;

Acepto los Evangelios, acepto al que fué crucificado, sé, sin duda alguna, que es divino,

Me arrodillo durante la misa, o me levanto para acompa-

ñar en la oración a los puritanos, o permanezco frecuentemente
sentado en un banco de la Iglesia,

Deliro y espumarajeo en un acceso de demencia, o espero co-
mo muerto a que mi espíritu despierte,

Paseo mis miradas sobre las losas y por el paisaje, o más
allá de las losas y del paisaje;

Soy uno de los que avanzan por el círculo de los círculos.

Ha llegado la hora de que me explique. ¡Levantémonos!

Dejo de lado todo lo conocido,

¡Adelante! ¡Hacia lo desconocido! ¡Os proyecto a todos, hom-
bres y mujeres, como piedras de la honda de mi propio yo!

¿El reloj marca la hora? mas ¿qué es lo que marca la Eter-
nidad?

Hasta ahora hemos agotado trillones de inviernos y de ve-
ranos,

Aun nos quedan trillones por agotar, y después de esos, tri-
llones y trillones más.

Los germinales nos han traído riquezas y diversidades,

Otros nacimientos nos traerán nuevas riquezas y diversidades
nuevas.

Yo no llamo grande a ésto ni pequeño a estotro.

Lo que llena su período y ocupa su lugar es igual a cual-
quier otra cosa.

Soy una cumbre de cosas realizadas y soy el receptáculo de
todo lo que será.

A medida que me elevo, los fantasmas se inclinan detrás de mí,
Lejos, muy lejos, en lo más profundo, percibo el enorme vacío
primordial, sé que he pasado por él,

Sé que he esperado, permanente e invisible, adormecido en
litúrgicas brumas,

He dado tiempo al tiempo, sin que me dañara el fétido car-
bono,

Infinidades de infinitudes he permanecido latente, estrecha-
mente comprimido, esperando.

Inmensos han sido los preparativos de mi desarrollo,
Fieles y amigos han sido los brazos que me han sostenido.

Ciclos de edades han columpiado mi cuna, remando, remando
siempre como gozosos bateleros;

Las estrellas se han abierto a mi paso, en sus órbitas proce-
sionales,

Han perseverado en alumbrarme, velando las latencias de mi
porvenir.

Ya existía, antes de nacer en molde humano,

Para que mi embrión se trocara en ser consciente,

La nebulosa se había cuajado en un orbe:

Los estratos geológicos se apilaron unos sobre otros,

Las generaciones de vegetales, clorofiliaron la atmósfera,

¡Y los saurios monstruosos lo transportaron en sus fauces,
depositándolo delicadamente!

Todas las fuerzas han actuado continuamente para mi perfec-
ción y mi encanto,

Y ahora estoy aquí, con mi alma potente.

Mi sol tiene su sol, a cuyo alrededor gira dócilmente.

Gira con sus camaradas en un círculo superior,

Y mayores sistemas giran alrededor de astros más grandes que contienen pequeñas manchas;

Y no hay reposo, no lo habrá jamás:

Si yo, vosotros y los mundos y cuanto existe dentro y sobre ellos quedáramos reducidos a una pálida y flotante neblina, eso no tendría importancia a la larga.

Volveríamos seguramente al estado actual,

¡Irámos seguramente a las lejanías donde vamos, y después más lejos, siempre más lejos!

—

Sé que soy superior al tiempo y al espacio, sé que nunca he sido medido, que no lo seré jamás.

—

Soy el vagabundo de un eterno viaje (¡venid a escucharme todos!)

Me reconoceréis en mi blusa impermeable, en mis recias botas y en mi bastón, cortado en los bosques.

Ninguno de mis amigos se arrellena en mi sillón,

No tengo sillón, ni iglesia, ni filosofía,

No llevo a nadie al hotel, a la biblioteca ni a la Bolsa,

Conduzco a todos, hombres y mujeres, a la cumbre de un montículo,

Allí, enlazando con la mano izquierda el talle de mi acompañante,

Le muestro, con la diestra, paisajes, continentes, y la ruta abierta para todos.

—

Hoy, antes del amanecer, subí a una colina y contemplé el estrellado cielo,

Y dije a mi espíritu: *Cuando hayamos abarcado todos los orbes y saboreado el placer y la ciencia de todas las cosas que contienen, ¿nos sentiremos colmados y satisfechos?*

Y mi espíritu contestó: *No, habremos alcanzado esas alturas para sobrepasarlas y continuar nuestra marcha* (1).

Oigo bien los problemas que me planteáis ahora.

En verdad os digo que no puedo contestaros; vosotros mismos debéis encontrar y daros la respuesta.

Soy el maestro de los atletas.

Aquel que, por mi enseñanza, muestra un pecho más ancho que el mío, prueba la amplitud de mi pecho,

Honra más mi estilo el que estudiándolo aprende a destruir al profesor.

Enseño a los demás a apartarse de mí, y sin embargo, ¿quién podría apartarse de mí?

En adelante, quienquiera que seáis, seguiré vuestros pasos,

Mis palabras clavarán sus agujones en vuestras orejas, hasta que las comprendáis.

Ninguna sala de herméticas ventanas, ninguna escuela, como no sea al aire libre, pueden comulgar conmigo,

Más fácilmente que ellos lo consiguen los vagabundos y los niños.

El obrero joven es el más íntimo de mis íntimos, el que mejor me conoce,

(1) "El que quiere el retorno vital —dice Kierkegaard— ese es un hombre". Y el Zarathustra de Nietzsche agrega: Si esa ha sido la vida, vivámosla una vez más. — (A. V.)

El leñador que lleva su hacha y su cántaro también me llevará con él,

El mancebo que trabaja en los campos siente una sensación de bienestar al arrullo de mi voz,

Mis palabras zarpan con los vapores, nostálgicas de todos los mares,

Amo pasar los días con los pescadores y los lobos de mar.

Digo que el alma no es más que el cuerpo,

Digo que el cuerpo no es más que el alma.

Nada, ni el mismo Dios, es más grande para cada cual que su propio ser,

Digo que quienquiera que anda doscientos metros sin simpatía, marcha envuelto en un sudario a sus propios funerales,

Y yo, vosotros, sin tener un céntimo en el bolsillo podemos adquirir lo más precioso de la tierra,

Y mirar con los ojos u observar una habichuela en su vaina, confunde la ciencia de todos los tiempos,

Digo que no existe oficio ni empleo en cuyo desempeño el que se obstina no pueda convertirse en un héroe,

Ni objeto, por vil o endeble que parezca, que no pueda trocarse en eje de la rueda universal;

Y digo, a cualquier hombre, a cualquier mujer: "¡Que vuestra alma conserve su serenidad, el dominio de sí misma ante un millón de universos!"

Y digo a la humanidad: "No seáis curiosos respecto de Dios. Yo, que tengo tantas curiosidades, no tengo ninguna acerca de El."

(Ningún lujo verbal podría expresar mi tranquilidad en lo que atañe a Dios y a la muerte).

Oigo y veo a Dios en cada objeto.

No obstante, confieso mi infinita incomprensión de Dios.

Y lo que comprendo menos todavía, es qué es lo que podría ser más prodigioso que yo mismo.

¿Por qué he de tener deseos de ver a Dios mejor de lo que actualmente lo veo?

Veó algo de Dios en cada una de las veinticuatro horas, y también en cada minuto,

Veó a Dios en el rostro de los hombres y en el de las mujeres, y en los espejos cuando reflejan mi faz,

En las calles y en los campos, por todos lados, encuentro cartas que Dios ha dejado caer.

Cartas firmadas con su nombre y su rúbrica, que dejo donde las hallo, porque sea cual fuere el rumbo de mis pasos, sé que otras y otras llegarán puntualmente hasta mí, por los tiempos de mis tiempos.

Cuanto a ti, ¡oh Muerte! y tú, amargo abrazo de la cambiante materia, es inútil que tratéis de alarmarme.

¡Oh Vida! no ignoro que eres el residuo de incalculables muertos.

(Yo mismo, antes de nacer esta vez, seguramente ya había muerto más de diez mil veces).

¿Qué murmuráis en las lejanías? ¡Oh estrellas de los cielos! ¡Oh soles! ¡Oh hierbas de las fosas! ¡Oh perpetuas transferencias y desarrollos!

Si vosotros calláis, ¿cómo podría yo decir algo?

Vosotros los que me escucháis, ¿tenéis algo que decirme?

Miradme a la cara en tanto aspiro la flúida caricia del anochecher.

(Habladme sinceramente, nadie nos escucha, ño puedo esperar más que un minuto).

¿Estoy en contradicción conmigo mismo?

De acuerdo, es verdad que me contradigo.

(Soy vasto, contengo multitudes).

El gavilán desciende como un dardo hasta rozar mis gue-dejas; me acusa de facundia y de pereza.

Yo soy tan montaraz como él, y tan inexplicable;

Hago repercutir mis salvajes ladridos por encima de los tejados del mundo.

Los últimos resplandores del día se ofrecen a mis ojos,
Proyectan mi imagen tras de las otras—tan verdadera como la que más—en el desierto invadido por la sombra,
Me empujan mimosamente hacia la bruma y el crepúsculo.

Me alejo como el aire, sacudo mi cabellera blanca hacia el sol poniente.

Arrojo mi carne a los remolinos, la dejo aventarse en espumosas fibras.

Me doy al barro para renacer en las hierbas que amo,
Si en adelante queréis volverme a ver, buscadme bajo las suelas de vuestros zapatos.

Nunca sabréis lo que soy ni lo que significo.
Sin embargo, para vosotros yo seré la salud,
Purificaré y fortificaré vuestra sangre.

Si no podéis alcanzarme en seguida, no os descorazonéis;
Si no me halláis en un punto, buscadme en otro,
¡Yo estoy en algún lado, esperándoos!

CANTO DEL HACHA

I

Arma de forma bella, arma desnuda y pálida,
De cabeza extraída de las entrañas de la madre,
Cuya carne es de madera, y el hueso de metal, con tu único
miembro y tu labio único.

Tu hoja gris azulosa crecida en la hornaza calentada al rojo,
tu mango nacido de una ínfima simiente que se sembró,
Reposas entre la hierba que te rodea,
Arma que se tira, y en la que uno se apoya.

Formas potentes y atributos de formas potentes, oficios, es-
pectáculos y rumores serviles.

Larga serie variada y emblemática, jirones de música,
Dedos del organista mariposeando sobre las teclas del gran
órgano.

II

Bienvenidos todos los países, cada uno según su naturaleza:
Bienvenidos los países del pino y de la encina,
Bienvenidos los países del limonero y de la higuera,
Bienvenidos los países del oro,

Bienvenidos los países del trigo y del maíz, bienvenidos los de la uva.

Bienvenidos los países del azúcar y del arroz,

Bienvenidos los países del algodón, los de la papa blanca y de la batata,

Bienvenidas las montañas, las pampas, los arenales, las selvas, las praderas,

Bienvenidas las tierras fértiles, que bordean los ríos, las planicies, las brechas,

Bienvenidos los pastizales desmesurados, bienvenidos la tierra fecunda de los vergeles, el lino, la miel, y el cáñamo,

Pero tan bienvenidos sean los demás países de dura faz,

Tan ricos como los países del oro, del trigo y de los frutos, Países de minas, países de rudos y viriles minerales,

Países de la hulla, del cobre, del plomo, del estaño y del cinc.

Países del hierro, países de la materia de que es hecha el hacha.

III

Junto a la pila de madera hay una bola contra la cual está apoyada el hacha.

A su lado se eleva la choza silvestre: una viña trepa por encima de la puerta, un pequeño espacio ha sido talado para trocarlo en jardín,

El golpeteo irregular de la lluvia sobre las hojas, hace apagado después de la tempestad.

Una lamentación gemebunda se deja oír por intervalos recordando la del mar;

Piensen en naves cogidas por la tempestad, tumbadas de costado, con sus mástiles rotos,

Se recuerdan las enormes vigas de los cortijos de otros tiempos,

Las imágenes y las narraciones que describen las travesías aventureras de hombres, de familias y de bienes,

Se imagina su desembarque, la fundación de nuevas colonias.

La navegación de los que buscaron una nueva Inglaterra y la descubrieron; sus comienzos,

Los establecimientos de Arkansas, del Colorado, de Ottawa, de Willamette,

Los lentos progresos, la carne flaca, el hacha, la carabina, la bolsa de cuero para las travesías a caballo;

Y luego la belleza de todos los seres aventureros y audaces,

La belleza de los montaraces y de los leñadores con sus claros rostros incultos,

La belleza de la independencia, de la partida, de las acciones que no se apoyan más que en ellas mismas,

El desdén del americano por los decretos y las ceremonias, la impaciencia ilimitada ante toda coerción,

La libre tendencia del carácter, el relámpago a través de los tipos tomados al azar, la solidificación;

El carnicero en el matadero, los hombres a bordo de las goletas, el almadiero, el pioner,

Los leñadores en sus cuarteles de invierno, el alba en los bosques, los ribetes de nieve en las ramas de los árboles, y de tanto en tanto el ruido seco de un crujimiento;

Vuestra propia voz que suena clara y gozosa, la alegre canción, la vida natural en los bosques, el fuerte trabajo de cada jornada;

El fuego que llamea al anochecer, el gusto delicioso de la comida, la conversación, la cama hecha con ramas de pino, y la piel del oso.

El empresario de construcciones trabajando en las ciudades o en cualquier lado,

El trabajo preparatorio del garlopaje, de la escuadría, del aserramiento, del amojonamiento;

El montaje de las vigas que se colocan en su sitio, posándolas regularmente,

El ajustamiento de las grandes vigas, en las entalladuras, según el modo con que fueron preparadas,

Los martillazos, las actitudes de los obreros, las flexiones de sus miembros;

Inclinados, de pie, a horcajadas en las vigas, claveteando, agarrados a los postes y a los tirantes,

Sosteniéndose con un brazo mientras el otro maneja el hacha,
 Los entarimadores que ajustan las maderas del piso para clavetearlas después,

Sus aposturas, al abatir de arriba abajo sus armas contra las planchas,

Los ecos de sus golpes retumbando en el edificio vacío.

El enorme almacén que construyen en la ciudad y que ya está muy adelantado,

Los seis carpinteros, dos en medio y dos en cada extremidad, llevando con precaución sobre sus espaldas un gran trozo de madera que servirá de travesaño;

Los equipos enfilados de albañiles con la llana en la diestra, elevando rápidamente el largo muro que ya mide sesenta metros desde la fachada al fondo.

Sus espaldas que suben y bajan con agilidad, el continuo chichás de las llanas sobre los ladrillos,

Los ladrillos, asentados unos tras otros con una destreza tan segura, y fijados con un golpe del mango de la llana,

Las pilas de materiales, el mortero, las mezclas de cal y arena continuamente batidas por los operarios;

Los obreros que hacen los mástiles en los astilleros, el enjambre de los aprendices, ya hombres hechos,

El vaivén balanceado de sus hachas para tallar el cuadrado trozo de madera y redondearlo en forma de mástil,

El breve y seco crujido del acero, entablado al sesgo el pino,

Los copos, color manteca, que vuelan en grandes astillas o en cintas,

El movimiento flexible de los brazos jóvenes y musculosos y de las caderas dentro de las blusas,

El constructor de muelles, de puentes, de escolleras, de diques, de almadías, de rompeolas,

El bombero de las ciudades, el incendio que estalla de pronto en el barrio más poblado,

La llegada de las bombas, los gritos roncros, los hombres que avanzan rápidos y osados.

El vigoroso mandato transmitido por los clarines, el despla-

gamiento en línea de carga, los brazos que suben y bajan para traer el agua,

Los chorros finos, espasmódicos, de un blanco azuloso, la colocación de los ganchos y de las escaleras con sus accesorios,

El estrépito de las paredes que se minan y de los techos que se derrumban si el fuego arde debajo,

Los rostros iluminados de la multitud que observa, la claridad violenta y las sombras espesas.

El forjador en su forja y el que usa el hierro después de él;
El que fabrica el hacha grande o pequeña, el que la suelda y el que la temple,

El que sopla sobre el acero frío y prueba su filo pasándolo por el pulgar,

El que da forma al mango y lo fija sólidamente en su engarce;

Las siluetas procesionales de los que se han servido de ella en el pasado;

Los artistas primitivos y pacientes, los arquitectos y los ingenieros,

El edificio asirio y el edificio de Mizra perdidos en las lejanías,

Los lictores romanos precediendo a los cónsules,

El antiguo guerrero de Europa con su hacha, en los combates,

El arma enhiesta, los hachazos que resuenan sobre el casco que cubre la cabeza del enemigo;

El alarido de muerte, el cuerpo de pronto ablandado que se desploma, el amigo y el enemigo que se precipitan,

Los vasallos insurreccionados que se aprestan al asedio resueltos a conquistar sus libertades,

La fortaleza intimada a rendirse, la puerta asaltada, la tregua y el parlamento.

El saqueo de una ciudad antigua,

Los mercenarios y los partidarios que se precipitan furiosamente en desorden,

Rugidos, llamas, sangre, borracheras, locura delirante,
 El pillaje de los tesoros en las casas y en los templos, los
 gritos de las mujeres abrazadas por los bandidos,
 Las pillerías y las depredaciones de los que marchan detrás
 de los ejércitos, los hombres que corren, los ancianos que se la-
 mentan,
 La guerra infernal, las crueldades de la fe,
 La lista de todos los hechos y de todas las palabras, justas
 o injustas, prohibidas bajo pena de muerte,
 El poder de la personalidad justa o injusta.

¡Músculo y corazón para siempre!
 Lo que vigoriza la vida vigoriza la muerte,
 Y los muertos progresan tanto como progresan los vivos,
 Y el porvenir no es más cierto que el presente;
 Pues la rudeza de la tierra y del hombre contiene tanto
 Como la delicadeza de la tierra y del hombre,
 Y nada perdura excepto las cualidades del individuo.

¿Qué es, pues, lo que vosotros creéis que perdura?
 ¿Creéis que una gran ciudad subsiste?
 ¿O un estado manufacturero desbordante de productos? ¿O
 una constitución elaborada? ¿O los vapores más sólidamente cons-
 truídos?
 ¿O los hoteles de granito y de hierro? ¿O no importa qué
 obras maestras hechas por ingenieros? ¿O los fuertes, o los ar-
 mamentos?

¡Quitad de ahí! Esas cosas no deben ser amadas por sí mismas.
 Ellas llenan un momento; por ellas es que bailan los danzan-
 tes y los músicos ejecutan;
 El cortejo pasa, todo eso entretiene y satisface seguramente,
 Todo eso resulta negocio y ganancia, hasta que irradia un
 relámpago de desafío.

Una gran ciudad es la que posee los hombres y las mujeres más grandes,

Aunque no poseyera más que algunas chozas miserables, aun sería la más grande de las ciudades del mundo.

El lugar donde se eleva una gran ciudad no es aquel que posee extensos muelles, almacenes de carga y descarga; manufacturas y pirámides de productos,

Ni el lugar donde incesantemente se saluda nuevos forasteros, ni donde se levantan anclas para los que parten,

Ni el lugar de los más altos y regios edificios, y de los comercios en los que se trafica con los productos de todas las demás partes del mundo,

Ni el lugar de las mejores escuelas y bibliotecas, ni el lugar donde el dinero abunda más,

Ni el lugar donde la población es más numerosa.

Allí donde se levanta la ciudad que posea la raza más musculosa de bardos y de oradores,

Allí donde se eleva la unidad que es adorada por ellos, y que en gratitud los adora y los comprende,

Allí donde no existe monumento alguno erigido a los héroes si no en las palabras y en los actos de la comunidad,

Allí donde la economía ocupa su lugar y la prudencia el suyo,

Allí donde los hombres y las mujeres dan poca importancia a las leyes,

Allí donde la esclavitud desaparece, y el amo de esclavos desaparece,

Allí donde el pueblo se subleva instantáneamente contra la imprudencia eterna de los elegidos,

Allí donde los hombres y las mujeres se abalanzan a ellos, como el océano, al silbido de la muerte, desencadena sus olas impetuosas,

Allí donde la autoridad exterior nunca entra más que precedida por la autoridad interna,

Allí donde el ciudadano es siempre la cumbre y el ideal
donde el presidente, el alcalde, el gobernador y sus secuelas son
agentes asalariados,

Allí donde a los niños se les enseña a ser ellos mismos su
propia ley, a no contar más que con sus solas fuerzas,

Allí donde la igualdad de alma impera en los negocios,

Allí donde las especulaciones espirituales son estimuladas,

Allí donde las mujeres andan por las calles en procesiones
públicas al igual que los hombres;

Allí donde se eleva la ciudad de los amigos más fieles.

Allí donde se eleva la ciudad de la fuerza de los sexos,

Allí donde se eleva la ciudad de los padres más sanos,

Allí donde se eleva la ciudad de las madres de cuerpos más
bellos,

¡Allí se levanta la Gran Ciudad!

¡Cuán miserables resultan los argumentos frente a un gesto
de desafío!

¡De qué modo el florecimiento material de las ciudades se
encoge ante la mirada de un hombre o de una mujer!

Todo aguarda o se descalabra hasta que aparece un ser fuerte;
Un ser fuerte es la prueba de la raza y de las posibilidades
del Universo,

Hombre o mujer, cuando aparece, las materialidades se es-
tremecen de respetuoso temor,

Cesan las disputas sobre el alma,

Las viejas costumbres y las fórmulas viejas son confronta-
das para renovarlas o abandonarlas.

¿Qué objeto tiene ahora vuestra búsqueda del dinero? ¿Para
qué os podría servir ahora?

¿Qué significa vuestra respetabilidad?

¿Qué valen, ahora, vuestra teología, vuestra enseñanza, vuestra sociedad, vuestras tradiciones, vuestros códigos?

¿Dónde están ahora argucias respecto del alma?

—

Un estéril paisaje recubre el mineral; no lo hay más rico a despecho de su mísera apariencia;

He aquí la mina, he aquí los mineros,

He aquí el fuego de la forja, la licuación se opera, los forjadores están en sus puestos con sus tenazas y sus martillos,

Lo que siempre ha servido y sirve siempre, el hierro, está pronto.

—

Nada ha servido más útilmente que el hierro: ha servido a todos.

Ha servido a los griegos, de lengua elegante e inteligencia sutil, y antes de los griegos

Ha servido para construir edificios que han durado más que todos,

Ha servido a los hebreos, a los persas, a los indús de los tiempos más remotos,

Ha servido a los que construyeron chozas de tierra en los bordes del Misisipí, ha servido a aquellos cuyos restos reposan en la América Central,

Ha servido a los templos bretones levantados en los bosques sobre las llanuras, con sus pilares sin desbatar, y a los druídas.

Ha servido a las hendiduras artificiales, vastas, altas, silenciosas, que se ven en las nivosas colinas de Escandinavia,

Ha servido a los que, en tiempos imposibles de conjeturar, grabaron sobre los muros de piedra esbozos del sol, de la luna de las estrellas, de las naves, de las ondas del Océano,

Ha servido para abrir las rutas por donde irrumpieron los godos, ha servido a las tribus pastorales y a las nómadas.

Ha servido a los lejanos celtas, ha servido a los osados piratas del Báltico,

Ha servido antes que a todos a los hombres venerables e inocentes de la Etiopía.

Ha servido para fabricar los timones de las galeras de placer y los de las galeras de combate,

Ha servido para todas las grandes obras de la tierra y para todas las grandes obras del mar,

Ha servido en los siglos medioevales y antes de los siglos de la Edad Media.

No sólo ha servido para los vivos, entonces como ahora, también ha servido para los muertos.

Veo al verdugo de Europa,

Se yergue enmascarado, vestido de rojo, con sus piernas enormes y fuertes brazos desnudos,

Y se apoya sobre una pesada hacha.

(¿Cuál es el último de los que habéis hendido, verdugo de Europa?

¿De quién es esa sangre que os moja y os pringa tanto?

Veo el claro poniente de los mártires,

Veo descender los fantasmas de los cadalsos,

Fantasmas de señores difuntos, de soberanos descoronados, de ministros acusados, de reyes caídos,

Rivales, traidores, envenenadores, jefes deshonorados, y otros más.

Veo a los que, en todos los países, han muerto por la buena causa,

Rara es su simiente; sin embargo, la cosecha no se malogrará jamás.

(¡Guay de vosotros, oh reyes extranjeros, oh clérigos! la cosecha no se perderá jamás, yo os lo aseguro!)

Veo el hacha completamente lavada de la sangre que la cubría.
 El hierro y la mancha están purificados,
 No hacen correr más la sangre de los nobles de Europa, no
 tronchan más los cuellos de las reinas.

Veo al verdugo que se retira por inútil.
 Veo el cadalso desierto y enmohecido, no veo más al hacha
 junto al tajo,
 Veo enorme y amistoso, el emblema de la potencia de mi raza,
 la más grande de las razas.
 (¡América! No me jacto de mi amor por ti,
 Tengo lo que tengo.)

¡El hacha rebota!
 La compacta selva tiembla de resonancias fluidas,
 Ruedan y se prolongan, se elevan y cobran formas:
 Choza, tienda, embarcadero, jalones,
 Balancín, carreta, pico, tenazas, alfajía
 Balaustrada, horquilla, artesón, palote, paleta de locero, ta-
 blero mural, rueda dentada,
 Ciudadela, cielorraso, café, academia, órgano, sala de ex-
 posición, biblioteca,
 Cornisa, celosía, pilastra, balcón, ventana, torrecilla, pórtico,
 Azada, rastrillo, horquilla, lápiz, carruaje, bastón, sierra, gar-
 lopa, mazo de madera, cala, mango de prensa,
 Silla, cuba, esfera, mesa, ventanilla, ala de molino, marco, piso,
 Caja, cofre, instrumento de cuerda, navío, armadura de edi-
 ficio y todo lo demás,
 Capitolio de los Estados y Capitolio de la nación hecha de
 Estados,
 Largas, impotentes ringleras de edificios flanqueando las ave-
 nidas,
 Hospicios para huérfanos, para pobres, para enfermos,
 Vapores y veleros de Manhattan, peregrinos de todos los
 mares.

¡Las formas se alzan!

Formas de todas las cosas para las cuales sirve el hacha, y de los que se sirven de ella y de cuanto les rodea.

Los que talan los bosques y los que arrastran sus despojos hasta Penobscoto Kennebec,

Los que habitan en cabañas en medio de las montañas de California o junto a los pequeños lagos o en el Columbia,

Los que habitan al Sur, en las riberas del Gila, del Río Grande, las reuniones cordiales, los tipos y las diversiones.

Los que habitan a lo largo del San Lorenzo, o al Norte, en el Canadá, o en los parajes del Fellowstone, los que habitan en las costas y a lo largo de las costas;

Pescadores de focas, balleneros, marinos de las regiones árticas acostumbrados a abrirse paso entre los témpanos.

¡Las formas se alzan!

Formas de manufacturas, de arsenales, de fundiciones, de mercados,

Formas de durmientes, de rieles unánimes,

Formas de travesaños de puentes, de vastas armaduras, de vigas, de arcos,

Formas de flotillas de chalanas, de remolcadores, de barcos hendiendo canales, lagos y ríos,

Los astilleros navales, las dársenas, a lo largo de los mares del Levante y del Poniente, y tantas bahías y zonas retiradas,

Las carlingas de roble, las bordas de pino, la raíz de alerce para las curvas,

Los barcos mismos sobre sus cascos, las hileras de andamios, los obreros trabajando dentro y fuera del casco,

Sus herramientas esparcidas por todos lados, el ancho talaadro, la barrenilla, la azuela, los pernos, el cordel, la escuadra, el escoplo, el cepillo de carpintero.

¡Las formas se alzan!

La forma que se mide, asierra, cepilla, junta, pinta,

La forma del féretro en el que la muerte será acostada con su sudario,

La forma que se ha destacado en columnas, en columnas de cama, en las columnas del techo de la desposada,

La forma de la pequeña pila, la forma de la báscula, la forma de la cuna del infante,

La forma del piso de la casa familiar donde conviven cordialmente los padres y los hijos,

La forma del techo de la mansión donde habitan el hombre y la mujer, jóvenes y felices, el techo que recubre la pareja recién desposada,

El techo que resguarda la comida gozosamente preparada por la casta esposa, y gustada gozosamente por el esposo casto, con la alegría de haber concluído bien la jornada.

—
 ¡Las formas se alzan!

La forma del lugar en que se halla de pie el prisionero, en la sala del tribunal, y de los que están sentados,

La forma del mostrador del bar sobre la que se apoyan el joven alcoholista y el borracho viejo,

La forma de la escalera vergonzosa e irritada al contacto de los pies que se esquivan bajamente,

La forma del silencioso canapé donde se ha ocultado la miseria de la pareja adúltera,

La forma de la mesa de juego, con sus ganancias y sus pérdidas diabólicas,

La forma de la tarima junto a la horca, para el asesino ya juzgado y condenado, y el asesino que sube a ella, con el rostro huraño y los brazos liados,

La autoridad a un lado en compañía de sus asesores, al otro lado la multitud silenciosa, pálida de contenida emoción, y la cuerda que se balancea.

—
 ¡Las formas se alzan!

Formas de puertas dando paso franco a todas las entradas y las salidas,

La puerta que abre y cierra tras sí, apresurada y palpitando al amigo, largo tiempo separado del amigo,

La puerta que deja pasar la buena o la mala nueva,

La puerta por donde el hijo abandonó la casa lleno de confianza en sí,

La puerta por la que entró, después de una larga y escandalosa ausencia, enfermo, consumido, despojado de su pureza y sus recursos.

La forma se alza por sí misma, el alma

Está menos protegida que nunca; sin embargo, más protegida que nunca,

Las ordinarietas y las manchas entre las cuales se mueve no la tornan grosera ni sucia,

Cuando pasa conoce los pensamientos, nada le queda oculto,

Por ello no es menos previsor ni menos amistosa,

Es la más amada, sin excepción, no tiene por qué temer ni nada teme,

Los juramentos, las disputas, las canciones entrecortadas de hipos, las palabras injuriosas no la ofenden ni las oye, cuando ella pasa,

Ella es silenciosa, está llena de sí misma, nada de ello le ofende,

Acepta eso como lo aceptan las leyes de la Naturaleza, ella es fuerte,

También ella es una ley de la Naturaleza, y no hay ley más poderosa que ella.

¡Las formas capitales se levantan!

Formas de la total Democracia y coronamiento de los siglos,

Formas eternamente proyectadas de esas formas,

Formas de ciudades viriles y violentas,

Formas de amigos y de constructores de hogares alrededor de la tierra,

¡Formas que abarcan la tierra y abarcadas por toda la Tierra!

MIRA TU QUE REINAS VICTORIOSA

Ahora que reinas victoriosa sobre las cumbres,
 Desde las cuales contemplas, con poderosa frente, el mundo
 (El mundo, ¡oh Libertad! que inútilmente conspirara contra ti),
 El mundo, cuyos innumerables sitios y asaltos resistieras;
 Ahora que culminas, dorada por el sol deslumbrador,
 Ahora que avanzas con augustos pasos, sana, suave, fuerte y
 floreciente,

En estas horas supremas para ti,

Mira lo que te ofrezco:

No es un poema de continental orgullo, ni un himno extasiado
 y triunfal,

Te traigo un búcaro de estrofas, conteniendo las tinieblas noc-
 turnas y las llagas arrasadas de sangre.

Y los salmos de los muertos.

A UN BURGUES

¿Qué es lo que pretendéis de mí? ¿Versos acaramelados?

¿Buscáis en mi obra las lánguidas y plácidas estrofas caras a
 los burgueses?

¿Os ha parecido tan difícil seguirme hasta aquí?

Pues bien: habéis de saber que no he cantado hasta ahora ni
 cantaré jamás de modo que podáis seguirme y comprenderme.

(Yo he nacido de los mismos elementos que han engendrado
 la guerra; para mí el redoble de los tambores es una música ine-
 fable, adoro el himno fúnebre y marcial,

Que acompaña con su lenta lamentación y sus convulsivos so-
 llozos los funerales del oficial);

¿Que significa para un hombre como vos, un poeta como
 yo?

Dejad, dejad mis cantos:

Id a que os arrullen con lo que podéis comprender: aires de
 baile y tonadillas de piano:

Yo no arrullo ni columpio a nadie, por lo mismo no podréis
 comprenderme jamás.

AÑO QUE TIEMBLAS Y VACILAS ANTE MI

¡Año que tiemblas y vacilas ante mí!

El viento de tu estío fué bastante cálido; sin embargo, el aire que respirábamos me pareció de hielo,

Una densa sombra se interpuso entre el sol y yo para entenebrecerme;

¿Tendré que trocar mis triunfantes cantos? me dije a mi mismo?

¿Tendré que aprender a cantar los fríos himnos fúnebres de los vencidos?

¿Y los salmos sombríos de la derrota?

CANTO DEL POETA

Escuchad, pues, mi romanza matinal, publico los signos del Poeta:

Voy cantando de sol a sol por las granjas y las ciudades que se encuentran a mi paso.

Un joven se me aproxima, trayéndome un mensaje de su hermano.

¿Cómo es posible que este joven conozca el *sí* y el *cuándo* de su hermano?

Decidle que me mande los signos que lo caracterizan.

Y me pongo frente a frente del joven, y cojo su diestra en mi siniestra y su siniestra en mi diestra,

Y respondo por su hermano y por todos los hombres, y por el que contesta por todos —el Poeta— y envío estos augurios:

El es el que todos esperan, él es el que todos acatan,
Su palabra es decisiva y final,

El es el que aceptan, aquel en quien todos se bañan y en quien se vislumbran como envueltos en luz;

El se sumerge en ellos como ellos se sumergen en él.

Las mujeres admirables, las más soberbias naciones, las leyes, los paisajes, las gentes, los animales,

La profunda tierra y sus atributos, lo mismo que el Océano y sus remolinos (así publico mi romanza matinal),

Todos los goces y los bienes, y el dinero, y cuanto se adquiere con dinero, él lo posee,

Las mejores granjas que otros abonan y siembran penosamente, es él quien las cosecha;

Las ciudades más imponentes y lujosas que otros proyectan y edifican, él es quien las habita;

Nada hay para nadie más que para él, toda cosa próxima o lejana es para él: los vapores distantes,

Los espectáculos y los cortejos que pasan por la tierra perpetuamente, si son para alguien, son para él.

Establece las cosas en sus actitudes,

Con amor y plasticidad hace amanecer el día dentro de sí,

Fija el tiempo, los recuerdos, los parientes, los hermanos, las hermanas, el ambiente, los oficios, la política, de tal guisa que los demás ya no pueden envilecerlas ni dominarlas.

El es el Contestador;

A todo lo que puede contestarse contesta, a lo que no puede contestar, enseña cómo no puede contestarse.

Un hombre es una intimación, un desafío.

(En vano trataríais de esquivaros; ¿no oís sus burlas y sus risas? ¿No oís sus crónicos ecos?)

Libro, amistades, filosofías, sacerdotes, acción, placer, orgullo, van y vienen en todos sentidos esforzándose en satisfacernos,

El es el que enseña en qué consiste y dónde se halla la satisfacción, el que enseña lo que va y viene en todo sentido.

Cualquiera que sea el sexo, la estación o el lugar, puede ir fresco, dulce, sin miedo, hacia los hombres, tanto de día como de noche,

Posee el salvoconducto de los corazones, y la respuesta que anhelan las manos ansiosas asidas al aldabón de las puertas.

Es el universal bienvenido, el gran río de la belleza no es mejor acogido en parte alguna, ni más universal que él,

Es el que alegra el día y bendice la noche.

Toda existencia tiene su idioma, todas las cosas tienen su idioma y su lenguaje,

El resuelve todas las lenguas en la suya, y la entrega a los hombres; cualquier hombre puede traducirla y traducirse igualmente;

Una parte no contradice la otra, él ve cómo se concilian, es el conciliador.

El día de recepción en casa del Presidente, dícele con serenidad: *¿Cómo está usted, amigo?*

Y al paria encorvado sobre su hoz en las plantaciones de azúcar, le dice: *Buen día, hermano;*

Y ambos lo comprenden y saben que habla como debe hablar.

Se pasea con perfecta desenvoltura por el Capitolio,
Circula entre los miembros del Congreso, y un diputado dice a otro: *Ved aparecer a nuestro igual.*

Los artesanos lo consideran artesano,
Los soldados presumen que es un soldado, los marinos creen que ha hecho vida de mar,
Los escritores lo toman por un escritor,
Los artistas, por un artista,
Los leñadores reconocen que podría ser uno de los suyos;
Cualquiera que sea la obra, es el que debe realizarla o el que ya la ha hecho,
Cualquiera que fuera la nación, podría encontrar en ella hermanos y hermanas.

Los ingleses creen que su origen es inglés,
Los judíos opinan que es judío, los rusos que es ruso, todos lo tienen por allegado, ninguno por extranjero.

En el café lleno de viajeros, si mira a alguien, éste lo considera de los suyos,

Italianos y franceses, alemanes, españoles e insulares cubanos, cada uno de ellos lo juzga compatriota suyo;

El mecánico, el marinero, sean de los grandes lagos o del Misisipí, del San Lorenzo o del Sacramento, del Hudson o del estrecho de Paumanok, lo creen de su oficio y de su región.

El gentilhombre de pura sangre reconoce su sangre perfecta,
 El blasfemo, la ramera, el furioso, el mendigo, se reconocen
 en sus maneras cuando él dá en imitarlos;
 Ennoblece sus personas, transfigura sus abyecciones.

Medito en las indicaciones y en las concordancias del tiempo;
 Entre los filósofos, la maestría se mide según la potencia de
 la salud, el más sano es el más sabio, maestro de maestros.

El tiempo avanza siempre dando lugar a nuevas formas,
 Lo que revela al Poeta, es el grupo de entusiastas cantores
 que lo rodea,

Las palabras de los cantores son las horas o los minutos de
 la luz y de la sombra, pero las palabras del creador de poemas
 son la totalidad de la sombra y de la luz;

El creador de poemas establece la justicia, la realidad, la in-
 mortalidad;

Su hímica visión y su poderío, abarcan todas las cosas y las
 razas humanas.

Constituye la gloria y la esencia de las cosas y de las razas.

Los cantores no crean, sólo el poeta es creador,

Los cantores son acogidos con agrado, son comprendidos en
 seguida, aparecen con frecuencia;

Raro es el día y más raro aún el lugar en que nace el crea-
 dor de poemas, el Contestador;

A pesar de todos sus nombres insignes, semejante día no ama-
 nece en cada siglo ni en cada período de cinco siglos.

Los cantores de los momentos sucesivos de los siglos suelen
 poseer nombres ilustres, pero el de cada uno de ellos es un nom-
 bre de cantor;

Cantor de los ojos, cantor de las orejas, cantor de las cabe-

zas, cantor de las elegancias, cantor de las noches, cantor de los salones, cantor de amores, cantor de fantasías y de otras cosas.

Entretanto, como en todos los tiempos, las palabras de los verdaderos poemas permanecen inexpresadas,

Las palabras de los verdaderos poemas trascienden la distracción y el agrado de los auditorios;

Los poetas verdaderos no son los esclavos de la belleza,

Son los reyes augustos de la belleza;

Su verbo acuña las tres grandezas, la de los hijos, la de los padres y la de las madres;

Las palabras de sus poemas son el coronamiento de los héroismos, el jubileo de la ciencia.

Instinto divino, amplitud de visión, salud, potencia corporal, aislamiento, razón legisladora,

Alegría, bochorno, solaz, pureza atmosférica, tales son algunas de las palabras de sus poemas.

En el creador de poemas, en el Contestador, existen subyacentes el marino, el viajero, el constructor, el geómetra, el químico, el anatomista, el psicólogo y el artista; todas estas variedades típicas existen subyacentes en el creador de poemas, en el Contestador.

Las palabras de los verdaderos poemas os dan más que muchos poemas,

Os brindan elementos para que vosotros mismos concibáis poemas, religiones, política, guerra, paz, conducta, historia, ensayos, vida cotidiana y lo demás;

Equilibran las jerarquías, los colores, las razas, los credos y los sexos,

No se esfuerzan por alcanzar la belleza, es ésta la que se esfuerza en merecerlos,

Nostalgia de sus palabras, languideciente de amor, la belleza sigue sus huellas gozosa y apresurada.

A pesar de preparar para la muerte, no son una conclusión, sino un comienzo,

A nadie conducen a término alguno, no lo dejan en un estado de satisfacción y de plenitud;

Aquel de quien se apoderan lo arrebatan con ellos al abismo para contemplar la eclosión de los astros, para revelarles el mundo de las significaciones,

Para volar con absoluta fe, para recorrer los infinitos círculos y arrojar para siempre,

Como sidéreos lastres, todas las formas de quietud.

INSCRIPCION PARA UNA TUMBA

A George Peabody, que legó diez y siete millones y medio de dólares para diversas fundaciones; muerto en 1870.

¿Qué podremos cantar en loor del que yace acostado en esa tumba?

¿Qué tabletas, que epitafio suspenderemos debajo de tu nombre, oh millonario?

Ignoramos la vida que has vivido,

Fuera de los años que has pasado traficando, mezclado con corredores y agiotistas,

Lejos del heroísmo de la guerra y de la gloria.

Silenciosa mi alma,

Con las pupilas bajas, meditaba en una suerte de espera,

Apartándome de todos los modelos de heroísmo y de todos los monumentos de los héroes.

Entonces, a través de las perspectivas interiores,
Surgieron en una fantasmagoría (como las auroras boreales en la noche)

Cuadros fugaces como la llama, escenas incorpóreas, visiones proféticas y espirituales.

En uno de ellos aparecía en una calle de una ciudad el alojamiento de un obrero;

Era al anochecer, la vivienda resplandecía de limpieza, los picos de gas ardían en la pureza del aire;

Veíase la alfombra pulcramente barrida y el fuego en la cocina ardiendo alegremente.

En otra vivienda realizábase el sagrado drama del alumbramiento,

Una madre venturosa alumbraba felizmente un niño perfecto.

En aquélla, alrededor de un abundante desayuno,
Estaban sentados un plácido matrimonio en compañía de sus hijos.

En otra visión, eran procesiones de niños, de a dos, de a tres,
Encaminándose por distintas calles y caminos y senderos,
Hacia una escuela rematada por una gran cúpula.

En otra, un trío admirable:

Una abuela, con su hija y su nieta, unidas tanto por el cariño como por la sangre, estaban sentadas
 Conversando y cosiendo.

En otra una sucesión de imponentes salas,

Forradas de libros, de revistas, de diarios, de cuadros y de objetos de arte,

Grupos de estudiantes, de obreros jóvenes y ancianos, de modelos honestos y cordiales,

Leían o conversaban.

Así fueron desfilando ante mí todos los espectáculos de la vida obrera:

Los de las ciudades y los de los campos, los de las mujeres, los de los hombres y los de los niños,

Sus necesidades satisfechas, matizadas de sol, y de alegría;

Los matrimonios, las calles, las manufacturas, las granjas, las casas y las habitaciones amuebladas,

El trabajo y la fatiga, el baño, el gimnasio, los patios de recreo, las bibliotecas, los colegios,

El escolar, niño o niña, en marcha hacia la instrucción,

Los cuidados prodigados a los enfermos; calzado para los descalzos, padres para los huérfanos,

Alimentos para los hambrientos, techo y cama y afecto para los desamparados.

(Intenciones perfectas y divinas cuya realización detallada correspondería a la humanidad).

Hombre que yaces en esta tumba,

Por ti nacieron en mi mente estas escenas;

Bienhechor prodigioso, que igualas a la tierra en munificencia y en amplitud,

Cuyo nombre es como un continente con montañas, con fértiles llanuras y corrientes de aguas.

No sólo a orillas de nuestras ondas, ¡oh ríos! debe perdurar su nombre,

No sólo entre tus riberas, ¡oh Connecticut!

Ni entre las tuyas, viejo Támesis, con toda la vida que hormiguea en ellas.

Ni por las tuyas, Potomac, que riegas las tierras que hollara Washington, ni por las tuyas, Patapsco,

Ni por las del Hudson, ni por las del interminable Misisipí.

No sólo entre vuestras riberas debe perdurar su nombre,

Sino más allá de los océanos, hasta donde mi inspiración proyecta su memoria.

SEGUNDA PARTE

CANTO DE LA EXPOSICION

(¡ Ah, qué poco caso se hace del que trabaja!
Sin embargo, su labor lo aproxima en secreto a Dios:
A El, el amoroso obrero a través del espacio y del tiempo).

Después de todo, no se trata de crear ni de fundar solamente,

Se trata de acarrear de muy lejos lo que ya fuera hallado,
De imprimirle nuestro carácter, nuestra propia personalidad ilimitada y libre.

De infundir una llama religiosa y vital en la materia turbia y grosera,

De obedecer, lo mismo que de mandar, de seguir más bien que guiar.

De no rechazar ni destruir, sino fundar, aceptar y rehabilitar;
Tal es lo que enseña el Nuevo Mundo,

Aunque aun no sea muy poca cosa el Nuevo, y más grande,
¡ Oh, cuánto más grande y más antiguo el Viejo Mundo!

De largo tiempo atrás la hierba ha crecido,

De largo tiempo atrás la lluvia ha venido cayendo,

De largo, muy largo tiempo atrás el globo está girando.

¡Ven, oh musa! emigra de Grecia y de Jonia;
 Deja tus añejas rapsodias excesivamente admiradas,
 Da al olvido la historia de Troya, la cólera de Aquiles, los
 afanes de Eneas y los viajes de Ulises,

Pon *Se alquila por mudanza* en las rocas de tu nevado Parnaso,

Haz lo propio en Jerusalén sobre la puerta de Jaffa y en el monte Moriak,

Pon *Se alquila* en los muros de los castillos de Alemania, de Francia, de España, y en los Museos de Italia:

Y vente al más vasto, activo y nuevo de tus dominios: un grande, virgen imperio te espera y te llama.

Respondiendo a nuestro anhelo,
 O más bien a un deseo largo tiempo incubado,
 Unido a una natural e irresistible gravitación,
 ¡Hela aquí, que viene! Oigo el frou-frou de su falda,
 Respiro la deliciosa y adorada fragancia de sus hálitos,
 Admiro su andar divino, sus ojos curiosos abarcando la inmensidad de esta escena.

¡Ella, la Reina de las Reinas! ¿Será posible que tus templos antiguos, tus clásicas esculturas no hayan podido retenerte?

Que ni las sombras de Virgilio y de Dante, ni las miríadas de recuerdos, de poemas, de amadas compañías de antaño hayan podido magnetizarte y suspender tus pasos,

Que Ella lo haya abandonado todo y ahora esté aquí.

Permitidme ¡oh amigos! que os lo diga:

Yo la veo claramente aunque vosotros no la percibáis,

Es el mismo espíritu inmortal de la tierra,

La encarnación de la actividad, de la belleza, del heroísmo,

Que habiendo agotado la serie de sus temas primitivos

Viene hacia nosotros impulsada por todas sus evoluciones;
 Sus temas antiquísimos sirven de ornamento a sus temas actuales:

Ya se ha extinguido; sepultada en los tiempos su voz que cantaba sobre la fuente de Castalia.

Mudos yacen los carcomidos labios de la Esfinge de Edipo, silenciosas todas aquellas seculares ininteligibles tumbas.

Acabaron para siempre las epopeyas de Asia, desaparecieron los guerreros de Europa y el canto primitivo de las musas,

Enmudeció para siempre la inspiración de Calíope, muertas yacen Clío, Melpómene, Talía;

Ya no resuena el gallardo ritmo de Una y de Oriana, concluída es la búsqueda del Santo Graal;

Jerusalén es sólo un puñado de cenizas arrojadas al viento dispersas.

Las marejadas guerreras de los cruzados son como fantasmas de media noche que se desvanecen antes del alba;

Amadís, Tancredo, han desaparecido, Carlomagno, Rolando, Oliverio, ya no existen;

De Palverino y el Orco no quedan sino sus nombres; dormidas yacen las torres que se reflejaban en las aguas del Usk; Arturo y sus caballeros hanse desvanecido, Merlino, Lanceloto y Galahael, disueltos en el aire como vapor.

¡ Muertos! ¡ Muertos! Lejano y para siempre muerto ese mundo un día tan potente, ahora vacío, inanimado, mundo fantasma;

Ese extraño mundo, tan deslumbrador, tan desenfrenado, con sus leyendas y sus mitos originales.

Con sus reyes soberbios, sus sacerdotes, sus guerreros feudales y sus cortejadas castellanas,

Ahora yace en la cripta de las catedrales con sus coronas, sus armaduras, sus tocas y sus joyeles;

Sus blasones son las páginas de púrpura de Shakespeare,

Y su canto fúnebre la suave y melancólica poesía de Tennyson.

Dejadme repetiros ¡oh amigos! que aunque vosotros no la percibáis, yo veo a la ilustre emigrada (verdad es que ha viajado

y cambiado indeciblemente, si bien continúa siendo la misma de siempre)

Dirigirse hacia nosotros, rumbo a esta cita, a través del tumulto de las multitudes,

Del estrépito de las maquinarias, del agudo silbar de las locomotoras,

Sin espantarse ni desconcertarse ante los acueductos, los gásmetros y los abonos artificiales,

Sonriente y bienaventurada, con la clara intención de detenerse.

¡Hela aquí, que se instala entre la batería de cocina!

¿Más qué digo? ¿no estoy a punto de olvidar mi gentileza? Permite que te presente a la Extranjera (acaso para otra cosa vivo y canto yo), ¡oh Columbia!

Bienvenida seas tú en nombre de la Libertad, ¡oh inmortal!

Unid vuestras manos,

Y a partir de este instante honraos como amorosas hermanas.

¡Tú, oh Musa, nada temas! Nuevos días y vidas nuevas te acogen, te circundan,

Una raya insólita, original en sus singularidades, te rodea;

Y sin embargo, es la misma antiquísima raza humana, la misma dentro y fuera.

Son los mismos corazones, los mismos rostros, los mismos sentimientos, las mismas aspiraciones,

El mismo viejo amor, la misma belleza y los mismos usos.

No formulamos censuras contra ti, Viejo Mundo, ni en realidad nos separamos de ti;

(¿Querría un hijo separarse de su padre?)

Mas volviendo las miradas a tu pasado, recorriendo tus tra-

bajos y tus grandezas, viéndote construir y crear a lo largo de las edades.

Sentimos ahora la voluntad de construir y de crear.

Más soberbia que las tumbas de Egipto,

Más bella que los templos de Grecia y de Roma ,

Más altiva que la Catedral de Milán con sus estatuas y su flecha,

Más pintoresca que los torreones del Rhin,

Pensamos edificarte, desde este día, por encima de todas esas antigüedades,

No una tumba más, sino tu Gran Catedral, ¡oh Industria!

La Gran Catedral de las invenciones prácticas y de la vida.

Como en una lúcida visión,

Al par de mi canto veo elevarse el nuevo prodigio;

Complázcome en detallar sus múltiples pisos y secciones.

Alrededor de un palacio más bello y más amplio que todos los de las pasadas épocas.

(Moderna maravilla de la Tierra que sobrepuja las siete de la Historia.)

Surge majestuoso piso tras piso, con sus fachadas de hierro y de cristal

Alumbrando al sol y al cielo con las variedades de sus matices, bronceado, lila, púrpura, azul, verde mar, carmesí,

Con su cúpula dorada sobre la que deberán flotar bajo tu bandera, ¡oh Libertad!

Los pendones de los Estados y las banderas de todos los pueblos,

Y una pléyade de palacios esplendorosos, algo más pequeños, haciendo las veces de diadema.

A lo largo del interior de sus muros se exhibirán todos los objetos y los utensillos inventados por el humano ingenio;

No sólo el mundo de los trabajos, de los oficios y de los productos habrá de exponerse allí, también los obreros del mundo deberán estar representados.

Allí podréis seguir en todos sus cursos,

Y diligentes transformaciones, los grandes alumbramientos prácticos de los civilizaciones;

Allí, ante vuestros ojos, la materia mágicamente cambiará de forma;

El algodón será cosechado como en su propio campo,

Luego, secado, limpiado, desgranado, embalado, hilado y tejido,

Veréis a los operarios usar todos los métodos, desde los más antiguos a los modernos,

Veréis todas las variedades de cereales, la fabricación de las harinas y la cocción del pan;

Veréis los minerales brutos de California y Nevada fluir y refluir por las cañerías, hasta trocarse en lingotes,

Veréis el arte del tipógrafo y aprenderéis a componer,

Observaréis con estupor la prensa Hoe, cuando giran sus cilindros proyectando las hojas impresas con un movimiento rápido y continuo;

La fotografía, el modelo, el reloj, la aguja, el clavo serán hechos ante vosotros,

En vastos y tranquilos "halls" un magnífico museo desarrollará las lecciones inacabables de los minerales,

En otros, las maderas, las plantas, las vegetaciones;

En otros, los animales, la vida de los animales, sus desarrollos y sus metamorfosis.

Un majestuoso Oratorio será la Sala de Música;

Otros serán dedicados a diversas Artes, la Enseñanza y las Ciencias, tendrán los suyos.

Ninguna será olvidada, todas habrán de ser estimuladas y honradas.

(¡Oh América! Estos palacios serán *tus* Pirámides y *tus* Obeliscos,
Tu faro de Alejandría, tus jardines de Babilonia,
Tu templo de Olimpia.)

Los hombres y las mujeres ¡tan innumerables! que no bajan,
Vendrán aquí a rozarse con los que laboran tanto,
Para ambos será el provecho, para ambos la gloria:
Provecho y gloria para todos,
Para tí, ¡oh América! ¡Para tí, Musa inmortal!

¡Allí habitaréis vosotras, potentísimas matronas!
Allí, en vuestros más vastos dominios, más ilimitados que todos los de antaño,
Y de allí — para que los ecos los dilaten allende los más remotos siglos—
Cantaréis en cantos diversos y altivos los novísimos temas;
Cantos de paz y de fecundo esfuerzo; cantos de la vida del pueblo, coreados por los propios pueblos,
Engrandecidos, iluminados, impregnados de paz, de segura y entusiasta paz.

¡Basta de temas guerreros! ¡Basta de guerras!
¡Desaparezcan de mi vista, para nunca más verlos, los tendales de cadáveres mutilados y ennegrecidos!

Aquel desenfrenado infierno ávido de sangre, propio de tigres selváticos y de lobos hambrientos, antes que de seres racionales,
 Sustitúyelos con tus fructíferas campañas, ¡oh Industria!
 Con tus ejércitos y tus máquinas impertérritas,
 Con tus estandartes de humo desplegados al viento,
 Y el alto y clarísimo resonar de tus clarines.

¡Basta de fábulas antiguas!
 Basta de novelas, de protagonistas y de dramas copiados de las cortes extranjeras,
 Basta de versos de amor azucarados de rimas, de intrigas y aventuras propias de ociosos,
 Propias de los banquetes nocturnos en los que los danzantes se deslizan a los adormecedores acordes de la música;
 Insanos placeres, extravagancias y deleite de los menos,
 Sofocados por los perfumes, las libaciones, el color y las luminarias de los deslumbrantes plafones.

En homenaje vuestro, ¡oh verecundas y sanas hermanas!
 Alzo mi voz reclamando para los poetas y para el Arte temas más puros y grandiosos:
 Temas que exalten las realidad y el presente,
 Que enseñen a los hombres del pueblo la gloria de su destino y de sus oficios cotidianos.
 Que canten la canción de la actividad y de la química de la vida,
 Que aconsejen a todos, sin excepción, las labores manuales: labrar, escardar, sembrar, cuidar los árboles, los frutos, las legumbres, las flores,
 Velar para que cada hombre haga algo en realidad, lo mismo que cada mujer,
 Manejar el martillo y el serrucho (la sierra de doble mango),
 Estimular sus aficiones de carpintero, de modelador, de pintor decorativo,

De sastre, de sastra, enfermero, palafrenero y comisionista,
 Inventar alguna pequeña cosa ingeniosa, para simplificar el
 lavado, la cocina, la limpieza,

No ser esclavo de la vieja rutinaria creencia que reputa des-
 honrosa la "ayuda propia" en tales faenas.

Yo te traigo, ¡oh Musa! todas las actualidades de esta tie-
 rra, todos los oficios, todas las grandes o ínfimas funciones.

El trabajo, el sano trabajo, que hace sudar infinito, sin re-
 poso;

Las viejas, las viejas cargas prácticas, los intereses y las
 alegrías,

La familia, la parentela, la infancia, el marido, la mujer,

El bienestar de los hogares, la casa misma y todas sus perte-
 nencias,

El alimento y su conservación, la química inclusive,

Todo lo que contribuye a formar al hombre y a la mujer
 de la clase media, fuerte, íntegro, de sangre pura, el individuo
 perfecto y longevo.

Cuanto lo ayuda a orientar su vida hacia la salud y la felici-
 dad y plasma su alma.

Para la eterna vida real del porvenir.

Y con todo ello, con todos los modernos vínculos, con los des-
 cubrimientos y las comunicaciones internacionales,

Ofrezco a tus ojos el vapor, los grandes expresos, el gas,
 el petróleo,

Verdaderos triunfos de nuestro tiempo, el cable transatlán-
 tico,

La vía férrea del Pacífico, el canal de Suez, los túneles del
 monte Cenis, del Gottardo, del Hoosac, el puente de Brooklin.

Toda la tierra convertida en un hormiguero de vías férreas
 y de derroteros navales, a través de todos los mares,

Y nuestra propia esfera, este mundo astronómico y su bullir cotidiano.

Y tú, ¡oh América!

Por altos que se yergan tus hijos, tú te alzas más alta todavía, tú imperas por encima de todos,

Con la Victoria a tu izquierda y la Ley a tu derecha,

Tú, Unión, que todo lo contiene, que fusionas, absorbes y toleras todo,

Tú eres la que yo canto ahora y siempre.

Tú también, tú eres un mundo,

Con todas tus regiones, inmensas, múltiples, diversas, lejanas,

Transformadas por tí en una sola existencia, con una sola lengua mundial.

Y un solo destino común.

Y con el encanto que infundes a tus convencidos ministros del trabajo,

Yo evoco y encarno mis temas, y los hago desfilar ante ti.

Mira, pues, ¡oh América! (Mira tú también, inefable huésped y hermana),

He aquí que para ambas avanzas tus aguas y tus tierras;

¡Mirad! Los campos y las granjas, las selvas y las montañas lejanas,

Avanzan en procesión;

El mismo mar viene hacia nosotros,

Mira las naves que hienden el tropel ilimitado de sus olas;

Mira en la lejanía las velas blancas hinchadas por el viento tachonando la verde y azul inmensidad;

Mira los vapores que llegan y los que parten,
Mira sus foscos y ondulantes penachos de humo.

Mira allá en el Oregón, allá, en el distante Norte y al Oeste,

Mira en el Manic, en el lejano Norte y hacia el Este, los alegres leñadores en tus bosques,
Blandiendo el hacha, jornada tras jornada.

Mira en los lagos el timonear de tus pilotos, los ademanes de tus remeros,

Mira cómo se retuerce el fresno entre sus brazos musculosos,
Mira allá cabe la hornaza y alrededor del yunque
El martillar de tus hercúleos herreros,

Mira el movimiento de sus brazos, al levantar en alto y al abatir rítmicamente sus mazas que repercuten

Como un tumulto de risas.

Mira por doquiera el genio de la inventiva multiplicar las patentes de invención,

Tus talleres y tus fundiciones ya edificadas, y las que están en construcción,

Mira fluir las altas llamaradas de sus hornos en torrentes de fuego.

Mira tus innumerables granjas hacia el Norte y hacia el Sur,

Tus opulentos Estados, del Este y del Oeste,

Los variados productos de Ohío, de Pensilvania, del Misourí, de Georgia, de Tejas y de los demás;

Mira el desbordamiento anual de tus cosechas: de trigo, azúcar, aceite, maíz, arroz, cáñamo y lúpulo,

Tus trojes, tus trenes de mercaderías y tus depósitos repletos.

Los racimos que maduran en tus viñedos, las manzanas de tus pomaredas,

Tus montes, tus rebaños, tus pjaras, tus papares, tu carbón,
tu oro, tu plata,

Y el inagotable hierro de tus minas.

Todo eso es tuyo, ¡oh sacra Unión!
Flotas, granjas, plantaciones, manufacturas, minas, ciudades
y Estados del Mediodía, y el Sur,
Todo te lo dedicamos, ¡oh temida madre!

¡Tú, protectora absoluta! ¡Tú, baluarte de todas las cosas!
Pues bien sabemos que tú, generosa como Dios, te prodigas
a todos y a cada cual,

● Que sin Tí, nada, completamente nada, ni tierras, ni ho-
gares, ni minas, ni naves, nada de lo que hoy existe⁶ estaría se-
guro,

Ninguna cosa segura, ni ahora ni nunca.

¡Y tú, Emblema que ondulas por encima de todo!
También tengo una palabra para tí (acaso podré serte útil),
¡Oh delicada belleza mía!

Recuerda que no has sido siempre como ahora, Reina ven-
turosa,

Yo te he visto tremolar en escenas muy distintas de la actual.
No intacta ni límpida ni florida como ahora en tu seda in-
maculada;

Yo te he visto colgar en pedazos de un asta rota,
Y oprimida con desesperada mano contra el pecho de un jo-
ven alférez,

Anhelada y defendida con salvaje rabia en mortales cuerpos
a cuerpos.

Te vi, te he visto en medio de locos entreveros, entre el tro-
nar de los cañones, el clamoreo de las injurias, de los gemidos,

de los alaridos de dolor y las secas y ásperas descargas de los fusiles.

Hundiéndote y apareciendo de nuevo entre las masas de furiosos demonios que surgían jugándose la vida a cada paso,

Por tí, por tus simples pedazos, ennegrecidos de humo, sucios de fango, enrojecidos de sangre,

Sí, belleza mía; por eso, y para que como ahora pudieras flamear en paz allá en lo alto,

Yo he visto enterrar muchos bravos.

Ahora todo lo que aquí vemos, las flores y los frutos de la paz, son tuyos, ¡oh bandera!

Todo ello en adelante será para ti, ¡oh musa Universal!

¡Y tú estás aquí por eso!

¡De aquí en adelante, toda la obra y todos los obreros son tuyos, oh Unión!

Ninguno se separará de Ti, nosotros, y Tú somos una misma cosa,

¿Pues qué es la sangre de los hijos sino la sangre materna? Y las vidas y las obras, ¿qué son, al fin, sino rutas que conducen a la fe y a la muerte?

Si ahora reseñamos nuestras desmesuradas riquezas, lo hacemos por Ti, madre querida,

Te confesamos que las poseemos todas y cada una de ellas, indisolublemente unidas a Ti,

No creas que mi Canto y la Exposición se preocupen exclusivamente de la abundancia de los productos y de la cuantía de las ganancias,

¡Los hemos hecho por Ti, por el alma ecléctica y espiritual que hay en Ti!

¡Granjas, cosechas e invenciones las poseemos en Ti; tuyas son las ciudades y los Estados!

Nuestra Libertad se apoya en Ti. En Ti confían nuestras vidas.

EL ENIGMA

Ese algo que estos versos y cualesquiera otros versos no pueden asir,

Que el oído más fino no puede oír, que el ojo más clarividente o el espíritu más sagaz no puede hacerse una imagen,

Que no es el saber, ni la gloria, ni la felicidad, ni la riqueza,
Que, sin embargo, constituye el latido de todos los corazones y de todas las vidas del mundo,

Que vos y yo y todos perseguimos siempre sin alcanzarlo nunca,

Que está expuesto a la luz del día y permanece secreto, realidad de las realidades, y a pesar de ello fantasma,

Que no cuesta nada, la tienen todos, y no obstante ningún hombre es su poseedor,

Que en vano los poetas se esfuerzan en poner en verso y los historiadores en prosa,

Que los escultores nunca han esculpido, ni los pintores pintado,

Que los cantores no han cantado nunca, ni los oradores y actores recitado,

Ese algo es lo que invoco aquí y que exijo conteste al reclamo de mi canto.

Sin preocuparse del sitio, en los lugares públicos como en las viviendas privadas o en la soledad,

Detrás de la montaña o del bosque,

Compañero de las calles más agitadas de la ciudad, en el seno de la multitud;

Ese algo impera y proyecta sus radiaciones.

En las miradas de los niños inconscientes,

O extrañamente, en los féretros, donde yacen los muertos,

O en las visiones del alba, o en las estrellas vespertinas,

Análoga a cierta ligera película de sueños que se evapora,
Ese algo se oculta, titubeando en desaparecer.

Dos palabras, dos pequeños soplos lo comprenden,
Dos palabras, pero en ellas se engloba todo, desde el principio al fin.

¡Cuán ardientemente lo persiguieron los hombres!
¡Cuántas naves navegaron y se hundieron en su búsqueda!
Cuántos viajeros abandonaron su hogar y no retornaron más!
Qué suma de genio hace arriesgado por él!
Qué reservas incalculables de belleza y de amor perdidas por él!

¡Las acciones más espléndidas realizadas desde que el mundo es mundo se refieren a él!

¡Los horrores, los males, las batallas de la tierra, todos son justificados por él!

Las fascinantes llamas que de él emergen, han atraído las miradas de los hombres, en todos los tiempos y países,

Suntuosas como una puesta de sol en las costas de Noruega, con el cielo, las islas y las escarpadas riberas,

¡O como las claridades inalcanzables y silenciosas de la media noche septentrional!

Vago, y sin embargo cierto, es el enigma de Dios,
El alma existe por Él, el Universo visible es su obra, y los mismos cielos también.

A UN EXTRANJERO

¡Extrajero que pasas! No sabes tú el deseo ardiente con que te miro,

Seguramente debes ser el que yo buscaba, o la que buscaba (parecíame recordarlo como a través de un sueño),

Seguramente hemos vivido juntos una vida gozosa, no sé donde,

Todo esto revive en el mismo instante en que rápidamente nos cruzamos, fluídos, afectuosos, castos, maduros,

Hemos crecido juntos, eras un varón o una niña,

He comido y he dormido contigo, tu cuerpo ha dejado de ser únicamente tuyo, no he permitido a mi cuerpo ser únicamente mío;

Y me das el placer de tus ojos, de tu rostro, de tu carne, en el momento de cruzarnos, y tomas en cambio el de mi barba, de mi pecho y de mis manos,

No te diré una palabra, más pensaré en ti cuando me halle solo o cuando despierte de noche,

Esperaré, no dudando que nos encontraremos otra vez,

Y entonces, trataré de no perderte.

LA DUDA TERRIBLE DE LAS APARIENCIAS

Pienso en la duda terrible de las apariencias,

En la incertidumbre en que nos hallamos, pienso que quizá somos juguete de una ilusión,

Que acaso la esperanza y la fe no son más que especulaciones,

Que acaso la identidad de ultratumba sólo es una bella fábula;

Quizá las cosas que percibo, los animales, las plantas, los hombres, las colinas, las aguas brillantes y corrientes,

Los cielos del día y de la noche, los colores, las densidades, las formas,

Quizá todas esas cosas no son (lo son seguramente) sino apariciones, y que nos falta por conocer aún lo verdaderamente real

(¡Cuántas veces estas cosas se desprenden de ellas mismas como para confundirme y burlarme!

¡Cuántas veces pienso que yo ni hombre alguno sabemos la menor palabra de ello!),

Pudiera ser que las cosas me parecieran lo que son (seguramente no son sino aparentes) según mi criterio presente, y que ellas no serían (seguramente resultaría así), tales como me parecen

ahora, quizá no serían nada consideradas con criterios enteramente distintos.

Sin embargo, para mí estas cuestiones y otras del mismo orden son curiosamente resueltas por lo que aman, mis caros amigos:

Cuando el que amo camina conmigo o está sentado junto a mí, oprimiendo largo rato mi mano con la suya,

Cuando el aire sutil, lo impalpable, el sentido que las palabras y la razón no expresan, nos rodean y nos invaden,

Entonces me siento poseído de una sapiencia inaudita e indecible, permanezco silencioso, no pregunto nada,

No puedo resolver el problema de las apariencias ni el de la identidad de ultratumba,

Pero me paseo o me detengo, indiferente, me siento contento,

El que oprime mi mano me ha serenado y satisfecho.

DEL CANTO AL PRESIDENTE LINCOLN

(*Conmemorando su muerte*)

Féretro que avanza por las calles y los caminos,

Que avanza noche y día bajo la gran nube negra que entenebrece la región,

Con la pompa de las enlutadas banderas, con las ciudades tendidas de negro,

Con el espectáculo de los Estados, semejantes a mujeres de pie, bajo sus velos de crespón,

Con las procesiones largas y sinuosas y las nocturnas antorchas,

Con las innumerables teas ardientes, por encima del océano de las cabezas descubiertas,

Con el reposorio que aguarda y los rostros sombríos,

Con los himnos fúnebres que estremecen la noche,

Con los millones de voces que se expanden fortísimas y solemnes,

Con todas las voces doloridas del coro fúnebre alrededor del féretro,

Con las iglesias pálidamente iluminadas y las lamentaciones de los órganos,

Entre el doblar de las campanas que tañen, tañen, tañen,
Toma, féretro que pasas lentamente,
Te ofrezco mi rama de lilas.

(No es para tu cadáver solo,
Yo deposito flores y verdes ramas sobre todos los féretros que pasan;
¡Oh muerte sana y sagrada! hace tiempo que quería dedicarte un canto tan fresco como el alba,
¡Oh muerte! te ofrezco búcaros de rosas,
Te cubro totalmente de rosas y de lirios precoces;
Más ahora te brindo las lilas primaverales,
Rompo las ramas de los florecidos arbustos,
Y con los brazos cargados de ellas,
Te los brindo a tí y a todos tus féretros, ¡oh muerte!)

¿Cómo habré de cantar para este pequeño muerto amado?
¿Con qué ornaré mi canto en homenaje al alma grande y dulce que se ha ido?
¿Qué aroma esparciré sobre la tumba del que amo?

Los vientos del mar que soplan de Oriente y de Occidente,
Que soplan del mar Oriental y del mar Occidental, hasta arremolinarse allá, en las praderas,
Tales serán mis aromas y con ellos el soplo de mi canto,
Para perfumar la tumba del que amo.

¿Qué colgaré en los muros del panteón funerario?

¿Qué cuadros colgaré en los muros

Para adornar el mausoleo del que amo?

¿Colgaré los cuadros de la primavera que pasa, de las granjas
y de las moradas?

Con las puestas de sol de las tardes de abril y sus traslú-
cidos esplendores,

Con las marejadas de oro amarillo del sol que desaparece, in-
dolente, mágico fulgurante,

Con la hierba amarilla y suave bajo nuestros pies, y el folla-
je verde claro de los árboles prolíficos,

Y el lícúente río rizado de trecho en trecho por la brisa,

Y los promontorios de las riberas, destacándose en el cielo,

Y la ciudad próxima, hormigueante de edificios con sus en-
hiestas y humosas chimeneas,

Y las escenas de la vida, todas las escenas de los talleres
y los gestos de los obreros que vuelven a su hogar,

LA CANCION DE LA MUERTE

¡Ven, muerte adorable y balsámica!

Ondula alrededor del mundo, acércate, muéstranos tu sere-
na frente,

Día y noche, sin olvidar a nadie,

Acércate, muerte delicada.

Loado sea el insondable universo.

Por la vida y la alegría que nos brinda, por los objetos, y
la ciencia de ellos,

Y por el amor—¡el delicioso amor!—

¡Loada seas! ¡loada! ¡loada!

¡Oh muerte, y el frío y seguro abrazo de tus manos!
Sombría madre que te deslizas a nuestra vera con apagados
pasos,

¿Nadie te ha cantado todavía un canto de entusiasta bien-
venida?

Si es así déjame que te glorifique sobre todas las cosas,
Que te ofrezca un canto para decirte que cuando vengas lo
hagas sin desfallecer.

Acércate, fortísima libertadora,
Yo canto forzosamente a los muertos que me traes,
Canto el océano de amor que los lleva en sus ondas,
Bañados en las ondas de tu beatitud, ¡oh muerte!

De mí a ti revuelan gozosas serenatas,
Propongo danzas para festejarte, empavesamientos y fiestas
en tu honor;

Para ti, los espectáculos al aire libre, bajo los plenos cielos,
La vida y las campiñas, y la enorme noche llena de recogim-
ientos,

La noche silenciosa bajo las palpitantes estrellas,
Las costas oceánicas y las ondas de murmurios confidencia-
les, como los que arrullaran mi niñez,

Y el alma que vuelve hacia ti, ¡oh muerte! buscando tus la-
bios bajo los velos de tu crespón,

Y el cuerpo, que se estrecha, reconocido contra ti.

Por encima de los susurrantes bosques elevo mi canción ha-
cia ti,

Por encima de las ondas que suben y bajan, por encima de
los campos y de las praderas inmensas,

Por encima de todas las ciudades compactas y amontona-
das, por encima de los puertos y de las avenidas hormigueantes,

¡Elevo esta canción hacia ti, oh muerte!
 ¡Con alegría! ¡Con alegría!

A CIERTA CANTANTE

Tomad esta estrofa,
 La reservaba para algún héroe, orador o general,
 Alguien que hubiera servido la vieja y buena causa, la gran
 idea, el progreso y la libertad de la raza,
 Algún bravo afrontador de déspotas, algún audaz rebelde,
 Mas veo que lo que reservaba, os corresponde
 Tanto como a cualquiera de ellos.

DE LO MAS HONDO DE LAS GARGANTAS DEL DAKOTA

(25 Junio 1876)

De lo más hondo de las gargantas del Dakota,
 Región de los barrancos salvajes, del Sioux de piel bruna,
 de la inmensidad solitaria, del silencio,
 Se alzan hoy por azar fúnebres gemidos, retumba por azar
 el clamor de los clarines en loor de unos héroes.

He aquí la crónica de la batalla:
 Los indios han preparado una emboscada, su astucia triunfa,
 forman un círculo fatal,
 Las tropas de caballería combaten hasta el fin con el más in-
 flexible heroísmo,
 En el centro del pequeño círculo, parapetados detrás de sus
 caballos muertos,
 Custer cae con todos sus oficiales y sus soldados.

Así continúa la vieja, la vieja tradición de nuestra raza,
Lo que la vida tiene de más sublime exaltado pór la muerte,
La antigua bandera sostenida indefectiblemente.
¡Oh lección oportuna! ¡Cuán grata al alma mía!

Mientras solitario y triste en estos días sombríos yacía sentado buscando en vano un resplandor, una esperanza que rompiera la espesa negrura de la edad,

He aquí que surge, de regiones inesperadas, una prueba repentina y salvaje

(Allá, en el centro, el sol caliente aun oculto,
La vida eléctrica anima siempre el centro)
¡Y reluce el surco de un relámpago!

Tú, cuyos leonados cabellos flotaban en las batallas,
Tú, a quien yo no viera antaño, alta la frente, avanzar siempre en primera fila, empuñando la espada,

He aquí que apagas bravamente en la muerte el ardor espléndido de tus hazañas

(No es un himno fúnebre el que te canto, es una estrofa alegre y triunfal),

He aquí que terrible y glorioso, más terrible, más glorioso que nunca en la derrota,

Después de tantos combates en los que nunca entregaste un cañón ni una bandera,

Dejando tras de ti una memoria grata a los soldados,
Te aniquilas tú mismo.

DEL MEDIODÍA A LA NOCHE ESTRELLADA

•
 ¡TU, ASTRO CENITAL!

¡Tú, astro cenital, en toda la potencia de tu deslumbramiento!
 ¡Tú, ardoroso mediodía de octubre!

Que inundas de devorante luz la arena gris de la playa,
 El mar próximo de roncós silbidos, con sus lejanas perspectivas
 y sus espumas escalonadas,
 Con sus leonados regueros, sus sombras y su inmensidad azul;
 ¡Oh sol resplandeciente del mediodía! ¡Es para ti este canto
 singular!

—
 ¡Escúchame, soberano!

¡Te habla el más agradecido de tus hijos, el que siempre te
 ha adorado!

De pequeñuelo me arropaba en tu manto; más tarde, feliz chiquillo,
 solo, a la orilla de un bosque, tus rayos, acariciándome de lejos,
 bastaban para mi felicidad,

Y joven o viejo, en la plenitud de mis fuerzas, has sido para mí,
 tal como te muestras hoy, mientras te dirijo mi invocación.

—
 (No puedes engañarme con tu silencio,
 Yo sé que la Naturaleza se inclina ante el hombre digno,
 Aunque no contesten con palabras, los cielos, los árboles oyen
 su voz, y tú la oyes, ¡oh sol!

Cuanto a tus espantosos dolores, a tus perturbaciones, a tus
 inesperados abismos y a tus gigantescos dardos de llamas,

Los comprendo porque yo también conozco esas llamas y esas
 perturbaciones).

—
 Tú que difundes tu calor y tu luz fortificadoras
 Sobre las miríadas de granjas, sobre las tierras y las aguas
 del Norte y del Sur,

Sobre el Misisípi de interminable curso, sobre las herbosas
llanuras de Tejas, sobre las selvas de Canadá

Sobre la tierra toda que vuelve su rostro hacia tí, brillante en
el espacio,

Tú, que lo envuelves todo imparcialmente, los continentes y los
mares,

Tú, que te prodigas a los racimos y a las hierbas locas y las
florechillas de los campos,

Difúndete, difúndete, a través de mí y de mis poemas; de-
dicame uno solo de los rayos fugitivos de tus millones de mi-
llones,

Atraviesa estos cantos.

No limites a ellos solamente tu esplendor sutil y tu potencia,
Reserva también algo para el día avanzado de mi ser, dora mis
sombras que se alargan,

Prepara mis noches estrelladas.

INICIADORES

Pienso cómo la tierra (donde aparecen por intervalos) está pro-
vista de ellos.

Cuán caros y temibles son para la tierra,

Cómo la ganancia es igual para ellos que para los demás —por
paradójica que parezca su edad—,

Cómo la multitud responde a su llamado, a pesar de no co-
nocerlos,

Cómo hay algo de implacable en su destino, en todos tiempos,

Cómo todas las épocas eligen mal los objetos de su adulación
y de su recompensa,

Y cómo el mismo precio inexorable debe ser pagado todavía
para la misma grande adquisición.

¡JONNONDIO! (1)

Esta sola palabra es un poema, un himno fúnebre;

Sus sílabas me evocan cuadros extraños y brumosos, visiones de desiertos, de rocas, de tempestades y de noches de invierno;

¡Jonnondio!—Veó a lo lejos, hacia el Norte o al Oeste, en largas torrenceras y montañas negras,

Por las cuales se deslizan, raudas como espectros crepusculares, multitudes de jefes robustos, de brujos y de guerreros.

(Raza de las selvas, de los amplios espacios y de las cataratas,

Ningún cuadro, ningún poema, ningún relato te legará al futuro.)

¡Jonnondio! ¡Jonnondio!—Desaparecen sin que nadie los recuerde, sin que los evoque nadie;

La actualidad se esfuma ante ellos, pueblos, granjas, usinas, ciudades, se desvanecen;

Fuertes y veladas vibran un instante las sílabas autóctonas, la palabra *lamentación* pasa en el aire

Y se hunde en el silencio para siempre jamás.

LOS ESTADOS UNIDOS A LOS CRITICOS
DEL VIEJO MUNDO

Aquí comenzamos por ocuparnos de los deberes del presente, escuchamos las lecciones prácticas,

Riqueza, orden, vías férreas, construcciones, productos, abundancia;

Reforzamos los cimientos del más variado, eterno y vasto de los edificios,

Del que se elevarán, andando el tiempo, las cúpulas orgullosas,

Las flechas fortísimas y altivas, las flechas enhebradoras de estrellas.

(1) Vocablo iroqués; significaba *lamentación*.

HACIA ALGUNA PARTE

Mi sabia amiga, mi más noble amiga

(Sepultada ahora en una tumba inglesa, y a cuya querida memoria dedico esta página),

Un día terminó así nuestra conversación: "El resumen de todo lo que sabemos, de todas las intuiciones profundas

—Geología, Historia, Astronomía y Metafísica,—

Es que todos avanzamos, avanzamos lentamente, que todos mejoramos.

Que la vida, la vida es una marcha sin fin, la marcha de un interminable ejército (1) (sin descanso posible),

Que el mundo, la raza, el alma, los universos en el espacio y en el tiempo

Están en marcha, cada uno a su modo, hacia quién sabe dónde; pero seguramente hacia algún lado..."

MEDIA NOCHE

He aquí tu hora, alma mía, la hora en que comprendes el vuelo a través del éxtasis sin palabras,

¡Oh! Lejos de los libros, lejos del arte y de las arduas jornadas;

Emerges de tu estuche, divinamente silenciosa, maravillada, meditando los eternos y predilectos motivos:

La noche, el sueño, la muerte y las estrellas.

(1) Ver Bergson: *L'Evolution Créatrice*, cap. III, pág. 294.

ESPIRITU QUE HAS PLASMADO ESTA NATURALEZA

(Escrito en el cañón del Colorado)

Espíritu que has plasmado esta naturaleza,
Estos ásperos y rojos amontonamientos de derrumbadas rocas,
Estos picos temerarios que pretenden escalar el cielo,
Estas gargantas, estos riachos turbulentos y claros, esta desnuda frescura,

Esta arquitectura bárbara y caótica, ordenada según sus propias leyes,

Tu conozco, espíritu salvaje—somos viejos amigos, más de tres veces hemos comulgado juntos,—

En mí también impera esta arquitectura bárbara regida por sus propias razones.

¿No han arrojado sobre mis poemas la acusación de inartísticos?

¿Que no han sido creados según leyes rítmicas y delicadas?

¿Que habían dado al olvido la cadencia de los líricos, la gracia de los templos clásicos con sus columnas y sus arcos pulidos?

Pero a tí, espíritu salvaje que te revelas aquí,
Espíritu que has plasmado esta naturaleza,
Mis cantos no te han olvidado.

LA ABUELA DEL POETA

¡Ved esta mujer!

Os mira bajo su cofia de cuáquera, su faz es más límpida y más bella que el firmamento.

Esta sentada en un sillón, bajo el umbroso soportal de la granja,

El sol pone un rayo de oro sobre su anciana cabeza blanca

La tela de su amplio vestido es color crema,

Sus nietos han cultivado el lino con que ha sido hecha, sus nietas lo han tejido en la rueca familiar.

¡Vedla! Parece la melodiosa alegría de la tierra,

La nieta, más allá de la cual la filosofía no puede ni quiere ir,

La madre ennoblecida de los hombres.

LA ETIOPE SALUDANDO A LA BANDERA

¿Quién eres, mujer de negra faz, tan vieja que casi no pareces humana?

Con tu blanca y lanosa cabeza envuelta en un turbante, tus anchos y desnudos pies?

¿Qué haces erguida al borde del camino? ¿Saludar la bandera?

(Fué mientras nuestro ejército costeaba los arenales y los pinares de la Carolina,

Que tú, Etíope, saliendo del umbral de tu cabaña, te adelantaste hacia mí,

Hacia mí, que a las órdenes del esforzado Sherman marchaba en dirección al mar).

“Señor, hace cien años me robaron a mis padres,
Niñita, me cogieron como se cogen las fieras salvajes,

Luego, el negrero bárbaro, atravesando los mares, me desembarcó aquí.”

No dijo más, pero permaneció allí todo el día,
 Ora inclinándose ante los regimientos que pasaban,
 Ora sacudiendo su fiera cabeza y dilatando sus ojos de tinieblas.

¿Yo pensaba: ¿qué tienes, mujer fatal, que casi no pareces humana?

¿Por qué sacudes tu cabeza bajo el turbante rojo, amarillo y verde?

¿Tan extrañas, tan maravillosas son las cosas que ves o que has visto?

LUNA HERMOSA

Baja tus miradas, luna hermosa, ilumina esta escena,
 Vierte piadosamente las ondas de tu rumbo nocturno
 Sobre estos rostros fantasmales, hinchados, violáceos,
 Sobre muertos, tendidos de espaldas, con sus armas caídas lejos de ellos;

¡Vuelca los resplandores de tu nimbo inmensurado, luna, sagrada!

RECONCILIACION

¡Oh palabra, superior a todas las palabras, mágica como el firmamento!

Bello es que la guerra y todas sus carnicerías sean con el tiempo totalmente abolidas,

Que las manos de las dos hermanas, la Muerte y la Noche, laven y relaven, tiernas y constantes, este mundo maculado;

Porque mi enemigo ha muerto, un hombre divino como yo ha muerto;

Y miro el sitio en que yace extendido, inmóvil, dentro de su féretro,

Me aproximo a él y me inclino hasta rozar con mis labios el rostro pálido de mi enemigo.

CUANDO ESTABA A TU LADO

Cuando estaba a tu lado, compañero, apoyada mi cabeza en tus rodillas,

Te hice una confesión, la misma que ahora te repito:

Sé que soy enemigo del reposo, que infundo a los demás análoga enemistad,

Sé que mis palabras son armas de doble filo, armas mortales,

Porque atacan la paz, la seguridad, el bienestar y todas las leyes establecidas.

Me siento más resuelto desde que todos me han renegado que lo que habría podido estarlo si todos me hubieran aceptado,

No me preocupo ni me he preocupado nunca de la experiencia, de las precauciones, de las mayorías ni del ridículo,

La amenaza de lo que llaman infierno no es nada para mí;

Y la atracción de lo que llaman cielo no existe para mí;

¡Querido Compañero! Confiesa que te arrastro conmigo no sé adónde, sin conciencia clara respecto de la finalidad de nuestro viaje,

Sin saber si seremos victoriosos o totalmente vencidos y aniquilados.

¡OH ESTRELLA DE FRANCIA!

(1870-71)

¡Oh estrella de Francia,
Que en la plenitud de tu esperanza, de tu fuerza y de tu gloria
Fuera, durante tanto tiempo, como la nave capitana de una flota,
El resto de un naufragio azotado por los huracanes,
Trocado ahora, en un pontón sin mástiles,
Desbordante de muchedumbres locas, furiosas, semisumergidas,
Sin timón ni timonel!

¡Estrella oscurecida,
Orbe, no sólo de Francia, símbolo también de mi alma y de sus más caras esperanzas,
Símbolo de la lucha, de la audacia, del divino y furioso amor por la libertad,
Símbolo de las aspiraciones ideales, de los sueños de fraternidad vivificados por los entusiastas,
Terror de los clérigos y los tiranos!

Estrella crucificada —vendida por traidores,—
Estrella agonizante sobre una región de muerte, sobre una región heroica,
Extraña región, apasionada, frívola y burlona.

¡Desventurada! A pesar de tus errores, de tus vanidades, de tus crímenes, no quiero aumentarte ahora,

Tus dolores y tus angustias actuales han borrado todas tus manchas,

¡Te han sacramentado!

Es por haber mirado siempre alto y lejos —por encima de tus errores,—

Por no haber querido venderte —fuere cual fuere la suma ofrecida,—

Por haber despertado arrasada en lágrimas, en mitad del sueño en que te sumergiera el narcótico imperial,

Por haber sido la única, entre tus hermanas —que laceraras titánica a los mismos que te avergonzaban—.

Por no haber podido, por no haber querido sobrellevar las habituales cadenas.

Es por todo ello que ahora te vemos lívida, crucificada,

Y con la lanza hundida en el costado!

¡Oh estrella! ¡oh nave de Francia tanto tiempo desorientada y zozobranante!

¡Valor, orbe en desgracia! ¡Oh nave, prosigue tu crucero!

Tan firme como la nave que nos lleva a todos, como la misma Tierra,

Hija del Caos y del Fuego mortales, de cuyos vastos y furiosos espasmos emergían al fin en su absoluta potencia y hermosura,

Para proseguir su curso bajo sol,

¡Oh nave de Francia! ¡también tú así continuarás el tuyo!

El tiempo barrerá las nubes de tu cielo,

Un día alumbrarás el fruto de tus largas preñeces;

¡Entonces! Renacida, gigante, durmiendo la vejez de Europa
(Emularás gozosa a nuestra América —la reflejarás en un
como remoto dúo—)

De nuevo tu estrella, ¡Oh Francia! tu bella luminosa estrella,
más pura, más deslumbrante que nunca en la paz del firmamento,
¡Esplenderá inmortal!

PAISES SIN NOMBRE

Naciones que fueron diez mil años antes que estos Estados, y
sendas veces diez mil veces antes de estos Estados,

Racimos copiosos de edades durante las cuales hombres y mu-
jeres semejantes a nosotros crecieron, lucharon y desaparecieron;

Como fueron sus ciudades, de vastas proporciones, sus or-
denadas Repúblicas, sus tribus pastorales y nómadas,

Como fueron sus anales, sus gobiernos, sus héroes, quizá su-
periores a todos los héroes,

Como fueron sus leyes, sus costumbres, sus riquezas, sus ar-
tes, sus tradiciones,

Sus matrimonios, su constitución física, sus mentalidades,

Como atendieron y practicaron la esclavitud y la libertad, lo
que pensaron de la muerte y del alma,

Cuáles de entre ellos fueron prudentes y espirituales,

Cuáles, bellos y poéticos, cuáles torpes y atrasados:

Nada sabemos de ellos, no dejaron huella ni testimonios es-
critos, y sin embargo todo queda.

Sé que aquellos hombres y aquellas mujeres tuvieron su ra-
zón de ser sobre la tierra, lo mismo que la tenemos nosotros,

Sé que forman parte del plan del mundo, tanto como nosotros
formamos parte actualmente.

Su gran lejanía en el tiempo no impide que yo lo vea cerca de mí.

Los hay cuya faz ovalada refleja calma y sabiduría,

Los hay desnudos y salvajes, en multitudes semejantes a enormes nubes de insectos,

Los hay bajo tiendas, pastores, patriarcas, caballeros, en familias y en tribus,

Los hay merodeando por las selvas,

Los hay que viven en la paz de las granjas, que roturan las tierras, siembran, cosechan.

Otros atraviesan pavimentadas avenidas, entran en los templos, en los palacios, en las bibliotecas, en las fábricas, en las salas de exposiciones, en los tribunales, en los teatros.

¿Será posible que tantos millones de hombres hayan realmente desaparecido?

¿Será posible que esas mujeres llenas de la antigua experiencia de la tierra hayan desaparecido?

¿Será posible que sus existencias, sus ciudades, sus artes no tengan más tumbas que las de nuestra memoria?

¿Será posible que no hayan conquistado nada para ellos mismos?

Yo creo que todos aquellos hombres y aquellas mujeres que poblaron los países sin nombre, continúan existiendo aquí o allá, invisibles para nosotros,

Continúan existiendo según sus pretéritas normas vitales, de acuerdo con lo que entonces sintieran, pensarán, amarán, odiarán y obrarán.

Creo que no desaparecieron totalmente aquellas naciones ni ninguno de los que formaban parte de ellas, como no desapareceremos mi nación y yo;

De sus idiomas, gobiernos, matrimonios, literaturas, productos, juegos, guerras, costumbres, crímenes, prisiones, esclavos, héroes y poetas,

Sospecho que algo subsiste y espera pacientemente en el mundo aun invisible, algo equivalente a lo que se ha agregado a ellos en la esfera sensible;

Sospecho que un día me será dado encontrarlos no sé dónde,
 Junto con todas las antiquísimas particularidades de aquellos países sin nombre.

UN ESPECTACULO EN EL CAMPO

Un espectáculo que he visto en el campo, al alba gris y confusa;
 Como saliera demasiado temprano de mi tienda, por no poder dormir,

A pasos lentos, en el aire fresco del amanecer, llegué junto a la ambulancia,

Entonces percibo tres cuerpos acostados en parihuelas, que yacían allí sin que hubiera nadie a su lado;

Cada uno de ellos está cubierto por un amplio cobertor de lana oscura;

Un gris y pesado cobertor lo envuelve y recubre todo.

Me detengo un momento en silencio;

Luego, delicadamente, levanto a la altura de la cabeza el cobertor del primero, del más próximo:

—¿Quién eres, hombre maduro, tan descarnado y espantoso, con tus cabellos grises y tus ojos hundidos?

¿Quién eres, querido camarada?

En seguida me acerco al segundo: —¿Y tú, quién eres, hijo mío, mi pequeño hijo?

¿Quién eres tú, delicioso niño de mejillas todavía en flor?

Después paso al tercero. Su rostro no es el de un niño ni el de un anciano; muy sereno, de un soberbio marfil blanco amarillento.

—Joven—le digo, creo reconocerte. Paréceme que esta faz es la faz de Cristo,

De Cristo muerto y divino, hermano de todos, y que reposa aquí de nuevo.

LA CANTANTE EN LA PRISION

¡Oh visión de piedad, de vergüenza y dolor!
¡Oh pensamiento horrible! ¡Un alma aprisionada!

Vibraba el estribillo de un extremo a otro de la nave de la prisión y hendiendo el techo se elevaba a los cielos,

En ondas de melodía tan pensativas, tan suaves, tan fuertes, que nunca se habían escuchado otras iguales,

Volaban a lo lejos, hasta los oídos de los centinelas y de los guardianes armados, los cuales se detenían en sus rondas,

Invadidos por un éxtasis y un temor solemnes que detenía el latir de sus corazones.

Un día de invierno, cuando el sol declinaba ya en el horizonte, por un estrecho corredor, en medio de ladrones y bandidos del país

(Los hay a centenares, sentados allí, asesinos de rostro endurecido, falsificadores reincidentes,

Reunidos los domingos, junto a la capilla de la prisión, y rodeados de numerosos guardianes, sólidamente armados, que los vigilan),

Una dama avanzó serenamente, llevando por la mano dos inocentes niños,

Que hizo sentar a su lado, en taburetes, sobre un estrado;

Luego, sentándose a su vez, tras un preludeo melódico del piano,

Comenzó a cantar, con voz superior a todas las voces, un himno añejo y singular:

—Un alma aprisionada por barrotes y ligaduras
Clama: “¡Socorro! ¡A mí!” retorciéndose las manos,
Sus ojos ya no ven, su pecho sangra,
Y no puede obtener perdón ni bálsamo de paz.

Sin cesar, recorre y cava su prisión,
¡Oh día de aflicción! ¡Oh noches desesperadas!
Ni una mano de amigo, ni una cara afectuosa,
Ni un gesto de bondad, ni una palabra de gracia.

No fui yo quien cometió el crimen,
Fué el cuerpo implacable quien me forzó a ello;
Largo tiempo resistí con coraje,
Pero el cuerpo fué más fuerte que yo.

Cara alma aprisionada, defiéndete de nuevo,
Porque tarde o temprano vendrá, vendrá el perdón;
Para libertarte y restituirte a tu hogar,
La muerte, celeste perdonadora, un día llegará.

¡No eres prisionera, no más vergüenza ni angustia!
¡Parte, alma libertada por Dios!

La cantante calló,

La mirada de sus claros ojos tranquilos recorrió todos los rostros anhelantes,

El mar extraño de esos rostros de presidiarios, un millar de rostros hipócritas, brutales, cicatrizados y bellos,

En seguida, levantándose, avanzó entre ellos a lo largo del corredor.

(Su vestido, cuyo frú-frú rompía el silencio, les rozaba al pasar.)

Y desapareció con los dos niños en la oscuridad.

Entretanto, sobre todos, detenidos y guardianes armados, antes que hicieran el menor movimiento,

Los detenidos olvidando su prisión, los guardianes sus pistolas cargadas),

Un minuto prodigioso de silencio y de emoción cayera

Cortado de sollozos semisofocados, de llantos de criminales estremecidos en lo profundo, y convulsivos suspiros de jóvenes, anegados por los recuerdos del hogar,

Recuerdos de la voz de la madre cantando los cantos familiares, de los cuidados de la hermana, de la infancia feliz;

Sus espíritus, de tiempo atrás cerrados, abríanse de pronto a las reminiscencias.

Minuto indecible aquel. Y más tarde, en las noches solitarias, para muchos, muchísimos de los que allí estaban

Años después, hasta la hora de la muerte, el estribillo, arrasado de tristeza, la tonada, la voz, las palabras,

Vibrarían de nuevo, de nuevo la grande y tranquila dama pasaría a lo largo del estrecho corredor,

De nuevo sollozaría la melodía, y la cantante en la prisión cantaría:

“¡Oh visión de piedad, de vergüenza y dolor,
¡Oh pensamiento horrible! ¡Un alma apasionada!”

ORILLAS DEL ONTARIO AZUL

A orillas del Ontario azul

Meditaba en los tiempos de la guerra y en la restaurada paz,
Y en los muertos que no vuelven,

Cántame —me dijo— el poema que irrumpe del alma de la América.

Cántame el canto de la Victoria,

Las marchas de la Libertad, las más potentes marchas;

Cántame antes de desaparecer el canto de los dolores de la Democracia.

(La Democracia, la conquistadora que con sonrisas de miel rodean labios traidores,

Que a cada paso que da, la acechan la muerte y la deslealtad).

Una nación se anuncia ella misma:

Yo constituyo el único desarrollo según el cual puedo ser estimado;

No rechazo a nadie, acepto todo, y luego lo reproduzco según mis propias formas.

Somos una raza cuya virtud se incuba en el tiempo y en los actos,

Somos lo que somos, seres cuyo alumbramiento es una contestación a todas las objeciones,

Nos blandimos como se blande un arma,
Somos potentes y terribles para nosotros mismos.
Somos ejecutivos, y suficientes en la diversidad de nosotros mismos,

Nos mantenemos en equilibrio sobre el centro de nosotros mismos extendiendo nuestras ramas sobre el mundo,

Del fondo del Missouri, del Nebraska ó del Kansas acogemos los ataques con risas de desdén.

Nada es criminal para nosotros fuera de nosotros mismos,
Sobrevenga lo que sobrevenga, sea lo que fuere lo que se nos manifiesta, sólo somos admirables o criminales en nosotros mismos.

(¡ Oh madre, oh hermanas queridas!

Si nos perdemos, no será un vencedor extranjero el que nos habrá destruído.

Por nosotros mismos descenderemos en la noche eterna).

¿ Pensáis que no puede existir más que un solo soberano?

Pueden haber infinitos soberanos: uno no neutraliza al otro, Como un ojo que no ve no neutraliza el otro, o una existencia no neutraliza la otra.

Todo es para los individuos, todo para vosotros:

Todo es accesible a todos.

Ninguna condición os está vedada, ni la de Dios, ni ninguna otra.

Todo viene por intermedio del cuerpo, sólo la salud os pone en comunicación con el Universo,

Haced grandes individuos, lo demás vendrá.

Toleramos a los que quieren practicar la piedad y la ortodoxia,
Toleramos a los que desean ser pacíficos, obedientes y sumisos,
Cuanto a mí, soy el que abrumba de invectivas hombres, mu-
jeres y naciones, empujándolos irresistiblemente;

Soy el que les grito: "¡Saltad de vuestros sitios, luchad por
vuestra vida!"

Yo soy el que recorre los Estados con una lengua dentada, in-
terrogando a cuantos encuentro:

¿Quienes sois vosotros que solamente pedís un libro para des-
posarlo con vuestra tontería?

(Con espantos y con gritos como si fueran tuyos,

¡Oh madre de innumerables hijos!

A una raza audaz, ofrezco estos furiosos clamores).

¡Oh países míos! ¿querríais ser más libres que todos los
que han sido? Venid a escucharme:

Temed la elegancia, la delicadeza, la civilización,

Temed la muelle dulzura, la miel que se pega al paladar;

Desconfiad de la madurez mortal de la Naturaleza que avanza,

Desconfiad de cuanto corroe la rudeza, de los hombres y de
los Estados.

Las edades, los antepasados han acumulado de largo tiempo
atrás materiales sin dirección.

La América trae sus constructores y los estilos que la caracterizan.

Los inmortales poetas de Asia y de Europa han realizado su obra y pasado a otras esferas,

Nosotros tenemos que realizar nuestra obra, sobrepujando cuanto han hecho.

Llena de curiosidad por los caracteres extranjeros, la América defiende los suyos a todo evento,

Se mantiene a distancia, espaciosa, equilibrada, sana, inaugurando el verdadero uso de las cosas anteriores.

No rechaza el pasado ni lo que han producido bajo sus formas.

Acepta la lección con tranquilidad, contempla el cadáver que llevan lentamente de la casa,

Viendo cómo lo detienen un instante en el umbral y considerando cuán proporcionado era a su época,

Cómo su vida ha pasado al robusto heredero que se aproxima,

El cuál también será el más proporcionado a su época.

Estos Estados constituyen el más vasto de los poemas,

Aquí no se contempla solamente una Nación, sino una Nación hormigueante de naciones,

Aquí las ondas continuas de un cortejo, aquí las multitudes, realidades del día y de la noche,

Aquí aparece lo que se mueve en masas espléndidas sin preocuparse de los detalles,

Aquí están los rudos y los pulidos, la amistad, el instinto combativo que exalta el alma,

Aquí las ondas continuas de un cortejo, aquí las multitudes, la igualdad, la diversidad, que exaltan el alma.

¡Pueblo de los pueblos y de los bardos que los confirmarán!
 He aquí uno de ellos que levanta hacia la luz un rostro nu-
 trido por el Oeste;

Ha recibido de su estirpe la expresión de su faz, la ha reci-
 bido de su padre y de su madre,

Sus elementos primordiales son las sustancias, la tierra, el agua,
 los animales, los árboles,

Su fondo común esta construído igual, con sitio para todo,
 sea próximo o remoto,

Acostumbrado a despreocuparse de los demás países, pues él
 encarna su propio país,

Lo atrae hacia él en cuerpo y alma, se suspende a su cuello con
 incomparable amor,

Hunde su músculo genital en sus virtudes y en sus defectos,

Hace de modo que hablen por su boca sus ciudades, sus co-
 mienzos, sus peripecias, sus diversidades, sus fuerzas,

Hace de modo que sus ríos, sus lagos, sus bahías desemboquen
 en él;

El Misisipí, con sus crecientes anuales y sus cambiantes sal-
 tos, el Columbia, el Niágara y el Hudson, se derraman amorosa-
 mente en él.

Que se extienda la costa del Atlántico o que se extienda la
 costa del Pacífico, él se extiende con ellas hacia el Norte o ha-
 cia el Sur.

Abarca el espacio que media entre ellos al Este y al Oeste,
 está en contacto con todo lo que existe entre ambos;

Emergen de él retoños equivalentes a los del pino, del cedro,
 del abeto negro, del roble, de la acacia, del castaño, del nogal,
 del álamo, del naranjo, de la magnolia,

Se entrelaza el bálago en él tan compactamente como en cual-
 quier juncal o pantano,

Esta tallado a semejanza de las montañas, con sus flancos y
 sus cumbres, sus selvas del Norte cubiertas de un mantel de trans-
 parente hielo,

Fuera de él se dilatan campos de pastoreo tiernos y naturales,
 como los de las sabanas y de las praderas,

A través de él pasan y se elevan vuelos, torbellinos, gritos que contestan a los del quebrantahuesos, de la garza real y del águila;

Su espíritu abarca el espíritu de su país, está abierto al bien y al mal,

Abarca las esencias de las cosas reales, de los antiguos tiempos y de la hora actual,

Abarca las riberas, las islas, las tribus de pieles rojas que se acaban de descubrir,

Las naves azotadas por la tempestad, los desembarcos, las instalaciones, embriones de grandeza y de vigor,

El altanero desafío del Año Uno, la guerra, la paz, el establecimiento de la Constitución,

Los Estados distintos, el plan simple, elástico, los inmigrantes,

La Unión, siempre pululante de individuos que la denigran y siempre segura e inasible,

El interior inexplorado, las cabañas hechas con derribados troncos, los desmontes, las bestias salvajes, los cazadores, los ojeadores;

Abarca la agricultura en sus múltiples formas, las minas, la temperatura, los nuevos Estados en gestación,

El Congreso que se reúne anualmente en Diciembre, con todos sus miembros que llegan de los puntos más distantes del territorio,

Abarca los obreros y los aldeanos con su carácter noble, sobre todo los jóvenes,

Celebra su manera de ser, sus vestimentas, sus amistades, sus gestos, propios de quienes nunca han conocido la sensación de hallarse ante superiores,

La frescura y la sinceridad que emanan de sus rostros, la resolución y la abundancia de sus cerebros,

El pintoresco descuido de sus aposturas, el furor que manifiestan ante cualquier injusticia,

Su verbo fácil, la alegría que les produce la música, su curiosidad, su buen humor, su generosidad, todos los elementos que constituyen su carácter;

Abarca el ardor y el espíritu de iniciativa que prevalecen, la amplísima afectuosidad,

La absoluta igualdad de la mujer y del hombre, el fluido movimiento de la población,

La flota soberbia, el libre cambio, las pesquerías, la pesca de la ballena, las búsquedas del oro,

Las ciudades bordeadas de muelles, las vías férreas y los vapores entrecruzándose por doquiera,

Las manufacturas, la vida comercial, el maquinismo que reduce la "mano de obra", el Nordeste, el Noroeste, el Sudoeste,

Los bomberos de Manhattan, los trueques del yanqui perillán, la vida en las plantaciones del Mediodía,

La esclavitud —la conspiración traidora y criminal urdida para instaurarla sobre los escombros del resto de la Unión,—

¡El épico "excelsior", la lucha cuerpo a cuerpo! ¡Asesino!

¡No más tregua! ¡Tendrás que morir o moriremos nosotros!

—

(¡Mirad! Allá en lo alto del cielo, en pleno día,

La libertad que retorna conquistadora del campo de batalla.

¿No véis la nueva aureola alrededor de su frente?

¡Aureola de fulgor relampagueante y terrible,

Como las llamas de la guerra y los surcos caprichosos de los relámpagos?

¡Oh Libertad! Te veo erguida en una inmutable actitud,

Con tu mirada inextinguible y tu extendida diestra,

Y tu pie encima del cuello del que te amenazaba —del enemigo totalmente aplastado bajo tus plantas,—

Del que, en su locura, lleno de arrogancia y de amenaza, avanzara a grandes pasos hacia tí, empuñando el puñal asesino,

Del fanfarrón de ayer, ebrio de orgullo y de confianza,

Trocado hoy en un despojo muerto —abrumado por el desprecio de toda la tierra—

En una repugnante inmundicia arrojada a los gusanos del estercolero).

—

Otros consideran que el edificio ya está concluído, pero la República está siempre en construcción, y ofrece nuevas perspectivas;

Otros ornan el pasado; yo os orno a vosotros, ¡días del presente!

¡Oh días del futuro! también creo en vosotros; es por vosotros que me aislo;

¡Oh América! porque construyes para la humanidad, yo construyo para tí.

¡Oh queridos canteros! yo voy a la cabeza de aquellos que con decidida y sabia voluntad trazan los planes;

Con mano amiga yo conduzco el presente hacia el porvenir.

(¡Aplausos para cuantos con ímpetus de amor ofrecen hijos sanos al futuro!

¡Maldición al que se espasma sin preocuparse de los virus, de los dolores, de los espantos y de las debilidades que trasmite!)

Al borde del Ontario yo escuchaba al Fantasma,
Oía su voz que se elevaba invocando a los bardos,
Los grandes bardos nativos capaces de fundir estos Estados en el compacto organismo de una nación.

Es inútil mantener unidos a los hombres mediante una carta, un sello o la violencia;

Sólo es fecunda la unión de los hombres cuando la anima un principio vital, como el que organiza los miembros del cuerpo o las fibras de los vegetales.

Entre todas las razas y las edades, estos Estados desbordantes de arterial savia poética, son los más necesitados de poetas;

Un día deberán poseer los más grandes, y tratarlos como a los más grandes;

¡Sus presidentes más voceros resultarán mudos en comparación de lo que sus poetas llegarán a ser!

(¡Alma de amor y lengua de fuego!

¡Ah madre prolífica y ubérrima en todo lo demás, excepto en ésto, ¿por cuánto tiempo aún continuarás estéril, estéril?)

¡Ojo hecho para penetrar los más profundos abismos, y para reflejar el mundo!

El poeta es el hombre constante y armónico de estos Estados, No es por él, sino cuando falta él, que las cosas parecen grotescas, excéntricas, sin plenitud ideal,

Pues nada es bueno cuando no está en su sitio, nada es malo cuando ocupa su lugar;

El aplica a cada objeto o cualidad las proporciones que le convienen, ni más ni menos,

El es el árbitro de las diversidades, es la llave,

Es el justiciero de su tiempo y de su país,

De lo que debe ser dado, rechaza lo que debe ser rechazado,

En tiempo de paz el espíritu de la paz habla por su boca,

Amplio, opulento, activo, construyendo ciudades populosas,

Estimulando la agricultura, las artes, el comercio,

Ilustrando el estudio del hombre del alma, de la salud, de la inmortalidad, del gobierno,

En tiempo de guerra, es el sostén más sólido de la guerra, arrastra una artillería más eficaz que la de los ingenieros, cada palabra que pronuncia ensangrienta;

Con su inquebrantable fe retiene los años que se extravían por los senderos de la infidelidad,

No discute, juzga (la Naturaleza lo acepta absolutamente),

No juzga como juzgan los jueces, sino como el sol que ilumina un objeto imponente,

Posee la fe más firme, porque su visión es la más telescópica,

Sus pensamientos son himnos en loor de las cosas,
En las discusiones acerca de Dios y de la Eternidad, guarda silencio,

No presente la Eternidad como un drama con su prólogo y su desenlace,

Su Eternidad la ve en los hombres y en las mujeres.

Profeta de la Gran Idea, idea de individuos integrales y libres,
El bardo marcha a la vanguardia de su época, guiando a los guías,

Su actitud reconforta a los esclavos y horroriza a los déspotas extranjeros.

Jamás podrá extinguirse la libertad, jamás podrá retroceder la Igualdad;

Viven en los sentimientos de los jóvenes y de las mujeres más grandes.

(Por algo es que las cabezas más indomables de la tierra siempre han estado prontas a caer en aras de la Libertad).

Luchar por la Gran Idea,
¡Oh hermanos! es la misión de los poetas.

Que tengan siempre cantos de implacable desafío,
Cantos para armarse y para marchar,
Para que sea arriada la bandera de la paz, y en lugar del pendón que conocemos,
Flote el estandarte guerrero de la Gran Idea.

(¡Airado trapo que he visto izar tantas veces!

Torno de nuevo a verme bajo la lluvia de las balas que saludaran tus crujientes pliegues,

Te canto por encima de todo, mientras vuelas y me haces señas, a través del combate, ¡oh, el combate rabiosamente disputado!

Los cañones abren sus bocazas vomitando un rosado relámpago, las balas rasgan el aire con un grito,

El centro de la batalla desaparece entre la humareda,

A las salvas de los cañones contestan las descargas cerradas de los fusiles,

Oíd; resuena la palabra ¡Cargad!

Ahora en el entrevero y los rugidos salvajes que enloquecen,

Ahora los cuerpos caen convulsionados en tierra,

Fríos, helados de muerte, por ti, por tu preciosa vida,

Trapo airado que veo saltar y crujir allá en la altura.)

¿Querriais ser el poeta de estos Estados?

Augusto es el empleo, arduas las condiciones;

El que pretendiera enseñar aquí tiene que comenzar por ejercitar bien su cuerpo y su espíritu,

Tiene que examinarse, armarse, fortificarse, endurecerse, flexibilizarse.

Porque seguramente yo le interrogaré, y numerosas y severas serán mis interrogaciones.

¿Quién sois vos para pretender dirigiros y cantar a la América?

¿Habéis estudiado a fondo su país, sus idiomas y sus costumbres?

¿Lo conocéis en su organismo, su cerebro, su política, su geografía, su fiereza, su independencia, su amistad?

¿En sus fundamentos y en sus fines?

¿Habéis meditado el pacto orgánico celebrado el primer día

del primer año de la Independencia, firmado por los Comisarios, ratificado por los Estados y leído por Washington ante el ejército?

¿Poseéis la Constitución Federal?

¿Observáis bien a los que han dejado tras sí todas las operaciones y los poemas de un mundo feudal para atribuirse los poemas y las empresas de la Democracia?

¿Sois leal con las cosas? ¿Difundís lo que enseñan la tierra y el mar, el cuerpo del hombre y el de la mujer, el amor y los fueros heroicos?

Habéis peregrinado al través de las costumbres efímeras y de los objetos del favor popular?

¿Os sentís capaz de resistir todas las seducciones, las locuras, los torbellinos, las luchas salvajes? ¿Sois verdaderamente robusto? ¿Sois completa y verdaderamente del Pueblo?

¿No pertenecéis a un círculo? ¿A una escuela? ¿A una secta?

¿Estáis cansado de las críticas y de los juicios que se emiten respecto a la vida? ¿Es la vida misma la que ahora os anima?

¿Habéis ido a fortificaros en las ubres maternas de estos Estados?

¿Poseéis la antiquísima y siempre joven indulgencia? ¿La viviente imparcialidad?

¿Sentís la misma simpatía para los que se encaminan a la endurecida madurez? ¿Por los recién nacidos? ¿Amáis igual a los pequeños que a los grandes? ¿Y a los extraviados?

¿Qué traéis de nuevo a mi América?

¿Lo que aportáis, está de acuerdo con mi país?

¿Es algo que antes haya sido mejor dicho o hecho?

¿Es algo importado en algún barco de ultramar?

¿No será un cuento? ¿O rimas? ¿O bonituras?

¿Está contenida en ella la buena y vieja Causa?

¿No es algo que se han cansado de golpear los talones de los poetas, de los políticos y de los literatos de la raza enemiga?

¿Lo que traéis afirma la existencia de cosas notoriamente desaparecidas de estas regiones?

¿Responde a universales necesidades? ¿Mejorará las costumbres?

¿Celebra, con voz tonante de trompetas, la orgullosa victoria de la Unión en la guerra del Norte contra el Sur?

¿Lo que traéis resistirá la confrontación de las playas y de la plena Naturaleza?

¿Podré asimilarlo como asimilo los alimentos y el oxígeno, logrando que renazca en mi fuerza, en mi andar, en mi faz?

¿Colaboraron en ello los oficios reales? ¿Más que simples copias son creaciones originales?

¿Tienen en cuenta los descubrimientos modernos, las capacidades y los hechos?

¿Qué significan para los individuos, para el progreso y las ciudades de América? ¿Para Chicago, el Canadá, el Arkansas?

¿Vislumbra detrás de los guardianes aparentes los verdaderos guardianes en actitud silenciosa y amenazadora? ¿Los obreros de Nueva York, del Oeste y del Mediodía, tan significativos en su apatía como la instantaneidad de sus afectos?

¿Considera el fracaso final, lo que ha acontecido siempre a todos los contemporizadores, chapuceros, prejuiciosos, alarmistas, escépticos, toda vez que han solicitado el concurso de la América?

¿Es alguna humorada, burlona y desdeñosa?

Sea lo que fuere, el camino está sembrado del polvo de los esqueletos,

Y los demás son despreciativamente arrojados lejos del camino.

Las rimas pasan junto con los miradores, lo mismo que los poemas calcados o sugeridos por otros poemas,

Pasan las multitudes reflejas, con sus bellas maneras, convertidas en cenizas,

Los admiradores, los importadores, los sumisos, los juglares, estiércol de las literaturas,

Dadle tiempo y la América se justificará a sí misma;

Ningún disfraz logrará engañarla, su impasibilidad iguala su perspicacia,

Sólo irá al encuentro de aquellos que reconozca plasmados a su imagen;

Si aparecen un día sus poetas, no temáis que pueda equivocarse; sabrá reconocerlos.

(No los aceptará como suyos hasta que su país los haya absorbido tan amorosamente como ellos lo hubieran absorbido y espiritualizado.)

¿Qué importa el individuo si quien guía es el espíritu? -

El más deleitoso es el que eterniza la dilección;

La sangre del fuerte que perdura está exenta de violencia;

Ya se trate de poemas, de filosofías, de óperas autóctonas, de artes navales o de otras empresas,

La grandeza personal habrá de ir aparejada a los más grandes y originales y prácticos ejemplos.

Una raza indolente que emerge en silencio,

Ya se muestra por las calles,

Los labios del pueblo no saludan más que a los que *hacen*, aman, satisfacen o tienen un saber evidente;

Pronto concluirán los sacerdotes; su labor y su influjo han concluído;

En mi país la muerte carece de sorpresas, sólo la vida las tiene incesantes, divinas;

¿Poseéis un cuerpo espléndido? ¿Vivís y procedéis con espléndidez? Si es así, espléndida será vuestra muerte, y después de muertos continuaréis siendo espléndidos;

La justicia, la salud, el alto aprecio de sí, preparan la vía con una irresistible potencia;

¿Cómo es que os atrevéis a hacer pasar cualquier cosa antes que un hombre?

¡Estados, alineaos detrás mío!

He aquí un hombre —ante todo y ante todos,— un hombre típico como yo.

Dadme el pago que me corresponde,
 Dejadme cantar los cantos de la Gran Idea, y tomad lo demás;
 He amado la tierra, el sol, los animales; he desdeñado la riqueza,

He dado limosna a cuantos me la han pedido, he defendido a los imbéciles, a los torpes, a los locos; he repartido mi bolsa, mi trabajo y mi corazón;

He odiado a los tiranos, no he discutido acerca de Dios,
 He sido paciente y tolerante con el pueblo,

No me he descubierto ante lo conocido ni ante lo desconocido,

He andado libremente con los seres poderosos e incultos,
 Con los pequeños, con los humildes, y con las madres de familia,

Me he leído estos cantos, a mí mismo, en pleno aire; los he puesto a prueba frente a los árboles, a los astros y a los ríos;

He rechazado todo lo que ofendía mi alma o ensuciaba mi cuerpo,

Jamás he reclamado nada para mí que no lo hubiere escrupulosamente reclamado para los demás,

He ido de las ciudades a los campos, de los campos a las ciudades, aceptando por compañeros hombres oriundos de todos los Estados

(Más de un soldado moribundo exhaló su postrer suspiro apoyado contra mi pecho,

Esta mano, este brazo, esta voz, han alimentado, consolado, restablecido, muchos cuerpos postrados);

Esperaré que vayan comprendiéndome,

A medida que crezca la simpatía hacia mi persona,

Sin rechazar a nadie, aceptando a todos.

(¿Dí, ¡oh Madre! no he sido siempre fiel a tus designios?
¿No os he tenido presentes a ti y a los tuyos durante todos
los días de mi vida?)

Juro que comienzo a percibir el sentido de estas cosas:

La grandeza no radica en la tierra ni en la América,

El grande soy yo, o estoy en vías de serlo, sois vosotros,
quienquiera que seáis;

La grandeza consiste en recorrer rápidamente las civilizacio-
nes, los gobiernos, las teorías,

En recorrer los poemas, las pompas, los espectáculos, en sus-
citar individualidades.

Detrás de las cosas y de sus apariencias existen los indi-
viduos,

Cuanto ignora o simula ignorar a los individuos carece de
valor para mí,

El orbe americano reposa por completo sobre los individuos,

Toda la teoría del Universo remata infaliblemente en un solo
individuo, en cualquiera, no importa quién.

(¡Madre! Amada de vuestro sentido implacable y sutil, con la
desnuda espada en la diestra,

Os he visto al fin rehusaros de todo trato ambiguo, os he
visto tratando directamente con los individuos.)

El origen, he ahí el fondo de todo;

Juro que me mantendré fiel a mi naturaleza original, por pía
o impía que sea;

Juro que nada me cautiva excepto la originalidad,

Los hombres, las mujeres, las ciudades, las naciones son be-
llas por lo que deben a su origen.

Lo esencial es la expresión del afecto que inspiran los hombres y las mujeres

(Ya estoy harto de las maneras débiles y mezquinas de expresar el afecto que mis semejantes me inspiran,

A partir de hoy expresaré a mi modo el afecto que siento rebotar en mí por los hombres y por las mujeres.)

Juro que exaltaré en mí cada una de las cualidades de mi raza.

(Decid lo que os plazca, yo afirmo que lo que más conviene a estos Estados son individuos cuyas maneras estimulen su audacia y su turbulencia sublimes.)

Detrás de la lección de las cosas, de los espíritus, de la Naturaleza, de los gobiernos, de las posesiones, descubro otras lecciones,

Detrás de todo, por encima de todo, para mí existe mi ser, para vos existe el vuestro (siempre la misma vieja monótona canción).

Como en un relámpago veo que esta América sólo existe para vos y para mí,

Su potencia, su testimonio, sus armas lo constituímos vos y yo,

Sus crímenes, sus mentiras, sus robos, sus deserciones están en vos y en mí,

Su Congreso, sus funcionarios, sus capitolios, sus ejércitos, sus flotas somos vos y yo,

Las infinitas gestaciones de sus nuevos Estados somos vos y yo,

La guerra (esa guerra tan sangrienta y sombría, esa guerra que en adelante quiero olvidar) somos vos y yo,
Lo natural y lo artificial somos vos y yo,
La libertad, el lenguaje, los poemas, los oficios somos vos y yo,
El pasado, el presente, el provenir, somos vos y yo.

Yo no reniego, no sabría renegar de ningún aspecto de mi ser,
Ni de ninguna zona o característica, buena o mala, de la América;
No sabría ni podría sustraerme a la necesidad de edificar para quien edifica para la humanidad,
Equilibrar los rangos, las jerarquías, los temperamentos, los credos y los sexos,
Justificar la ciencia y el progreso de la igualdad,
Fortificar la sangre del poderoso favorito del tiempo.

Amo entre todos y soy de los que nunca han sido domeñados,
De los hombres y de las mujeres cuyo carácter nunca ha sido domeñado,
De aquellos a quienes las teorías, las leyes, las convenciones, jamás podrán domeñar.

Estoy con los que avanzan de frente por toda la tierra,
Con los que renuevan el hombre a fin de renovar todos los hombres.
Yo no quiero dejarme intimidar por las cosas irracionales,
Quiero penetrarlas de humanidad, quiero volver contra ellas sus más agudos sarcasmos,
Quiero que las ciudades y las civilizaciones respeten la esencia de mi persona,

He ahí lo que he aprendido en América, he ahí la *summa* poética que a mi vez enseño.

(¡Oh democracia! mientras de todas partes millones de armas se aguzan contra tu pecho,
Te he visto, serenísima, parir inmortales hijos,
Y con tu inmenso manto, rival del sol, empollando el mundo.)

Sí, yo contrastaré los espectáculos del día y de la noche,
Veré si debo serles inferior,
Veré si poseo tanta majestad como ellos,
Veré si no soy tan sutil y real como ellos,
Veré si carezco de sentido cuando hasta las casas y los vapores lo tienen,
Veré si los peces y las aves deben bastarse a sí mismos y si yo no debo bastarme a mí mismo.

Pongo mi espíritu en uno de las platillos de la balanza, y en el otro el vuestro, árboles, plantas, montañas, animales:

Por ingentes que seáis, a todos os absorbo en mí, y me convierto en vuestro amo.

La América aislada y que no obstante lo encarna todo, qué es fuera de mí mismo?

Estos Estados, ¿qué son exceptuándome a mí?

Ahora sé por qué la tierra es grosera, martirizadora, malvada; es por mí;

Formas rudas y terribles, os acepto y os elijo especialmente para haceros más.

Madre, inclina hacia mí tu faz,
 Ignoro qué finalidad persiguen estas confabulaciones, estas guerras, estos retardos,

Ignoro cuál será el resultado del goce; sólo sé que a través de las guerras, de los crímenes, de las incertidumbres, tu obra continúa y continuará.

Así, a orillas del Ontario azul,
 Mientras los vientos me acariciaban y las ondas se atropellaban hacia mí, .

Temblando de potencia y arrebatado por el encanto de mi tema,

Los mortales tejidos que me retienen parecieron romperse dentro de mí...

Y vi las almas libres de los poetas,
 Los más sublimes bardos de las edades pasaron ante mí,
 Hombres grandes y extraños, adormecidos de largo tiempo atrás, ocultos para todos, se revelarán a mis ojos.

¡Oh, extasiadas estrofas, trémulos llamados míos, no os burleéis de mí!

No os he clamado para invocar los bardos que fueron,

Para que esos sublimes bardos vinieran a orillas del Ontario,

Atraídos por el salvajismo de mi canto.

Los bardos que invoco están aún por nacer (mi país los aguarda,

Ahora que la guerra ha concluído y el campo está desbrozado),

Los aguarda para que entonen marchas cada vez más triunfales, marchas de "excelsior" y de vanguardia,

Y para confortar, ¡oh madre! tu alma inmensa en la esfera.

¡Bardos de la Gran Idea! ¡Bardos de las invenciones de la paz! (¡Pues la guerra, la guerra ha concluído!).

¡Bardos de ejércitos latentes, de millones de soldados en expectación, prontos a toda hora!

¡Bardos cuyos himnos parecerán nacidos de carbones ardientes o de los zigzagueantes surcos del relámpago!

¡Bardos del amplio Ohio, del Canadá, bardos de California, bardos del interior, bardos de la guerra!

Mi canto es para vosotros, para vosotros mi invocación.

A UN REVOLUCIONARIO EUROPEO VENCIDO

¡Valor, a pesar de todo, hermano o hermana mía!

Obstinaos siempre: la Libertad exige nuestro esfuerzo. suceda lo que suceda;

Poca cosa es quien se doblega ante uno o dos fracasos o ante muchos desastres,

El que se descorazona ante la indiferencia o la ingratitud del pueblo, o ante cualquier deslealtad,

O ante los bandidos, los soldados y los códigos penales.

Aquello en que creemos continúa en invisible y perpétua espera a través de todos los continentes,

No invita a nadie, no promete nada, permanece en la luz o en la sombra, positivo dueño de sí, ajeno al temor y al descorazonamiento,

Aguardando pacientemente su día y su hora.

(Mis cantos no son solamente de lealtad
También son cantos de insurrección;

Soy el poeta juramentado de todos los audaces y rebeldes de la tierra,
 Aquel que me acompaña deja atrás de sí la paz y la rutina,
 Arriesga su vida a cada instante.)

La batalla arrecia, estremecida por múltiples y contagiosas alarmas, por furiosas cargas y frecuentes retiradas,
 El filisteo triunfa o se imagina que triunfa,
 Las prisiones, los cadalsos, las horcas, los grilletes, las balas no están ociosas,
 Los héroes conocidos o anónimos pasan a otros mundos,
 Los grandes oradores y escritores desterrados, vegetan roídos de amargura y de nostalgia en tierras lejanas,
 La *Causa* dormita, las más potentes gargantas se sienten
 Como si su propia sangre las ahogara,
 Los jóvenes, al encontrarse, bajan sus miradas;
 A pesar de todo ello la Libertad no ha abandonado su puesto ni el filisteo goza la plenitud de su victoria.

Cuando la Libertad abandona un lugar no es la primera en abandonarlo, ni la segunda, ni la tercera,
 Aguarda a que todos se hayan ido y sale defendiendo su retirada.

Cuando ya no subsista ningún recuerdo de los mártires y de los héroes,
 Cuando todas las vidas y las almas de los hombres y de las mujeres hayan sido desterradas de cualquier región de la tierra,
 Sólo entonces la Libertad o la idea de la Libertad será desterrada de esa región,
 Y el filisteo disfrutará la plena posesión de su victoria.

¡Valor, pues, insurrecto o insurrecta de Europa!
 No debéis reposar hasta que todo se haya consumido.

Ignoro cuál sea vuestra misión (yo mismo no sé por qué
 estoy aquí ni por qué existen las cosas),

Empero me esforzaré cuidadosamente en aclarar dichos enig-
 mas, aun vencido como vos lo estáis ahora,

Hasta en la derrota, en la pobreza, en la hostilidad, en la
 prisión, pues también hay grandeza en tales trances.

¡Pensábamos que la victoria es grandiosa?
 En efecto, lo es; pero ahora se me ocurre que la derrota,
 Cuando sobreviene irremediable, también es grande,
 Que la sepultura y la muerte también son grandes.

CANTO DEL SEQUOIA

¡Un canto de California!

Una sugestión y una profecía indirectas, un pensamiento in-
 asible y respirable como el aire,

Un coro de driadas que se desvanecen o de hamadriadas que
 se alejan;

Una voz titánica y murmurante, una voz fatídica surgida de
 la tierra y del cielo,

La voz de un arbol gigante que muere en la espesa selva de
 sequoias:

“Adiós, hermanos míos;
 Adiós, tierra y cielo; adiós, aguas vecinas;
 Ha llegado la hora, la hora de mi fin.”

A lo largo de la costa nórdica,
 Hasta más acá de la ribera rodeada de rocas y de grutas,
 En el aire salino que llega del mar,
 Con el sordo y ronco susurro de las ondas a modo de acompañamiento,
 Con el repiqueteo de los hachazos de musicales resonancias
 —de las hachas movidas por fuertes brazos—,
 He oído al mejestuoso árbol cantar su canto de muerte.

—

Los leñadores no lo han oído, las tiendas de los campamentos no han devuelto sus ecos;
 Los conductores de oreja fina no lo han oído,
 Ni los que manejan las cadenas de arrastre, ni los aserradores,
 A pesar de los espíritus del bosque salidos de sus cuevas milenarias corearán el canto funeral,
 Pero yo en mi alma lo he oído claramente resonar.

—

Cayendo en murmurios de sus hojas miriádicas,
 De su copa altiva enseñoreándose a sesenta metros de la tierra,
 De su tronco y de sus ramas reventando de robustez, de su corteza ancha como muralla,
 Vibró este canto en el que revivían las estaciones y el tiempo, este canto preñado de pasado y de porvenir.

—

“Vida mía, que nadie ha relatado,
 Y vosotras, alegrías inocentes y venerables,
 Vida inagotable y audaz con sus encantos bajo las lluvias y los soles de tantas estaciones,
 Y la blanca nieve, y las noches, y los locos vientos,

¡ ¡ Oh las grandes alegrías rudas y pacientes, las plenas alegrías de mi alma, indiferentes al hombre

(Pues habéis de saber que yo también tengo un alma, yo también estoy dotado de conciencia, de identidad,

Y todas las rocas y todas las montañas tienen la suya, lo propio de toda la tierra);

Alegrías de la vida adecuadas a mi ser y al de mis hermanos;

¡ Nuestra hora ha sonado, ha llegado nuestro fin!

“Pero no desapareceremos lúgubrementes, majestuosos hermanos,

Nosotros que hemos llenado noblemente nuestra existencia, Con la serena conformidad de la Naturaleza, con una inmensa y silenciosa alegría

Saludamos a aquellos para quienes hemos trabajado desde el fondo del pasado,

Y les cedemos nuestra parte de sol.”

Por ellos, anunciados desde hace tanto tiempo,

Por una raza más grande que a su vez llenará noblemente su existencia,

Por ellos abdicamos y en ellos sobrevivimos, ¡ oh rey de la selva!

Para ellos serán este cielo y estos aires, estos picos de montañas, el Shasta, las Nevadas,

Estas moles roqueñas, hendidas de precipicios enormes, esta amplitud, estos valles, el Josemita lejano;

Absorbidos y asimilados por ellos.”

“Luego, creciendo sus acentos,

El canto se elevó, más fiero, más extático,

Como si los herederos, las divinidades del Oeste,
Uniendo sus altaneras voces participaran en él,
No están pálidas de haber reflejado los ídolos del Asia,
Ni rojas de la sangre vertida en los viejos mataderos dinásticos de Europa

(Dominio de celadas de asesinos, preparadas por los tronos, con miasmas de guerras y de cadalso que flotan todavía por doquiera),

Sino emergidas de los largos e inocentes partos de la Naturaleza, y pacíficamente sedimentados desde entonces,

Estas vírgenes tierras, estas tierras de la ribera del Oeste,
Que al hombre nuevo que se yergue, a tí, nuevo imperio,

A tí, anunciado desde hace tanto tiempo, damos en rehenes y consagramos.”

“Vosotras, profundas y ocultas voluntades,

A tí, hombre espiritual y común fin de todo, equilibrado sobre tí mismo, dando leyes sin recibirlas de nadie;

Tú, mujer divina, soberana y fuente de todo, de la que surgen la vida y el amor y todo lo que emana de la vida y del amor,

Tú, invisible esencia moral de todas las vastas materialidades de la América(las edades tras las edades laboran en la muerte tanto como en la vida),

Vosotros, que a veces conocidos y las más de las veces desconocidos, plasmáis y moldáis el Nuevo Mundo ajustándolo al tiempo y al espacio;

Tú, voluntad nacional oculta en el fondo de tus abismos, invisible, pero siempre atenta,

Vosotros, designios del pasado y del presente, continuados con tenacidad, acaso sin tener conciencia de vosotros mismos,

Que todos los errores pasajeros, las perturbaciones de la superficie no han podido apartaros de vuestra vía;

Vosotros, gérmenes vitales, universales, inmortales, que estáis en el fondo de todos los credos, artes, códigos, literaturas,

Construid aquí vuestro hogar, estas tierras de las riberas del Oeste, os las damos en rehenes y os las consagramos.”

“El hombre que surja de vosotros, el hombre de vuestra raza característica,

Aquí puede crecer osado, puro y gigantesco, aquí puede culminar con las proporciones de la Naturaleza.

Aquí puede escalar los vastos y límpidos espacios,

Sin sentirse encerrado por los muros y los techos,

Aquí puede reír con la tempestad y el sol, exaltarse y endurecerse pacientemente,

Aquí puede no preocuparse más que de sí, aquí puede expandirse (sin restricción ante ajenos formulismos), aquí puede colmar su existencia,

Para caer a su hora, luego de cumplir sus funciones (olvidado al fin) y desaparecer y servir.”

Así, a lo largo de la costa nórdica,

Entre los ecos de las llamadas de los conductores, el sonar de las cadenas y la música de las hachas de los leñadores,

El estruendo de los troncos y de las ramas que se abaten con un grito ensordecedor y un gemido,

Oí esas palabras caer del espacio como si voces extáticas añejas, temblorosas, se fundieran en una sola,

Como si las driadas, invisibles y centenarias, cantaran retirándose,

Abandonando sus retiros de los bosques y de las montañas,

De la cadena de la cascada hasta Wahstch, el Idao lejano y el Utah,

Cediendo su puesto a las modernas divinidades,

Así sorprendí en los bosques del Mendocino

Ese coro y esas sugerencias, la visión de la humanidad futura, establecimiento de los colonos y todas sus características.

Deslumbrante y dorada, la California irradia su esplendor,
 Muestra su drama súbito y opulento, la amplitud de sus aso-
 leadas tierras,

Su variada extensión donde el Estrecho hasta el Colorado,
 Sus tierras que baña un aire más puro, más precioso y más
 sano, sus valles y las rocas de sus montañas,

Preparados de largo tiempo atrás, los campos de la Naturale-
 za esperan en barbecho la silenciosa y cósmica química o laborado,

Lentas y continuas las edades han sufrido, la desocupada su-
 perficie ha madurado, los ricos metales han ido laminándose de-
 bajo,

Al fin llegan los nuevos, se arrojan la posesión de todo,

Una raza pululante y activa se instala y se organiza,

De todos los ámbitos de la redonda tierra llegan naves, y
 otras zarpan hacia todos los climas,

Hacia la India, hacia la China y la Australia y los millares
 de islas paradisíacas del Pacífico;

Surgen ciudades populosas, dotadas de las invenciones más
 recientes, los vapores llenan los ríos, las locomotoras relampaguean
 por las vías férreas, llena los espacios el rumor de colmena de
 las prósperas granjas, óyese por todos lados la pulsación de las
 máquinas, batiendo la lana, el trigo, los racimos y el oro ama-
 rillo de las minas.

Pero yo creo más en vosotras que en todas esas cosas, tie-
 rras de las riberas del Oeste

(Esas cosas sólo son medios, herramientas, almacigos),

Veo en vosotras, segura para el porvenir, la promesa de milla-
 res de años

Qué os fuera hecha para realizarse un día en nuestra raza.

Veo en vosotras la sociedad nueva proporcionada al fin, a la
 Naturaleza;

En el hombre que nazca de vosotras habrá más que los picachos de las montañas, más que en vuestros árboles imperiosos y potentes;

En la mujer, más, mucho más, en todo vuestro oro, y en vuestras viñas, y hasta en vuestro aire vital.

Recién venido en un mundo nuevo, pero preparado de largo tiempo atrás,

Veo el genio moderno, hijo de lo real y de lo ideal, desbrozar el terreno para una renovada humanidad,

La verdadera América, heredera del grandioso pasado,

¡En marcha hacia un porvenir más grandioso!

EUROPA

EN EL AÑO 72 Y 73 DE ESTOS ESTADOS (1848)

De pronto, del fondo de su cubil decrepito y soñoliento —cubil de esclavos—,

Rápida como centella, ha saltado, semiespantada de sí misma,

Pisoteando cenizas y andrajos, hasta estrangular las gargantas de los reyes.

¡Oh esperanza y fe!

¡Oh esas dolorosas agonías de los patriotas desterrados!

¡Oh tantos corazones empapados de desesperación!

¡Volved vuestras miradas a aquellos tiempos y luego concentraos!

Y vosotros, pagados para cegar al Pueblo, vosotros, mentirosos, oíd esto:

A pesar de las agonías, de los asesinatos, de los desenfrenos innumerables.

A pesar de los hurtos principescos en todas sus bajas formas, del roído salario del pobre que se deja robar ingenuamente,

A pesar de tantas promesas juradas y violadas por bocas regias,

A pesar de todos esos crímenes, las cabezas de los nobles no han sido segadas,

¡El Pueblo desdeña la ferocidad de los reyes!

Fué la dulzura de su piedad la que preparó su amarga ruina, Los monarcas, vueltos de su fuga y de su terror, reaparecen de nuevo,

Reaparecen con gran pompa, precedidos por cortejos de verdugos, de sacerdotes, de cobradores de impuestos, de soldados, le-gistas, señores, carceleros y sicofantes.

No obstante, detrás de todas esas amenazas y latrocinios, una forma se eleva,

Vaga como la noche, cubierta la cabeza, la frente y el cuerpo en una vestidura escarlata de interminables pliegues,

Una silueta cuyo rostro y cuyas pupilas nadie ha podido ver;

Fuera de su manto, de su manto rojo soliviantado por uno de sus brazos, aparece esto:

Un índice simbólico por encima de la cabeza, un dedo encorvado que es como la cabeza de un áspid.

Entretanto, en fosas recién abiertas depositan cadáveres, cuerpos ensangrentados de hombres en plena juventud;

La cuerda de la horca pende pesadamente, las balas de los reyes silban en los aires, los poderosos ríen a carcajadas:

¡Y todas estas cosas maduran sus frutos, todas estas cosas son buenas!

Esos cadáveres de jóvenes,
Esos mártires que oscilan en las hocas, esos corazones atra-
vesados por las balas,
Por fríos e inmóviles que parezcan reviven en otros seres, con
una vitalidad más fuerte que las cuerdas y las balas.

Reviven en otros jóvenes, ¡oh reyes!
Reviven en hermanos prestos de nuevo a desafiaros;
Purificados por la muerte, instruídos y exaltados.

Ni una fosa de los que mueren asesinados por la tiranía deja
de fecundar una simiente para la libertad, la cual a su vez madu-
rará millares de simientes

Que los vientos esparcen y siembran a lo lejos, que las llu-
vias y las nieves fecundan.

Ningún espíritu puede ser arrancado de su envoltura carnal
por las armas de los tiranos.

¡Libertad, que otros desesperan de ti, yo jamás desesperaré
de ti!

¿Han cerrado la casa? ¿El amo está ausente?
Aguardad, no os canséis de mirar:
¡Pronto estará de vuelta; sus mensajeros no tardarán en llegar!

UNA HORA DE ALEGRÍA Y DE LOCURA

¡Una hora de alegría y de locura! ¡Oh furiosa alegría! ¡Oh, no me retengáis!

Corazón de las tempestades, ¿qué es lo que late en ti para desencadenarte en mi ser de esta suerte?

¿Qué son mis clamores en medio de los relámpagos y de los vendavales?

¡Ah! ¡beber el delirio místico más que hombre alguno!

¡Congojas tiernas y salvajes! (Os las dejo en herencia, hijos míos,

Os las narro por muchos motivos, ¡oh esposo y esposa!)

¡Oh, abandonarse a vos, quienquiera que seáis! ¡abandonaros a mí, con desprecio del mundo!

¡Oh, la vuelta al paraíso! ¡Oh, la femenina y la tímida!

¡Oh, atraeros hacia mí, imprimir en vuestra boca virgen los labios de un hombre resuelto!

¡Oh, el enigma, el triple nudo, el estanque negro y profundo, todo lo que se desanuda y se ilumina!

¡Oh, abalanzarse en busca de espacio y de aire!

¡Libertarse de los lazos y de las convenciones anteriores, yo de los míos, vos de los vuestros!

¡Hallar una despreocupación nueva, inimaginada, capaz de poner a prueba la mayor fortaleza!

¡Desenmordazarse la boca!

Tener el sentimiento—hoy o cualquiera otro día—de que me basto a mí mismo, tal como soy.

¡Sentir algo no sentido aún! ¡En espasmo, en angustia, en éxtasis!

¡Escapar íntegramente de las anclas y de los garfios ajenos!

¡Bogar libremente! ¡Amar libremente! ¡Abalanzarse temerario y amenazador!

¡Buscar la destrucción, insultándola, invitándola!

¡Subir, cernerse en el mediodía del amor como en una revelación!

¡Volar con el alma ebria!

¡Perdersé si es necesario!

¡Alimentar el resto de mi vida con una sola hora de plenitud y de libertad!

¡Con una breve hora de locura y de felicidad!

CANTO AL CUERPO ELÉCTRICO

Canto el cuerpo eléctrico,

Los ejércitos de aquellos que amo me circundan y yo los circundo,

No me dejan partir, quieren mi compañía y mi respuesta,

Quieren ser purificados y ennoblecidos con confidencias del alma.

¿Os habéis preguntado si los que corrompen su cuerpo pueden ocultarse?

¿Si los que deshonoran cuerpos vivientes no son tan criminales como los que deshonoran muertos?

¿Si el cuerpo no desempeña exactamente las mismas funciones que el alma?

Pues si el cuerpo no es el alma, ¿qué es el alma?

El amor del cuerpo humano desafía toda descripción, el cuerpo mismo desafía toda descripción,

El del hombre es perfecto, el de la mujer es perfecto.

La expresión del rostro supera toda descripción,

La expresión de un hombre gallardo no se manifiesta en su rostro solamente,

Se revela en sus miembros y en sus movimientos, en sus caderas y en sus muñecas,

Se revela en su andar, en la actitud de su cabeza, en su talle y en sus rodillas —su traje no la oculta—,

La índole dulce o fuerte que le caracteriza atraviesa el algodón y la lana,

Verle pasar impresiona tanto como el más grande de los poemas, acaso más;

Cautiva contemplar su espalda, su nuca y el doble reposorio de sus hombros.

Los rollizos infantes que gatean, el pecho y la cabeza de las mujeres, los pliegues de sus vestidos, sus actitudes de ir por las calles, la línea longitudinal de sus siluetas,

El nadador desnudo a flor de agua, hendiendo el verde líquido y transparente, o extendido de espaldas, mecido en silencio por el agua que so'livianta,

El doblarse hacia adelante y hacia atrás de los remeros en la canoa, el caballero en su silla,

Las jóvenes, las madres, las caseras, en todas sus ocupaciones,

El grupo de trabajadores sentado al mediodía alrededor de sus meriendas, y sus mujeres que esperan,

La mujer que adormece a un niño, la hija del campesino en el jardín o en la huerta o el establo de la granja,

El mocetón desgranando maíz, el cochero del trineo conduciendo sus tres yuntas de caballos a través de la multitud,

Episodios de un asalto entre luchadores, aprendices jóvenes, vigorosos, que al declinar el día después de concluir su faena arrojan por tierra sus sombreros y sus blusas, se entrelazan sin maldad, en un abrazo lleno de cariño y de resistencia,

Se cogen por debajo o por encima del talle mientras sus desordenados cabellos caen sobre sus ojos, cegándolos:

El tránsito de los bomberos, el juego de los músculos viriles que se dibuja a través de sus ceñidos pantalones y de sus talles.

Su vuelta después del incendio, cuando se detienen de pronto al oír resonar de nuevo la campana de alarma,

La naturalidad, la diversidad, la perfección de sus actitudes, con el cuello y la cabeza inclinadas,

Yo adoro todo eso, me engrandezco, me diversifico; estoy con el niño en el pecho de la madre, nado con los nadadores, luchó con los luchadores, marco el paso con los bomberos, y como ellos, me detengo, escucho y reflexiono.

Conocí un hombre, un simple campesino padre de cinco hijos, Padres' éstos de hijos venideros, los cuales a su vez serían padres de otros hijos.

El vigor, la belleza corporal, la calma de aquel hombre eran prodigiosos,

El contorno de su cabeza, la blancura de sus cabellos y de su barba, la insondable expresión de sus ojos negros, la riqueza y la amplitud de sus maneras,

Todo era admirable, y yo solía ir a verle para admirarlo;

Era tan majestuoso como prudente,

Tenía seis pies de alto, más de ochenta años,

Sus hijos eran macizos, intactos, barbudos, de rostro curtido, espléndidos,

Era tan adorado por sus hijos como por sus hijas,

Cuanto le veían lo amaban,

No lo amaban por consideración, lo amaban con un afecto realmente personal,

No bebía más que agua, la sangre fluía escarlata bajo la piel morena y clara de su faz;

A menudo, cuando iba de caza, de pesca, él mismo timoneaba su barco, un bello barco que le había regalado un constructor amigo,

Cuando iba de caza o de pesca en compañía de sus cinco hijos y de sus numerosos nietos se le reconocía entre todos como el más bello y más fuerte;

Sentíais deseos de permanecer largo tiempo a su lado, de oírle, de mirarle, de tocarle mientras el barco avanzaba bajo su dirección.

Permanecer al lado de los que me agradan basta para hacerme feliz,

Pasar las tardes con ellos, disfrutar juntos los anocheceres,
Sentirme rodeado de seres jóvenes, bellos, curiosos, rientes,

Andar entre ellos, rozarlos de tanto en tanto, pasar un instante mi brazo alrededor de éste o de aquella;

No pido otras alegrías, nado en ellas como en un mar de encantos.

Estar rodeado de hombres y de mujeres, contemplarlos y ser contemplado por unos y por otras; en su contacto y en sus exhalaciones hay algo que regocija el alma.

Muchas cosas agradan al alma, pero ésta agrada sobre todas.

Aparece la forma femenina,

Una divina aureola la circunda de la cabeza a los pies.

Atrae, con furiosa, irresistible atracción;

Sus hálitos me absorben como si fuera un impotente vapor: todo desaparece, excepto ella y yo;

Libros, artes, religión, tiempo, la tierra visible y compacta, todo lo que esperábamos del cielo, y lo que temíamos del infierno;

Emergen de ella filamentos de locura, indomables descargas eléctricas que suscitan en nosotros análogas reacciones,

Cabellos, pechos, caderas, movimientos de las piernas, manos que penden con negligencia, temblorosas, mis manos que tiemblan al insinuar caricias,

Marea descendente brutalmente rechazada por las ondas, flujo azotado por el reflujo, carne de amor que palpita lancinante y gozosa,

Límpidos surtidores de amor, cálidos y torrenciales, trémula crema de amor, champagne hirviente y delirante,

Noche de amor del esposo, noche de horizontales asaltos cuerpo a cuerpo en la dulzura del amanecer,

En el día que consiente y se adelanta a través de la revuelta cabellera sobre sus cuerpos y sus carnes olorosas.

He aquí el núcleo: después que el niño nace de la mujer, el hombre a su vez nace y renace en la mujer;

Éste es el baño del nacimiento, la amalgama de lo ínfimo y de lo máximo, y la nueva salida.

No tengáis vergüenza, ¡oh mujeres! Vuestro ser contiene todo lo demás; sois oasis germinal, y *noche buena*; portal del cuerpo y portal del alma.

La mujer posee y combina todas las cualidades,
 Se mueve en todas partes con astral equilibrio,
 Es todas las cosas veladas, pasiva y activa alternativamente,
 Esta hecha para concebir hijas tan bien como hijos, hijos tan bien como hijas.

Así como veo mi alma reflejada en la Naturaleza,
 Como suelo ver a través de un velo de bruma un ser de indecible salud, belleza y plenitud,

Veo a la mujer con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre su pecho.

Igual y a semejanza de ella, el hombre es alma y ocupa su lugar,

El también posee todas las cualidades, es acción y es potencia,
La riqueza del Universo conocido está en él,

El desprecio le sienta bien, los apetitos y la arrogancia le sientan mejor.

Las pasiones más vastas y fogosas, el máximum de la alegría y del dolor le vienen como de medida, el orgullo es todo suyo,

La exaltada altivez del hombre es un calmante y una gloria para el alma.

Ama la sabiduría, todo lo juzga con la medida de su individualidad,

Sea cual fuere la tierra que ha de mensurar, el océano y la barca, sólo aquí por fin sumerge la sonda.

(¿Dónde arroja la sonda fuera de aquí?)

El cuerpo del hombre es sagrado, sagrado es el cuerpo de la mujer,

Sea quien sea el poseedor, el cuerpo es sagrado; aunque se trate del cuerpo del más mísero de los parias,

O el de uno de esos inmigrantes de cara idiotizada que acaba de desembarcar,

Hállase acá o no importa dónde, sea rico o pobre, lo mismo que vos,

Cada uno y cada una tiene su sitio en el cortejo.

(Todo es cortejo;

El Universo es procesional; avanza en un movimiento medurado y divino.)

Quienquiera que seáis, ¿sabéis acaso bastante como para tratar de ignorante al más cretino?

¿Pensáis tener más derecho que otro para ocupar un buen lugar?

¿Creéis que la materia ha ido solidificando sus brumas primitivas, que la tierra cubre su superficie, el agua fluye y los vegetales crezcan

Únicamente para vos, y no para éste o para aquélla?

Venden en subasta pública el cuerpo de un hombre
(Antes de la guerra solía ir yo al mercado de esclavos a observar las ventas),

Yo ayudo al comisario rematador; el muy canalla ignora su negocio.

Señores, contemplad este prodigio:

Por grandes que sean las sumas ofrecidas, jamás podrán igualar su valor.

Para hacerlo tal cual es, el mundo ha ido preparándose durante quintillones de años sin que creciera una planta ni un animal,

Para hacerlo tal cual es, los ciclos y sus revoluciones se han desenvuelto fiel, continuamente.

En esta cabeza está el cerebro, el universal vencedor,
En él y debajo de él palpitan los materiales para crear héroes.

Examinad esos miembros, rojos, negros o blancos,
La destreza flexibiliza sus tendones y sus nervios,
Los desnudaremos para que podáis apreciarlos mejor.

Sentidos agudos, ojos vitalísimos, coraje, voluntad,
Bloques de músculos pectorales, espina dorsal y cuello flexibles,
Carne firme, brazos y piernas poderosas,
Y las maravillas que circulan dentro.

Dentro de estos tesoros visibles, la sangre fluye,
¡La misma vieja sangre! ¡la misma sangre roja!
Allí dentro, un corazón se hincha y se contrae, allí dentro
yacen comprimidas todas las pasiones, todos los deseos, las tendencias, las aspiraciones
(¿Creéis que no existen porque no son formuladas en salones o en ateneos?)

Este que veis aquí no es sólo un hombre, es el padre de otros cuyos hijos serán padres a su vez.
Es el punto de arranque de populosos Estados y florecientes Repúblicas,
Innumerables, inmortales vidas surgirán de él, con sus encarnaciones y sus alegrías innumerables.

¿Pretenderéis saber desde ya los retoños que nacerán de sus retoños en los siglos de los siglos?
(¿De quién resultaréis descender, vosotros mismos, si pudiérais remontar el curso de los siglos?)

En subasta pública venden el cuerpo de una mujer:
Tampoco ella es únicamente ella, es la madre fecunda de las madres,

Lleva en sí a los que se desarrollarán hasta ser los compañeros de las madres.

¿Nunca habéis amado el cuerpo de una mujer?
 ¿Nunca habéis amado el cuerpo de un hombre?
 ¿No habéis notado que éstos son iguales para todos, en todos los tiempos y en todas las naciones de la tierra?

Si existe algo sagrado, es el cuerpo humano,
 Lo que constituye la gloria de un hombre es la evidencia de una inmaculada virilidad,
 Tanto en el hombre como en la mujer, un cuerpo sano, potente, musculoso, es más bello que la más bella faz.

¿Habéis visto al loco que prostituye su cuerpo?
 ¿O la loca que prostituye el suyo?
 Ya sé que no se ocultan; aunque quisieran no podrían ocultarse.

¡Oh, mi cuerpo! ¡Encarnación de mi alma!
 Todas tus partes, todos tus aspectos, todas tus arbitrarias divisiones fisiológicas y anatómicas,
 Deben mantenerse íntegras, totales, en mí, como en los demás.
 Todas ellas, desde la cabeza a los pies, no sólo son las partes y los poemas del cuerpo,
 Son los poemas y los aspectos visibles del alma,
 Todos ellos constituyen el alma.

POETAS VENIDEROS

¡Poetas del porvenir! ¡Oradores, cantantes, músicos del porvenir!

No es el día de hoy quien debe justificarme, y expresar por qué estoy aquí,

Sois vosotros los de la raza nueva, autóctona, atlética, continente más grande que todas las razas conocidas hasta la fecha.
¡Levantaos! ¡Es necesario que me justificuéis!

Yo hago más que escribir una o dos palabras futuristas,
Me limito a adelantarme un instante para retornar de prisa
a las tinieblas.

Soy un hombre que, paseando sin detenerse en parte alguna,
Arroja una mirada hacia vosotros y luego vuelve el rostro,
Dejándoos el cometido de explicarla y de definirla,
Reservándoos lo fundamental.

CUANDO LEI EL LIBRO

Cuando hube leído la célebre biografía
Cerré el libro y me dije: "¿Es esto lo que el autor llama
una vida de hombre?"

¿Alguien escribirá así mi vida después que yo haya muerto
y desaparecido?

Como si hubiera alguno que realmente supiera algo de mi
vida,

Cuando yo mismo a menudo pienso que no sé nada
O poco menos que nada de mi vida real,
Salvo algunos chispazos entrevistos de vez en cuando,
Que para mi propio uso trato de recordar aquí."

UN CANTO DE ALEGRÍAS

¡Oh, hacer el canto más desbordante de alegría!
¡Lleno de música, y de cuanto atañe al hombre, a la mujer
y al niño!

Lleno de las ocupaciones comunes, lleno de árboles y de simientes.

¡Oh, animarlo con los gritos de los animales, con la celeridad y el equilibrio de los peces!

¡Anegar sus estrofas con primaverales gotas de lluvia!

¡Estremecerlo todo con el movimiento de las olas y la presencia del sol!

¡Oh la alegría de mi espíritu aleteando lejos de su jaula!

¡Miradle hendir el espacio como un relámpago!

No me bastan este mundo y estos tiempos.

¡Quiero millones de mundos y la totalidad de los tiempos!

¡Oh las alegrías del maquinista! ¡Volar sobre una locomotora!

¡Oír todos los tonos del vapor; el grito penetrante y gozoso, el gran silbido, las locas risotadas!

¡Soltar los frenos con ímpetu irresistible, abalanzarse a toda velocidad!

¡Oh paseos encantadores por campos y collados!

Las hojas y las florecillas de las hierbas más comunes, el fresco y húmedo silencio de los bosques,

La deliciosa fragancia de la tierra, al amanecer y durante toda la mañana.

¡Oh las alegrías del caballero y de la amazona!

Galopar apoyados firmemente en la silla, gozando con el aire fresco que los azota, murmurando, las orejas y los cabellos.

¡Oh las alegrías del bombero!

¡Oigo la señal de alarma en mitad de la noche!

¡Oigo los gritos, las campanas! ¡Hiendo la multitud, me precipito hacia el foco ardiente!

¡La vista de las llamas me enloquece de placer!

¡Oh la alegría del atleta de sólidos músculos, que se presenta en medio de la palestra, consciente de su potencia, ansioso de vencer a su adversario!

¡Oh la alegría de esa vasta y elemental simpatía que el alma humana es la única capaz de engendrar en ondas constantes o ilimitadas!

¡Oh las alegrías maternas!

Las veladas, los insomnios, la paciencia, la angustia, el precioso amor, el heroísmo del alumbramiento.

¡Oh la alegría de crecer, de restablecerse,

La alegría de calmar, de pacificar, la alegría de la concordia y de la armonía!

¡Oh retornar a las tierras natales!

Para oír cantar los pájaros en los nidos de antaño,

Para recorrer de nuevo la casa y el establo, la huerta y los campos,

Para hollar una vez más los viejos caminos.

¡Oh haber crecido a la orilla de las bahías, de las lagunas y caletas o a lo largo de la costa!

Seguir viviendo y trabajando allí toda la vida;

Gozar de los relentes húmedos y salinos, de los arenales, de las hierbas marinas, que se asolean en los bajamares;

Contemplar la faena de los pescadores, el pescador de anguilas, el pescador de gaburones;

Yo también vengo con mi azada y mi rastrillo en busca de gaburones, vengo con mi garduña para coger anguilas,

En la baja mar me uno a los rastreadores de conchas que recorren las playas,

Con ellos trabajo bromeando y riendo al igual de los jóvenes más risueños;

En invierno cojo mi cesto de guardar anguilas, mi garduña y mi hachilla de agujerear el hielo, y me pongo en marcha a pie sobre el agua helada;

Miradme partir alegremente regresar al atardecer, reciamen-
te abrigado, en compañía de curtidos compañeros,

De viriles y adolescentes compañeros cuyo mayor encanto es estar a mi vera,

De día, para trabajar conmigo, de noche, para dormir a mi lado.

Otras veces en verano zarpo con los vapores que van a la pesca de langostas de mar,

¡Oh las delicias de las madrugadas de Mayo, remando entre los flotadores que señalan la ubicación de los canastos retenidos en el fondo del agua mediante gruesas piedras!

Me veo izando oblicuamente los canastos de mimbre en cuyo interior las langostas verdinegras se agitan desesperadamente al ser extraídas de su elemento,

Introduzco clavijas de madera en la abertura de sus uñas;

Recorro así todas las playas, en seguida remo hacia la costa,

Donde en una vasta olla llena de agua hirviente, las langostas son cocidas hasta ponerse escarlatas.

¡Oh navegar por los ríos!

Descender el San Lorenzo, gozando la visión soberbia del paisaje, los vapores que van y vienen,

Las mil islas, las almadías cargadas de maderas que pasan de tanto en tanto, los almadieros con sus inmensos remos,

Las pequeñas cabañas de las almadías con el penacho de humo que se eleva de ellas al anochecer cuando preparan la cena.

(¡Oh dadme algo pernicioso y terrible!

¡Algo distinto de toda vida mezquina y devota!

¡Algo no probado todavía! ¡Algo nuevo en un éxtasis!

¡Algo arrancado de anclaje y que flote libremente!)

¡Oh laborear en las minas, o forjar el hierro!

La coladura de la fundición, la fundición misma, su alta y tosca techumbre, el ancho espacio abrigado,

La hornalla, el líquido hirviente que vierten y se derrama,

¡Oh revivir las alegrías del soldado!

¡Sentir la presencia de un bravo oficial que manda, sentir su simpatía!

Ver su calma, calentarse al calor de su sonrisa!

Marchar a la batalla, oír el estridor de los clarines y el redoblar de los tambores,

¡Oír el estruendo de la artillería, ver las bayonetas y los cañones de los fusiles relampagueando al sol!

¡Ver a los hombres caer y morir sin quejarse!

¡Sentir el gusto salvaje de la sangre, ser un demonio!

¡Alimentarse ávidamente con los heridos y los muertos del enemigo!

¡Oh las alegrías del ballenero! ¡He aquí que renuevo mis viejos cruceros!

Siento debajo de mis pies el movimiento de la nave, las brisas del Atlántico me abanicán;

Oigo de nuevo el grito arrojado de lo alto del mástil:
—¡Allá sopla!

De nuevo subo a los obenques para mirar con los demás, en seguida descendemos como locos,

Salto a la embarcación que han botado al mar; remamos hacia el punto donde se halla nuestra presa,

Nos aproximamos furtiva y silenciosamente, veo la mole montañosa sumergida en un sopor letárgico,

Veó al arponero de pica, veo el arma partir como una centella de su robusto brazo;

Veó rápidamente, en la lejanía del océano, la ballena herida que se hunde y nada a favor del vineto, remolcándonos de nuevo,

La vuelvo a ver emergiendo para respirar, de nuevo remamos hacia ella,

Veó la lanza que hunden en su mole, que tornan a hundir, agrandando la herida,

De nuevo nos alejamos apresuradamente, la veo sumergirse otra vez, agónica ya,

Veó la sangre que arroja al reaparecer de nuevo, la veo nadar en círculos de más en más estrechos, cortando vivamente el agua;

La veo morir,

Da un salto convulsivo, en el centro del círculo, vuelve a caer alargada e inmóvil entre la espuma enrojecida de sangre.

¡Oh mi vejez, la más noble de mis alegrías!

¡Mis hijos, mis nietos, mis barbas y mis cabellos blancos,

Mi amplitud, mi calma, mi majestad, coronamiento de mi larga vida!

¡Oh alegrías de la madurez femenina! ¡Oh felicidad al fin lograda!

Tengo más de ochenta años, soy la más venerable de las madres.

¡Qué claridad la de mi cerebro! ¡Qué universal respeto hacia mi persona!

¿En qué consistirá esta fuerza de atracción, superior a todas mis fuerzas anteriores? ¿Qué flor de vejez es esta, superior a la flor de la juventud?

¿En qué consiste esta belleza que desciende sobre mí y de mí se eleva, cautivando a todos?

¡O las alegrías del orador!

Dilatar el pecho, aventar de sus pulmones y de su garganta el mágico trueno de la voz,

Inflamar al pueblo con la furia que le exalta, hacerle llorar, odiar, desear.

Adoctrinar el Continente, domar la América con su lengua potente.

¡Oh la alegría de mi alma en equilibrio sobre ella misma, recibiendo la identidad por intermedio de las cosas materiales, observando los tipos, absorbiéndolos, amándolos!

Mi alma que vuelve hacia mí en las vibraciones que me transmitió por los ojos, por los oídos, por el tacto, por la razón, la pronunciación, las similitudes y la memoria;

La vida real de mis sentidos y de mi carne sobrepuja mis sentidos y mi carne,

Mi cuerpo no quiere oír hablar de materialidades, ni mi vista de mis ojos materiales;

Ahora poseo la incontestable prueba de que no son mis ojos materiales los que perciben,

De que no es mi cuerpo material el que ama, anda, ríe, grita, acaricia y procrea.

¡Oh las alegrías del campesino!

Las alegrías del campesino de Ohio, del Illinois, del Wisconsin, del Canadá, del Iowa, del Kansas, del Missouri, del Oregón!
Levantarse al amanecer y entregarse en seguida a sus faenas;
Labrar la tierra en otoño para sembrar los trigos invernales;
Labrar la tierra en la primavera para la siembra del maíz,
Cuidar las huertas, podar los árboles, coger las manzanas otoñales.

¡Oh bañarse en una piscina de natación o en una limpia ensenada a lo largo de la costa!

¡Salpicar el agua! Andar por la arena hundiéndose hasta los tobillos, correr desnudo a lo largo de la playa!

¡Oh concebir el espacio!

La superabundancia de todo, la incommensurabilidad de todo;
Elevarse, mezclándose al firmamento, al sol, a la luna y a las nubes fugitivas, como si se formara parte de ellas.

¡Oh la alegría de sentirse viril!

No inclinarse ante nadie, no sentir miramientos, no preocuparse por ningún tirano conocido o desconocido,
Caminar erguido, con pasos ágiles y elásticos,
Mirar con serena mirada o en relampagueantes ojeadas,
Hablar con voz plena y sonora surgiendo de un amplio cofre,
Confrontar vuestra personalidad con las demás personalidades de la tierra.

¿Conoces las admirables alegrías del adolescente?

¿La alegría de los compañeros queridos, de las palabras gozosas y de las caras risueñas?

¿La alegría del día irradiando felicidad y luz, la alegría de los juegos en los que se respira con amplitud?

¿La alegría de las músicas arrebatadoras, la alegría de las salas de baile, bajo cuyo esplendor luminoso giran las parejas de danzantes?

¿La alegría de las comidas abundantes, de las fiestas familiares y de las embriagueces?

Sin embargo, ¡oh alma mía!

¿Conoces las alegrías del pensamiento y sus ardientes tristezas?

¿Las alegrías del corazón libre y abandonado, del corazón tierno y amargado?

¿Las alegrías del paseo solitario, del espíritu inclinado pero altivo, del sufrimiento, del combate?

¿Las agonías de la lucha atlética, los éxtasis, la alegría de las meditaciones solemnes durante días y noches?

¿Las alegrías del pensamiento de la muerte, de las grandes esferas del Tiempo y del Espacio?

¿Las alegrías proféticas pensando en mejores, en más elevados ideales de amor, en la divina esposa, en el camarada puro, eterno, perfecto?

Alegrías que te pertenecen ¡oh imperecedera! alegrías dignas de ti, ¡oh alma!

¡Oh! ¡mientras exista, ser el amo de la vida, no su esclavo!

¡Afrontar la vida como potente conquistador!

Sin irritación, sin *spleen*, sin quejas ni críticas desdeñosas,

Contra esas altaneras leyes de la atmósfera, del agua y de la tierra, a quienes quiero demostrar que mi alma es inasible,

Que nada de lo exterior me dominará jamás.

No canto solamente las alegrías de la vida, también canto las de la muerte!

El contacto admirable de la muerte que calma y entorpece instantáneamente;

Me desprendo de mi cuerpo excrementicio, que será quemado, hecho polvo o enterrado,

Mi cuerpo real me pertenece, tanto aquí como en las demás esferas que recorrerá,

Mi cuerpo externo, vacío, ya no es nada para mí; retorna al polvo, a las purificaciones, a los eternos usos de la tierra.

¡Oh a quién le fuera dado atraer por algo más que por simple atractividad!

Ignoro cómo será posible tal atracción; más ved:

Es algo que no obedece más que a sí propio,

Es ofensivo, nunca defensivo, y sin embargo atrae magnéticamente!

¡Oh luchar contra aplastadoras superioridades, afrontar indomablemente a los enemigos!

¡Estar absolutamente solo contra ellos, para medir mejor nuestra resistencia!

¡Mirar frente a frente torturas, prisiones, rencores populares!

¡Subir al cadalso, adelantarse ante los cañones de los fusiles con perfecta indiferencia!

¡Ser verdaderamente un Dios!

¡Oh hacerse a la mar con un velero!

Abandonar esta tierra firme, intolerable,

Alejarse de las calles, de las aceras, de las casas y de su abrumadora monotonía;

Abandonarte, ¡oh tierra inmóvil! y zarpar en un velero
Para bogar, bogar, bogar eternamente.

¡Oh trocar nuestra vida en un poema de nuevas alegrías,
Danzar, palmotear, exaltarse, gritar, correr, saltar, dejarse
mecer y flotar siempre;

Ser un marinero mundial, en marcha hacia todos los puertos,
¡Ser el velero mismo! (Mirad estas velas, desplegadas al sol
y al viento.)

¡Un velero, rápido y sonoro, lleno de ricas palabras, cargado
de alegrías!

SALUDO MUNDIAL

¡Dame la mano, Walt Whitman!

¡Comienza el desfile de las maravillas, de los espectáculos, de
los estruendos!

Estas mallas se enlazan interminablemente, eslabonadas unas
con otras;

Cada una de ellas las representa todas, cada cual comparte
la tierra con los demás.

¿Qué es lo que se amplifica dentro de ti, Walt Whitman?

¿Qué ondas y qué colinas emergen?

¿Qué climas? ¿Quiénes son estas ciudades y estas gentes?

¿Quiénes son estos niños que dormitan y estos otros que juegan?

¿Quiénes son estas jóvenes? ¿Quiénes son estas madres?

¿Quiénes estos ancianos que se alejan en lentos grupos, enlazados amistosamente?

¿Qué ríos son esos? ¿Cuáles son esas selvas y esos frutos?

¿Cómo se llaman esas montañas que se destacan más altas que las nubes?

¿Cuáles son esos archipiélagos de hogares llenos de habitantes?

La latitud se ensancha, la longitud se extiende dentro de mí; Asia, Africa y Europa, está al Este, la América ha recibido la herencia del gran Oeste,

Ciñendo la hinchazón de la tierra arde el cinturón ecuatorial.

Curiosamente, al Norte y al Sur, giran las extremidades del eje,

Dentro de mí alumbra el más largo de los días, el sol gira en círculos oblicuos, en su insomnio de varios meses,

Ardiendo dentro de mí, el sol de media noche se eleva un punto sobre el horizonte para hundirse de nuevo,

Dentro de mí se dilatan las zonas, las cataratas, las selvas, los volcanes, los archipiélagos;

La Malasia, la Polinesia y las grandes islas de las Indias Occidentales.

¿Qué oyes, Walt Whitman?

Oigo el canto del obrero y la canción de la aldeana,

Oigo a lo lejos los gritos de los niños y de los animales en la aurora,

Oigo el tumulto clamoroso de los australianos persiguiendo potros salvajes,

Oigo los bailes y las castañuelas españolas al son del rabel y de la guitarra, bajo la sombra de los castaños,

Oigo los continuos rumores del Támesis,

Oigo los salvajes himnos de libertad que vienen de Francia,

Oigo al bate'ero, con su voz musical, recitar antiguos poemas,

Oigo las langostas de Siria al arrasarse bajo el aluvión de sus terribles nubes las cosechas y los herbajes,

Oigo el plañir del copto al sol poniente, cayendo melancólicamente en la sombra de la madre vasta y venerable del Nilo,

Oigo el cantar del bracero mexicano y las campanillas de su mula,

Oigo el almuedano árabe llamar a los fieles desde lo alto de la mezquita,

Oigo a los sacerdotes cristianos en los altares de sus iglesias,

Oigo al bajo y al soprano que les contestan,

Oigo el grito de los cosacos y la voz del marino que zarpa en Okhortsck,

Oigo las silbantes respiraciones del rebaño de esclavos en marcha, los rudos camaradas desfilando dos a dos y de a tres, encadenados unos con otros por los tobillos y las muñecas,

Oigo al hebreo leyendo sus salmos y sus anales,

Oigo los armoniosos mitos de los griegos y la muerte sangrienta del bello Dios Cristo,

Oigo al hindú enseñar a su alumno favorito los amores, las guerras, los preceptos extraídos de los poetas que escribieron hace más de tres mil años y transmitidos integralmente hasta nuestros días,

—

¿Qué ves, Walt Whitman?

¿Quiénes son esos a quienes saludas y que uno tras otro te saludan?

—

Veo una grande y redonda maravilla que rueda a través del espacio,

Veo, minúsculos, granjas, caseríos, ruinas, cementerios, prisiones, usinas, palacios, barracones, chozas de bárbaros, tiendas de nómadas, esparcidos por la superficie;

Veo de un lado la zona oscura donde yacen los que duermen, y del otro lado la zona iluminada por el sol,

Veo los curiosos y rápidos contrastes de la luz y de la sombra,

Veo países remotos tan reales y tan próximos para sus habitantes como el mío lo es para mí.

—

Veo abundantes aguas,

Veo las cumbres de las montañas, la cordillera de los Andes,

Veo distintamente los Himalayas, los Thian-Chan, los Altaís, los Ghattes,

Veo las cumbres gigantes de Elbrou, de Kasbek y de Bazardionzi,

Veo los Alpes Stisianos y los Alpes Cárnicos,

Veo los Pirineos, los Balkanes, los Cárpatos, y hacia el Norte los Dovrefjeld y en alta mar el monte Heda,

Veo el Vesubio y el Etna, los montes de la Luna y las Montañas Rojas de Madagascar,

Veo los desiertos de Libia, de Arabia y de Asia,

Veo los enormes y terribles icebergs del océano Antártico y del Artico,

Veo los océanos superiores y los océanos inferiores, el Atlántico y el Pacífico, el golfo de Méjico, el mar del Brasil y el mar del Perú,

Las aguas que bañan el Indostán, el mar de la China, el golfo de Guinea,

Las aguas que ciñen al Japón, la espléndida bahía de Nagasaki, rodeada de montañas,

La amplitud de los mares Bálticos de, golfo de Bothnia, las riberas británicas y el golfo de Gascuña,

El Mediterráneo de claros soles y sus islas,

El mar Caspio y el mar de Groenlandia.



Percibo todos los marineros del mundo,

Unos azotados por las tempestades, otros haciendo sus guardias nocturnas,

Algunos arrastrados por las corrientes, otros infectados de enfermedades contagiosas.



Distingo todos los veleros y los vapores de los mares, unos aglomerados en los puertos, otros en plena travesía,

Los hay que doblan el cabo de las Tormentas, otros el cabo Verde, otros los cabos de Guardafay, Bon y Bojador.

Otros costean el extremo de Dondrah, el estrecho de la Sonda, el cabo Lopatka y el estrecho de Behring,

Otros doblan el cabo de Hornos, surcan el golfo de Méjico, avanzan a la vera de Cuba y de Haití, por la bahía de Hudson y la bahía de Baffin,

Otros recorren el estrecho de Calais, otros penetran en el golfo de Wash, en el golfo de Solwray, otros costean el cabo Cleor y el cabo Land's End,

Otros atraviesan el Escalda,

Otros vienen y van por Gibraltar o los Dardanelos,

Algunos continúan inflexiblemente su derrotero a través de los témpanos del Norte,

Otros bajan o remontan el Obi o el Lena,

Otros surcan el Níger y el Congo, otros el Indus, el Brahma-putra y el Mekong,

Otros aguardan, con los fuegos encendidos, fruta para el viaje en los puertos de Australia,

Aguardan en Liverpool, en Glásgow, Dublín, Marsella, Lisboa, Nápoles, Hamburgo, Bremen, Burdeos y Copenhague,

Aguardan en Valparaíso, en Río de Janeiro, en Buenos Aires, en Montevideo, en Panamá.

—

Distingo los rieles de las vías férreas del mundo,

Veo los de Inglaterra y los del resto de Europa,

Veo los de Asia y los de Africa.

—

Veo los telégrafos eléctricos de la tierra,

Veo los hilos por donde se trasmiten las nuevas de las guerras, de las muertes, de las pérdidas, de las ganancias y de las emociones de mi raza.

—

Veo las largas cintas de los ríos del mundo,
 Veo el Amazonas, el Paraguay, el Plata,
 Veo los cuatro grandes ríos de la China, el Amor, el Amarillo, el Yang-tsé-kiang y el Si-kiang,
 Veo los parajes que recorre el Sena, los del Danubio, los del Loira, del Ródano y los del Guadalquivir,
 Veo las sinuosidades del Volga, del Dnieper, del Oder,
 Veo al toscano recorrer el Arno y al veneciano seguir el curso del Po,
 Veo al marino griego abandonar la bahía de Egiria.

Veo los dominios del antiguo imperio de Asiria, los de Persia y los de la India,
 Veo la caída del Ganges en lo alto de Sankora.

Veo los parajes donde, tras sucesivas transformaciones, la idea de divinidad ha encarnado en formas humanas,
 Veo los parajes en los cuales se han ido sucediendo todos los sacerdotes de la historia; augures, sacrificadores, bracmanes, sabios, lamas, monjes, muftís, predicadores,
 Veo los bosques de Mona, caros a los druidas con sus muérdagos y sus verbenas,
 Veo los templos donde yacen los cuerpos de los dioses muertos, veo los más arcaicos símbolos.

Veo al Cristo comer el pan de la Cena en medio de jóvenes y de ancianos,
 Veo los parajes donde el fuerte y divino Hércules trabajó incansablemente y donde luego muriera.
 Veo los países, testigos de la ópima e inocente vida y del desdichado destino del hijo nocturno, del espléndido y estatuario Baco,

Veó al florecido Knept, vestido de azul, con su corona de plumas en la cabeza,

Veó al irreprochable, al bien amado Hermes diciendo al pueblo en su agonía: *No lloréis por mí,*

Ésta no es mi verdadera patria, he vivido desterrado lejos de ella, ahora retorno a su seno,

Vuelvo a la celeste esfera donde cada uno de vosotros retornará a su tiempo.

Distingo todos los campos de batalla de la tierra: en ellos germinan las hierbas, las flores y el trigo;

Veó los caminos seguidos por las invasiones antiguas y por las modernas expediciones.

Veó innumerables monumentos sin leyendas; mensajes venerables de los acontecimientos y de los héroes; restos de los anales desconocidos de la tierra.

Veó el país de los Sagas,

Distingo los abetos y los pinos retorcidos por las tormentas de nieve;

Los bosques de granito y las escarpadas riberas, los verdes prados y los lagos,

Veó los dólmenes funerarios de los guerreros escandinavos,

Sus altas moles de piedras a orillas del océano eternamente agitado, para que los espíritus de los muertos, hartos de la inmovilidad tumbal, puedan abandonando su encierro, contemplar las galopantes ondas y saturarse de huracanes, de inmensidad, de libertad y de agitación.

Veo las estepas de Asia,

Veo los túmulos de Mongolia, las tiendas de los Kalmuros y de los Baskiros,

Veo las tribus nómadas con sus tropas de bueyes y de vacas,

Veo las planicies surcadas de despeñaderos, veo las selvas y los desiertos,

Veo el camello, el caballo salvaje, la avutarda, la oveja de ancha cola, el antílope y el lobo que acecha.

Veo las tierras de Abisinia,

Veo pacer los rebaños de cabras, veo las higueras, los tamarindos, los datileros,

Veo los campos de trébol y las extensiones de esmeralda y de oro.

Veo al boyero brasileño,

Veo al boliviano que escala el Sorata,

Veo al gaucho recorrer las pampas, maravilloso caballero re-
voleando el lazo,

Veóle galopar detrás de las bestias salvajes, para sacarles el
cuero.

Veo las regiones de la nieve y del hielo,

Veo al samoyedo y al finlandés de penetrantes miradas,

Veo al pescador de focas afirmando la lanza desde su barca,

Veo al siberiano en su raudo trineo arrastrado por perros,

Veo a los cazadores de marsoplas, veo los balleneros del Sur
del Pacífico y los del Norte del Atlántico,

Veo las rocas de los precipicios, los glaciales, los torrentes,
y los valles de Suiza, observo los largos inviernos y las soledades.

Veo las grandes capitales de la tierra, y me hago ciudadano
ora de unas, ora de otras,

Soy un verdadero parisiense,

Soy un habitante de Viena, de San Petersburgo, de Berlín,
de Constantinopla,

Soy de Adelaida, de Sidney, de Melbourne,

Soy de Londres, de Mánchester, de Bristol, de Edimburgo,
de Limerick,

Soy de Madrid, de Cádiz, de Barcelona, de Oporto, de Lyon,
de Bruselas, de Berna, de Francfort, de Stuttgart, de Turín, de
Florencia,

Formo parte de Moscou, Cracovia, Varsovia, de Cristianía,
o de Stockolmo, o de Irkoutsk en Siberia, o de alguna calle de
Irlanda,

Desciendo en todas las ciudades, luego me elevo y prosigo mi
vuelo.



Veo las ciudades africanas y las asiáticas,

Argelia, Trípoli, Derna, Mogador, Tombouctou, Monzorvia,

Veo las hormigueantes multitudes de Pekín, Cantón, Benarés,
Delhi, Calcuta, Tokio,

Veo al kóumano en su choza y al dahomeyano en la suya,

Veo al turco fumando opio en Alepo,

Veo las multitudes pintorescas de las ferias de Khiva y las
de Heral,

Veo Teherán, Mascate y Medina, los arenales que las separan
y las caravanas que caminan penosamente,

Veo a Egipto y a los egipcios, veo a las pirámides y los obe-
liscos,

Distingo las historias escritas con tijeras de piedra, los ana-
les de los conquistadores y de las dinastías, grabados en tablillas de
asperón o en bloques de granito,

Veo las necrópolis subterráneas de Menfis con sus momias
embalsamadas y envueltas en sus sudarios, acostadas allí milla-
res de años ha.

Contemplo al decaído tebano, sus ojos de anchas pupilas, su
cuello inclinado, sus manos cruzadas sobre los pectorales.

—

Veo la labor de todos los parias de la tierra,
Veo a todos los prisioneros en sus prisiones,
Veo las procesiones de los seres defectuosos,
Los ciegos, los sordomudos, los cretinos, los jorobados, los
locos,
Los ladrones, los piratas, los asesinos, los traidores, los ne-
greros de la tierra,
Los huerfanillos, los viejos y las viejas abandonadas.

—

Por todos lados veo hombres y mujeres,
Veo la límpida fraternidad de los filósofos,
Veo las intuiciones geniales de mi raza,
Veo las cosechas de la perseverancia y de la industria de mi
raza,
Veo los escalones y los colores, la barbarie y la civilización,
Lo veo todo y en todo me mezclo indistintamente,
Y envío mi saludo a todos los moradores de la tierra.

—

¡Vosotros quienquiera que seáis!
¡Vos, hija o hijo de Inglaterra!
¡Vosotros de los potentes pueblos esclavos y de sus imperios!
¡Vosotros rusos de Rusia!
¡Vosotros africanos de oscura ascendencia, de piel negra y de
alma divina, grandes, de hermosas cabezas, formas nobles y es-
pléndido destino, en igualdad conmigo!
¡Vosotros noruegos! ¡suecos! ¡daneses! ¡irlandeses! ¡Vos-
otros prusianos!
¡Vosotros españoles de España! ¡Vosotros portugueses!
¡Vosotros francesas y franceses de Francia!

¡Vosotros belgas! ¡Vosotros de los Países Bajos, amantes de la Libertad! (¡Vosotros de cuya raza he nacido yo!)

¡Vosotros sólidos austriacos! ¡Vosotros lombardos! ¡bohemios! ¡aldeanos de Hungría!

¡Vosotros ribereños del Danubio! ¡Obreros del Rhin, del Elba, del Weser! ¡Vosotros también, obreros!

¡Vosotros sardos! ¡bávaros! ¡suavos! ¡sajones! ¡válacos! ¡búlgaros!

¡Vosotros romanos! ¡napolitanos! ¡griegos!

¡Vosotros ágiles toreros de Sevilla!

¡Vosotros libérrimos montañeses del Taurus y del Cáucaso!

¡Vosotros búkaros, pastores de caballos, guardianes de jumentos y de sementales!

¡Vosotros persas de cuerpos admirables, jinetes centáuricos que flecháis a la carrera!

¡Vosotros chinos y chinas de China! ¡Vosotros tártaros de Tartaria!

¡Vosotras mujeres de la gleba, esclavas de vuestras faenas!

¡Vosotros judíos que peregrináis hasta vuestra vejez por todas las tierras, para hollar un día la de Palestina!

¡Vosotros los demás judíos de todas las naciones, que aguardáis vuestro Mesías!

¡Vosotros, armenios que ensoñáis a la orilla de una curva del Eufrates! ¡Vosotros los que pasáis las miradas entre las ruinas de Nínive! ¡Vosotros que escaláis el monte Ararat!

¡Vosotros peregrinos de rotos pies que saludáis los minaretes de la Meca brillando en la lejanía!

¡Vosotros padres y abuelos, que de Suez a Bab-el-Mandeb, gobernáis familias y tribus!

¡Vosotros que recogéis las olivas y cultiváis los campos de Nazareth, de Damasco o del Tiberíades!

¡Vosotros mercaderes tibetanos que recorréis la amplitud interior o traficáis en las tiendas de Lhasa!

¡Vosotros japoneses y japonesas! ¡Vosotros los que vivís en Madagascar, Ceylán, Sumatra, Borneo!

Todos vosotros los de Asia, de Africa, de Europa, de Australia, ¡poco importa la latitud!

¡Vosotros todos, dispersados en las islas innumerables de los archipiélagos del mar!

¡Y vosotros los de los futuros siglos cuando me leáis!

¡Y vosotros, cada uno de vosotros, en todos los lugares, que no concreto, pero incluyo!

¡Salud a todos! ¡Recibid mis amistades y las de América!

Cada ser es inevitable,

Cada uno de nosotros es ilimitado, cada cual posee sus derechos de hombre o de mujer sobre la tierra,

Cada uno participa de los designios eternos de la tierra,

¡Cada uno de nosotros está aquí de una manera tan divina como la del mejor!

¡Vosotros hotentotes, con el claques de vuestro paladar!

¡Vosotras hordas de lanosa cabellera!

¡Vosotros dominados por amos o caciques, que destiláis gotas de sudor, gotas de sangre!

¡Vosotras formas humanas, que tenéis la insondable y asombrosa fisonomía de las bestias!

¡Vosotros pobres koboos, de balbuceo y mente vacilantes, compadecidos por las especies más míseras!

¡Vosotros enanos de Kamtchatka, de Groenlandia, de Laponia!

¡Vosotros negros australes, desnudos, rojos, pintarrajeados, de labios gruesos, que os arrastráis como reptiles!

¡Vosotros cafres, bereberes, sudaneses!

¡Vosotros beduinos soberbios, extraños, ignorantes!

¡Vosotros enjambres pestíferos de Madras, Nankín, Caboul, y el Cairo!

¡Vosotros vagabundos del Amazonas, patagones! ¡Indígenas de Fidji!

Yo no antepongo los demás a vosotros, no profiero una sola palabra contra vosotros, por más que vayáis semiocultos en tales lejanías

(Yo sé que cuando suene la hora avanzaréis para colocaros a mis lados.)

Mi espíritu ha recorrido la tierra, con fortaleza y humanidad,

Ha buscado iguales y amigos, y los ha encontrado igualmente dispuestos en todas las tierras;

¡Creo que alguna divina concordancia me iguala a ellos!

Vapores de los mares, yo he zarpado con vosotros hacia los continentes lejanos; he anclado en los puertos y bajado a las ciudades;

También creo haber soplado con vosotros, ¡oh vientos!

Creo haber acariciado las riberas con vosotras, ¡oh aguas!

Creo haberme cernido en los aires y penetrado en todos los estrechos del globo,

Creo haber recorrido las penínsulas y escalado los más altos acantilados para exclamar desde cada uno de ellos:

—¡Salud al mundo!

En toda ciudad, en la que penetran la luz y el calor, yo también penetro,

Toda isla hacia la cual vuelan las aves, yo también vuelo hacia ella.

En nombre de América, para todos vosotros,

Levanto perpendicularmente mi diestra,

Hago el sublime, inmortal Ademán

Para todos los hogares y las viviendas humanas.

ATRAVESE ANTAÑO UNA CIUDAD POPULOSA

Atravesé antaño una ciudad populosa, imprimiendo en mi cerebro, para recordarlas más tarde, sus curiosidades, sus monumentos, sus costumbres, sus tradiciones,

A pesar de ello, ahora sólo recuerdo una mujer encontrada allí por azar, que me retuvo porque me amaba;

Día tras día y noche tras noche estábamos juntos; todo lo demás hace tiempo ha desaparecido de mi memoria;

Sólo recuerdo aquella mujer que se enamoró apasionadamente de mí,

De nuevo erramos juntos, nos amamos, nos despedimos,

De nuevo me retiene entre brazos, no queriendo dejarme partir;

Todavía la veo, de pie, contra mi pecho, con sus labios mudos, temblorosa, desolada.

CAMINO DE LAS INDIAS ORIENTALES

.....
 ¡El canal que conduzca más allá de las Indias!

¡Oh, alma mía! ¿Tus alas son bastante fuertes para vuelos tan lejanos?

¿Has sido hecha para travesías como éstas?

¿Eres capaz de bogar por aguas tan ignotas?

¿Puedes hundir tu sonda más allá de donde la han hundido el sánscrito y los Vedas?

¡Si es así, no refrenes tus ímpetus!

El canal que conduzca a vuestras riberas, ¡oh viejos y altaneros enigmas!

El canal que haga posible descubriros a fondo,

¡Oh riberas sembradas de restos de esqueletos de los que en vida no pudieron abordaros!

¡El canal que conduzca más allá de las Indias!

¡Oh secreto de la tierra y del cielo!

¡De vosotras, ondas del mar, ríos y riberas sinuosas!

¡De vosotros, campos y bosques! ¡De vosotras, potentes montañas de la tierra!

El canal que conduzca más allá de vosotras, ¡oh praderas y rocas grises!

¡Oh púrpuras matinales! ¡Oh nubes! ¡Oh lluvias y nieves!

¡Oh días y noches!

¡El canal hacia vosotros, Sirio y Júpiter!

¡Hacia todos vosotros, astros del misterio!

¡Oh partir en seguida! ¡Sólo pensarlo hace arder mi sangre!

¡En marcha, alma mía! ¡Leva anclas al instante!

¡Corta las amarras — despliega tu velamen!

Demasiado tiempo hemos yacido aquí como árboles arraigados a la tierra,

Demasiado tiempo hemos campado aquí, comiendo y bebiendo como bestias,

Hace demasiado tiempo que nos entenebreceamos y nos idiotizamos sobre las páginas de los libros.

Navega, navega por las aguas más profundas,

Que la audacia te guíe —yo contigo y tú conmigo,—

Ahora que vamos hacia regiones que ningún marino ha osado surcar todavía,

Ahora que arriesgamos la nave, y nosotros, y todo.

¡Oh valiente alma mía!

¡Oh, más lejos, más lejos todavía!

¡Oh dicha temeraria y resplandeciente de fe!

¿Acaso no son de Dios todos los mares?
 ¡Oh, navega más allá, más allá aún, siempre más allá!

LA PLEGARIA DE COLON

Anciano náufrago, anciano arrugado,
 Perdido en esta costa salvaje, lejos, muy lejos del país,
 Bloqueado por el mar y por negras cumbres enemigas,
 Desde hace doce tristes meses,
 Rendido de fatiga, de angustia, a punto de morir,
 Recorro las costas de la isla,
 Desahogando las amarguras de mi corazón.

¡Me abrumba demasiado dolor!
 ¡Acaso no viviré más de un día!
 No puedo hallar reposo. ¡Dios mío! No puedo comer, ni beber,
 ni dormir,
 Antes de haber elevado a Ti mi plegaria y mi ser,
 Antes de haber respirado y haberme bañado en tu gracia,
 Antes de haberme confesado una vez más a Ti.

Conoces todos los años de mi vida,
 Mi larga vida de constante labor, no de pura adoración;
 Conoces las plegarias y las veladas de mi juventud,
 Conoces las meditaciones visionarias y solemnes de mi madurez,
 Sabes que siempre, antes de emprender cualquier empresa te consagraba la intención y los resultados,
 Sabes la constancia de mis votos, la fidelidad de mi culto,
 Sabes que nunca perdí la fe ni la esperanza en Ti,
 Encarcelado, aherrojado, caído en desgracia, nunca murmuré,

Todo lo acepté como si emanara de Ti, como viniendo con razón de Ti.

Todas mis empresas las abordé religiosamente henchido de Ti,
Mis cálculos y mis planes los realicé pensando en Ti,
Recorrí las tierras y los mares para publicar tu gloria.
Si fueron mías las intenciones, los designios y los ímpetus, tuyos fueron los resultados,

Estoy seguro que mis impulsos emanaban de Ti;
Aquel ardor irresistible, aquella voluntad interior más potente que las palabras,

Aquellos augurios celestes que me cuchicheaban hasta en sueños,
Aquellos ímpetus que me empujaban adelante.

Gracias a ellos y a mí, la Empresa fué,
Gracias a mí, los viejos y desbordantes países pudieron expandirse,

Gracias a mí, los hemisferios fueron explorados y unidos, lo desconocido incorporado a lo conocido.

El fruto de mi Empresa, que yo no veré madurar, es todo tuyo,

Grande o pequeño, —lo ignoro— acaso tan vasto como estas tierras, tan vasto como estos países,

Acaso las innumerables alimañas humanas, los seres groseros que conozco,

Trasplantados aquí, podrán elevarse a una nobleza y a una cultura dignas de Ti,

Acaso las espadas que conozco podrán ser aquí fundidas y trocadas en útiles civilizadores,

¡Quizá la Cruz reseca que conozco, la Cruz muerta de Europa, aquí podrá reflorcer y fructificar de nuevo!

—

¡Un esfuerzo más! ¡Este arenal desierto será mi altar!

¡Dios mío! tú has iluminado mi vida

Con un rayo de luz inefable, continuo

—Luz indecible y preciosa que iluminaba la luz misma—,

Más allá de los signos, de las descripciones y de los idiomas;

Por todo ello, ¡Oh Dios! permite que aquí, de rodillas, viejo, pobre, paralítico, con supremas palabras te solloce:

—¡Gracias, señor!

—

Las nubes se ciernen sobre mí,

Mis manos y mis miembros se entumescen,

Mi atormentado cerebro se extravía;

Más aunque mi cuerpo se deshaga en pedazos,

¡Yo no quiero disociarme!

Me enlazaré estrechamente a Ti, ¡oh Dios!

Aunque las olas me rechacen;

¡Me abismaré en Ti, en Ti, a quien conozco!

—

¿Qué es lo que ahora anuncio? ¿La intuición del profeta o las fantasmagorías de un delirante?

¿Qué sé de la vida? ¿Qué sé de mí mismo?

Nada sé, nada conozco de mi labor pasada o actual,

Sombras cambiantes pasan ante mis ojos,

Visiones de mundos nuevos y mejores, con sus partos y sus cosechas,

Visiones imprecisas que me turban y parecen burlarse de mí.

¿Qué significaron estas cosas insólitas?

¿Qué manos divinas desvendan mis ojos en pleno milagro?

¿Qué son esas formas umbrosas que pueblan los aires y me sonríen?

¿Y esas flotas con banderas de todos los pueblos que avanzan hacia aquí?

¿Y esos himnos que me saludan en lenguas desconocidas?

OS HE OIDO, SUAVES Y SOLEMNES ARMONIAS DEL ORGANO

Os he oído, suaves y solemnes armonías del órgano, el domingo último al pasar por la mañana frente a la iglesia,

Vientos de otoño, he oído vuestros largos y desolados suspiros al atravesar los bosques al anochecer,

He oído en la ópera los cantos del tenor italiano y los de la soprano en mitad de un cuarteto;

¡Corazón de mi amada! También te he oído a ti cantar como a la sordina a través de uno de tus brazos posados debajo de mi cabeza;

¡Anoche, cuando todo yacía en silencio, cantaban en mi oído las campanillas de su latir!

JUVENTUD, MEDIODIA, VEJEZ Y NOCHE

Juventud amplia, robusta, amorosa, juventud llena de gracia, de fuerza, de fascinación,

¿Ignoras que la vejez puede seguir tus huellas con tanta gracia, fuerza y fascinación como tú?

Día pleno y espléndido, día de sol, de la acción, de la ambición, de la risa inmensa,

La noche te sigue de cerca con sus millones de soles y su sueño y sus reconfortantes tinieblas.

SOLITARIO PAJARO DE LAS NIEVES

(Más allá de los ochenta y tres grados—hacia el Norte—el explorador Greely oyó el canto de un solitario pájaro de las nieves, resonando en la soledad.)

Llenando mi garganta con igual alegría, con esa alegría venida de las frías y desnudas regiones árticas,

¡Imitaré tu ejemplo, pájaro solitario!

Yo también celebraré gozosamente las sábanas de nieve arrasadas de lágrimas de frío,

El frío más glacial, el que ahora me asalta

—Un pulso agónico, un cerebro sin vida,—

La vejez bloqueada por invernales neveras (fría, fría, ¡oh cuán fría!)

Estos cabellos blancos, estos brazos trémulos, estos pies helados.

Para afrontar y embellecer mi invierno polar, acepto tu fe y cumplo tu ley;

La grabo en mi corazón hasta el último Adiós,

No solamente exalto las zonas estivales, los poemas de la juventud o las cálidas corrientes del mediodía,

Aunque bloqueado por perezosos témpanos nórdicos, abrumado bajo el nevar de los años,

Con corazón alegre entono estos cantos.

GRAVE Y TITUBEANDO

Grave y titubeando

Escribo estas palabras: *Los muertos,*

Pues los muertos están vivos

(Quizá son los únicos vivos, los únicos reales,

Y yo la aparición, yo el fantasma.)

MIRANDO LABRAR

Mirando al labrador labrar,

O al sembrador sembrar los campos, o al segador segar,

También he reconocido en ellos, ¡oh vida y muerte! vuestros símbolos.

(La vida, sí, la vida es la siembra, y la muerte la cosecha, según lo que se fué.)

DE LOS "CANTOS DE ADIOS"

Camarada, esto que tienes entre las manos no es un libro;

Quien vuelve sus hojas, toca un hombre.

(¿Es de noche? ¿Estamos solos los dos?)

Soy yo el que os abraza y a quien abrazáis,

Salto de las páginas a vuestros brazos, la muerte es la que me envía.

Amigo querido, quienquiera que seáis, recibid un ósculo,

Os lo doy especialmente a vos, no me olvidéis;

Me siento como alguien que, concluída su jornada, reposa un instante;

Ahora sufro una de mis numerosas transformaciones, paso por uno de mis infinitos "avatares";

Una esfera desconocida, más real y directa de lo que yo mismo imaginara, guía mis pasos.

—¡Adiós!

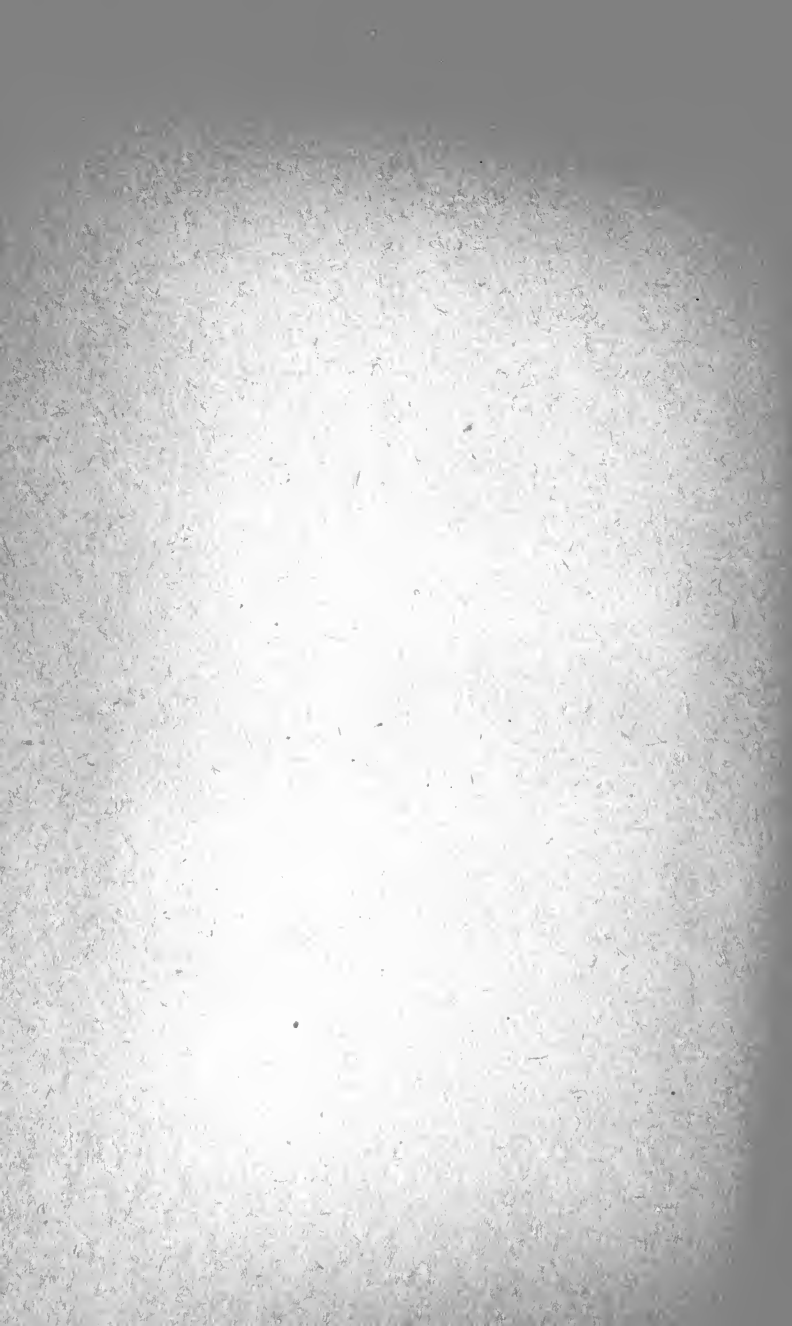
¡Acordaos de mis palabras, pudiera ser que yo tornara de nuevo (1).

Os amo aunque me aleje de la materia,

¡Y sea ya como un ser incorpóreo, triunfante, muerto!

FIN

(1) Es la idea del Retorno, clave cardinal de la Teosofía —idea multimilenaria— que F. Nietzsche creía haber pensado antes que nadie. — (A. V.).



INDICE

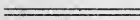
	<u>Pág.</u>
Walt Whitman, por Angel Guerra	13
Walt Whitman, por Rubén Darío	43
Walt Whitman, por Armando Vasseur	45

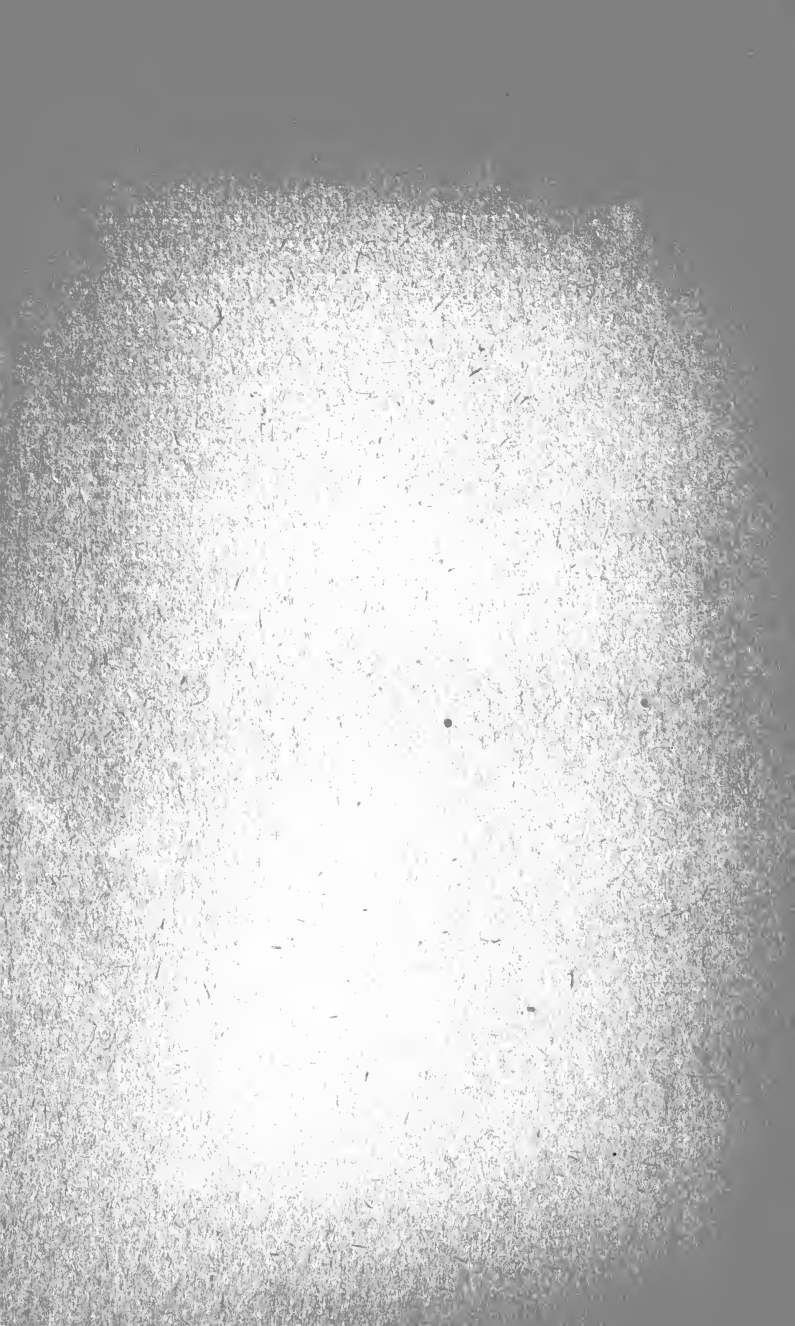
POEMAS

En el mar, sobre las naves	55
A una locomotora	56
Chispas emergidas de la rueda	57
Desbordante de vida, ahora	58
Canto de la vía pública	59
Ciudad de orgías	72
El himno que canto	73
Una marcha en las filas	73
Apartando con la mano la hierba de las praderas	75
Ciudad de los navíos	75
En las praderas	76
A tí, vieja causa	77
Imperturbable	78
Una extraña velada transcurrida en un campo de batalla.	79
Un roble en la Luisiana	80
Pensamiento	81
Silenciosa y paciente, una araña	82
Cuadro	82
A los Estados	83
España (1873 - 1874)	83
A un historiador	84

	<u>Pág.</u>
La Morgue	84
Como meditaba en silencio	85
¡Oh capitán! ¡Mi capitán!	86
Allá a lo lejos	87
Dadme vuestro espléndido sol	88
Hijos de Adam	91
Canto de la bandera, al amanecer	91
¡Pioners! ¡Oh, Pioners!	99
Imágenes	105
Pensamientos	109
Hacia el Edén	110
Excelsior	113
A uno que fué crucificado	114
Del canto de mi mismo	115
Canto del hacha	152
Mira tú que reinas victoriosa	166
A un burgués	166
Año que tiembles y vacilas ante mí	167
Canto del poeta	167
Inscripción para una tumba	173
Canto de la exposición	177
El enigma	190
A un extranjero	191
La duda terrible de las apariencias	192
Del canto al Presidente Lincoln. (Commemorando su muerte)	193
La canción de la muerte	195
A cierta cantante	197
De lo más hondo de las gargantas de Dakota (25 de ju- nio de 1876)	197
Del mediodía a la noche estrellada. (¡Tú, astro cenital!)	199
Iniciadores	200
¡Jonnonidio!	201
Los Estados Unidos a los críticos del Viejo Mundo	201
Hacia alguna parte	202
Media noche	202
Espíritu que has plasmado esta Naturaleza	203

	<u>Pág.</u>
La abuela del poeta	203
La etíope saludando a la bandera	204
Luna hermosa	205
Reconciliación	205
Cuando estaba a tu lado	206
¡Oh, estrella de Francia! (1870-71)	207
Países sin nombre	209
Un espectáculo en el campo	211
La cantante en la prisión	212
Orillas del Ontario azul	215
A un revolucionario europeo vencido	235
Canto del Sequoia	237
Europa. (En el año 72 y 73 de estos Estados. — 1848)	243
Canto del cuerpo eléctrico	247
Poetas venideros	255
Cuando leí el libro	256
Un canto de alegrías	256
Saludo mundial	266
Atravesé antaño una ciudad populosa	278
Camino de las Indias Orientales	279
La plegaria de Colón	281
Os he oído, suaves y solemnes armonías del órgano	284
Juventud, mediodía, vejez y noche	284
Solitario pájaro de las nieves	285
Grave y titubeando	286
Mirando labrar	286
De los "Cantos de adiós"	286







RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library

or to the

NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling
15101642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing
books to NRLF
- Renewals and recharges may be made
4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

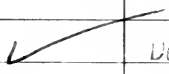
JUL 22 2003

M180967

Whitman, ".
Poemas.

953
W615
Sv

JAN 15 1947



Dec 19 46 7

M180967

953
W615
Sv

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

—“Paisanas”. (Escenas del campo). Un tomo de 160 páginas (1920) \$ 0.50
 —“Campo” (Escenas de la vida de campaña). 3.a edición. Un tomo de 160 páginas (1921)\$ 0.50
 —“Del campo y de la ciudad” (Cuentos). Un tomo de 176 páginas (1921)\$ 0.50
 —“Potros, toros y aperiacés” (Novelas gauchas). Un tomo de 144 páginas (1922)\$ 0.50
 —“Leña Seca” (Costumbres de campo). 6.a edición. Un tomo de 276 páginas\$ 0.70
 —“Tardes del Fogón” (Narraciones gauchas). Un tomo de 184 páginas (1925)\$ 0.70
 —“La Biblia Gaucha” (Con un juicio crítico de la obra de Viana, por Car-

los Roxlo) Un tomo de 120 páginas (1925)\$ 0.70
 —“Gaucha” (Novela)\$ 0.50
 —“Abrojos” (Escenas del campo) \$ 0.50
 —“Sobre el Recado” (Cuentos del campo)\$ 0.60
 —“Pago de deuda” (Cuentos) (1934)\$ 0.60
 WILDE (Oscar). — La Tragedia de mi Vida. (Publicación prohibida en Inglaterra hasta el año 1960). Un tomo de 208 páginas (1925).....\$ 0.70
 —El Niño Estrella (Cuento). Prólogo de Fernando de Araujo. Un folleto (1920)\$ 0.15
 ZOLA (Emilio). — El Ensueño (Le Réve). Versión castellana de Carlos Malagarripa. Dos tomos de 160 y 136 páginas (1918)\$ 0.50

“BIBLIOTECA RODÓ” - Cada número \$ 0.50
EDICIÓN ECONOMICA - CADA NÚMERO \$ 0.40

- Nº 1 — RODO (José E.) — *Ariel* — Con un prólogo de Leopoldo Alas.
 ” 2 — RODRIGUEZ (Yamandú) — 1810, Poema dramático en tres actos y *El Milagro*, poema en un acto.
 ” 3 — REGULES (Elías) — *Versos Criollos*, con un prólogo del Dr. J. Irureta Goyena y una Semblanza por Eliseo Cantón.
 ” 4 — RODRIGUEZ (Yamandú) — *Fraile Aldao*, poema dramático en dos actos — *Renac ntista*, poema en un acto y *El Demonio de los Andes*, poema en un acto, con un prólogo de Ovidio Fernández Ríos.
 ” 5 — RODO (José E.) — *Parábolas y otras lecturas*.
 ” 6 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — *Crónicas, discursos y conferencias*. Páginas olvidadas. Perfil de Ovidio Fernández Ríos.
 ” 7 y 8 — RODO (José E.) — *Motivos de Proteo*.
 ” 9 — FRUGONI (Emilio) — *Ensayos sobre marxismo*.
 ” 10 — SANCHEZ (Florencio) — *Teatro*.
 ” 11 y 12 — ZORRILLA DE SAN MARTIN (Juan) — *Tabaré. La Leyenda Patria*.
 ” 13 y 14 — MORQUIO (Luis) — *Clinica de niños*. Apuntes de clase tomados por el Dr. Dewet Barbato.
 ” 15 — VIGIL (Constancio) — *Eslabones*.
 ” 16 — VIANA (Javier de) — *Abrojos*.
 ” 17-18-19-20 — QUIROGA — (Horacio). — *Cuentos*.
 ” 21-22 — LUSSICH (Antonio D.) — *Los tres gauchos orientales*.
 ” 23 — QUIROGA (Horacio) — *Cuentos de la Selva* (para niños).
 ” 24-25-26 — PEREZ PETIT (Victor). — *Rodó. Su vida. Su obra*.
 ” 27 — PINTOS (Francisco R.) — *Bottle y el proceso histórico del Uruguay*.
 ” 28 y 29 — LARRA (Mariano José de) — *Artículos de costumbres*.
 ” 30 y 31 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — *Grito de Gloria*.
 ” 32 — FALCÃO ESPALTER (Mario). — *La colina de los vaticinios*.
 ” 33 — LASPLACES (Alberto). — *Nuevas opiniones literarias*.
 ” 34 y 35 — RODO (José E.) — *El Mirador de Próspero*.
 ” 36 y 37 — RODO (José E.) — *Hombres de América*.
 ” 38 y 39 — WHITMAN (Walt). — *Poemas*, traducidos por Armando Vasseur. (Con un estudio de Angel Guerra).